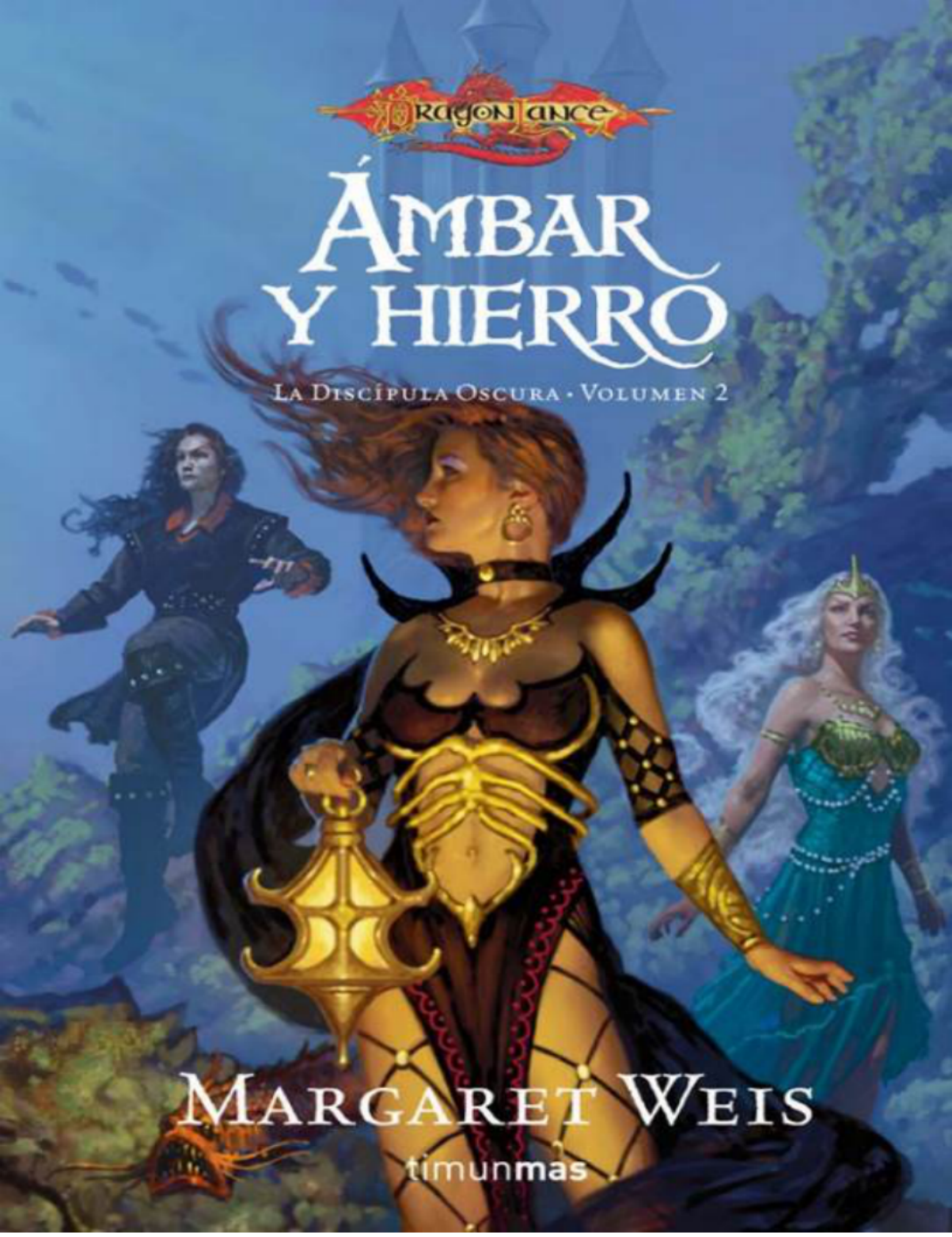
DragonLance
ÁMBAR Y HIERRO
La Discípula Oscura · Volumen 2
Margaret Weis
timunmas

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

El mundo de Krynn no cesa de cambiar e incluso los dioses pueden verse sorpendidos. Y si eso ocurre con ellos, ¿qué oportunidades puede tener un simple mortal? Atrapados por unas fuerzas a los que ninguno de ellos podría enfrentarse solo, un pequeño pero decidido grupo de aventureros se unen en un esfuerzo desesperado por evitar una invasión.

Mina, tan enigmática como siempre, logra escapar para emprender una búsqueda que pondrá a prueba su voluntad. Mientras tanto, el mal se extiende por el mundo, ganando terreno día a día. Cuando incluso el alma de Krynn está en juego, hay que encontrar héroes aun en los lugares más oscuros.

- Margaret Weis
  - Dedicatoria
  - Libro I
    - Prólogo
    - 1
    - 2
    - 3
    - 4
  - Libro II
    - 1
    - 2
    - 3
    - 4
    - 5
    - 6
    - 7
    - 8
    - 9
    - 10
    - 11
    - 12
  - Libro III
    - 1
    - 2
    - 3
    - 4
    - 5
    - 6
    - 7

- Libro IV
  - 1
  - 2
  - 3
  - 4
  - 5
  - 6
  - 7
  - 8
  - 9
  - 10
  - 11
  - 12
  - 13
  - 14
  - 15
  - 16

Margaret Weis
Ámbar y Hierro

Sin autorealización, ninguna virtud es genuina.

Sri Nisargardatta Maharaj

Dedicatoria

Con profundo agradecimiento dedico este libro a los miembros del Consejo de la Piedra Blanca y a todos aquellos que han dedicado voluntariamente su tiempo y su talento a DRAGONLANCE. Estas personas me han sido de gran ayuda. Siempre están para responder a mis preguntas. Se ocupan de que el sitio dragonlance.com vaya como la seda. Ayudan en la investigación, la redacción y las pruebas de los productos de juegos. Hay algunos que llevan trabajando años con DRAGONLANCE, desde el principio.

Cam Banks
Shivam Bhatc
Ross Bishop
Neil Burton
André La Roche
Sean Macdonald
Joe Mashuga
Tobin Melroy
Ashe Potter
Joshua Stewart
Trampas Whiteman
Richard Connery
Luis Fernando De Pippo
Matt Haag

Libro I
En el nombre de Chemosh

Prólogo

Timoteo Curtidor no era un hombre malo, sólo era débil.

Tenía esposa, Gerta, y un bebé recién nacido que estaba sano y era precioso. Los amaba entrañablemente a los dos y habría dado la vida por ellos. Lo malo es que era incapaz de ser fiel a su esposa. Se sentía terriblemente culpable por su «pindongueo», como lo llamaba él, y cuando el bebé nació se prometió a sí mismo que jamás volvería a mirar siquiera a otra mujer.

Pasaron tres meses y Timoteo mantuvo su promesa. De hecho había rechazado a un par de sus antiguas amantes, a quienes explicó que era un hombre nuevo, cosa que parecía verdad porque realmente adoraba a su hijo y sólo sentía gratitud y amor por su esposa.

Entonces, un día Lucy Ruedero entró en su tienda.

Aunque venía de una familia de curtidores, Timoteo había sido aprendiz de zapatero y se ganaba la vida haciendo y reparando calzado.

—Quiero saber si este zapato tiene arreglo —dijo Lucy.

Puso el pie en un taburete bajo y se remangó la falda hasta más arriba de la rodilla, de manera que dejó a la vista una pierna contorneada y aún más.

—¿Y bien, maese Curtidor? —inquirió pícaramente ella.

Timoteo apartó la vista de la pierna de la joven, no sin esfuerzo, y la bajó al zapato. Estaba completamente nuevo. Alzó los ojos hacia la chica, que le sonrió. Después ella se bajó la falda y se inclinó, supuestamente para atarse el zapato, si bien le mostró el generoso busto todo el rato. El zapatero se fijó en una señal que tenía en el pecho izquierdo; parecía la marca de un beso. Se imaginó posando los labios en aquel mismo lugar y se quedó sin aliento.

Lucy era una de las chicas más bonitas de Solace y también una de las más inalcanzables, si bien corrían rumores...

Al igual que Timoteo, estaba casada. Su esposo era una bestia de hombretón, amén de terriblemente celoso.

La joven se irguió y se colocó bien la blusa mientras echaba una ojeada a la puerta.

—¿Podrías ocuparte del zapato ahora? Realmente lo necesito. Lo necesito terriblemente...

—¿Y tu esposo? —preguntó Timoteo entre toses.

—Ha salido de cacería. Además, podrías echar el cerrojo para que nadie te interrumpiera en tu trabajo.

Timoteo pensó en su esposa y en su hijo, pero no estaban allí y Lucy sí. Se levantó de la banqueta y se dirigió a la puerta, que cerró con llave. Era casi cualquier cliente pensaría que había ido a casa a

comer.

Para más segundad, condujo a Lucy a la trastienda. Ya mientras cruzaban la tienda la mujer se puso a besarlo, a acariciarlo, a desabrocharle la camisa y toquetearle los pantalones. En su vida había conocido a alguien tan ardiente, y a él lo consumía la pasión. Se tendieron sobre un montón de pieles apiladas. Lucy se despojó de la blusa y el zapatero le besó el pecho justo sobre la marca de los labios, pero ella le puso la mano sobre la boca.

—Quiero que hagas algo por mí, Timoteo —dijo, entre jadeos. —¡Cualquier cosa! —Apretó el cuerpo contra el de la mujer, pero ella lo mantuvo a raya.

—Quiero que te entregues a Chemosh.

—¿A Chemosh? —Timoteo rió. ¡No era el momento más oportuno para discutir sobre religión!—. ¿El dios de los muertos? ¿A qué viene eso?

—Sólo es algo que se me ha antojado —contestó Lucy mientras enroscaba el cabello del hombre en un dedo—. Soy una de sus seguidoras. Y es el dios de la vida, no de la muerte. Son esos horribles clérigos de Mishakal los que van diciendo cosas malas sobre él. No debes creerles.

—No sé... —A Timoteo aquello le parecía muy raro.

—Deseas complacerme ¿verdad? —preguntó Lucy a la par que le besaba el lóbulo de una oreja—. Soy muy agradecida con los hombres que me complacen.

Deslizó las manos hacia abajo por el cuerpo del hombre. Era muy diestra, y Timoteo gimió de deseo.

—Sólo tienes que decir: «Me entrego a Chemosh» —susurró Lucy —. A cambio tendrás vida eterna, juventud eterna... Y a mí. Si quieres podremos hacer el amor así todos los días.

Timoteo no era un hombre malo, sólo era débil. Jamás había deseado tanto a una mujer como deseaba a Lucy en ese momento. No era religioso en absoluto y no veía qué había de malo en prometer algo a Chemosh si con eso la hacía feliz.

—Me entrego a Chemosh... y a Lucy —dijo, bromeando.

Lucy le sonrió y presionó los labios contra el pecho izquierdo del hombre, sobre el corazón.

Un dolor espantoso acometió a Timoteo. El corazón empezó a latirle desbocado, irregularmente. El dolor se extendió por los brazos, torso abajo y por las piernas. Intentó apartar a Lucy, frenético, pero la mujer tenía una fuerza terrible y lo mantuvo inmóvil sin dejar de apretar los labios contra su pecho. Sintió un espasmo en el corazón. Quiso gritar, pero le faltaba el aliento. El cuerpo se le estremeció, lo sacudió una convulsión y se puso rígido a medida que el dolor, como si fuera la mano de un dios maligno, lo asía y lo estrujaba, lo retorcía,

lo desgarraba y lo arrastraba a la oscuridad.

Timoteo salió de la oscuridad y entró en un mundo que parecía todo él penumbra. Vio objetos que le resultaban familiares pero que no conseguía reconocer. Sabía dónde estaba, pero eso no tenía importancia. Le daba igual. La mujer con la que había estado se había marchado. Intentó recordar su nombre, pero le fue imposible.

Sólo había un nombre en su mente, y fue el que pronunció:

—Mina...

Sabía quién era a pesar de que no la conocía. Tenía unos preciosos ojos ambarinos.

—Ven a mí —lo llamó Mina—. Mi señor Chemosh te necesita. —Iré —prometió Timoteo—. ¿Dónde te encontraré? —Sigue la calzada hacia el amanecer. —¿Quieres decir que abandone mi casa? No, no puedo... El dolor asaltó a Timoteo, un dolor espantoso que eta como la agonía de la muerte.

—Sigue la calzada hacia el amanecer —repitió Mina. —¡Lo haré! —jadeó, y el dolor cesó.

—Tráeme discípulos —le dijo—. Da a otros el regalo que se te ha dado a ti. Jamás morirás, Timoteo, jamás envejecerás, jamás sentirás temor. Da a otros ese regalo.

La imagen de su esposa acudió a su mente. Timoteo tuvo la vaga sensación de que no quería hacer eso, de que le causaría un gran daño a Gerta si le hacía eso. No, no lo...

El dolor lo desgarró, lo retorció, lo estrujó.

—¡Lo haré, Mina! —gimió—. ¡Lo haré!

Timoteo fue a casa con su familia. El bebé descansaba en la cuna echando la siesta de la tarde, pero Timoteo no le hizo el menor caso. No recordaba que fuera hijo suyo ni le importaba nada. Sólo veía a su esposa y sólo oía una voz, la de Mina, ordenándole: «Tráela...».

—¡Querido! —lo saludó Gerta, complacida pero sorprendida—. ¿Qué haces en casa a esta hora?

—Vine para estar contigo, amor mío —contestó Timoteo, que la estrechó entre sus brazos y la besó—. Vamos a la cama, esposa.

—¡Tim! —Gerta soltó una risita e intentó, sin demasiado empeño, apartarlo—. ¡Aún es de día!

—¿Y eso qué importa? —No dejaba de besarla, de tocarla, y sintió que ella se derretía entre sus brazos.

—El niño... —dijo Gerta, haciendo un último y débil intento.

—Está dormido. Vamos. —Timoteo llevó a su esposa al lecho—. ¡Déjame probarte que te amo!

—Sé que me amas —repuso Gerta, que se acurrucó contra él y empezó a responder a sus besos.

Comenzó a desabrocharle la túnica, pero Timoteo le asió las manos.

—Hay algo que has de hacer como prueba de que me amas, esposa. Recientemente me he convertido en seguidor de un dios, Chemosh, y quiero que compartas el gozo que yo he hallado en servirlo.

—Oh, pues claro que sí, esposo, si eso es lo que quieres —respondió Gerta—. Pero no sé nada sobre dioses. ¿Qué clase de dios es Chemosh?

—Un dios de vida eterna —dijo Timoteo—. ¿Te entregarás a él?

—Haré lo que sea por ti, esposo.

Él abrió la boca para decir algo, pero se frenó. Notaba una lucha en su interior. El rostro se le contrajo en un gesto de dolor. —¿Qué te ocurre? —preguntó ella, alarmada.

—¡Nada! Me ha dado un calambre en el pie, eso es todo. Di las palabras: «Me entrego a Chemosh».

Gerta hizo lo que le pedía y añadió: —Te amo.

Entonces Timoteo musitó algo muy raro mientras se inclinaba sobre ella y apretaba los labios contra su pecho, sobre el corazón. —Perdóname...

1

Ausric Krell, Caballero de la Muerte, contempló atónito cómo una pieza blanca del khas, el kender, corría a través del tablero, se abalanzaba a toda velocidad contra el caballero oscuro de sus fichas y luchaba a brazo partido con él. Ambas piezas cayeron del tablero y empezaron a rodar por el suelo.

«¡Eh, un momento! Eso va contra las reglas», fue el primer pensamiento indignado de Krell.

El segundo pensamiento, estupefacto, fue: «Jamás había visto hacer eso a una pieza de khas».

El tercer pensamiento incluía una conclusión reveladora: «Ésa no es una pieza de khas normal y corriente».

El cuarto pensamiento fue profundamente receloso: «Aquí está pasando algo muy raro».

Después de eso, los pensamientos que tuvo fueron tremendamente embarullados, sin duda debido al hecho de que estaba enzarzado en un combate contra una mantis gigantesca para salvar su existencia como muerto viviente.

Krell siempre había detestado a los bichos, y esa mantis en particular resultaba realmente aterradora con sus tres metros de longitud, esos ojos bulbosos, el caparazón verde y seis patas enormes del mismo color, dos de las cuales asían a Krell mientras las mandíbulas se cerraban como un cepo sobre su espíritu acobardado y el bicho empezaba a mascar ruidosamente su cerebro.

Tras un instante aterrador, Krell comprendió que aquél no era un insecto normal. En alguna parte había un dios involucrado en aquello, un dios al que no le caía muy bien, lo cual no era nada fuera de lo normal. Krell se las había ingeniado para indisponerse con varios dioses a lo largo de su vida, incluidas la fallecida y no llorada Takhisis, Reina de la Oscuridad, y su caótica y vengativa hija, esa diosa del mar, Zeboim, que se había indignado cuando descubrió que Krell era el responsable de la traición y el asesinato de su amado hijo, lord Ariakan.

Zeboim lo había capturado y lo había matado lentamente, sin apresurarse lo más mínimo. Cuando finalmente no quedó una sola chispa de vida en el cuerpo mutilado, le había echado una maldición por la que lo convirtió en un Caballero de la Muerte, y lo encerró en la incomunicada y execrable isla del Alcázar de las Tormentas, donde otrora había servido al hombre al que traicionó, para que permaneciera allí durante toda la eternidad con el recuerdo de su crimen siempre presente.

El castigo de Zeboim no había causado exactamente el impacto

que había esperado obtener. Otro famoso Caballero de la Muerte, lord Soth, había sido una figura trágica, consumida por el remordimiento que, a la larga, había hallado la salvación. A Krell, por otro lado, le gustaba su actual condición de muerto viviente. En la muerte había encontrado lo que siempre le había gustado en vida: la habilidad de intimidar y atormentar a los que eran más débiles. En vida, el aguafiestas de Ariakan le había impedido dar rienda suelta a esos placeres sádicos. Krell se había convertido en uno de los seres más poderosos de Krynn, y sacaba de ello un gozoso provecho.

Su mera presencia, embutido en la negra armadura y el yelmo con cuernos de carnero tras el cual ardían los rojos ojos de un muerto viviente, infundía el terror en el corazón de aquellos tan necios o atrevidos que se aventuraban en el Alcázar de las Tormentas para buscar el tesoro que, según se suponía, habían dejado allí los caballeros. Krell gozaba inmensamente de la compañía de esos aventureros. Obligaba a sus víctimas a jugar al khas con él y animaba las partidas torturándolos hasta que al fin sucumbían.

Zeboim había sido un fastidio por tenerlo prisionero en el Alcázar de las Tormentas, hasta que Krell despertó el interés de Chemosh, Señor de la Muerte. Krell había llegado a un acuerdo con Chemosh y se había ganado la libertad del Alcázar de las Tormentas. Con la protección del dios de los muertos, Krell había podido incluso hacerle burla a Zeboim.

Chemosh tenía en su posesión el alma de lord Ariakan, el amado hijo de la diosa del mar. El alma se hallaba atrapada en una pieza de khas. Chemosh tenía esa alma como rehén para asegurarse el «buen comportamiento» de Zeboim. Tenía planes respecto a cierta torre ubicada en el Mar Sangriento y no quería que la diosa del mar se entrometiera.

Zeboim, sulfurada, había enviado a uno de sus fieles —un miserable monje— al Alcázar de las Tormentas para que rescatara a su hijo. Krell había descubierto al monje merodeando y, feliz como siempre de tener visita, había «invitado» al monje a jugar al khas con él.

Para ser justos con Krell, el caballero muerto ignoraba que al monje lo enviaba la diosa, y la idea de que hubiese ido allí con el propósito de robar la pieza de khas que retenía el alma de Ariakan jamás se le pasó por la cabeza. Para empezar, su cerebro nunca había sido gran cosa y ahora parecía haberse reducido más al estar embutido en un pesado y aterrador yelmo de acero; un cerebro con el que un insecto gigante, enviado por un dios, se daba un banquete en ese momento.

El dios era del condenado monje, un monje que no había jugado limpio. En primer lugar, había llevado consigo una pieza de khas

ilícita; en segundo lugar, esa pieza de khas había realizado un movimiento ilegal; y en tercer lugar, el monje —en lugar de retorcerse y gemir de dolor después de que Krell le hubo roto varios dedos— lo había atacado físicamente con un bastón que resultó ser un dios.

Krell luchó con la mantis dominado por un pánico ciego, con puñetazos, patadas y golpes hasta que, de repente, el insecto desapareció.

El bastón del monje volvía a ser un bastón tirado en el suelo. Krell estaba a punto de pisotearlo para hacerlo astillas cuando se le ocurrió un quinto pensamiento.

¿Y si, al tocar el bastón, éste volvía a convertirse en una mantis?

Sin quitarle ojo, Krell sorteó el bastón con un amplio rodeo mientras evaluaba la situación. El monje había huido, cosa que era de esperar. Ya se ocuparía de él luego. Después de todo, no iba a ir a ningún sitio, ya que no podía abandonar aquella condenada roca. La inmensa fortaleza se erguía en lo alto de unos acantilados cortados a pico y azotados por las olas del turbulento mar. Krell levantó el tablero que el monje había tirado y recogió las piezas sólo para asegurarse de que la preciada pieza de khas que le había entregado Chemosh se hallaba a salvo.

No era así.

Febril, Krell colocó todas las piezas en el tablero de khas. Faltaban dos; una era la que albergaba el alma de Ariakan, la pieza que Chemosh le había ordenado guardar aún a costa de su existencia de muerto viviente.

El Caballero de la Muerte empezó a transpirar un sudor helado, algo nada fácil de hacer cuando no se tenía carne que se estremeciera ni entrañas que se agarrotaran. Krell cayó de hinojos. La pieza del caballero no estaba; tampoco la del kender.

—¡El monje! —gruñó.

Espoleado por la vivida imagen de lo que Chemosh le haría si perdía la pieza del caballero que contenía el alma de Ariakan, Krell se lanzó en persecución del monje.

No esperaba que aquello le llevara mucho tiempo. El monje estaba destrozado, tanto física como anímicamente, y casi no podía caminar, cuanto menos correr.

Salió de la torre, en la que habían estado disputando una partida tan cómoda y amistosa hasta que el monje la había echado a perder, y entró en el patio central del Alcázar. Vio en seguida que el monje tenía una aliada: Zeboim, la diosa del mar. Cuando apareció Krell, las densas nubes tormentosas se cerraron en el cielo y un siseante rayo cayó en la torre que acababa de abandonar.

Krell no era una de las grandes mentes intelectuales del mundo, pero de vez en cuando, a la desesperada, tenía destellos de lucidez.

—No me pongas la mano encima, Zeboim —bramó—. ¡Ese monje tuyo cogió la pieza equivocada! Tu hijo sigue en mi poder. ¡Si haces algo para ayudar a escapar a ese ladrón, Chemosh hará que fundan a tu precioso chico de peltre y que batan su alma hasta que caiga en el olvido!

El farol de Krell funcionó. Los relámpagos saltaron, vacilantes, de nube en nube; el viento encalmó, el cielo se tornó más plomizo y unos cuantos granizos tintinearon sobre el yelmo de acero de Krell. La diosa le escupió lluvia, pero eso fue todo.

Zeboim no osó hacerle daño. No osó acudir en ayuda del monje.

En cuanto a éste, avanzaba animosamente sobre las rocas en un vano intento de escapar. Hundidos los hombros, el hombre inhalaba de manera entrecortada. Estaba casi acabado; su diosa lo había abandonado, y Krell esperaba que se rindiera, que capitulara, que suplicara por su miserable vida. Eso era exactamente lo que el propio Krell había hecho en una situación semejante, si bien a él no le funcionó. Y tampoco le iba a funcionar a ese monje.

Una vez más, el hombre no jugó limpio y, en lugar de darse por vencido, empleó la fuerza que le quedaba en avanzar directamente hacia el borde del acantilado con pasos inestables.

¡Madre del Abismo! Krell, conmocionado, adivinó su intención. ¡El imbécil iba a saltar al vacío!

Si saltaba se llevaría consigo la pieza de khas, sin posibilidad de que Krell pudiera recuperarla, ya que no tenía la menor intención de ponerse a nadar en las infestadas aguas de Zeboim.

Tenía que agarrar al monje e impedirle que saltara. Por desgracia, hacerlo no era una tarea fácil de conseguir. Su forma corpulenta, embutida en la armadura completa de un Caballero de la Muerte, se movió con pesada lentitud. No podía correr.

Las piezas de la armadura tintinearon y entrechocaron ruidosamente. Las pisadas retumbantes hicieron temblar el suelo. Contempló con creciente terror que el monje le iba sacando más distancia.

Krell halló una aliada inesperada en Zeboim. También ella temía por la pieza de khas que el monje llevaba encima e intentó detener al hombre. Dejó caer sobre él un aguacero y fuertes ráfagas de viento lo zarandearon, pero el miserable monje se levantó y siguió adelante.

Llegó al borde del acantilado. Krell sabía lo que había abajo: peñascos de granito aserrados tras una caída de más de veinte metros.

—¡Detenlo, Zeboim! —bramó Krell—. ¡Si no lo haces lo lamentarás!

El monje sostenía una bolsita de cuero en una mano y se la guardó debajo de la pechera de la ensangrentada túnica.

En medio de resbalones y juramentos, Krell avanzó a trancas y

barrancas por las rocas a la par que blandía la espada.

El monje subió a una repisa que sobresalía por encima del mar, y alzó el rostro al cielo encapotado de negros nubarrones pero iluminado intensamente por el miedo de la diosa.

—Zeboim, estamos en tus manos —gritó el monje.

Krell soltó un rugido de rabia.

El monje saltó.

Krell avanzó a bandazos entre las rocas; el impulso que llevaba lo condujo a un paso tan frenético que llegó al borde del acantilado antes de que se diera cuenta y estuvo a punto de precipitarse al mar.

El Caballero de la Muerte se tambaleó adelante y atrás durante lo que fue un instante de pánico —que le habría hecho dar un vuelco al corazón de haberlo tenido— antes de conseguir recuperar el equilibrio. Retrocedió unos pasos inestables, a trompicones, y después se adelantó centímetro a centímetro y se asomó cautelosamente por el borde. Esperaba ver el cuerpo destrozado del monje tendido sobre las rocas y a Zeboim lamiendo a lengüetazos su sangre.

Nada.

—Estoy jodido —masculló Krell, taciturno.

El Caballero de la Muerte alzó la vista al cielo, donde los nubarrones se volvían más oscuros y más densos. El viento empezó a soplar, comenzaron a caerle encima lluvia y granizo, rayos y truenos, cellisca y nieve, grandes fragmentos de una torre cercana.

Krell habría corrido a pedir protección a Chemosh pero, por desgracia, Chemosh era el dios que le había entregado la pieza de khas que acababa de perder. Al Señor de la Muerte no se lo conocía por ser misericordioso o clemente.

—En algún lugar de esta isla tiene que haber un agujero lo bastante profundo y oscuro donde un dios no me pueda encontrar —razonó al tiempo que evitaba por un pelo que una gárgola de piedra lo aplastara al precipitarse sobre él.

Dio media vuelta y desanduvo sus pasos bajo la furiosa tormenta.

2

Rhys Alarife era el monje que había tomado la desesperada decisión de saltar por el acantilado del Alcázar de las Tormentas. Había apostado la vida y la de su amigo Beleño, el kender, confiando en que Zeboim no los dejaría morir. No podía, ya que Rhys tenía en su posesión el alma de su hijo.

Al menos eso era lo que Rhys esperaba. Su mente tenía presente la alternativa de que, si la diosa lo había abandonado, podía morir lentamente y torturado a capricho por el cruel Caballero de la Muerte, o podía morir rápidamente en las rocas de allá abajo.

Dejando que ocurriera lo que quisiera la suerte, Rhys saltó al mar en una zona del Alcázar de las Tormentas donde no había rocas. Se zambulló en el agua y se hundió a tanta profundidad que la luz diurna se desvaneció muy por encima de él. Manoteó en la heladora oscuridad, sin saber dónde era arriba y dónde abajo. Tampoco es que importara: jamás podría alcanzar la superficie. Se estaba ahogando, tenía los pulmones a punto de reventar. Cuando abriera la boca se tragaría una muerte gorgoteante y asfixiante...

La mano inmortal de una diosa iracunda penetró en las profundidades de su océano, aferró a Rhys Alarife por el cogote, lo sacó de las aguas y lo arrojó a la orilla.

—¿Cómo te atreves a poner en peligro a mi hijo? —gritó la diosa. Siguió dando rienda suelta a su ira, pero Rhys no la oía. Cerrándose como las aguas del mar, la furia de Zeboim se cernió sobre su cabeza y ya no supo nada.

Rhys yacía boca abajo en la cálida arena. La tánica de monje estaba empapada, al igual que los zapatos. El cabello mojado le caía sobre la cara, y tenía los labios con un cerco blanco de sal; sal que también notaba dentro de la boca y en la garganta.

De pronto unas manos fuertes le dieron la vuelta, lo pusieron boca arriba, le echaron los brazos por encima de la cabeza y empezaron a bajarlos y a subirlos en un movimiento de bombeo para sacarle el agua de los pulmones.

Escupió agua de mar entre toses.

—Ya era hora de que volvieras en ti —dijo Zeboim sin dejar de subirle y bajarle los brazos.

Gimiendo, Rhys consiguió emitir una protesta que más parecía un graznido.

—¡Basta! ¡Por favor! —De nuevo vomitó agua de mar. La diosa lo soltó y dejó que los brazos del hombre cayeran con flojedad en la arena.

A Rhys le ardían los ojos a causa de la sal y apenas podía abrirlos.

Atisbo entre los párpados entrecerrados el repulgo de un vestido verde que ondeaba sobre la arena, cerca de su cabeza. Los dedos de un pie descalzo y bien formado le dieron golpecitos.

—¿Dónde está, monje? —demandó Zeboim.

La diosa se arrodilló a su lado; los ojos verde-azulados relucían. Un viento constante agitaba la espuma marina que era su cabello. Zeboim lo agarró del pelo, le levantó la cabeza de un tirón y le asestó una mirada fulminante.

—¿Dónde está mi hijo?

Rhys intentó hablar, pero tenía la garganta en carne viva, reseca. Se pasó la lengua por los labios cubiertos de sal. —Agua —pidió con voz áspera.

—¡Agua! ¡Te has bebido la mitad de mi océano! —estalló Zeboim —. Oh, vale —añadió, enojada, mientras Rhys cerraba los ojos y dejaba caer la cabeza en la arena, desmadejado—. Toma. No bebas mucho o volverás a vomitar. Limítate a enjuagarte la boca.

Lo incorporó un poco mientras le acercaba a los labios la copa que sostenía en la otra mano. La diosa podía ser tierna cuando quería. El monje sorbió el fresco líquido con gratitud, y Zeboim le pasó los dedos humedecidos por los labios y los párpados para quitarles la sal.

—Ya está —dijo en tono tranquilizador—. Ya has tomado agua. —El timbre de su voz se endureció—. Ahora déjate de darme largas. Quiero a mi hijo.

Cuando Rhys alargó las manos hacia la pechera de la túnica, donde había guardado la bolsita de cuero, el dolor lo asaltó y no pudo menos que dar un respingo. Alzó las manos. Tenía los dedos de color púrpura y doblados en ángulos extraños. Era incapaz de moverlos.

Zeboim lo miró y aspiró por la nariz.

—¡Yo no soy la diosa de la curación, si es lo que estás pensando! —le dijo fríamente.

—No os he pedido que me sanéis, majestad —repuso Rhys, prietos los dientes.

Lentamente, metió la mano tullida en la pechera de la túnica y suspiró con alivio al tantear el cuero mojado. Había albergado el temor de que la bolsa se le hubiera perdido en la zambullida desde lo alto del acantilado. Tanteó la bolsa torpemente, pero no podía mover los dedos rotos lo suficiente para abrirla.

La diosa le asió la mano y, de uno en uno, tiró de los dedos y le colocó los huesos en su sitio. El dolor fue espantoso y por un instante Rhys creyó que iba a desmayarse. Sin embargo, una vez que Zeboim hubo terminado, los huesos rotos estaban curados. Las magulladuras amoratadas desaparecieron y la inflamación empezó a disminuir. Por lo visto Zeboim tenía su propio toque curativo.

Rhys permaneció tendido en la arena, bañado en sudor, a la

espera de que las náuseas remitieran.

—Te lo advertí —dijo la diosa—. No soy Mishakal.

—No, majestad, pero gracias de todos modos —murmuró el monje.

Las manos sanadas buscaron bajo la túnica y sacaron la bolsa de cuero. Tras aflojar el lazo que la cerraba, la volcó boca abajo. Dos piezas de khas cayeron en la arena, un caballero montado en un dragón azul y un kender.

Zeboim se apoderó rápidamente de la pieza del caballero y la sostuvo en la mano mientras la acariciaba y le hablaba con dulzura.

—Hijo mío. Mi querido hijo. Tu alma será liberada, iremos a ver a Chemosh inmediatamente.

Se produjo una pausa en la que la diosa parecía estar escuchando, y a continuación habló de nuevo, la voz alterada:

—No discutas conmigo, Ariakan. ¡Tu madre sabe lo que es mejor!

Acunando en las manos la figura de khas, Zeboim se puso de pie. Las nubes tormentosas oscurecían el cielo. Se levantó aire y aventó los punzantes granos de arena contra la cara de Rhys.

—¡No os vayáis aún, majestad! —gritó el monje, desesperado—. ¡Quitad el hechizo al kender!

—¿Qué kender? —inquirió despreocupadamente Zeboim. Jirones de nubes se enroscaron a su alrededor, prestos a transportarla lejos.

Rhys se incorporó de un brinco, asió la figura del kender del khas y la sostuvo frente a la diosa.

—El kender arriesgó la vida por vos, al igual que yo —dijo Rhys —. Haceos esta pregunta, majestad: ¿por qué iba Chemosh a liberar el alma de vuestro hijo?

—¿Que por qué? ¡Porque yo lo ordeno, por eso! —replicó la diosa, aunque sin el brío habitual en ella. Parecía insegura.

—Chemosh hizo esto por una razón, majestad —continuó Rhys—. Lo hizo porque os teme.

—Pues claro que me teme —repuso Zeboim a la par que se encogía de hombros—. Como todo el mundo. —Hubo cierta vacilación antes de que la diosa añadiera-: Pero no me importaría oír lo que tengas que decir al respecto. ¿Por qué crees que Chemosh me teme?

—Porque habéis descubierto muchas cosas sobre los Predilectos, esos terribles muertos vivientes que ha creado. Habéis descubierto demasiadas cosas sobre Mina, la mujer que es su cabecilla.

—Tienes razón. Esa niñata, Mina. Me había olvidado de ella. — Zeboim lanzó a Rhys una mirada de reconocimiento reacio—. También tienes razón en cuanto a que el Señor de la Muerte no liberará el alma de mi hijo. No sin coerción. Necesito algo que lo obligue a hacerlo. Necesito a Mina. Tienes que encontrarla y traérmela. Tarea que, según recuerdo, te encargué en primer lugar. —

Zeboim lo miró, ceñuda—. De modo que ¿por qué no lo has hecho?

—He estado ocupado salvando a vuestro hijo, majestad —respondió Rhys—. Reanudaré la búsqueda, pero para dar con Mina necesito la ayuda del kender...

—¿Qué kender?

—Beleño. Este kender, majestad —dijo el monje al tiempo que alzaba la pieza de khas, que agitaba frenéticamente los diminutos brazos—. El acechador nocturno.

—¡Oh, de acuerdo! —Zeboim esparció arena sobre la pieza de khas, y Beleño se desplegó en todos sus ciento treinta centímetros junto a Rhys.

—¡Devuélveme a mi tamaño normal! —gritaba en ese momento el kender, que miró a su alrededor y parpadeó—. Oh, ya lo has hecho. ¡Vaya! ¡Gracias!

Beleño se tanteó todo el cuerpo y se llevó las manos a la cabeza a fin de asegurarse de que el copete seguía en su sitio. Se miró la camisa para comprobar que seguía llevando puesta una, como así era. También vestía calzas; y eran de su color preferido, púrpura, o al menos ése era el color que habían tenido en su momento. Ahora mostraban una peculiar tonalidad malva. Escurrió el agua que le empapaba la camisa, las calzas y el copete, y entonces se sintió mejor.

—No volveré a quejarme de ser bajo —le confió a Rhys en un cuchicheo.

—Si eso es todo lo que puedo hacer por vosotros dos, tengo otros asuntos urgentes que... —empezó Zeboim en tono cortante.

—Una cosa más, majestad —la interrumpió Rhys—. ¿Dónde estamos?

Zeboim echó una vaga ojeada en derredor.

—Estáis en una playa junto al mar. ¿Cómo quieres que sepa dónde? Para mí todas son iguales, no presto atención a esas cosas.

—Hemos de volver a Solace, majestad, a fin de buscar a Mina. Sé que tenéis prisa, pero si pudieseis trasladarnos allí...

—¿Y no os gustaría que os llenara los bolsillos de esmeraldas? —inquirió la diosa con una mueca sarcástica—. ¿Y qué tal daros un castillo con vistas a las costas del mar de Sirrion?

—¡Sí! —gritó Beleño con entusiasmo.

—No, majestad —dijo Rhys—. Trasladadnos simplemente a...

Dejó de hablar porque ya no había una diosa que lo oyera. Sólo estaban Beleño y varias personas que parecían sobresaltadas, así como un inmenso vallenwood que sostenía un edificio de tejado de dos aguas sobre sus ramas robustas.

Un gozoso ladrido resonó en el aire. Una perra negra y blanca salió corriendo del rellano donde había estado dormitando al sol. El animal bajó la escalera precipitadamente, esquivando las piernas de la

gente, a punto de tirar a varias personas patas arriba.

Corriendo a través del prado, *Atta* se abalanzó sobre Rhys y saltó a sus brazos.

El monje aferró el peludo cuerpo que se retorcía de contento y estrechó a la perra contra él con la cabeza hundida en el pelaje, húmedos los ojos de un líquido más dulce que el agua del mar.

Los cristales de colores de las ventanas captaron los últimos rayos del sol vespertino. La gente subía y bajaba la larga escalera que conducía desde el suelo hasta la posada de El Ultimo Hogar, asentada en la copa del árbol.

—Solace —exclamó Beleño con satisfacción.

3

Vaya, así me convierta en un ogro amante de elfas de ojos azules! —Gerard palmeó a Rhys en la espalda y después le estrechó la mano, aunque seguidamente volvió a darle palmadas en la espalda al tiempo que le sonreía—. Jamás pensé que volvería a verte a este lado del Abismo. —El alguacil hizo una pausa antes de agregar medio en broma, medio en serio-: Supongo que querrás que te devuelva a tu perra pastora de kenders.

Atta se acercó presurosa a Beleño para retorcerse junto a él y darle un rápido lametón, tras lo cual regresó corriendo con Rhys. Se sentó a sus pies, alzada la cabeza para mirarlo, abierta la boca y con la lengua colgando.

—Sí, quiero recuperar a mi perra —contestó el monje mientras se agachaba para rascarle las orejas.

—Me lo temía. Solace tiene ahora a los kenders más formales de todo Ansalon. Sin ánimo de ofender, amigo —añadió en favor de Beleño.

—No me he ofendido —repuso el kender alegremente. Olisqueó el aire—. ¿Qué especialidad hay en el menú de esta noche en la posada?

—Vale, ya está bien, vecinos, seguid con lo que estuvieseis haciendo —ordenó Gerard mientras agitaba las manos a la muchedumbre que se había agrupado cerca de ellos—. El espectáculo ha terminado. —Miró de reojo a Rhys y añadió en voz baja—. ¿Hago bien en suponer que se ha terminado, hermano? Imagino que no vas a experimentar una combustión espontánea ni nada por el estilo, ¿verdad?

—Espero que no —contestó Rhys con cierto recelo. Sabía bien que estando involucrada Zeboim sería mejor no prometer nada.

Unos cuantos vecinos remoloneaban por allí con la esperanza de disfrutar de más emociones; pero, conforme pasaba el tiempo y no ocurría nada más interesante que ver gotear la ropa mojada del monje y a un kender empapado, hasta los más ociosos siguieron su camino. Gerard se volvió hacia Rhys.

—¿Qué has estado haciendo, hermano? ¿Lavarte la ropa sin quitártela? Y el kender también. —Alargó la mano y sacó un trocito de planta viscosa, de color rojo pardusco, enredado en el pelo del kender —. ¡Algas! Y el océano más próximo se encuentra a ciento cincuenta kilómetros de aquí. —Gerard los observó atentamente.

«Claro que ¿por qué me sorprendo? La última vez que os vi a los dos estabais metidos en una celda con una chiflada. Cuando quise darme cuenta, ambos habíais desaparecido y yo me encontraba solo con una lunática que me sacó de la celda lanzándome por el aire con

un capirotazo y después me dejó fuera de mi propia cárcel sin dejarme entrar. ¡Tras lo cual también ella se esfumó!

—Creo que te debemos una explicación —dijo Rhys. —¡Me parece que sí! —gruñó el alguacil—. Vamos a la posada. Os podréis secar en la cocina y Laura os preparará algo de comer... —¿Qué es hoy? —lo interrumpió Beleño.

—¿Hoy? Día cuarto. ¿Por qué? —repuso Gerard con impaciencia.

—Día cuarto... ¡Oh, el menú especial son chuletas de cordero, con patatas hervidas y gelatina de menta! —exclamó Beleño, entusiasmado.

—Me parece que no es una buena idea ir a la posada —adujo Rhys—. Hemos de hablar en privado.

—¡Oh, pero, Rhys, son chuletas de cordero! —se lamentó Beleño.

—Iremos a mi casa —propuso Gerard—. No está lejos. No tengo chuletas de cordero —añadió al advertir la expresión sombría del kender—. Pero no ha)' nadie que haga el pollo guisado mejor que yo, en mi opinión.

La gente miraba al monje y al kender cuando pasaban a su lado por las calles de Solace; saltaba a la vista que se preguntaba cómo se las habían apañado esos dos para mojarse así en un día de sol radiante, sin una nube en el cielo. No habían llegado muy lejos, sin embargo, antes de que Beleño se frenara de golpe.

—¿Por qué nos dirigimos hacia la cárcel? —preguntó, desconfiado.

—No te preocupes, mi casa está cerca de la prisión —lo tranquilizó el alguacil—. Vivo cerca por si surgen problemas. La casa entra en mi salario.

—Ah, vale, entonces de acuerdo —respondió Beleño, aliviado.

—Comeremos y beberemos algo y tú podrás recuperar el bastón, hermano —añadió Gerard, como si acabara de recordarlo—. Te lo he guardado para dártelo cuando volvieras.

—¡Mi bastón! —Ahora le llegó el turno a Rhys de pararse de golpe, y miró a su amigo, estupefacto.

—Supongo que es tuyo. Lo encontré en la celda de la prisión después de que os fuisteis. Ibas con tanta prisa que se te olvidó —añadió con guasa. —¿Estás seguro de que el bastón es mío?

—Aunque yo no lo estuviera, *Atta* sí —contestó Gerard—. Duerme al lado todas las noches.

Beleño miró de hito en hito al monje. —Rhys... —empezó el kender.

El monje sacudió la cabeza con la esperanza de evitar la pregunta que sabía vendría a continuación.

—Pero, Rhys, tu bastón... —insistió el kender, perseverante.

—Ha estado en buenas manos todo este tiempo, a salvo —lo

interrumpió el monje—. No tendría que haberme preocupado por lo que podía haberle pasado.

Beleño cedió, pero siguió echando miradas desconcertadas a Rhys mientras caminaban. El monje no había olvidado su bastón en la celda. Había llevado consigo el emmide —una especie de vara de combate— en el imprevisto viaje al castillo del Caballero de la Muerte. Lo más probable era que el cayado les hubiese salvado la vida al sufrir la milagrosa transformación de deslucido bastón de madera a una gigantesca mantis religiosa que había atacado al Caballero de la Muerte. Rhys había dado por perdido el cayado en el Alcázar de las Tormentas y sintió una dolorosa punzada de pena por dejárselo allí a pesar de que había sido una huida a la desesperada. El emmide era sagrado para Majere, el dios a quien Rhys había dado la espalda.

Al parecer, el dios se negaba a darle la espalda a Rhys.

Con humildad, agradecimiento y desconcierto, Rhys consideró la intervención de Majere en su vida. Había pensado que el sagrado bastón era un regalo de despedida de su dios, una señal de que Majere había comprendido y perdonado a su reincidente seguidor. Cuando el emmide se había transformado en una mantis religiosa para atacar a Krell, Rhys había tomado aquello como una gracia final del dios. Sin embargo, el emmide había reaparecido, le había sido entregado a Gerard —un antiguo Caballero de Solamnia— para que lo guardara a buen recaudo; tal vez fuera una señal de que ese hombre era digno de confianza, así como una señal de que Majere aún estaba interesado en el monje.

«El camino hacia mí pasa a través de ti. Conócete a ti mismo y me conocerás», enseñaba Majere.

Rhys había creído que se conocía a sí mismo; entonces había llegado aquel día terrible en el que su desdichado hermano había asesinado a sus padres y a los hermanos de la orden de Rhys. Ahora se daba cuenta de que sólo había conocido el lado suyo que caminaba bajo el sol a lo largo de la orilla del río. No conocía ese otro lado que se arrastraba por el oscuro abismo de su alma. No lo había descubierto hasta que prorrumpió en gritos de tabia y experimentó deseos de venganza.

Ese lado oscuro lo había impulsado a rechazar a Majere por ser un dios de «no intervención» y aunar fuerzas con Zeboim. Había partido del monasterio para salir al mundo a buscar a su execrable hermano, Lleu, y llevarlo ante los tribunales. Había encontrado a su hermano, pero las cosas no habían sido así de sencillas.

Tal vez Majere y sus enseñanzas tampoco eran tan fáciles. Tal vez el dios era mucho más complejo de lo que Rhys había creído. Desde luego, la vida resultaba bastante más complicada de lo que jamás habría imaginado.

Un brusco tirón en la manga lo sacó de sus cavilaciones. Miró a Beleño.

—Sí, ¿qué pasa?

—No fui yo —dijo el kender, que añadió a la par que señalaba-: Fue él.

Rhys cayó en la cuenta de que el alguacil debía de haberle estado hablando todo ese tiempo.

—Perdona, Gerard, mis pensamientos tomaron un curso y no daba con el camino de vuelta. ¿Me decías algo?

—Te preguntaba si has vuelto a ver a esa lunática que aparentemente se cree con derecho a encerrarse en mi prisión o salir de ella cuando le apetece.

—¿Está allí ahora? —preguntó el monje, alarmado.

—No lo sé —replicó secamente Gerard—. No he mirado en los últimos cinco minutos. ¿Qué sabes sobre ella?

Rhys tomó una decisión. Aunque todavía había muchas cosas turbias, la señal del dios parecía muy clara. El alguacil era un hombre en el que podía confiar. ¡Y los dioses sabían que necesitaba confiar en alguien! No podía seguir cargando solo con esa responsabilidad.

—Te lo explicaré todo, Gerard. Al menos todo aquello que se puede explicar.

—Que no es mucho —masculló Beleño.

—En este momento, agradeceré cualquier aclaración por pequeña que sea —manifestó Gerard con el corazón en la mano.

La explicación quedó aplazada durante un rato. El agua salada que formaba una costra en su piel empezó a picarles, así que los dos, Rhys y Beleño, decidieron bañarse en el lago Crystalmir. La diosa del mar, habiendo recobrado a su hijo, se había dignado generosamente quitar la maldición que le había echado y el lago había recuperado su estado de cristalina pureza. Los peces muertos que sofocaban sus aguas se habían retirado en carros y se habían echado en los campos como nutrientes de las cosechas, si bien la pestilencia aún no había desaparecido del todo y los dos se lavaron lo más de prisa posible. Después de asearse, Rhys limpió la sangre y la sal de su túnica mientras Beleño restregaba sus ropas. Gerard les proporcionó indumentaria para que se pusieran mientras las suyas se secaban al sol.

Mientras se bañaban, el alguacil guisó un pollo en caldo condimentado con cebollas, zanahorias, patatas y algo que llamó su propio ingrediente especial secreto: clavo.

La casa de Gerard era pequeña pero cómoda. Estaba construida en el suelo, no en las ramas de uno de los famosos vallenwoods de Solace.

—Sin intención de ofender a los que moran en los árboles —aclaró el alguacil mientras repartía el pollo con un cucharón en platos y se los ofrecía a sus invitados—, me gusta vivir en un sitio donde si resulta que soy sonámbulo no me romperé el cuello.

Le dio a *Atta* un hueso de vaca y la perra se acomodó sobre los pies de Rhys para roerlo, satisfecha. El cayado del monje se encontraba en el rincón junto a la chimenea.

—Es tu... ¿Cómo lo has llamado? —preguntó Gerard.

—Emmide.

Rhys pasó la mano por la madera. Recordaba cada imperfección, cada bulto y cada nudo, cada muesca y cada corte que el emmide había ido recopilando a lo largo de más de quinientos años de proteger a los inocentes.

—El cayado es imperfecto, pero el dios lo ama —susurró—. Majere podría tener una vara del mismo metal mágico con el que se forjan las Dragonlances, pero su bastón es de madera, simple madera defectuosa. A pesar de esas imperfecciones, jamás se ha quebrado.

—Si estás diciendo algo importante, hermano, entonces habla en voz alta —dijo Gerard.

Rhys echó otra lenta mirada a la vara y después volvió a su silla.

—El bastón es mío —dijo—. Gracias por guardármelo.

—No es gran cosa por su aspecto —comentó Gerard—. Sin embargo, tú pareces darle importancia. —Esperó a que Rhys se tragara la cucharada de guiso y entonces añadió suavemente—: Bien, hermano, oigamos tu historia.

El kender sostenía un trozo de pan en una mano y una pata de pollo en la otra. Alternaba bocados a uno y a otro y los engullía atropelladamente, tanto que en cierto momento se atragantó.

—Despacio, kender. ¿Qué prisa tienes? —le dijo Gerard.

—Temo que no nos quedemos mucho tiempo aquí —masculló Beleño, al que le escurría salsa barbilla abajo.

—¿Y eso por qué?

—Porque no nos vas a creer. Te doy unos tres minutos para que nos saques de un empellón por la puerta.

El alguacil frunció el entrecejo y se volvió hacia Rhys. —¿Y bien, hermano? ¿Os voy a echar de aquí?

El monje guardó silencio un momento mientras se preguntaba por dónde empezar.

—¿Recuerdas que hace unos cuantos días te planteé una pregunta hipotética? ¿Que qué dirías si te contaba que mi hermano era un asesino? ¿Te acuerdas de eso?

—¡Pues claro! —exclamó Gerard—. A punto estuve de encerrarte por no informar de un asesinato. Algo sobre tu hermano Lleu que había matado a una chica... Lucy Ruedero, ¿no es así? Hablabas como

si lo dijeras en serio, hermano. Te habría creído si no hubiese visto a Lucy con mis propios ojos esa misma mañana, viva como tú. Y mucho más guapa.

—¿Has vuelto a verla desde entonces? —Rhys miró al alguacil con intensidad.

—No, qué va. Pero sí vi a su esposo. —Gerard puso un gesto sombrío—. O lo que quedaba de él. Troceado con un hacha y los pedazos metidos en un saco que apareció tirado en el bosque.

—¡Los dioses nos asistan! —exclamó Rhys, horrorizado.

—A lo mejor dijo que no quería servir a Chemosh —sugirió lúgubremente Beleño—. Como tus compañeros monjes.

—¿Qué monjes? —demandó Gerard.

—¿Dices que Lucy ha desaparecido? —preguntó a su vez Rhys.

—Aja. Le dijo a la gente que ella y su marido se iban de la ciudad para visitar un pueblo vecino, pero hice averiguaciones. Lucy no regresó, por supuesto, y ahora sabemos lo que le ocurrió a su esposo.

—¿Hiciste averiguaciones sobre ellos? —preguntó el monje, sorprendido—. Creía que no me habías tomado en serio.

—Al principio no lo hice —admitió Gerard, que se recostó cómodamente en la silla—. Pero después de que encontramos el cadáver de su marido me puse a pensar. Como te dije durante esa misma conversación, no eres muy hablador, hermano. Tenía que haber alguna razón para que dijeras lo que dijiste, de modo que, cuanto más pensaba en ello, menos me gustaba. Combatí en la Guerra de los Espíritus, luché contra un ejército de fantasmas. No me habría creído algo así si alguien me lo hubiera contado. Mandé a uno de mis hombres a ese pueblo para ver si podía encontrar a Lucy.

—Deduzco que no dio con ella.

—Nadie sabía nada de la chica en el pueblo. Al final resultó que ni se había acercado por allí, además de no ser la única que desapareció. Hemos tenido una racha de gente joven desaparecida. Dejan casa, familia y trabajos bien remunerados sin una palabra. Una pareja joven, Timoteo y Gerta Curtidor, abandonó a su bebé de tres meses, un niño al que ambos querían entrañablemente. —Echó una mirada de soslayo a Beleño—. Así que no tienes que embucharte la comida, kender. No voy a echaros a la calle.

—Es un alivio —contestó Beleño al tiempo que se limpiaba las migas caídas en la camisa prestada. Echó mano a una manzana.

—Y ya no digamos vuestra misteriosa desaparición de la celda de la cárcel —añadió el alguacil—. Pero empecemos por Lucy y Lleu, tu hermano. Afirmas que él la mató...

—Lo hizo —corroboró sosegadamente Rhys, que de repente se sentía muy aliviado, como si se hubiera quitado un gran peso de encima—. La asesinó en nombre de Chemosh, Señor de la Muerte.

Gerard se sentó derecho y se echó hacia adelante para mirar al monje a los ojos.

—Estaba viva cuando la vi, hermano.

—No, no lo estaba —replicó el monje—, y tampoco lo está mi hermano. Ambos estaban... están... muertos.

—Tan muertos como mi abuela —intervino Beleño, que dio un mordisco a la manzana con aire satisfecho. Se limpió el jugo con el envés de la mano—. Se nota en los ojos.

—Será mejor que empieces por el principio, hermano —pidió Gerard, que sacudió la cabeza, confuso.

—Ojalá pudiera—musitó Rhys.

4

Verás, alguacil, no sé dónde empieza la historia —explicó Rhys—. Es como si la historia me hubiese encontrado a mí cuando iba por la mitad. Eso ocurrió cuando mi hermano, Lleu, fue de visita al monasterio. Lo llevaron nuestros padres porque se estaba desmandando, se iba de juerga, frecuentaba malas compañías. No vi en ello nada más que el ímpetu y la irreflexión de la juventud. En realidad estaba ciego. El maestro de nuestra orden y *Atta* vieron claramente lo que yo no supe captar: que a Lleu le pasaba algo muy malo.

La perra alzó la cabeza y miró a Rhys mientras movía la cola. El monje acarició el suave pelaje del animal.

—Tendrías que haber visto a *Atta*. Al instante se dio cuenta de que mi hermano era una amenaza. Llegó incluso a morderlo, algo que jamás hace.

—Cierto. —Gerard miró a la perra y se frotó la barbilla—. Ni siquiera cuando se la provoca. —Calló, pensativo, sin quitar la vista del animal—. Me pregunto...

—¿Te preguntas qué, alguacil?

—No importa, hermano, dejemos eso ahora —dijo Gerard al tiempo que sacudía la mano—. Continúa.

—Esa noche —prosiguió Rhys—, mi hermano envenenó a los hermanos de la orden y a nuestros padres. Asesinó a veinte personas en nombre de Chemosh.

Gerard se levantó bruscamente de la silla y miró al monje, estupefacto.

—Intentó matarme a mí también, pero *Atta* me salvó la vida. —Rhys posó la mano en la cabeza de la perra con un gesto de agradecimiento—. Esa noche perdí la fe en mi dios. Estaba furioso con Majere por permitir que les sobreviniera algo tan malo a quienes eran sus leales y devotos servidores. Busqué un nuevo dios, uno que me ayudara a encontrar a mi hermano y a vengar las muertes de quienes amaba. Grité al cielo y una deidad me respondió.

—Que te responda un dios no es nada bueno, nunca —comentó Gerard, grave el gesto.

—Era la diosa Zeboim —explicó Rhys.

—Pero no aceptaste su patrocinio... —empezó Gerard—. ¡Por el cielo, lo aceptaste! ¡Esa es la razón de que ya no seas monje! Y esa mujer... Esa demente que estaba en mi cárcel... Y los peces muertos... Zeboim —acabó, sobrecogido.

—Estaba alterada —dijo Rhys como disculpándola—. Chemosh tenía esclavizada el alma de su hijo.

—Me convirtió en una pieza de khas —intervino Beleño—. ¡Sin pedirme permiso! —Indignado, el kender tomó otro trozo de pollo—. Entonces nos trasladó en un visto y no visto al Alcázar de las Tormentas para que nos enfrentásemos a un Caballero de la Muerte. ¡Un Caballero de la Muerte! ¡Alguien que va por ahí mutilando a la gente! ¿No es eso una locura? Y encima está el hijo, Ariakan. ¡No me hagas hablar mal de él!

—Lord Ariakan —repitió lentamente el alguacil—. El comandante de los caballeros negros durante la Guerra de Caos.

—Ese mismo.

—¿El que lleva muerto unos cincuenta años?

—Tal como pone en la lápida: «Muerto, pero no olvidado» —citó Beleño—. Ése era su problema. Lord Ariakan no pudo olvidar. ¿Y crees que se sintió agradecido porque Rhys y yo intentáramos salvarlo? Ni pizca. Lord Ariakan se negó en redondo a venir conmigo. Tuve que correr por el tablero y tirarlo al suelo. Esa parte tuvo su punto de emoción. —Beleño sonrió al recordarlo, pero de repente su gesto se tornó compungido.

«O lo habría tenido si Rhys no hubiera estado sangrando con los huesos rotos asomándole por la piel en los dedos que le había roto el caballero.

Gerard bajó la vista hacia las manos del monje. Los dedos parecían estar en perfecto estado.

—Entiendo. Dedos rotos —dijo.

—Lo que nos pasó a nosotros no tiene importancia, alguacil —afirmó Rhys—. Lo que importa es que hemos de encontrar la forma de parar a esos Predilectos de Chemosh, como se autodenominan. Son monstruos que van por ahí matando para vivir aunque, de hecho, están muertos...

—Eso puedo confirmarlo —dijo Beleño.

—Y, lo que es más, no se los puede destruir. Lo sé —añadió Rhys —. Lo intenté. Maté a mi hermano. Le rompí el cuello con el emmide. Se recuperó como te recuperarías tú tras chocar contra una puerta.

—Y yo intenté echarle uno de mis conjuros. Soy un místico, ¿sabes? —añadió Beleño, orgulloso. Después suspiró—. No creo que Lleu lo notara siquiera. Utilicé uno de mis conjuros más poderosos con él.

—Tienes que ser consciente de la gravedad de la situación, alguacil —prosiguió Rhys, muy seriamente—. Los Predilectos engatusan jóvenes y los conducen a su perdición sin que nadie pueda evitarlo... Al menos de la forma en la que lo hemos intentado. Lo que es más, tampoco podemos advertir a la gente sobre ellos porque nadie nos creería. Los Predilectos tienen la apariencia de una persona normal y actúan en todos los sentidos como cualquiera lo haría. Yo

podría ser uno de ellos, alguacil, y no te darías cuenta.

—No lo es, por cierto —afirmó Beleño—. Yo sé distinguirlos.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Gerard.

—Los de mi clase vemos de inmediato que están muertos —contestó Beleño—. No tienen el halo cálido que irradia del cuerpo, como lo tenéis tú y Rhys y *Atta* y cualquiera que esté vivo.

—Los de tu clase, dices. ¿Te refieres a los kenders?

—No cualquier kender adulto. Los kenders acechadores nocturnos. Pero mi padre dice que hay muchos como nosotros.

—¿Y qué me dices de ti, hermano? ¿Lo sabes con sólo mirar? —Era obvio que Gerard procuraba por todos los medios que su tono no sonara escéptico.

—A primera vista no. Pero, si me acerco lo suficiente, lo noto en sus ojos. Como dice Beleño, no hay luz en ellos, no hay vida. Los ojos de los Predilectos son los ojos muertos y vacíos de un cadáver. Hay otras formas de identificarlos; por ejemplo, los Predilectos de Chemosh poseen una fuerza increíble. No se les puede hacer daño ni se los puede matar. Y creo bastante probable que todos lleven una marca en el pecho izquierdo, sobre el corazón. La marca del beso letal que los ha matado.

Rhys calló, pensativo, e intentó recordar todo cuanto podía acerca de su hermano.

—Hay algo más que resultaba chocante en Lleu y que podría aplicarse a todos los Predilectos. Con el tiempo, mi hermano, o más bien esa cosa que fue mi hermano, parece que ha ido perdiendo la memoria. Lleu no me recuerda en absoluto ahora. No se acuerda de haber matado a sus padres ni de ninguno de los otros crímenes que ha cometido. Parece incapaz de retener nada en la memoria durante un período largo. Lo he visto engullir una comida entera y al cabo de un momento protestar porque tenía mucha hambre.

—Sin embargo recuerda que tiene que matar en nombre de Chemosh —adujo Gerard.

—Sí —admitió Rhys, sombrío—. Es lo único que recuerdan.

—*Atta* reconoce a los Predilectos cuando los ve —abundó Beleño al tiempo que daba una palmadita a la perra, la cual aceptó el gesto afectuoso de buen grado aunque saltaba a la vista que esperaba recibir otro hueso—. Si *Atta* los identifica, quizá otros perros también lo hagan.

—Eso explicaría un pequeño misterio al que he estado dándole vueltas —comentó Gerard, que miraba a *Atta* con interés. Sacudió la cabeza—. Aunque de ser así, entonces sería una noticia luctuosa. Veréis, la he llevado conmigo cuando realizaba mi trabajo. Me ayuda con el problema kender y también me es útil en otras cosas. Es una buena compañera y la voy a echar de menos, hermano. No me

importa decírtelo.

—Quizá, cuando regrese al monasterio, pueda entrenar a otro perro, alguacil... —Rhys hizo una pausa para reflexionar sobre lo que acababa de decir. «Cuando regrese.» En ningún momento había tenido intención de volver allí.

—¿Lo harías, hermano? —A Gerard se le notaba complacido—. ¡Sería estupendo! En cualquier caso y retomando lo que os estaba diciendo, *Atta* y yo comemos a diario en El Ultimo Hogar. Todos los de allí, la clientela habitual, conocen a *Atta*. Mis amigos se acercan y le hacen caricias, y ella se comporta siempre como una dama, muy amable y educada.

Rhys acarició las sedosas orejas de la perra.

—Bien, pues un día, ayer de hecho, uno de los habituales, un granjero que viene a vender sus productos en el mercado, comió en la posada como tiene por costumbre. Se agachó para acariciar a *Atta* como hace siempre, sólo que esta vez ella le gruñó y le lanzó un mordisco. Él rió y se apartó comentando que debía de haberla pillado en un mal momento. Entonces hizo intención de sentarse a mi lado y *Atta* se levantó en un visto y no visto, e interpuso el cuerpo entre él y yo. Tenía el pelo erizado. Le gruñó de nuevo y esta vez le enseñó los dientes. ¡Yo no entendía qué le pasaba! —Gerard parecía sentirse embarazado.

»Me temo que le hablé con aspereza, hermano. Y me la llevé al establo, donde la dejé atada hasta que aprendiera a comportarse. Me parece que le debo una disculpa. —Arrancó una tira de pollo y se la dio a la perra—. Lo siento, *Atta*. Por lo visto sabías lo que hacías en todo momento.

—¿Qué pasó con el granjero?

Gerard negó con la cabeza.

—No he vuelto a verlo desde entonces. —Se recostó otra vez en la silla, fruncido el entrecejo.

—¿Qué piensas, alguacil? —preguntó Rhys.

—Que si estos dos son capaces de identificar a esos Predilectos sólo con verlos podríamos tender una trampa. Pillar a uno con las manos en la masa. —Eso ya lo hice yo —lo atajó el monje, sombrío—. Me quedé allí mirando, impotente, mientras mi hermano mataba a una joven inocente. No tomaré parte en el mismo error de nuevo.

—Eso no ocurrirá esta vez, hermano —arguyó Gerard—. Tengo un plan. Llevaremos guardias, mis mejores hombres. Le pediremos al Predilecto que se rinda y, si no funciona, tomaremos medidas más drásticas. Nadie saldrá herido. Yo me ocuparé de que sea así.

Rhys seguía sin convencerse.

—Una pregunta más —dijo Gerard—. ¿Qué tiene que ver Zeboim con todo esto?

—Por lo visto hay una guerra entre los dioses...

—Justo lo que nos hacía falta —estalló Gerard, enfadado—. Los mortales conseguimos por fin establecer la paz en Ansalon, relativamente hablando, y ahora los dioses empiezan a pelearse de nuevo. Apostaría a que es una pugna por el poder ahora que la Reina de la Oscuridad ha desaparecido. Y a nosotros, los pobres mortales, nos pilla en medio. ¿Por qué no nos dejan en paz los dioses, hermano? ¡Solventemos cada cual nuestros propios problemas!

—Lo hemos hecho de maravilla hasta ahora —dijo secamente Rhys.

—Todos los problemas que han azotado este mundo siempre los han causado los dioses —afirmó con vehemencia el alguacil.

—Los dioses no —lo contradijo suavemente Rhys—. Los mortales en nombre de los dioses.

Gerard soltó un resoplido.

—No digo que las cosas fueran mucho mejor cuando los dioses no estaban, pero al menos no teníamos muertos vivientes caminando por ahí y asesinando... —Vio que el monje parecía sentirse incómodo e interrumpió su perorata.

»Lo siento, hermano. No me hagas caso. Este asunto me exaspera. Continúa con tu historia. Necesito saber todo lo que sea posible si voy a combatir a esos seres.

Rhys vaciló antes de proseguir en voz queda.

—Cuando perdí la fe clamé para que un dios, cualquier dios, se pusiera de mi parte. Zeboim respondió a mi plegaria, una de las pocas veces que ha prestado oído a cualquiera de mis plegarias. La diosa me dijo que la persona que estaba detrás de todo esto era una mujer llamada Mina...

—¡Mina!

Gerard se puso de pie tan de prisa que volcó el cuenco de pollo y lo desparramó por el suelo, para alegría de *Atta*. Estaba bien entrenada para pedir, pero, según la Ley Inmortal de los Perros, si la comida caía al suelo, entonces se le echaba el guante.

Beleño soltó un grito consternado y se agachó para salvar algo, pero *Atta* demostró ser mucho más rápida que él. La perra se tragó lo que quedaba de pollo sin molestarse siquiera en masticarlo.

—¿Qué sabes de la tal Mina? —inquirió el monje, sobresaltado por la brusca reacción de Gerard.

—La conozco, hermano. La he visto —contestó Gerard, que se pasó los dedos por el pelo amarillo, con el resultado de que se le puso de punta—. Y te diré una cosa, Rhys Alarife. Es algo que no quiero volver a repetir. No parece de este mundo, ésa. Si está detrás de esto... —Enmudeció, caviloso.

—Sí —lo apremió Rhys—. Si está detrás de esto ¿qué?

—Entonces creo que más vale que me replantee mis planes —contestó Gerard, sombrío. Se dirigió hacia la puerta—. Tú y el kender no os mováis. Tengo trabajo que hacer. Os necesitaré en Solace unos cuantos días, hermano.

—Lo siento, alguacil —dijo Rhys al tiempo que sacudía la cabeza —, pero he de seguir buscando a mi hermano. Ya he perdido un tiempo precioso...

Gerard se paró en la puerta abierta y se volvió.

—Y cuando lo encuentres, hermano, ¿qué harás entonces? ¿Te limitarás a ir tras él y ser testigo de sus asesinatos? ¿O quieres pararlo de una vez por rodas?

Rhys no respondió, sólo miró a Gerard en silencio.

—Me vendría bien tu ayuda, hermano. La tuya, la de *Atta*y, sí, incluso la del kender-añadió a regañadientes—. ¿Os quedaréis los tres unos pocos días?

—¡Un alguacil que pide ayuda a un kender! —exclamó Beleño, sin salir de su asombro—. Apuesto a que eso no ha ocurrido jamás en toda la historia del mundo. Quedémonos, Rhys.

Los ojos del monje se sintieron atraídos hacia el emmide, apoyado en el rincón.

—De acuerdo, alguacil, nos quedaremos.

Libro II
La Sala del Sacrilegio

1

Krell! —La voz levantó ecos en los cavernosos corredores del Alcázar de las Tormentas; siguió retumbando incluso después de que los ecos se hubieron apagado y rebotó dentro del yelmo vacío del Caballero de la Muerte—. Muéstrate.

Krell reconoció la voz y se metió más hondo en el agujero. También allí, a gran profundidad bajo tierra, el agua de las constantes tormentas que azotaban la isla se abría camino a través de grietas y hendiduras. La lluvia corría en arroyuelos pared de piedra abajo. El agua se colaba en las botas vacías y a través de las espinilleras.

—Krell —llamó severamente la voz—. Sé que estás ahí abajo. No me hagas ir a buscarte.

—Sí, mi señor —farfulló Krell—. Ya salgo.

Chapoteando en el agua, el Caballero de la Muerte avanzó por el corto corredor que conducía a un acceso cerrado por una reja de hierro con goznes para que los esclavos pudieran abrirla cuando se les ordenaba bajar a limpiar.

Krell subió pesadamente la peligrosa escalera tallada en la cara del acantilado. Escudriñando por las hendiduras del yelmo abiertas a la altura de los ojos, el Caballero de la Muerte atisbo la capa negra y el cuello de encaje blanco del Señor de la Muerte. No vio nada más; le faltó valor para mirar al dios a la cara.

Se arrodilló con presteza.

—Mi señor Chemosh —entonó el acobardado caballero—, sé que os he defraudado; confieso que he perdido la pieza de khas, pero no fue culpa mía. Había un kender y un bastón que se convirtió en un insecto gigante. Además ¿cómo iba yo a saber que ese monje era un suicida?

El Señor de la Muerte permaneció callado.

Metafóricamente hablando, Krell empezó a sudar.

—Mi señor Chemosh, os compensaré. Estaré en deuda con vos para siempre, haré todo lo que me ordenéis —suplicó—. ¡Cualquier cosa! ¡No desatéis vuestra ira conmigo!

—Tienes suerte de que te necesite, miserable gusano. —Chemosh suspiró—. ¡Ponte de pie! Estás chorreando agua en mis botas.

Krell se incorporó trabajosamente.

—¿Me salvaréis también de ella? —Movió el pulgar hacia lo alto para referirse a la vengativa diosa. La furia de Zeboim iluminaba el cielo con relámpagos y su puño se descargaba en el suelo con la contundencia del trueno.

—Supongo que no me queda más remedio —dijo Chemosh con una voz que sonaba aletargada, como si estuviera demasiado cansado

para darle importancia—. Como he dicho antes, te necesito.

Krell se sentía inquieto; no le gustaba el tono del dios. El Caballero de la Muerte se atrevió a echar una ojeada más directa y lo que vio lo sobresaltó.

El señor de los muertos tenía peor aspecto que cualquiera de sus seguidores. Se diría que parecía vivo; vivo y víctima de un gran sufrimiento. Tenía el semblante demacrado, pálido, ojeroso; el cabello, enmarañado y las ropas, desaseadas. El encaje de los puños estaba desgarrado y manchado. Llevaba el cuello desabrochado y la camisa abierta hasta la mitad. Los ojos carecían de expresión, y la voz le sonaba hueca. Se movía con apatía, como si hasta levantar una mano le costara un gran esfuerzo. Aunque le hablaba a Krell, en realidad no parecía verlo ni que le interesara gran cosa.

—Mi señor, ¿qué ocurre? —preguntó Krell— No tenéis buen aspecto...

—Soy un dios y siempre estoy bien —replicó en tono glacial—. ¡Desgraciadamente!

A Krell sólo se le ocurría que tenía que haber habido alguna clase de derrota aplastante en la guerra.

—Decid quién es vuestro enemigo, mi señor, el que os hizo esto —pidió Krell, deseoso de complacer—. Lo encontraré y lo haré pedazos...

—Mi enemigo es Nuitari —contestó Chemosh.

—Nuitari —repitió el Caballero de la Muerte con inquietud; ya lamentaba su precipitada promesa—. El Señor de la Luna Oscura. ¿Por qué precisamente él?

—Mina está muerta.

—¿Que ha muerto Mina?

Faltó poco para que a Krell se le escapara el comentario de «¡ya era hora!», pero recordó justo a tiempo que Chemosh se había mostrado curiosamente enamorado de la humana.

—Lo lamento profundamente, mi señor —dijo en cambio, procurando dar un tono pesaroso a su voz—. ¿Cómo ocurrió esta... eh... tragedia?

—Nuitari la mató —respondió Chemosh con timbre enconado—. ¡Pagará por ello! ¡Tú se lo harás pagar!

Krell estaba alarmado. Nuitari, el poderoso dios de la magia oscura, no era exactamente el enemigo que había tenido en mente.

—Lo haría, mi señor, pero estoy convencido de que querréis vengar personalmente su muerte. ¿Qué tal si yo busco venganza con Chislev o con Hiddukel? Sin duda estaban metidos en la maquinación...

Chemosh movió un dedo, y Krell salió lanzado por el aire hacia atrás para acabar chocando contra el muro de piedra. Resbaló pared

abajo y se quedó tendido en un revoltijo de piezas de armadura a los pies del Señor de la Muerte.

—Tú, gusano gemebundo, cobarde y rastrero —espetó fríamente Chemosh—. Harás lo que yo te diga que hagas o te convertiré en la babosa sin arrestos que eres y te entregaré a la diosa del mar con un saludo cordial. ¿Qué tienes que decir al respecto?

Krell masculló algo.

—No te he oído bien. —Chemosh se agachó.

—Como siempre, mi señor, estoy a vuestro servicio para lo que gustéis mandar —respondió el Caballero de la Muerte, abatido.

—No esperaba menos de ti —dijo Chemosh—. Y ahora, sígueme.

—No será a visitar a... Nuitari, ¿verdad? —se acobardó Krell.

—A mi morada, zoquete. Necesito que hagas algo para mí antes que nada.

Habiendo decidido interesarse más en el mundo de los vivos con miras al día en que gobernara ese mundo, el Señor de la Muerte había abandonado su oscuro palacio en el plano del Abismo. Había buscado un lugar adecuado como su nueva morada y lo había encontrado en un castillo abandonado con vistas al Mar Sangriento, en la zona conocida como la Desolación.

Cuando la dragona suprema Malys tomó posesión de esa parte de AnsaIon, arrasó el campo, devastó labrantíos y granjas, aldeas, villas y ciudades. La región estuvo maldita mientras ella permaneció en el poder. No crecía nada, se secaron ríos y arroyos, los campos otrora fértiles se convirtieron en un desierto barrido por el viento; la hambruna y las enfermedades se propagaron. Ciudades como Flotsam perdieron gran parte de su población a medida que la gente huía de la maldición del dragón. El conjunto de la zona acabó conociéndose como la Desolación.

Con la muerte de Malys a manos de Mina, los espantosos efectos de la magia maligna de la dragona sobre la Desolación experimentaron una reversión. Casi en el mismo instante de la muerte de Malys los ríos empezaron a Huir y los lagos a llenarse. Pequeños brotes de vegetación asomaron en el suelo árido como si la vida hubiese permanecido allí todo aquel tiempo, a la espera de que se quitara el encantamiento que la tenía subyugada.

Con el regreso de los dioses, el proceso se aceleró, de manera que algunas áreas ya habían vuelto casi a la normalidad. La gente retornaba y empezaba a reconstruir. Flotsam, situada a unos doscientos cincuenta kilómetros del castillo de Chemosh, no era exactamente el bullicioso y animado centro de comercio —tanto legal como ilegal— que había sido antaño, pero ya no era una ciudad fantasma. Piratas y marineros legales de todas las razas deambulaban

por las calles de la famosa ciudad portuaria. Mercados y tiendas se reabrieron y Flotsam volvió a estar preparada para los negocios.

Zonas más extensas de la Desolación seguían bajo el azote de la maldición, sin embargo. Nadie habría imaginado el porqué ni el cómo. Una druida consagrada a Chislev, diosa de la naturaleza, exploraba esas áreas cuando se topó con una de las escamas de Malys. La druida teorizó que la presencia de la escama podría tener algo que ver con que la maldición continuara. Quemó la escama en una ceremonia sagrada y se cuenta que Chislev, molesta por aquella alteración de la naturaleza, bendijo la ceremonia. La destrucción de la escama no cambió las cosas en nada, pero la historia se difundió y la teoría cobró consistencia, de forma que a esas zonas malditas se las conocía como «escamaderos».

Una de esas zonas de escamadero fue la que Chemosh reclamó como suya. El castillo se alzaba en un promontorio con vistas al Mar Sangriento, en la zona conocida como Costa Sombría.

A Chemosh no le importaba en absoluto la continuidad de la maldición, no le interesaba el verdor ni las cosas que crecían, de modo que le daba igual que las colinas y los valles que había en torno al castillo fueran unos yermos pelados, extensiones desiertas de suelo ceniciento y roca calcinada.

El castillo que había ocupado estaba en ruinas cuando lo encontró; la dragona había matado a sus habitantes y lo había incendiado y arrasado. El dios había elegido esa ubicación porque sólo lo separaban unos ochenta kilómetros de la Torre del Mar Sangriento. Su intención había sido usar el castillo como una base de operaciones y había planeado almacenar en él los artefactos sagrados que sacaría de los escombros de la torre. Había acariciado la idea de que pasaría el tiempo allí clasificando, catalogando y calculando el inmenso valor de esos artilugios sacros que databan de la época del Príncipe de los Sacerdotes de Istar.

El castillo no serviría sólo como depósito para los objetos sagrados, sino como fortaleza para guardarlos. Valiéndose de la roca extraída en el Abismo por las almas perdidas, Chemosh reconstruyó el castillo, haciéndolo tan resistente que ni siquiera los propios dioses podrían asaltarlo. La roca abisal era más negra que el mármol negro y mucho más dura. Sólo la mano de Chemosh podía darle forma en bloques, y éstos eran tan pesados que sólo él era capaz de colocarlos en su sitio. El castillo contaba con cuatro torres de vigía, una en cada esquina. Dos murallas —una interior y otra exterior— lo rodeaban. El rasgo más excepcional de la construcción era que ninguna puerta rompía la lisa superficie de las murallas. No parecía haber entradas ni salidas.

Los muertos que guardaban el castillo no precisaban puertas. Los

espectros, fantasmas y espíritus sin sosiego que Chemosh había llevado para que defendieran su morada podían atravesar la roca abisal con la facilidad con la que un mortal se abría paso a través de una frondosa enramada. No obstante, Chemosh necesitaba un acceso para sus nuevos discípulos. Los Predilectos estaban muertos, pero conservaban la forma corporal. Entraban por un portal mágico situado en un punto al norte de la muralla. El portal lo controlaba Chemosh, señor del castillo, y otra persona que era quien habría tenido que ser la señora del castillo: Mina.

La intención de Chemosh había sido ofrecerle el castillo como regalo. Había elegido el nombre en honor a ella y como tributo a sus nuevos discípulos. Lo llamaba Castillo Predilecto.

Pero sólo el fantasma de Mina había acudido a instalarse allí.

Mina había muerto a manos de Nuitari, Señor de la Luna Oscura, el mismo dios que había acabado con los ambiciosos designios de Chemosh. Nuitari había levantado en secreto las ruinas de la Torre de la Alta Hechicería de Istar y se había apoderado del valioso tesoro de artefactos sagrados que habría instalado a Chemosh en el trono como dirigente del reino celestial y todos sus dioses. Nuitari había capturado a Mina, la había retenido como prisionera y, para demostrar su poder sobre el Señor de la Muerte, la había matado.

Ahora Chemosh vivía solo en el Castillo Predilecto. El lugar le resultaba detestable porque era un recordatorio constante de la destrucción de sus planes y designios. A pesar de lo mucho que detestaba el castillo, descubrió que no podía abandonarlo porque Mina estaba allí. Su espíritu acudía a él allí. Rondaba cerca del lecho; del lecho de ambos. Los ojos ambarinos lo contemplaban aunque no lo veían. Su mano se tendía hacia él, pero no lo hallaba. Su voz sonaba, pero no podía hablarle. Escuchaba para oír la voz de él, pero no lo oía cuando la llamaba.

La visión de su forma fantasmagórica lo atormentaba, e incontables veces intentó alejarse de ella. Regresaba a su morada abandonada en el Abismo, donde el espíritu de Mina no podía seguirlo, si bien su recuerdo perduraba allí también y esa remembranza le dejaba una sensación de dolor tan acerbo que se veía obligado a retornar al Castillo Predilecto para hallar solaz en la contemplación de su fantasma errabundo.

Chemosh se vengaría de Nuitari, de eso no le cabía la menor duda. No obstante, sus planes eran imprecisos, todavía en formación. El Caballero de la Muerte por sí solo no podía desalojar de la torre al poderoso dios, aunque eso no se lo dijo Chemosh a Krell. Planeaba dejar que Krell estuviera en ascuas durante un tiempo; le debía unas cuantas horas de inquietud por haber perdido a Ariakan.

Tampoco le dijo al Caballero de la Muerte que el resultado de su

chapucería al final había sido para bien. Zeboim era hermana de Nuitari, pero los hermanos no se profesaban el menor afecto. Ahora Chemosh había encontrado la forma de conseguir hacer de Zeboim una poderosa aliada.

El Señor de la Muerte, acompañado por un reacio Ausric Krell, se abrió paso a través de la muralla interior y la exterior del castillo y entró en la cámara principal, vacía salvo por un trono que se alzaba sobre un estrado situado en el centro. En el estrado había espacio para dos tronos, y cuando Chemosh había construido el castillo había habido dos solios. El mayor y más magnífico de ellos era el del dios; uno más pequeño y más delicado estaba destinado a Mina. Chemosh había reducido a trizas ese trono.

Los restos se encontraban desperdigados por la cámara. Krell, que lo seguía con ruidosas zancadas, pisó algunos de esos desperdicios. Con la esperanza de recobrar el favor del dios, Krell empezó a hablar efusivamente de la arquitectura del castillo.

Chemosh no hizo el menor caso de las lisonjas del Caballero de la Muerte. Tomó asiento en el trono y aguardó en tensión a que el fantasma de Mina acudiera ante él. La espera siempre era un tormento; en secreto, una parte de él esperaba que Mina no se materializara, que no la volviera a ver nunca más, porque entonces, quizá, la olvidaría. Pero si por alguna razón transcurría más tiempo de lo que era habitual y el fantasma no aparecía, entonces creía que se volvería loco.

Entonces apareció y Chemosh soltó un suspiro que era mezcla de desesperación y de alivio. La forma de la mujer, fluctuante, delicada y pálida como si estuviese tejida con telarañas, se desplazó a través del salón hacia él. Vestía una especie de atavío holgado de seda negra que parecía agitarse al impulso de profundas corrientes subterráneas, porque se ondulaba suavemente alrededor de la fantasmagórica figura. Alzó una mano espectral al aproximarse a él y abrió la boca como si fuera a decir algo, pero la muerte sofocaba sus palabras.

—Krell —llamó, cortante, Chemosh—. Resides en el plano de los muertos, igual que ella. Habla con el espíritu de Mina en mi nombre, pregúntale qué es lo que tan fervientemente desea decirme. Siempre ocurre lo mismo —masculló con nerviosismo mientras tironeaba del encaje de la bocamanga—. Se me aparece y parece que quiere decirme algo ¡pero no la oigo! A lo mejor tú puedes comunicarte con ella.

Krell había odiado a Mina en vida; se había enfrentado a él sin temor la primera vez que se habían visto y jamás se lo había perdonado. Se alegraba de que estuviera muerta, y lo que menos deseaba era convertirse en intermediario entre ella y su amante.

—Mi señor —se aventuró a señalar—, vos regís el plano de la muerte y de la muerte en vida. Si vos no os podéis comunicar...

Chemosh asestó una mirada envenenada al Caballero de la Muerte, el cual hizo una reverencia y masculló algo sobre sentirse muy satisfecho de hablar con Mina cuando tuviera a bien manifestarse.

—Está ahora aquí, Krell. ¡Habla con ella! ¿A qué esperas? ¡Pregúntale qué quiere!

Krell miró a su alrededor y no vio nada, pero como no quería indisponerse con su señor empezó a hablarle a una grieta de la pared.

—Mina —dijo en tono sonoro y apesadumbrado—, lord Chemosh quiere saber...

—¡Ahí no! —gritó Chemosh, exasperado, y señaló—. ¡Está aquí! ¡Junto a mí! Krell recorrió la cámara con la vista y después habló lo más diplomáticamente posible.

—Mi señor, el viaje desde el Alcázar de las Tormentas ha sido extenuante. Quizá deberíais acostaros...

Chemosh se levantó bruscamente del trono y se dirigió, furioso, hacia el Caballero de la Muerte.

—No queda mucho de ti, Krell, pero lo que queda lo desgarraré en pedacitos infinitesimales que desperdigaré a los cuatro vientos en el Abismo...

—¡Os juro, mi señor, que no sé de qué habláis! —gritó Krell al tiempo que retrocedía precipitadamente—. ¡Ordenasteis que hablara con Mina y estaría encantado de obedeceros, pero no veo a ninguna Mina a quien dirigirme!

Chemosh se detuvo.

—¿No la ves? —Señaló donde el fantasma de la mujer flotaba—. Si extiendo el brazo puedo tocarla. —Así lo hizo, y alargó la mano hacia ella.

Krell giró la cabeza en la dirección indicada y observó con toda atención. —Oh, sí, ahora que la señaláis...

—¡No me mientas, Krell! —gritó el dios a voz en cuello, prietos los puños. El Caballero de la Muerte reculó.

—Mi señor, lo lamento de veras, quiero verla, pero no la veo... Chemosh desvió la vista de Krell a la aparición. Entrecerró los ojos. —De modo que no la ves. Qué extraño. Me pregunto... —Entonces alzó la voz de forma que retumbó en el reino de los muertos. »¡A mí! ¡Servidores, esclavos! ¡A mí! ¡Venid!

El salón se llenó de una multitud fantasmal forzada a acudir a la llamada de su señor. Espectros y fantasmas se reunieron en torno a Chemosh y esperaron sus órdenes envueltos en su habitual silencio.

—Ves a estos seguidores míos, ¿verdad, Krell? —Chemosh hizo un gesto con el brazo.

Dejados atrás por el río de los espíritus en su curso hacia la eternidad, los muertos vivientes que habían caído presa de la

persuasión embaucadora del Señor de la Muerte flotaban en el cenagal estancado de su propia maldad.

—Sí, mi señor —contestó Krell—. Los veo. —Eran criaturas inferiores y les lanzó una mirada despectiva.

—¿Y no ves a Mina entre ellos?

El Caballero de la Muerte titubeó, angustiado.

—Mi señor, desde que morí mi vista no es tan buena como solía...

—¡Krell! —gritó Chemosh.

Los hombros del Caballero de la Muerte se encorvaron. —No, mi señor. Sé que no queréis oírlo, pero no está entre estos... El Señor de la Muerte estrechó a Krell entre sus brazos, con fuerza, tanta que estrujó la armadura y abolló el peto. —¡Krell, me has salvado de perder la cordura! Los ojos del Caballero de la Muerte irradiaron estupefacción. —¿Perdón, mi señor?

—¡Qué necio he sido! —manifestó Chemosh—. Pero ya se acabó. ¡Pagará por esto! ¡Juro por el Dios Supremo, que me expulsó del cielo, y por Caos, que me salvó, que Nuitari lo pagará!

Soltó a Krell y mandó retirarse a los orros muertos vivientes con un gesto de impaciencia. Se quedó mirando fijamente la imagen de Mina que seguía flotando delante de él.

—Dame tu espada, Krell —ordenó al tiempo que extendía la mano.

El Caballero de la Muerte desenvainó la espada y se la tendió al dios.

Asiéndola, Chemosh siguió mirando fijamente al fantasma de Mina unos instantes más y luego enarboló la espada y arremetió contra la imagen.

La imagen ilusoria de Mina desapareció. Chemosh volvió sobre sus pasos mientras cavilaba en voz alta.

—Un espejismo extraordinario que me engañó incluso a mí, pero a ti no podía engañarte, mi querido hermano, mi gran amigo, lord Krell.

—Me alegra haberos complacido, mi señor. —Krell estaba confuso; agradecido, pero confuso—. Pero no acabo de entenderos...

—¡Era una ilusión, Krell! ¡El fantasma de Mina era una ilusión! Por eso no la veías, porque Mina no está en tu reino, el reino de la muerte. Mina está viva, Krell. Viva y prisionera. —La expresión del dios se tornó sombría.

«Nuitari me mintió. No la mató, como fingió haberlo hecho. La tiene prisionera en su torre, en el fondo del Mar Sangriento. Mas ¿por qué? ¿Qué motivo tiene? ¿Acaso la quiere para él? ¿Es que supuso que la olvidaría una vez que la creyera muerta? Ah, ahora entiendo su juego. Probablemente le ha dicho que la he abandonado, pero ella no le creería. Mina me ama, me seguirá siendo leal. He de reunirme con

ella...

Hizo una pausa.

—¿Y si ha tenido éxito en seducirla? Después de todo es una simple mortal —continuó el dios, endurecido el tono de voz—. Mina juró una vez amar y seguir a la Reina Takhisis, y luego le dio la espalda para venir conmigo. Tal vez Mina me haya sustituido por Nuitari, quizás ambos traman algo contra mí. Podría ir derecho hacia una trampa... —Giró bruscamente sobre sus talones—. ¡Krell!

—¿Sí, mi señor? —Desesperado, el Caballero de la Muerte trataba de seguir el hilo de los peregrinos pensamientos del dios.

—Dijiste que Zeboim recuperó la pieza de khas que contenía el alma de su hijo, ¿verdad? —preguntó Chemosh.

—¡No fue culpa mía! —se apresuró a decir Krell—. Había un kender y un bicho gigante...

—¡Deja de gimotear! De hecho hiciste algo bien, para variar. Te voy a mandar un encargo.

—¿Qué encargo, mi señor? —preguntó el Caballero de la Muerte con cautela—. ¿Dónde voy?

—A llevar un recado a Zeboim...

Krell cayó de hinojos.

—Tanto da si acabáis conmigo ahora mismo, lord Chemosh, y así terminamos de una vez.

—Vamos, vamos, Krell —dijo Chemosh en tono tranquilizador. De repente estaba de muy buen humor—. La diosa del mar estará encantada de verte porque serás portador de excelentes noticias... siempre y cuando te permita vivir lo suficiente para que se las cuentes...

2

El enano y el semielfo estaban escudriñando en el gran cuenco de metal dragontino; los dos reían entre dientes al ver a Chemosh con sus lamentos por su amante «muerta» y se mofaban del Señor de la Muerte haciendo burla de él —como llevaban haciendo muchos días—, cuando las cosas empezaron a ir terriblemente mal.

—¡Está sobre nuestra pista! —dijo el enano, alarmado. —No, no lo está —lo contradijo el semielfo, con sorna. —¡Te digo que lo ha adivinado! —chilló el enano—. ¡Fíjate en eso! ¡Tiene una espada! ¡Pon fin al conjuro, Caele! ¡De prisa!

—No corremos peligro, Basalto, pedazo de cobarde —replicó Caele con una mueca retorcida en los labios—. ¿Acaso crees que va a saltar a través de tiempo y espacio para cortarnos las orejas?

—¿Y cómo estás tan seguro de que no puede hacerlo? —bramó el enano—. ¡Es un dios! ¡Interrumpe el hechizo!

Caele echó un vistazo al semblante del dios —lívido de ira, los ojos ardientes como los fuegos eternos del Abismo— y decidió que su compañero mago podría tener razón. El semielfo puso las manos sobre el pesado cuenco de metal dragontino, plantó bien los pies y empujó el recipiente fuera del pedestal, de forma que el contenido se vertió en el suelo. Se derramó sangre en los pies descalzos de Caele y salpicó la negra túnica del enano. El dios y su espada se desvanecieron. —¡Por qué poco! —Basalto se enjugó la cara con una manga. —Sigo pensando que no habría podido hacernos nada —masculló Caele. —Más vale no correr el riesgo.

Caele recordó la enorme espada que el dios había blandido y no tuvo más remedio que estar de acuerdo. Basalto y él se quedaron mirando en silencio y con aire sombrío el vacío recipiente de metal dragontino, así como el charco de sangre. Ambos pensaban en otro dios que se iba a enfadar, un dios que estaba mucho más cerca.

—No fue culpa nuestra —murmuró Caele mientras se mordía las uñas—. Eso tenemos que dejarlo bien claro.

—Sólo era cuestión de tiempo que Chemosh descubriera el engaño —convino Basalto.

—Me sorprende que haya tardado tanto —añadió Caele—. Después de todo, es un dios. Asegúrate de señalar eso al señor cuando le cuentes lo que ha ocurrido...

—¡Cuando le cuente, dices! —gruñó Basalto.

—Sí, por supuesto, deberías contárselo —afirmó fríamente el semielfo—. Al fin y al cabo eres el Celador de la Torre, el responsable que tiene todo a su cargo. Yo sólo soy tu subordinado, de modo que has de ser tú quien se lo cuente al señor.

—Soy el Celador de la Torre, sí. Y fue a ti a quien se encomendó la tarea de realizar el conjuro de ilusión. ¡A mi entender, ha sido culpa tuya que Chemosh lo descubriera! Quizá cometiste un error...

Caele dejó de morderse las uñas. Los largos y esbeltos dedos se crisparon como garras.

—Tal vez si a ti no te hubiera entrado pánico y no me hubieses ordenado que pusiera fin al hechizo prematuramente...

—¡Ponerle fin al hechizo! ¿De qué diablos habláis?

La voz severa sonó a espaldas de los magos. Los dos Túnicas Negras intercambiaron una mirada alarmada y luego, acobardados, se volvieron hacia Nuitari, Señor de la Luna Negra.

Ambos hechiceros se inclinaron en una profunda reverencia. Los dos vestían la negra túnica, símbolo de su dedicación a Nuitari. Aparte de eso, no había más semejanza entre ellos. Caele era alto y delgado, con cabello desgreñado y grasiento que rara vez se molestaba en lavar. Era medio humano y medio elfo, y profesaba un profundo odio hacia ambas razas. Basalto, el enano, era achaparrado y conservaba limpia la negra túnica y la barba arreglada. No le caía bien nadie de ninguna raza.

Al enderezarse tras la reverencia, los dos trataron de aparentar tranquilidad, como si no fueran conscientes en absoluto de encontrarse de pie en un suelo de piedra empapado con sangre de dragón, con el cuenco de metal dragontino volcado y cabeceando a sus pies.

El alto Caele contempló desde arriba, con desprecio, a Basalto, que a su vez alzaba la vista hacia él y le asestaba una mirada fulminante por debajo de las tupidas y negras cejas.

—Díselo —articuló Caele.

—Díselo tú —gruñó Basalto.

Más vale que alguno lo haga y mejor cuanto antes —dijo con irritación Nuitari.

—Chemosh descubrió la ilusión —informó el enano, que trató de sostener la oscura e implacable mirada del dios, cosa harto difícil.

—Venía directamente hacia nosotros y blandía una espada enorme —añadió el semielfo en tono quejumbroso—. Le dije a Basalto que el dios no podía hacernos daño alguno, pero al enano le entró el pánico e insistió en poner fin al conjuro...

—Pero no insistí en que volcaras el cuenco —barbotó Basalto.

—Eras tú el que chillaba como un wyvern herido...

—¡Y tú estabas tan asustado como yo!

Nuitari hizo un ademán brusco con las manos.

—Señor, ¿vendrá Chemosh a buscarla? —preguntó en voz baja Basalto, acobardado.

No hacía falta precisar a quién se refería.

—Quizá —respondió Nuitari—. A menos que la sabiduría del Señor de la Muerte sea mayor que su obsesión.

Caele miró de reojo a Basalto, que se encogió de hombros.

La cara de luna llena del dios, con ojos de párpados cargados y boca carnosa, no denotaba la menor expresión. Los magos no sabían discernir si estaba disgustado o sorprendido o alarmado o simplemente aburrido de todo el proceso.

—Limpiad este desbarajuste —fue todo lo que Nuitari dijo antes de girar sobre sus talones y marcharse.

Caele y Basalto tuvieron que levantar entre los dos el pesado recipiente en forma de dragón serpentino, cuya cola enroscada conformaba el cuenco, de vuelta al pedestal. Una vez que el cuenco estuvo de nuevo en su sitio, bajaron la vista hacia el charco que se extendía por el suelo de losas de piedra.

—¿Intentamos recuperar parte de la sangre? —preguntó Basalto. La sangre de dragón, sobre todo aquella que el reptil entregaba de buen grado, era un artículo extremadamente escaso y valioso.

—No —dijo Caele, sacudiendo la cabeza—. Ahora está contaminada. Además, la sangre pierde su capacidad para ejecutar conjuros después de cuarenta y ocho horas. Dudo que el señor tenga intención de llevar a cabo de nuevo este hechizo en mucho tiempo.

—Bien, entonces ve a traer trapos y un cubo y nos...

—¡Seré tu subordinado, Basalto, pero no soy tu perro faldero! —replicó el semielfo, furioso—. ¡Yo no voy a traer nada! Consigue tú mismo tus trapos y tu cubo. Yo tengo que inspeccionar el cuenco por si ha sufrido algún daño.

Basalto gruñó. El cuenco estaba hecho con metal dragontino; aunque lo hubiera tirado desde lo más alto de los Señores de la Muerte, habría caído en tierra sin sufrir una sola abolladura. Sin embargo, sabía por experiencia que podía pasarse la siguiente media hora enzarzado en una agria discusión con Caele de la que nunca saldría victorioso o podía ir a buscar los trapos y el cubo. El cuarto donde guardaban objetos tan mundanos estaba ubicado unos tres niveles más arriba de donde se encontraban en ese momento, una larga caminata escaleras arriba y escaleras abajo para sus cortas piernas. Basalto se planteó hacer desaparecer la sangre mediante la magia o conjurar unos trapos. No obstante, desechó tanto una cosa como la otra por miedo a que Nuitari se enterara.

Nuitari había prohibido a sus magos utilizar la magia para tareas triviales. Sostenía que el hecho de que un hechicero usara la magia para fregar los platos de la comida era un insulto a los dioses. Se suponía que Basalto y Caele tenían que hacerse la colada, conseguir su comida (una de las razones por las que habían desarrollado el artefacto con el que habían atrapado a Mina), cocinar y limpiar, todo

ello sin la ayuda de hechizos. Otros magos que con el tiempo llegaran para instalarse en la torre tendrían que vivir con las mismas restricciones. Se les exigiría realizar todas esas tareas serviles mediante un esfuerzo físico, no mágico. Basalto salió a hacer el recado y regresó con los músculos de las pantorrillas doloridos y de muy mal humor.

Al volver se encontró con Caele entretenido en dibujar monigotes con el dedo gordo del pie en la sangre del dragón.

—Toma —dijo el enano al tiempo que le lanzaba un trapo—. Ahora que has revisado el cuenco, puedes limpiarlo.

Caele lamentó no haber aprovechado la ausencia de Basalto para marcharse. El semielfo se había quedado perdiendo el tiempo en la cámara de ejecución de hechizos con la esperanza de que Nuitari regresara y se quedara impresionado al encontrarlo cuidando con tanto esmero el cuenco, que era uno de los artefactos favoritos del dios. Puesto que todavía existía la posibilidad de que Nuitari apareciera por allí, Caele se puso a limpiar los restos de la sangre de dragón.

—Bien, pues ¿qué quiso decir el señor con lo de que la sabiduría de Chemosh fuera mayor que su obsesión? —inquirió Basalto. El enano estaba a cuatro patas y restregaba enérgicamente la piedra manchada con un cepillo de cerdas.

—Está obsesionado con Mina, eso es evidente. Por ello nos fue posible perpetrar ese engaño con él.

—Algo que nunca he entendido, de todas formas —rezongó Basalto. Caele, consciente de que el señor podía estar escuchando, fue efusivo con sus elogios.

—En realidad considero brillante la estratagema de Nuitari —dijo el semielfo—. Cuando capturamos a Mina, el señor amenazó con matarla a fin de que Chemosh mantuviera la boca cerrada. Porque Chemosh, ¿sabes? amenazó con contar a los dos primos de Nuitari que éste había reconstruido en secreto la torre y que intentaba establecer su propia base de poder independiente de ellos. Amenazó con decirles a todos los dioses que el señor tiene en su posesión un depósito oculto de reliquias sagradas que les pertenecen a todos ellos.

—Pero la amenaza de muerte no funcionó —señaló el enano—. Chemosh abandonó a Mina a su suerte.

—Y ahí es donde la brillantez del señor relumbró realmente —dijo Caele—. Nuitari la mató mientras Chemosh lo presenciaba o, más bien, el señor fingió matarla.

Caele hizo una pausa con la esperanza de que Nuitari entrara y le agradeciera a su fiel seguidor sus elogios. Sin embargo, el dios no apareció y no hubo indicio alguno de que hubiese oído casualmente los comentarios halagadores del semielfo. Como estaba aburrido de

limpiar, Caele tiró el trapo.

—Ea, he terminado.

—¡Terminado! —exclamó el enano, que se había puesto de pie para inspeccionar el trabajo—. ¿Es que habías empezado? Fíjate en eso. Hay sangre en las escamas de alrededor de la cola y en los ojos y en los dientes, y se ha escurrido por todas las pequeñas hendiduras que hay entre las escamas...

—Eso es por el ángulo en el que incide la luz —replicó el semielfo con despreocupación—. Pero, si no te gusta, hazlo tú. Yo tengo que ir a estudiar mis hechizos.

—¡Ésa es precisamente la razón por la que se me nombró Celador! —le gritó Basalto a la espalda del semielfo, que se encaminaba hacia la puerta—. ¡Eres un cerdo! ¡Todos los elfos lo son!

Caele se volvió, prietos los puños; en los ojos rasgados hubo un destello de animosidad.

—He matado a hombres por insultos como ése, enano.

—Mataste a una mujer por ello, al menos —contestó Basalto—. La estrangulaste y la arrojaste a una cascada.

—¡Tuvo lo que se merecía, como te pasará a ti si sigues hablando así!

—¿Así, cómo? Tú mismo no puedes ni ver a los elfos, dices cosas peores que ésas sobre ellos todo el tiempo. —Basalto frotó el cuenco al tiempo que intentaba meter el trapo por los recovecos de las escamas.

—Puesto que la zorra que me parió era una elfa, yo puedo decir lo que guste sobre ellos —replicó Caele.

—Bonito modo de hablar de tu madre.

—Cumplió con su parte. Me trajo a este mundo, y bien que se lo pasó haciéndolo. Al menos yo tuve una madre, no broté en una cueva oscura como un hongo cualquiera...

—¡Has ido demasiado lejos! —aulló el enano.

—¡No lo suficiente! —exclamó Caele, enfurecido, crispados los largos dedos.

El enano arrojó el trapo al suelo, el semielfo olvidó el estudio de sus hechizos, y ambos se dirigieron una mirada fulminante. El aire chisporroteó con la magia.

Nuitari, que observaba desde las sombras, sonrió. Le gustaba que sus magos fuesen combativos; así se conservaban aguzados los filos cortantes.

Basalto estaba medio loco; Caele lo estaba del todo. Nuitari lo sabía desde mucho antes de llevarlos a la torre que se alzaba en el fondo del Mar Sangriento, pero lo traía sin cuidado. Eso no importaba siempre y cuando realizaran bien su trabajo, y los dos eran extraordinariamente buenos en lo suyo, ya que habían dispuesto de muchos años para perfeccionar sus aptitudes.

Debido a su longevidad, el semielfo y el enano se contaban entre los pocos hechiceros que quedaban en Krynn de entre los que habían servido al Señor de la Luna Oscura con anterioridad al hurto del mundo perpetrado por su madre. Los dos tenían una memoria excelente y habían conservado el conocimiento de la práctica de su arte a lo largo de los años intermedios.

Esos dos se encontraban entre los primeros que alzaron los ojos al cielo y vieron la luna negra, como también estaban entre los primeros en caer de rodillas y ofrecer sus servicios a su dios. Nuitari los había transportado a la torre con una condición: que no se matarían el uno al otro. Tanto el enano como el semielfo eran hechiceros muy poderosos y una batalla entre ambos sólo tendría como colofón la pérdida de dos valiosos servidores, además de correr el riesgo de que la recién reconstruida torre sufriera daños.

Caele —medio kalanesti, medio ergothiano— era propenso a sufrir violentos arrebatos de cólera. Ya había asesinado con anterioridad y no le causaba ningún desasosiego asesinar de nuevo. Habiendo renunciado tanto a su parte humana como a su parte elfa, había abandonado la civilización para vagar por terrenos agrestes como una bestia salvaje, hasta que la recuperación de su magia hizo que volviera a merecer la pena vivir. En cuanto a Basalto, el uso de la magia oscura le había granjeado muchos enemigos que, cuando los dioses de la magia desaparecieron, se sintieron eufóricos al descubrir que, de repente, su enemigo estaba desvalido. Basalto se había visto obligado a ocultarse a gran profundidad bajo la superficie, donde vivió durante años desesperado y lamentando la pérdida de su arte. Nuitari le había devuelto la vida al enano.

Nuitari esperó pacientemente el desenlace. Tales brotes de violencia se daban con frecuencia entre los dos. Sin embargo, el desagrado y la desconfianza que sentían el uno por el otro palidecían en comparación con el temor que le tenían a él y, hasta el momento, los altercados no habían tenido consecuencias. El enfrentamiento presente era más tenso de lo habitual ya que ambos estaban alterados y con los nervios de punta tras el encuentro con Chemosh. No habría sido extraño que hubiesen empezado a saltar chispas y alguno que otro hechizo, pero Nuitari tosió fuerte.

Basalto giró bruscamente la cabeza y los ojos de Caele parpadearon con temor. La tensión mágica pareció abandonar la estancia con un silbido, como haría el aire al escapar de una vejiga de cerdo inflada.

El enano metió las manos en las bocamangas de la túnica para no sentirse tentado de utilizarlas, en tanto que Caele tragaba saliva varias veces y la mandíbula se le contraía y aflojaba, como si hubiese tenido que masticar literalmente la ira antes de tragársela.

—¿Queréis saber por qué me tomé tantas molestias para crear esa imagen ilusoria de Mina? —inquirió Nuitari al tiempo que accedía a la estancia.

—Sólo si queréis contárnoslo, señor—dijo humildemente Basalto.

—Me tiene intrigado esa tal Mina —comentó el dios—. Me cuesta creer que la muerte de una simple mortal tuviera un efecto tan devastador en un dios, ¡pero faltó poco para que el pesar acabara con Chemosh! ¿Qué clase de poder ejerce esa Mina sobre él? También despierta mi curiosidad la relación que mantuvo con Takhisis. Corren rumores de que la Reina de la Oscuridad estaba celosa de esa chica. ¡Mi madre celosa de una mortal! Imposible. Por eso os ordené que siguieseis utilizando el conjuro de ilusión, para evitar que Chemosh viniera a rescatarla y así poder estudiarla.

—¿Has descubierto algo sobre ella, señor? —preguntó Caele—. Creo que mis informes tienen que haberte resultado muy esclarecedores...

—Los he leído —lo interrumpió Nuitari. Los informes sobre el comportamiento de Mina en cautividad le habían parecido extremadamente esclarecedores, sobre todo en un aspecto, pero no pensaba decírselo a ninguno de los dos—. Ahora que he satisfecho vuestra curiosidad, volved a vuestras ocupaciones.

Caele recogió un trapo y se puso a frotar el cuenco; Basalto aclaró su bayeta en el agua —que había adquirido un tinte rosáceo— y volvió a ponerse a gatas en el suelo.

Cuando los ecos de las pisadas de Nuitari dejaron de oírse por los corredores de las estancias de la magia, el semielfo arrojó el trapo al cubo con agua.

—Termina tú. Yo tengo que estudiar los conjuros. Si el Señor de la Muerte viene de camino para destruir la torre, los voy a necesitar.

—Ve, pues —dijo Basalto, sombrío—. De todos modos no me sirves de nada, pero lávate los pies antes de abandonar la cámara. ¡No quiero ver huellas de sangre marcando mis pasillos limpios!

Caele, que jamás usaba calzado, metió los pies descalzos en el cubo de agua. Basalto vio saltar la sangre seca a la túnica del semielfo, que estaba ya asquerosa, pero no dijo nada porque sabía que sería gastar saliva en balde. El enano se consideraba afortunado de que Caele se dignara ponerse al menos la túnica. Había pasado muchos años en el bosque tan desnudo como un lobo e igualmente salvaje.

El semielfo echó a andar hacia la puerta, pero se paró y se volvió.

—Llevo tiempo queriendo hacerte una pregunta. Cuando estás solo con Mina, ¿te ha intentado convencer para que te hagas discípulo de Chemosh?

—Sí —contestó el enano—. Me burlé de ella, por supuesto. ¿Y a ti?

—Me reí en su cara —repuso Caele.

Los dos se miraron con desconfianza.

—Bueno, me marcho —dijo Caele.

—Vete con viento fresco —farfulló Basalto, aunque en voz tan baja que sólo lo oyó su barba.

Sacudiendo la cabeza, reanudó la tarea de restregar el suelo sin dejar de refunfuñar.

—Ese Caele es un cerdo y no me importa que me oiga. Esa nariz larga que tiene siempre está apuntando hacia arriba. Se cree las pelotas de Reorx, eso es lo que piensa. Y es un cabrón perezoso, por si fuera poco. Me deja a mí todo el trabajo y luego se lleva los laureles. —El enano restregó enérgicamente.

»No puedo dejar que la sangre impregne la lechada, porque quedaría una mancha perenne. El señor me arrancaría la barba. Me pregunto si Caele se rió realmente de Mina o si aceptó su oferta de convertirse en uno de los elegidos de Chemosh —añadió—. Tal vez debería mencionarle este asunto al señor...

Caele se encerró en su habitación y tomó un libro de conjuros, pero en vez de abrirlo se quedó mirándolo fijamente.

—Me pregunto si Basalto se tragaría las mentiras de Mina. En él no me extrañaría nada. Los enanos son tan crédulos... Que no se me olvide informar a Nuitari que Basalto podría ser un traidor...

3

La torre siguió en pie, sin sufrir daños. Chemosh no fue a derribarla piedra mágica a piedra mágica para rescatar a su adorada amante. —Dale tiempo —dijo Nuitari. El dios se había apostado fuera de la estancia en la que tenía retenida a Mina, a la espera de que el Señor de la Muerte apareciera.

Pasaba el tiempo. Mina permanecía aislada en su celda, incomunicada, sin contacto con dioses ni con mortales, y su amado seguía sin acudir a liberarla.

—Te he subestimado, milord —murmuró Nuitari a su invisible enemigo—. Y me disculpo por ello.

Chemosh estaría eufórico al saber que la mujer a la que amaba seguía viva. Estaría furioso por el engaño del que había sido víctima. El Señor de la Muerte no era, al parecer, de los que dejaban que la alegría o la ira los ofuscaran. Chemosh quería a Mina, pero también quería los poderosos artefactos sagrados que Nuitari guardaba bajo llave y candado dentro de la torre. A buen seguro, el Señor de la Muerte estaba buscando la forma de conseguir ambos.

—¿Qué haces? —preguntó Nuitari a su igual—. ¿Has corrido a parlotear con los otros dioses? ¿Les estás contando que el grande y perverso Nuitari ha reconstruido la Torre de la Alta Hechicería de Istar?, ¿que ha recuperado y reclamado como suyo un valioso tesoro de reliquias sagradas? ¿Les has contado eso? —Nuitari sonrió.

»No, creo que no. ¿Por qué? Porque entonces todos los dioses sabrían el secreto de las reliquias y, una vez que lo supieran, todos querrían recuperar sus juguetes. ¿Dónde dejaría eso a Chemosh? De vuelta en el frío y oscuro Abismo.

En las postrimerías de la Era del Poder, el Príncipe de los Sacerdotes de Istar había decretado que todos los artefactos mágicos de aquellos dioses que no fuesen dioses buenos y justos (siempre a juicio del Príncipe de los Sacerdotes) serían confiscados por sus ejércitos de guerreros ungidos. Además de los que se confiscaron, el Príncipe de los Sacerdotes ofreció ricas recompensas por todas las reliquias que se considerara que se usaban con fines perversos. Entre guerreros ungidos, «buenos» ciudadanos, ladrones y saqueadores, los templos de casi todos los dioses de Ansalon fueron despojados de reliquias.

Al principio, la gente se apoderaba de las que procedían de los templos de dioses claramente malignos, como Chemosh y Takhisis, Sargonnas y Morgion. Los templos de los dioses neutrales fueron los siguientes en ser víctimas de los cazadores de reliquias bajo el lema de «cualquier dios que no está con nosotros está contra nosotros».

Finalmente, conforme el fervor religioso (y la avaricia) se extendía, guerreros ungidos asaltaron los templos de dioses de la luz, incluidos los de la diosa de la curación, Mishakal, porque, a pesar de ser consorte de Paladine, la Sanadora había incurrido en el pecado de abrir sus puertas de curación a todos los mortales, incluso a los que no eran considerados dignos de la bendición de una deidad. Se sabía que sus clérigos habían impuesto las manos sanadoras sobre ladrones y prostitutas, kenders y enanos, e incluso hechiceros. Cuando los clérigos de Majere, dios de la justicia, supieron que a los clérigos de Mishakal se los golpeaba y se les robaban sus reliquias, manifestaron su protesta. Entonces se asaltaron sus monasterios y sus reliquias fueron las siguientes en sumarse a las confiscadas y robadas.

A no tardar, los artefactos sagrados de todos los dioses, con excepción de Paladine, quedaron guardados bajo llave en la que otrora había sido la Torre de la Alta Hechicería de Istar, en una inmensa sala a la que se dio el nombre de Solio Febalas, la Sala del Sacrilegio. Se cuchicheaba que los sacerdotes de Paladine empezaban a estar nerviosos y que no pocos habían guardado las sagradas reliquias en almacenes bajo llave. Pero ni siquiera allí estaban a salvo.

Cuando el Cataclismo devastó Istar, la Sala del Sacrilegio fue destruida por el fuego de la ira de los dioses, quienes estaban convencidos de que las reliquias se habían consumido en la conflagración. Querían que la humanidad viviera con sus propios recursos durante un tiempo.

Nadie se había sorprendido más que Nuitari al descubrir intactas las reliquias. Su única idea había sido reclamar como suya la torre; encontrar los artefactos había sido un regalo extra. Sabía que era imposible mantener indefinidamente un secreto de ese calibre, que sólo sería cuestión de tiempo que otros dioses descubrieran la verdad y se presentaran ante él para exigirle que les entregara sus reliquias. Los artefactos se encontraban a buen recaudo, guardados tanto por conjuros como por Midori, un viejo dragón marino con muy mal genio. Esas salvaguardias cerrarían el paso a los mortales, pero no a un dios.

Nuitari no tenía que preocuparse por eso.

Los dioses frenarían a los dioses.

Cada cual querría sus reliquias, naturalmente. Cada cual también querría asegurarse de recuperar las suyas y de qué ninguno de los otros dioses hiciera lo propio.

Por ejemplo, Mishakal no querría que Sargonnas, en la actualidad el dios más poderoso de la oscuridad, recobrara sus artefactos sagrados. Buscaría aliados que aunaran esfuerzos para impedírselo, aliados insólitos, como Chemosh, que apoyaría a Mishakal en eso porque el Señor de la Muerte estaba enzarzado en una lucha de poder

con Sargonnas y no querría que el dios de los grandes cuernos se hiciera más fuerte de lo que ya era. Estaba Gilean, el Fiel de la Balanza, que muy bien podría oponerse tanto a los dioses de la luz como a los de la oscuridad por miedo a que la vuelta de esas reliquias a manos de cualquiera de los dioses alterara un equilibrio ya inestable. Se organizaría una buena cuando los dioses se enteraran de que Nuitari estaba en posesión de las reliquias de Takhisis, la Reina de la Oscuridad fallecida, y las del dios autoexiliado, Paladine. Aunque sus creadores ya no estaban, los artefactos perduraban, al igual que su sagrado poder, que podía resultar inmensamente útil a cualquier dios o mortal que les echara mano. La trifulca por esos objetos podría prolongarse siglos.

Entretanto, el plan de Nuitari era recorrer el cielo y llegar a acuerdos secretos al tiempo que soltaba discretamente un artefacto aquí y otro allí a fin de enfrentar a unos dioses contra otros, mientras que él reforzaba su posición.

Aunque Nuitari había odiado a Takhisis y había hecho todo lo posible para oponerse a ella en todo lo que la diosa había llevado a cabo en cualquier momento, era como su madre en un aspecto: tenía su misma y oscura ambición.

Oponiéndose a esa ambición estaban sus dos primos, Lunitari y Solinari. Los dioses de la magia roja y la magia blanca no darían ni un céntimo falso por las sagradas reliquias. El Príncipe de los Sacerdotes, que no se fiaba de los magos ni de su magia, no había conservado ningún artefacto perteneciente a los hechiceros. Los objetos mágicos que se encontraron (y eran contados, ya que los magos los habían escondido casi todos) se destruyeron de inmediato. Los primos de Nuitari se pondrían furiosos cuando descubrieran que se había ido y se había construido su propia torre. Se enfurecerían... y los asaltaría la consternación y el pesar. Desde el principio de los tiempos, los dioses de las tres lunas se habían mantenido unidos para guardar lo que les era más preciado: la magia.

Los tres primos no tenían secretos los unos para los otros. Hasta ese momento.

Nuitari se sentía mal por traicionar la confianza de sus primos, sólo que no lo bastante para no hacerlo. Desde que su madre, Takhisis, lo había traicionado al hurtar el mundo —¡su mundo!— había decidido que a partir de ese momento no confiaría en nadie. Además, había ideado la forma de apaciguar a sus primos. Entre ellos las cosas ya no serían igual, naturalmente; claro que nada volvería a ser lo mismo para ninguno de los dioses. El mundo —y el cielo— habían cambiado para siempre.

Nuitari se preguntó qué se traería entre manos Chemosh, y esa idea lo hizo pensar de nuevo en Mina. Nuitari iba allí a menudo, pero

no para interrogarla. Sus Túnicas Negras ya lo habían estado haciendo por él y habían descubierto muy poco. Nuitari se había conformado con observarla. Ahora, guiado por un impulso (y también con la idea de que Chemosh aún podía darle una sorpresa), Nuitari decidió interrogar personalmente a la chica.

La había sacado de la celda de cristal en la que la había puesto al principio. Verla ir de aquí para allí había resultado una molesta distracción para sus hechiceros. La había envuelto en un capullo mágico de aislamiento, de manera que no podía comunicarse con nadie en ninguna parte, y la había trasladado a unas habitaciones destinadas a ser la vivienda de los archimagos Túnicas Negras elegidos para poblar la torre bajo el Mar Sangriento.

Mina se albergaba en unos aposentos designados a un hechicero de alta categoría. Consistían en dos estancias, una sala y un estudio revestidos del techo al suelo con estanterías de libros, y un dormitorio.

Caminaba por los aposentos como un minotauro enjaulado; recorría la sala en toda su longitud y de allí pasaba al dormitorio, tras lo cual volvía sobre sus pasos, de regreso a la sala. Los hechiceros informaban que a veces se pasaba así horas; caminaba y caminaba hasta quedar exhausta. No hacía nada más que caminar a despecho de que Nuitari le había proporcionado libros de distinta temática y que iban de la doctrina religiosa hasta la poesía, de la filosofía a las matemáticas. Ni una sola vez había abierto siquiera un libro, comunicaban los magos; al menos, que ellos hubiesen visto.

El dios le había proporcionado otras formas de entretenimiento. Un tablero de khas descansaba sobre un pedestal en un rincón. Las piezas estaban cubiertas de polvo; nunca las había tocado. Comía poco, justo lo suficiente para conservar las fuerzas para caminar. Nuitari se alegraba de no haber hecho el gasto de poner una alfombra allí. A esas alturas la chica la habría desgastado hasta hacerle un agujero.

El dios de la magia negra habría podido deslizarse a través de la pared de haber querido y la habría pillado por sorpresa, pero decidió que no empezaría su relación de una forma tan hostil; así pues, quitó el poderoso cierre mágico de la puerta, llamó a ésta y pidió cortésmente permiso para entrar.

Mina no interrumpió su incansable ir y venir; como mucho, miró a la puerta, si acaso. Divertido, Nuitari abrió y entró en el cuarto. La chica no lo miró.

—Vete y déjame sola. He contestado a todas las absurdas preguntas que me has hecho y que estoy dispuesta a contestar. O si no, será mejor que le digas a tu señor que quiero verlo.

—Tus deseos son órdenes, Mina —contestó Nuitari—. El señor está aquí.

Mina dejó de caminar. No se sobresaltó ni pareció desconcertada en lo más mínimo. Lo miró a la cara audazmente, con gesto desafiante.

—¡Déjame marchar! —demandó y entonces añadió inesperadamente, en voz baja y apasionada-: O mátame.

—¿Matarte? —Nuitari se permitió abrir los cargados párpados, que siempre parecían entrecerrados—. ¿Tan malo es el trato que te he dado que deseas la muerte?

—¡No puedo estar confinada! —gritó Mina, y su mirada recorrió la estancia como si quisiera abrir un agujero a través de la sólida roca meramente con los ojos. Recobró el dominio de sí misma al instante. Se mordisqueó el labio y pareció lamentar su estallido.

»No tienes derecho a retenerme aquí —añadió.

—Ninguno —convino con ella Nuitari—. Claro que soy un dios y hago lo que quiero con los mortales, y al Abismo con tus derechos. Aunque ni siquiera yo voy por ahí matando inocentes, como hace Chemosh. He recibido informes acerca de sus Predilectos, como los llama él.

—Mi señor no los mata, sino que les otorga el don de la vida eterna —replicó Mina—, siempre jóvenes y hermosos. Les quita el miedo a la muerte.

—Tengo que reconocer que eso sí que lo hace —dijo Nuitari con sequedad—. Por lo que tengo entendido, una vez que uno está muerto el miedo a morir se reduce de manera considerable. Al menos, así se lo explicaste a Basalto y a Caele cuando intentaste seducirlos.

Mina le sostuvo la mirada, cosa que a Nuitari le resultaba desconcertante porque eran muy pocos los mortales o los dioses capaces de hacerlo. Se preguntó, con un destello de irritación, si esta muchachuela había sido tan osada con su madre.

—Les hablé de Chemosh —admitió Mina sin asomo de disculpa—. Eso es cierto.

—Ni Basalto ni Caele aceptaron tu oferta, sin embargo, ¿verdad?

—No —repuso Mina—. Te reverencian y te tienen un gran respeto.

—Digamos que les gusta el poder que les otorgo. A la mayoría de los hechiceros les gusta el poder y serían muy reacios a perderlo, ni aun a cambio de una «vida eterna» que, por lo que he observado, es más la muerte infundida de cierta calidez. Dudo que conviertas a muchos hechiceros al culto de tu señor.

—También lo dudo yo —dijo Mina, que sonrió.

La sonrisa le transformó el rostro, hizo que los ojos ambarinos resplandecieran, y Nuitari se sintió atraído hacia su cálido encanto. De hecho se sintió como si se deslizara hacia su interior, sintió que la calidez lo envolvía...

Se repuso con un sobresalto y contempló a la mujer con los ojos entrecerrados, escrutadoramente. ¿Qué poder poseía esa mortal que la hacía capaz de seducir a un dios con su sonrisa? Había visto mujeres mucho más atractivas que ella. Una de sus Túnicas Negras, una hechicera llamada Ladonna, había sido famosa por su belleza, muy superior a la de Mina. Con todo, tenía algo, incluso en ese instante, que lo turbaba profundamente.

—Compréndelo, mi señor, por favor. Tenía que intentar convertirlos, era la única posibilidad de poder escapar.

—¿Por qué quieres dejarnos, Mina? —inquirió Nuitari, que fingió sentirse dolido—. ¿Te hemos tratado mal de algún modo? Aparte de tenerte aislada, claro, y eso es por tu propia seguridad. Confieso que Basalto y Caele, los dos, están un poco locos. Caele, en especial, no es de fiar, aparte del hecho de que hay pergaminos y artefactos por todas partes que podrían dañarte. He intentado hacer tu estancia lo más agradable posible. Tienes todos esos libros para leer...

Mina echó una ojeada a las estanterías y las descartó con un ademán. —Ya los he leído.

—¿Todos? —Nuitari la miró, divertido—. Discúlpame, pero no te creo.

—Elige uno —lo desafió Mina.

Nuitari lo hizo y sacó un libro de una estantería.

—¿Cómo se titula? —preguntó la mujer.

—Draconianos: estudio. ¿Puede salir Bien del Mal?

—Ábrelo por la primera página.

Así lo hizo el dios.

—«Los estudiosos —empezó a recitar Mina— han mantenido desde hace mucho tiempo que, puesto que a los draconianos se los creó mediante magia perversa, que nacieron de los huevos corrompidos de los dragones del Bien, son y siempre serán perversos, criaturas que no pueden poseer cualidades de redención. No obstante, el estudio de un grupo de draconianos que están establecidos actualmente en la ciudad de Teyr revela...» —Se interrumpió—. ¿Cito correctamente el texto?

—Palabra por palabra —contestó Nuitari, que cerró bruscamente el libro.

—Leí mucho de pequeña, en la Ciudadela —dijo Mina, que frunció el entrecejo—, o creo que debí de hacerlo. En realidad no recuerdo haber leído, sólo me acuerdo de la luz del sol y las olas lamiéndome los pies y a Goldmoon cepillándome el cabello... Pero aun así creo que tengo que haber pasado mucho tiempo leyendo, porque cada vez que cojo un libro me encuentro con que ya lo he leído.

—Apuesto que a éste no lo has leído. —Nuitari hizo aparecer un volumen que se materializó en su mano—. Hechizos de invocaciones

para Túnicas Blancas. Niveles avanzados.

—¿Para qué iba a leerlo? —dijo ella al tiempo que se encogía de hombros—. La magia no me interesa.

—Dame este capricho —pidió Nuitari—. Lee el primer capítulo. Si me complaces, te dejaré salir de la habitación una hora cada día. Puedes deambular por los corredores y las estancias de la torre. Vigilada, naturalmente. Por tu propia seguridad.

Mina lo miró como si se preguntara a qué jugaba, a la par que tendía la mano.

Nuitari no sabía bien qué esperaba conseguir del experimento; tal vez el mero placer de humillar a esa joven mortal que era excesivamente arrogante y atrevida para su gusto.

—Debería advertirte que el libro tiene un hechizo... —comentó mientras le tendía el ejemplar.

—¿Qué clase de hechizo? —inquirió Mina, que le cogió el libro de las manos y lo abrió.

—Uno de salvaguardia —contestó el dios, asombrado.

Recordaba cuando Caele había cogido ese mismo libro. Su autor, un Túnica Blanca, le había puesto un encantamiento de salvaguardia para que sólo los hechiceros de su Orden pudieran usar los conjuros. Caele, de los Túnicas Negras, había dejado caer el ejemplar con una maldición y se pasó los siguientes instantes retorciéndose los dedos quemados y mascullando juramentos. Se había pasado día y medio malhumorado a costa del incidente y se había negado a volver con Basalto para ayudarlo a desembalar.

Con certeza, una discípula de Chemosh no podría sostener ese libro sin sufrir el castigo.

Mina pasó las manos por la suave piel de la encuadernación. Con los dedos siguió el trazado del título estampado en oro en la cubierta.

Nuitari se preguntó si el efecto del hechizo se habría pasado. Mina abrió el libro y examinó la primera página. —¿Quieres que lea esto? —preguntó, escéptica. —Si haces el favor...

La chica se encogió de hombros y empezó a leer.

Nuitari estaba pasmado y no recordaba la última vez que un mortal lo había asombrado hasta ese punto. Mina leía las palabras del lenguaje de la magia, un logro que sólo un hechicero instruido en el arte era capaz de realizar.

La pronunciación de las palabras del hechizo era impecable. Incluso tras horas de estudio, los hechiceros Túnicas Blancas habrían leído a trompicones ese conjuro, y ahí estaba Mina, una discípula de Chemosh, sin un gramo de magia lunar en ella, leyéndolo a la perfección la primera vez. Las palabras enrevesadas tendrían que haberle atorado la garganta, tendrían que haberle abrasado la lengua. Oyéndola desgranar las palabras con un timbre monótono, aburrido,

la contempló sin salir de su estupor.

El dios podría haber llegado a la conclusión de que Mina era una hechicera disfrazada de no ser por un detalle.

Leyó el conjuro a la perfección pero sin entenderlo.

De igual forma podría un estudioso humano leer en lenguaje elfo y en voz alta un poema elfo. Puede que el humano supiera y entendiera y fuera capaz de pronunciar las palabras, pero sólo un elfo les daría los delicados matices de significación que había pretendido el autor elfo. Mina sabía lo que leía, sólo que no le importaba un ápice. Recitar un conjuro era un ejercicio para ella, nada más.

¿Le habría enseñado magia a Mina su madre, Takhisis?

Nuitari reflexionó y después desechó la idea.

Takhisis detestaba la magia, desconfiaba de ella. Se habría sentido muy complacida en un mundo en el que no hubiera ni rastro de ella porque consideraba a la magia una amenaza para sus propios poderes. Takhisis no había enseñado magia a Mina y, desde luego, no habría aprendido a leer el lenguaje de la magia con los místicos de la Ciudadela de la Luz. Y tampoco con Chemosh, todavía.

Extraño. Muy extraño.

Mina se paró a mitad de una frase y alzó la vista hacia él. —¿Quieres que siga? El resto es más de lo mismo. —No, ya es suficiente. —Nuitari le cogió el libro de las manos. —Gané la apuesta, así que tengo una hora de libertad. —La mujer echó a andar hacia la puerta.

—Todo a su debido tiempo —dijo el dios, que la frenó—. No tengo a nadie que te sirva de escolta. Basalto está fregando sangre derramada y, como he dicho antes, Caele te resultaría un compañero peligroso. Me temo que tendrás que aguantarme un rato más.

Decidió ensayar otro experimento con Mina, una singularidad que sus Túnicas Negras habían observado en ella. Le lanzó un hechizo sin decir nada. Era un sencillo conjuro de sueño, uno de los primeros que aprendía un mago novicio. Nuitari habría podido lanzarlo en un abrir y cerrar de ojos, pero no quería que la chica sospechara que estaba realizando magia con ella. Hebra a hebra, trenzó los hilos de la magia atrás y adelante de manera que la cubrieran como una cálida manta. Durante todo el tiempo la mantuvo ocupada con una charla insustancial para que no se percatara de lo que estaba haciendo.

—No sabes nada de tu infancia —le dijo mientras trabajaba la magia—. Según lo que escribió Basalto, cuando tenías ocho años te encontraron a bordo de un barco abandonado que la marea arrastró hasta la costa de la isla de Schallsea, cerca de la Ciudadela de la Luz. No recordabas nada, ni siquiera tu nombre ni a tus padres ni lo que había ocurrido en el barco...

—Es cierto —dijo Mina, fruncido el entrecejo, y añadió con impaciencia-: No veo qué tiene que ver eso con todo lo demás.

—Sígueme la corriente, querida. Te adoptó Goldmoon, una antigua seguidora de Mishakal, que fue la primera en traer de nuevo al mundo el culto a los verdaderos dioses después del Cataclismo. Fue ella la que trajo al mundo el poder del corazón durante la Quinta Era. Goldmoon era una buena mujer, una mujer devota. Se ocupó de ti, te quiso como a una hija.

Acabó el conjuro de sueño y lo lanzó sobre Mina. Observó y esperó.

Mina dio golpecitos con el pie en el suelo y dirigió una mirada significativa a la puerta cerrada.

—Me prometiste una hora de libertad —repitió.

—Todo a su debido tiempo. De pequeña sentías curiosidad por muchas cosas —dijo suavemente Nuitari, a la par que el asombro y el desconcierto iban en aumento—. Siempre estabas haciendo preguntas. Sentías una especial curiosidad por los dioses. ¿Por qué se fueron? ¿Dónde han ido? Goldmoon lloraba la ausencia de los dioses y, por el cariño que le tenías, deseabas complacerla. Le dijiste que irías a buscar a los dioses y a traerlos de vuelta para ella. ¿No tienes nada de sueño?

Ella le asestó una mirada acusadora.

—No puedo dormir en esta jaula. Me paso la mitad de la noche paseando en un intento de agotarme...

—Tendrías que haberme dicho antes que sufrías de insomnio. Puedo ayudarte.

Asió la magia y obtuvo unos pétalos de rosa del éter. Siendo un dios, no necesitaba componentes de hechizos para que funcionara la magia, pero a los mortales les impresionaba eso.

—Realizaré un conjuro de sueño sobre ti. Deberías tumbarte, no vayas a caerte y hacerte daño.

—¡No te atrevas a usar tu inmunda magia conmigo! —gritó Mina, furiosa, al tiempo que se acercaba hacia él—. No voy a...

Nuitari lanzó al aire los pétalos de rosa, que cayeron alrededor de Mina mientras recitaba las palabras del conjuro de sueño, el mismo hechizo que le había echado antes.

Esta vez funcionó. A Mina se le cerraron los ojos; se tambaleó y después se desplomó en el suelo. Tendría moretones en las rodillas y en los codos y un buen golpe en la cabeza cuando despertara, pero él le había advertido que se tumbara.

Se arrodilló a su lado y la estudió.

Según todas las apariencias, estaba profundamente dormida, arropada por el encantamiento del conjuro.

Le pellizcó el brazo con fuerza para comprobar si fingía. Ella no reaccionó.

Nuitari se puso de pie y después, tras echar un último vistazo a la

chica, salió del cuarto. Repasó mentalmente, una vez más, el informe realizado por Basalto y en el que había un fragmento destacado:

El sujeto, Mina, es inmune a la magia, pero con esta salvedad: ¡sólo es inmune si ignora que se está practicando magia con ella! Si se le lanza un hechizo sin su conocimiento, la magia —incluso la más poderosa— no surte efecto en ella. No obstante, si se le dice con anterioridad, entonces cae víctima de él inmediatamente sin hacer siquiera el menor intento de defenderse.

En los varios cientos de años de práctica de magia nunca había visto un sujeto como el que nos ocupa ahora, y tampoco mi colega hechicero.

Nuitari se detuvo delante de la puerta de Caele; el dios escudriñó a través de las paredes y vio al hechicero repantigado en la cama echando la siesta. Nuitati llamó a la puerta y pronunció el nombre del semielfo en tono perentorio. Contempló, divertido, que Caele despertaba con un sobresalto. Sofocando un bostezo, el hechicero fue a la puerta y la abrió.

—Señor —dijo—, estaba estudiando los hechizos...

—Entonces debes de tenerlos apuntados en la parte interior de los párpados —dijo el dios—. Toma, haz algo útil, lleva este libro a la biblioteca por mí.

Le lanzó el libro de conjuros encuadernado en blanco del hechicero Túnica Blanca.

El semielfo lo atrapó en el aire en un gesto instintivo.

Chispas azules y amarillas saltaron de la encuadernación blanca. Con un aullido, Caele dejó caer el libro de conjuros al suelo y luego se metió los dedos quemados en la boca.

Nuitari refunfuñó, giró sobre sus talones y se alejó.

Todo aquello era muy raro.

4

Chemosh se encontraba en las almenas de su castillo, ubicado en lo alto del acantilado; contemplaba, malhumorado, el Mar Sangriento mientras cavilaba diversas formas de vengarse de Nuitari, rescatar a Mina, robar la torre y conseguir las valiosas reliquias atesoradas en su interior. Concibió y después descartó varios planes y, tras mucho reflexionar, no tuvo más remedio que admitir que la perspectiva de alcanzar todos esos objetivos era poco menos que imposible. Nuitari era listo, el muy maldito. En la eterna partida de khas entablada entre los dioses, Nuitari se había anticipado a cada uno de sus movimientos y los había frustrado.

Chemosh observaba las olas que rompían en la costa rocosa. Debajo de esas olas Mina languidecía atrapada en la prisión de Nuitari. Chemosh ardía en un intenso deseo de descender al fondo del océano, entrar en la torre y arrebatarle a la joven, pero eludió la tentación. No le daría a Nuitari la satisfacción de mofarse de él. Haría que Nuitari lo pagara y conseguiría recuperar a Mina. Aún tenía que resolver cómo iba a hacerlo; Nuitari tenía todas las de ganar de momento.

Casi. Había una pieza en el tablero sobre la que nadie ejercía ningún control, una pieza que tal vez le daría la victoria a Chemosh.

El dios de la muerte repasaba un plan y otro plan cuando reparó en que una ola más grande que el resto se alzaba y avanzaba rápidamente hacia la costa.

—Krell —llamó al Caballero de la Muerte, que merodeaba por allí para atender obsequiosamente a su señor—. Zeboim viene a hacerme una visita.

Krell dio un salto en el aire; si el acero hubiera podido palidecer, el yelmo se habría quedado blanco.

—Mira esa ola —señaló Chemosh.

Zeboim se erguía grácilmente en lo alto de la gigantesca ola. El agua se enroscaba bajo sus pies descalzos, el cabello de la diosa ondeaba tras ella, la espuma del mar la vestía. Sostenía el viento en sus manos y lo proyectaba hacia adelante conforme se acercaba. Las ráfagas empezaron a sacudir el castillo.

—Podrías intentar esconderte en la bodega —sugirió Chemosh—, o en la cámara del tesoro o debajo de la cama, si consigues meterte. La mantendré ocupada. Será mejor que te des prisa...

No hacía falta que apremiara a Krell, porque éste ya corría hacia la escalera en medio de un escandaloso matraqueo metálico de la armadura.

La ola rompió sobre las almenas del Castillo Predilecto. El

torrente de agua azul verdosa, teñida de rojo, habría empapado al dios que estaba allí de haber permitido éste que el agua lo tocara. Tal como eran las cosas, el mar formó remolinos alrededor de las botas y cayó por la escalera como una cascada. Chemosh oyó un bramido y un golpeteo metálico. La avenida de agua había arrastrado a Krell.

Zeboim bajó a las almenas con tranquilidad; con un ademán hizo retirarse al mar y lo mandó de nuevo a batir con furia interminable las rocas de la base del acantilado donde el dios se había construido su castillo.

—¿A qué debo el honor de tu visita? —preguntó suavemente Chemosh.

—¡Tienes el alma de mi hijo prisionera! —En los ojos azul-verdosos de Zeboim ardía la ira—. ¡Libéralo... ya!

—Lo haré, pero quiero algo a cambio. Entrégame a Mina —repuso fríamente Chemosh.

—¿Es que crees que llevo a tu preciada mortal en un bolsillo de aquí para allí? —increpó Zeboim—. No tengo ni idea de dónde se halla tu muchachuela. Ni me importa.

—Pues debería importarte —dijo el dios—. Tu hermano retiene a Mina contra su voluntad. Devuélveme a Mina y liberaré a tu hijo... si es que quiere marcharse.

—Se marchará —aseguró Zeboim—. Él y yo tuvimos una pequeña charla. Está preparado para seguir adelante. —Reflexionó sobre la negociación—. Entrégame a ese desgraciado de Krell —pronunció el nombre como si lo moliera entre los dientes—, y cerraremos el trato.

—Sólo si me entregas a ese incordiante monje de Majere —adujo Chemosh al tiempo que sacudía la cabeza—. Sin embargo, lo primero es lo primero. Tienes que devolverme a Mina. Tu hermano la tiene encerrada en la Torre de la Alta Hechicería, en el fondo del Mar Sangriento.

—Rhys Alarife no es un monje de Majere —gritó Zeboim, ofendida—. Es mi monje y está apasionadamente dedicado a mí. Me adora. Haría cualquier cosa por mí. De no haber sido por él y su fiel entrega a mí, mi hijo seguiría prisionero de ese... —Zeboim hizo un alto cuando lo último que había dicho Chemosh se abrió paso en su mente.

»¿Cómo que la Torre de la Alta Hechicería del Mar Sangriento? —barbotó—. ¿Desde cuándo?

—Desde que tu hermano restauró la torre que se alzaba antiguamente en Istar. Su recién construida torre está ahora en el fondo del Mar Sangriento.

—¿Una torre en el Mar Sangriento? —se mofó la diosa—. ¿En mi mar? ¿Sin mi permiso? Me tomas por una estúpida, milord.

—Lo siento, pensé que lo sabías —dijo con fingida sorpresa—.

Unos hermanos tan unidos y apegados... Creía que él te lo contaba todo. Te aseguro, mi señora, que tu hermano Nuitari ha levantado la torre que otrora se erguía en Istar. Le está devolviendo su antigua gloria y planea llevar hechiceros Túnicas Negras bajo el océano para poblarla.

Zeboim estaba muda por la sorpresa. Abrió la boca pero no emitió una sola palabra. Asestó una feroz mirada a Chemosh, convencida de que le mentía, pero aun así miró con incertidumbre a su espalda, hacia el mar que parecía temblar con su indignación.

—La torre no se encuentra lejos de aquí —añadió Chemosh al tiempo que gesticulaba—. A tiro de piedra. Mira hacia el este. ¿Recuerdas donde solía estar el Remolino? A unos ochenta kilómetros de la costa. Puedes verla desde donde estamos...

Zeboim miró bajo el agua. Ahora que el dios le había señalado el lugar, constató que estaba en lo cierto. Podía ver la torre.

—¿Cómo se atreve? —estalló.

El trueno sacudió los muros del castillo; Krell, agazapado en el fondo de un pozo, tembló del yelmo a las botas. La impetuosa diosa se dispuso a saltar de cabeza desde las almenas.

—¡Ahora veremos!

—¡Espera! —gritó Chemosh para hacerse oír por encima de rugido de la ira de la diosa—. ¿Qué pasa con nuestro trato?

—Es cierto. —Zeboim reflexionó con más calma—. Tenemos un asunto que concluir antes de que le arranque los ojos a mi hermano y se los dé al gato de comida. Liberarás a mi hijo.

—Si tú liberas a Mina.

—Me entregarás a Krell.

—Si me entregas al monje.

—Y tú —agregó Zeboim con altanería— tendrás que acabar con esos a los que llamas Predilectos.

—¿Es que se me va a negar el derecho a tener discípulos? —demandó Chemosh, ofendido—. Ya puestos, podría pedirte que dejaras de abordar a los marineros.

—Yo no los abordo —estalló Zeboim—. Ellos deciden rendirme culto voluntariamente.

Los dos se miraron fijamente, ambos maquinando cómo conseguir lo que el otro quería.

«Por fin Mina estará en mi podet —reflexionó Zeboim—. Al final tendré que entregársela a Chemosh, pero puedo utilizarla para mis propósitos durante un tiempo.»

«¿Debería confiar en la Arpía del Mar en cuanto a Mina? —se preguntó Chemosh, pero a continuación pensó, más seguro de sí mismo—. Zeboim no se atrevería a hacerle daño. Tendré de rehén el alma de su hijo hasta que se cumpla el trato.»

«En cuanto a Krell, atormentarlo ha acabado siendo un aburrimiento —comprendió Zeboim—. Mi monje es mucho más valioso para mí, y no digamos divertido. Lo conservaré.»

«Majere es una clara amenaza—pensaba Chemosh—, en tanto que Zeboim es un estorbo secundario. Si, como ella afirma, el monje ha cambiado su lealtad del dios Mantis a la Arpía del Mar, entonces Rhys Alarife ya no representa una amenaza para mí. Sé cómo trata Zeboim a sus adeptos. El pobre hombre tendrá suerte si sobrevive. Y tener a Krell a mi disposición en lugar de que esté escondido constantemente debajo de la cama sería una ventaja considerable.»

«En cuanto a la torre... —Zeboim pasó al siguiente tema irritante —. No me sorprende nada de lo que haga ese hermanito mío cara de luna. Aunque pagará por su descaro, naturalmente. ¡Demoleré esa torre! Mas, ¿por qué se interesa el Señor de la Muerte en una Torre de la Alta Hechicería? ¿Por qué le iba a importar a Chemosh en uno u otro sentido? Aquí hay algo más de lo que parece a primera vista y he de descubrir qué es.»

«Así que Zeboim no sabía lo de la torre. —A Chemosh le pareció interesante eso—. Temía que los hermanos estuvieran confabulados, pero parece ser que no. ¿Qué hará Zeboim? ¿Qué puede hacer? Nuitari no es un dios a quien convenga contrariar, aunque lo haga su propia hermana.»

El mar se movía, las olas iban y venían mientras los dos dioses contemplaban su trato desde todos los ángulos. Por fin habló Zeboim.

—Prometo que Mina te será devuelta —concedió gentilmente—. Sé cómo tratat con mi hermano. Siempre y cuando, por supuesto, tú liberes el alma de mi hijo a cambio.

Chemosh se mostró igualmente gentil.

—Estoy de acuerdo en eso. Quiero a Krell para mí y, a cambio, te dejo al monje.

«Chemosh se trae algo entre manos. Está dando su brazo a torcer con demasiada facilidad», pensó Zeboim sin dejar de observarlo atentamente.

«Se está dando por vencida muy fácilmente. Zeboim trama algo», pensó Chemosh con la mirada clavada en la diosa.

«Con todo —pensaron ambos—, la mejor parte del trato es para mí.»

Zeboim le tendió la mano.

Chemosh se la estrechó y cerraron el trato.

—Tráeme a Mina y pondré al alma de tu hijo en camino a su siguiente conquista sangrienta —dijo el Señor de la Muerte.

—Volveré con ella —dijo Zeboim—, y te informaré de lo que descubra sobre esa torre. Estoy segura de que debe de haber una equivocación. Mi hermano nunca me engañaría.

«Embustera», pensó Chemosh.

—Comentártelo fue simple cuestión de cortesía —contestó despreocupadamente—. Lo que Nuitari haga o no haga con su torre no me interesa. «Embustero», pensó Zeboim.

—Hasta la vista, querido amigo —fue su efusiva despedida. —Hasta entonces —repuso él con suavidad.

«¡Puf, cómo odio a ese miserable! —se dijo para sus adentros Zeboim mientras caminaba por el fondo marino—. ¡Se lo haré pagar!»

—Bruja intrigante. Ya le ajustaré cuentas —bisbiseó Chemosh, que alzó la voz—. ¡Krell! ¡Ya puedes salir! Tendremos a Mina de vuelta muy pronto y cuando eso ocurra quiero estar preparado para actual.

5

Ignorante de que la diosa había usado su vida como moneda de cambio en una negociación, Rhys se quedó en Solace como le había prometido a Gerard. Transcurrieron varios días después de la conversación que habían tenido en su casa, y durante ese tiempo Rhys apenas vio al alguacil. Cada vez que topaba con él, Gerard siempre pasaba a toda prisa, agitaba la mano y mascullaba unas palabras apresuradas:

—No puedo hablar ahora, pero lo haré dentro de poco. De muy poco. Rhys volvió a su trabajo en la posada, donde recibió una cálida bienvenida por parte de la propietaria del establecimiento.

—Me alegra que hayas vuelto, hermano —dijo Laura mientras se secaba las manos en el delantal—. Te echábamos de menos y no sólo por la forma en que cortas las patatas, aunque nadie más de por aquí sabe cortarlas en esos cuadraditos pequeños tan bien como tú.

—Yo también me alegro de haber vuelto —contestó Rhys. —Tienes algo especial, hermano —continuó Laura, que trajinaba de un lado a otro de la cocina. Levantó una tapadera, y una bocanada de vapor con olor a especias salió de la cazuela. La mujer miró dentro del recipiente, metió una cuchara y sacudió la cabeza—. Le falta un poco de sal. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Irradias una especie de tranquilidad que se contagia a todos cuantos están a tu alrededor, hermano, y que se esfuma cuando no estás.

Sacó una bola de masa de pan de un cacharro y se puso a amasarla diestramente, trabajando al tiempo que charlaba.

—El día que te fuiste, la cocineta se peleó con la moza de la antecocina, que se puso tan nerviosa que tiró una olla de judías con jamón y casi se escaldó. Además hubo dos peleas callejeras en el patio, y luego lo de ese jovenzuelo al que se le ocurrió deslizarse barandilla abajo desde la plataforma hasta el suelo y acabó rompiéndose un brazo. Cuando estabas aquí, hermano, nunca pasaban cosas así. Todo parecía ir tan suave como el trasero de una dama.

»¡Oh, vaya! —Laura se tapó la boca con la mano y enrojeció hasta la raíz del cabello—. Te pido disculpas, hermano, no era mi intención mencionar el trasero de nadie.

—Creo que sobrestimas mi influencia, señora Laura —dijo Rhys con una sonrisa—. Bien, ya que se acerca la hora de la comida, me pondré con esas patatas...

Rhys cortó patatas y cebollas en rodajas, subió agua y escuchó comprensivamente las quejas de la cocineta sobre la moza de la antecocina y después tranquilizó a la moza de la antecocina, que no sabía qué diantre podía hacer para conseguir complacer a la cocinera.

Rhys disfrutaba trabajando en la cocina de la posada; le gustaban las horas de ajetreo, como la de la comida y la de la cena, en las que a menudo se encontraba haciendo tres cosas a la vez, remangadas las mangas hasta más arriba del codo mientras corría de aquí para allí sin tiempo para pensar en nada excepto en ocuparse de que las patatas no estuviesen poco hechas o que un pernil que se asaba en el espetón sobre el hogar abierto no se hiciera más por unos sitios que por otros.

Cuando la clientela se marchó y las puertas de la posada se cerraron hasta el día siguiente, Rhys se deleitó con la paz y la tranquilidad a pesar de que había montañas de cacharros que lavar y ollas y cazuelas que restregar, además de tener que barrer el suelo, acarrear agua y preparar masa de pan para que creciera a lo largo de la noche. Las sencillas tareas domésticas le hacían rememorar la vida en el monasterio. Metidos los brazos hasta los codos en agua jabonosa, se puso a lavar jarras de cerveza; se le vino a la mente Majere y se preguntó qué se traería entre manos el enigmático dios y por qué lo hacía.

Cuando se le rompió una jarra se dio cuenta de que seguía enfadado con Majere y que, en lugar de menguar su enojo, la machacona insistencia del dios en estar presente en su existencia sólo conseguía avivarlo. Igual que un niño consentido y maleducado cuyos padres se empeñan en mimarlo a pesar de que se comporte muy mal, Rhys no merecía que el dios se preocupara por él; se sentía culpable de aceptarlo cuando él no podía corresponder a esa atención.

Casi llegó a estar molesto por el emmide. El día anterior se lo había dejado en su cuarto y descubrió que se sentía raro e incómodo sin él; era casi como ir desnudo por Solace. Además, *Atta* se mostró tan inquieta por la ausencia del bastón (se paraba cada dos por tres para volverse a mirarlo con expresión desconcertada) que al final se dio por vencido y regresó a buscarlo.

Pasó otras pruebas de fe. A veces Laura lo mandaba al mercado a hacer la compra diaria si estaba demasiado ocupada para ir ella. De camino allí, Rhys pasaba por la calle a la que los ciudadanos llamaban en broma Ringlera de Dioses. Allí, los clérigos de varias deidades de Krynn construían los nuevos templos de culto pata dar la bienvenida a los dioses que habían estado ausentes del mundo tanto tiempo. El templo de Majere era una construcción modesta situada más o menos a mitad de la calle. Rhys veía frecuentemente a los monjes que trabajaban en los jardines o que iban de aquí para allí por el recinto, y se sentía tremendamente tentado de entrar en el templo para agradecer humildemente a Majere que cuidara de su indigno servidor y pedirle perdón.

Cada vez que pensaba en eso, cada vez que los pies empezaban a conducirlo en esa dirección, Rhys revivía la escena de sus hermanos

de orden tendidos sin vida en el suelo del monasterio, los cuerpos retorcidos en la agonía de la muerte. Pensaba en su hermano y en todos aquellos a los que su hermano había embaucado y asesinado. Hasta Zeboim —cruel, arrogante, arbitraria y voluble— había hecho más para ayudarlo a encontrar respuestas a sus preguntas que el bueno y sabio Majere. Entonces daba la espalda al templo y seguía con su ocupación de comprar cebollas.

Mientras Rhys troceaba verduras y se debatía con su dios, Beleño iba pollas calles de Solace a la caza de los Predilectos y *Atta* acompañaba al kender para vigilarlo a él, aunque la perra no tenía que esforzarse para que el kender no dejara de ser honrado. Beleño era especialmente inepto en el respetado y ensalzado arte —al menos entre los kenders— de «tomar prestado».

—En vez de manos tengo pies, soy muy patoso —admitía Beleño con muy buen humor.

No era bueno en tomar prestado nada porque no le interesaban las cosas que interesaban a los demás kenders. Suponía que no era curioso o, más bien, tenía curiosidad, pero no por las posesiones de los demás. Sentía curiosidad por sus almas, sobre todo por aquellas que aún no habían avanzado a la siguiente etapa del viaje de su vida. Beleño poseía la habilidad de comunicarse con esos espíritus, que deambulaban por el mundo perdidos, furiosos, desdichados, vengativos o destructivos. También era capaz, como le había contado Rhys a Gerard, de ver a los Predilectos tal como eran: cadáveres andantes.

Sin embargo, a veces las manos del kender cobraban vida propia y empezaban a actuar por sí mismas, y entonces descubrían la forma de colarse en los bolsillos de alguien o en el monedero, o meter inconscientemente una bolsa de quinotos por la pernera de sus calzas o llevarse una empanada de la que sólo quedaban migas antes de que Beleño se diera cuenta de que no la había pagado.

Atta estaba entrenada para vigilar kenders, y cada vez que veía que Beleño se hallaba demasiado cerca de alguien o se desviaba hacia el puesto del panadero, la perra se interponía ágilmente entre el kender y la víctima potencial y lo llevaba suavemente de vuelta al buen camino.

Y así era como Beleño podía mantenerse lejos de los ayudantes del alguacil y concentrarse en su búsqueda de uno de los Predilectos a fin de tenderle una trampa.

Por desgracia, tuvo éxito en su misión.

Tres días después de su reunión, alrededor de media tarde y mientras Rhys troceaba patatas, Gerard abrió la puerta de la cocina y asomó la cabeza.

—¿Hermano Rhys? —llamó a la par que escudriñaba entre el

vaho—. Oh, ahí estás. Si Laura puede prescindir de ti un rato, me gustaría que me acompañaras.

—Ve, hermano —dijo Laura—. Hoy ya has trabajado por seis monjes.

—Volveré a tiempo de ayudar con la cena —respondió Rhys.

—Eh... —Gerard, carraspeó—. No, me temo que no estarás de vuelta para entonces, hermano.

—Nos las arreglaremos —tranquilizó Laura a Rhys, que se quitaba el delantal y miraba a Gerard con el entrecejo fruncido—. Cuídalo bien, alguacil.

—Sí, señora —contestó Gerard, que rebulló inquieto mientras el monje colgaba el delantal y se bajaba las mangas.

Laura se limpió la cata sudorosa con la mano manchada de harina.

—Os he visto a ti, alguacil, y a mi hermano Palin con las cabezas juntas y cuchicheando en susurros. No andáis detrás de nada bueno vosotros dos, no señor, y no quiero que metáis al hermano en lo que sea.

—No, señora, tendremos cuidado —le aseguró Gerard.

Asiendo a Rhys, Gerard lo sacó apresuradamente de la posada.

—Todo está listo —anunció mientras bajaban rápidamente el largo tramo de peldaños. El kender y *Atta* esperaban al pie de la escalera—. Beleño ha encontrado a un candidato y vamos a tenderle la trampa esta noche.

Rhys sintió un escalofrío. Habría preferido volver a su trabajo en la cocina.

—¿Qué tiene que ver Palin Majere con esto? —inquirió secamente.

—Bueno, aparte del hecho de que es el alcalde de Solace y de que como alguacil estoy en la obligación de informarle de cualquier peligro que amenace nuestra ciudad, es (o era) uno de los hechiceros de Ansalon. Antaño fue Túnica Blanca, y quería que me aconsejara.

—Tenía entendido que había renunciado a la magia —comentó Rhys.

—Es cierto, hermano —confirmó Gerard, que añadió con un guiño-: Pero no ha renunciado a quienes la practican. Bien, aquí nos tienes, Beleño. ¿Adonde nos llevas?

—A una escalera de las pasarelas —contestó el kender—. Lamento decirte esto, alguacil, pero es uno de los guardias de los vallenwoods. Seguramente lo conocerás. Se llama Cam.

—¡Cam! ¡Maldita sea! —barbotó Gerard, sombrío el semblante—. ¿Estás seguro?

—Lo estoy—afirmó Beleño con un solemne cabeceo. Posó la mano en la cabeza de *Atta*—. Y ella también. Gerard soltó otra maldición.

—¡Esto va a ser duro! —Miró al kender, ceñudo—. Quiera el cielo que te hayas equivocado.

—Ojalá, señor —contestó cortésmente Beleño, que añadió entre dientes, muy bajo-: Pero sé que no.

—¿Qué es un guardia de los vallenwoods? —preguntó Rhys para distraer a Gerard, al que estaba costando mucho asimilar la noticia.

—Vigilan las escaleras que conducen a las pasarelas —explicó el alguacil mientras señalaba hacia arriba, a los estrechos puentes que se extendían de las ramas de un árbol a las de otro. Era una hora del día muy ajetreada y montones de gente recorrían las pasarelas, ya fuera desde sus casas o de camino a ellas o a los establecimientos construidos en las copas de los árboles.

»Con el rápido crecimiento de la ciudad se llegó a un punto en el que eran demasiadas personas pateando las pasarelas de aquí para allí. No se construyeron para aguantar tanto peso, así que empezaron a soltarse tablas que les caían en la cabeza a los que caminaban por el suelo. Una de las pasarelas estuvo a punto de irse abajo. Varias cuerdas se partieron y la pasarela se hundió de repente. La gente se quedó colgando con riesgo de perder la vida.

«Decidimos limitar el número de persona que subía a ellas. O uno es propietario de una casa en la copa de un árbol, en cuyo caso se le entrega un pase, o hay que demostrar que se ha de llevar a cabo algún asunto o negocio ahí arriba. Los guardias están apostados al pie de las escaleras y siguen la pista a los que suben y a los que bajan.

Llegaron a un punto desde donde tenían a la vista la escalera de madera que conducía hacia las ramas del árbol. Dos hombres jóvenes, ambos de uniforme verde con una hoja de vallenwood bordada en la pechera, se encontraban al pie de la escalera y hacían preguntas a la gente para permitirles subir o mandarles que siguieran su camino.

—Es ése —dijo Beleño a la par que señalaba con el dedo—. Es uno de los Predilectos.

—¿Cuál de ellos? —inquirió Gerard, fija la vista en el kender—. Hay dos hombres jóvenes de guardia. ¿Cuál de ellos es el Predilecto?

—El de cabello pelirrojo y rizado y que tiene pecas —respondió sin tardanza el kender.

—Sí que es Cam —dijo el alguacil con un suspiro—. ¡Maldito sea el Abismo y otra vez maldito!

—Lo siento —musitó Beleño—. Tiene una sonrisa muy bonita. Debe de haber sido un buen chico.

—Lo es —contestó Gerard, abatido—. O lo era, mejor dicho. ¿Qué dices tú, hermano? ¿Puedes constatar la afirmación del kender?

—Si Beleño dice que es uno de los Predilectos, entonces acepto su palabra —contestó Rhys.

—¿Y *Atta*?. —preguntó Gerard.

Todos bajaron la vista hacia la perra. El animal se mantenía alerta junto al monje y todos advirtieron que tenía fija la mirada en el joven pelirrojo, que charlaba y reía con dos chicas. Un quedo gruñido retumbaba en el pecho de la perra, que tenía las comisuras de la boca tensas y fruncidas.

—Coincide con Beleño —dijo Rhys.

—Perdóname, hermano —se encrespó el alguacil—, pero me estás pidiendo que confíe en la palabra de un kender y en el gruñido de una perra. Me sentiría mejor si tuviese tu opinión personal. Conozco al joven Cam y conozco a sus padres. Son buenas personas. Si voy a tener que prenderlo quiero estar convencido de que es uno de esos Predilectos.

—No estoy muy seguro de que me guste todo esto, alguacil —contestó Rhys, sin moverse de donde estaba—. ¿Qué clase de trampa es la que tienes intención de tender?

Gerard no contestó. En cambio, señaló hacia donde charlaban y reían el joven Cam y las dos chicas.

—Cabe la posibilidad de que esté arreglando un encuentro con una de esas muchachas esta misma noche, hermano.

—Llévate a *Atta*-dijo el monje tras vacilar un momento—. Si me ve acercarme a uno de los Predilectos es muy posible que lo ataque. Nos encontraremos en la posada.

Cuando *Atta* estuvo fuera de su vista, Rhys asió el bastón y echó a andar hacia la escalera. Sabía lo que iba a encontrarse; ni Beleño ni *Atta* se habían equivocado una sola vez antes. Caminó hasta donde se encontraba el joven justo cuando él y las muchachas prorrumpían en carcajadas.

Al ver acercarse a Rhys, Cam dejó de tontear con las chicas para ocuparse de su tarea.

—Buenas tardes, hermano —saludó a la par que le dedicaba una encantadora sonrisa—. ¿Qué negocio te lleva arriba?

Rhys miró directamente a los verdes ojos del joven.

No vio luz en ellos, sólo sombras; sombras de esperanzas no cumplidas, sombras de un futuro que jamás se haría realidad.

—¿Te sientes mal, hermano? —preguntó Cam, que posó la mano en el brazo de Rhys en actitud solícita—. No tienes buen aspecto. Quizá deberías sentarte aquí, a la sombra, y descansar. Puedo traerte agua...

—Gracias, pero no será necesario —repuso el monje—. Descansaré un poco aquí, al fresco.

Varios comerciantes habían instalado puestos cerca de la escalera para aprovechar la casi constante afluencia de gente. Entre ellos había un emprendedor vendedor de empanadas de carne que había colocado mesas y bancos para comodidad de sus clientes. Las dos chicas que

charlaban con Cam se suponía que vendían cintas del puesto que tenían, aunque en ese momento se dedicaban más a soltar risitas tontas que a comerciar.

—Como gustes, hermano —dijo Cam, que reanudó la conversación con las dos jóvenes.

Sin hacer caso de las miradas furiosas y los comentarios cortantes del vendedor de empanadas, al que no le hacía gracia que ocupara sitio en una mesa alguien que no había hecho gasto, Rhys tomó asiento en el banco y escuchó la conversación que mantenía Cam con las chicas. No tuvo que escuchar mucho tiempo; una de ellas accedió a reunirse con Cam esa misma noche.

Rhys se puso de pie y se marchó, con gran satisfacción del vendedor de empanadas de carne, que se acercó apresuradamente al banco en el que el andrajoso monje se había sentado y lo limpió con un trapo.

6

Rhys encontró a Gerard y a Beleño al pie de la posada en compañía de dos personas a las que el monje no conocía. —¿Y bien, hermano? —preguntó el alguacil. No hizo falta que Rhys contestara. Gerard supo por la expresión de su semblante que no eran buenas noticias. Juró entre dientes y pateó un montón de tierra con la puntera de la bota.

—El muchacho ha quedado en verse esta noche con una de las chicas en un sitio que se llama el Mirador de Flint una hora después de la Oscurecida —informó Rhys.

—Nos ocuparemos de ese asunto luego —dijo una de las dos personas desconocidas, una mujer—. Olvidaste que esperaba tener el placer de que nos presentaras, alguacil.

—Es la señora Jenna, jefa del Cónclave de Hechiceros —la presentó Gerard—. Y este caballero es Dominique Timonel, guerrero ungido de Kiri-Jolith. Os presento al hermano Rhys Alarife, ex monje de Majere.

—¿Ex monje? —repitió la señora Jenna a la par que enarcaba una ceja con gesto inquisitivo.

A pesar de su edad, la mujer seguía siendo lo bastante atractiva para llegar a fascinar. Tenía los ojos grandes y brillantes; las finas arrugas que los rodeaban parecían desdibujarse a la luz de su esplendor. Vestía ropas de terciopelo decoradas con hilo de oro y plata, y en los dedos le brillaban anillos. Los saquillos que llevaba colgados del cinturón eran de piel de la mejor calidad, con flores y bestias fantásticas pintadas primorosamente. Una esmeralda de gran calidad le colgaba de una cadena de oro al cuello. La señora Jenna no sólo era una de las hechiceras más poderosas de Ansalon, sino también una de las más ricas.

—Nunca había conocido a un «ex» monje de Majere —prosiguió la mujer con sorna.

Rhys hizo una reverencia pero se mantuvo callado.

—El hermano Alarife goza ahora del favor de Zeboim —dijo Gerard.

—No de mucho favor, supongo —dijo la señora Jenna mientras contemplaba la túnica verde mar de Rhys con expresión divertida.

—Eres afortunado por contar con la consideración de Zeboim, hermano. —Dominique Timonel se adelantó para tenderle la mano—. Es mejor tener a favor a la Arpía del Mar que en contra, como mi pueblo sabe bien.

Dominique no tenía que precisar el nombre de su pueblo. Tanto su apellido, Timonel, así como su tez negra como el azabache,

proclamaban su procedencia ergothiana, una raza de armadores y marineros que vivían en la isla de Ergoth, en la parte occidental de Ansalon. Por ser Ergoth una isla y sus habitantes depender del mar para ganarse la vida, los ergothianos construían numerosos templos a Zeboim y se contaban entre sus más fieles seguidores. De ahí que hasta un guerrero ungido de Kiri-Jolith ergothiano pudiera proclamar su respeto por la oscura y caprichosa diosa del mar sin entrar en conflicto.

Rhys había oído hablar de esos paladines de Kiri-Jolith, dios de la guerra por causas justas, aunque hasta ese momento no había conocido a ninguno. Dominique, que parecía estar mediando la treintena, era alto y musculoso, de rostro atractivo, si bien parecía un tanto adusto e inabordable, como si estuviera reflexionando constantemente sobre el lado serio de la vida. Sobre la reluciente cota de malla vestía una sobreveste marrón y blanca adornada con el escudo de armas de una cabeza de un bisonte, símbolo de Kiri-Jolith. Llevaba el cabello negro peinado en una trenza que le colgaba a la espalda, como era costumbre entre su pueblo, y portaba espada larga, el arma sagrada del dios, ceñida a la cintura en una vaina con símbolos sagrados grabados. La mano del caballero nunca se hallaba lejos de la empuñadura. Por esas y otras señales (un chillido de Beleño), Rhys consideró que la espada era un objeto sagrado bendecido por el dios.

—Es un honor conoceros a los dos.

Rhys hizo otra reverencia a la dama hechicera y al guerrero ungido. Después se irguió, bastón en mano, y los miró. *Atta*, bien entrenada, permaneció sentada a su lado sin meter ruido ni moverse. Rhys se vio a sí mismo reflejado en los ojos de los dos: un monje alto y muy delgado, vestido con una túnica raída de un deplorable color verde; sus únicas posesiones de valor: una perra negra y blanca y un sencillo bastón de madera; su único compañero: un kender que se chupaba los dedos quemados, compungido. Beleño había cometido el error de intentar examinar la espada sagrada de Dominique.

Rhys entendía muy bien que esas dos personas importantes albergaran dudas sobre él, si bien eran demasiado educadas para demostrarlo.

La señora Jenna rompió el silencio, que empezaba a ser incómodo.

—Es todo un misterio esto que nos planteas, hermano Rhys Alarife. El alguacil nos ha contado algo sobre esos «Predilectos de Chemosh». Es un informe que me parece fascinante, sobre todo la idea de que no se los puede destruir. —La hechicera esbozó una sonrisa de superioridad—. Al menos a manos de un monje y de un místico kender.

—No tengo nada contra los místicos —agregó Dominique en un tono serio y estricto—. Ni contra los kenders. Es sólo que tus poderes para vértelas con los muertos vivientes están comprensiblemente limitados.

—Lo que pasa es que está enfadado porque toqué su estúpida espada —gruñó Beleño, que asestó al paladín una mirada torva—. Es culpa de *Atta*, por no tenerme vigilado. Los miraba a ellos. Y me parece que no le gusta ninguno de los dos, sobre todo la hechicera.

Rhys se percató de que la perra evitaba a la señora Jenna. No gruñía, como habría hecho con uno de los Predilectos, pero se apretaba contra su pierna y no dejaba de observar a la hechicera con desconfianza.

Se suponía que la mujer no tendría que haber oído el comentario, pero resultó que sí ya que se encogió de hombros y dijo:

—Tiene razón, no soy de su agrado. Me temo que les caigo mal a los perros.

—Lo siento, señora... —empezó Rhys,

—¡Oh, no te disculpes! —Jenna sonrió—. A la mayoría de los perros les resulta difícil estar cerca de hechiceros. Creo que tiene que ver con los ingredientes de conjuros que llevamos encima: guano de murciélago, ojos de tritón, colas secas de lagartijas... A los perros no les gusta el olor. Por otro lado, a los gatos no parece importarles. Razón por la que los magos suelen tener felinos como familiares, supongo.

Gerard carraspeó.

—Todo eso es muy interesante, pero los dos habéis viajado desde muy lejos y hay asuntos que tenemos que discutir...

—Muy cierto, alguacil —lo interrumpió en tono enérgico la señora Jenna—. Volvamos al tema que nos interesa. Sobre perros podremos charlar después. Tengo cuarto reservado en la posada y allí podremos hablar con más comodidad y en privado. Hermano Alarife, si me ofreces el brazo para ayudarme a caminar con mis débiles piernas, te lo agradeceré.

La hechicera deslizó la mano enjoyada en el doblez del brazo de Rhys a pesar de que sus pasos eran tan firmes como los de *Atta*. No obstante, saltaba a la vista que era una mujer acostumbrada a que se la obedeciera, por lo que el monje hizo lo que le pedía.

La señora Jenna tiró de Rhys hacia sí y luego echó una ojeada hacia atrás y vio a *Atta* que caminaba junto a Beleño.

—Gerard no ha dejado de entonar alabanzas sobre esa maravillosa perra tuya, hermano. Tengo entendido que está entrenada para conducir tanto un rebaño de ovejas como a unos kenders.

—Sobre todo rebaños de ovejas, señora —contestó Rhys, sonriente.

—¿Se la entrenó para ello desde que era cachorra?

—Podría decirse que es algo innato en ella —repuso el monje—. Sus padres eran perros pastores experimentados.

—La razón por la que te lo pregunto no es simple curiosidad. ¡Poseo una tienda de productos mágicos en Palanthas y tengo un gran problema con los kenders! ¡No te lo imaginas! Empleo un guardia, pero el gasto es considerable y esas espabiladas bestezuelas siempre son más listas que él. Estaba pensando que quizá un perro resultara mucho más fiable y, desde luego, un perro comería menos que ese bruto al que tengo contratado. ¿Sería posible eso?

Jenna parecía seria respecto a su necesidad y realmente interesada en lo que Rhys tuviese que decir. El monje supuso que esa mujer era muy capaz de embrujar a los pájaros para que salieran de los vallenwoods si se lo proponía, y no sólo merced al uso de su magia. También era extremadamente peligrosa. Como jefa del Cónclave de Hechiceros, Jenna dominaba la magia divina de Ansalon —magia que había desaparecido durante años con la ausencia de los dioses en este mundo— y el monje veía ese poder en los ojos de la mujer, un parpadeo de fuego latente que ardía a gran profundidad bajo la superficie plácida y lisa, un fuego que hablaba de mortíferas batallas disputadas y victorias obtenidas pero sólo a un alto precio.

Rhys respondió cortésmente que sin duda a un perro se lo podría entrenar para realizar ese trabajo, si bien —a diferencia de lo hecho con Gerard-no se ofreció a ocuparse él del entrenamiento. Una vez que el tema de conversación se hubo agotado y mientras subían por la escalera que conducía a los pisos altos de la posada, Jenna ofreció sus disculpas.

—Realmente no era mi intención insultarte cuando mencioné que al kender y a ti os faltaba poder para ocuparos de esos Predilectos, hermano, pero me temo que te ofendí.

—Tal vez un poco —reconoció.

—Lo noté. —Jenna le dio unas palmaditas en el brazo—. Mi falta de tacto es deplorable, según me han dicho a menudo. O quizá, como le ocurre a tu perra, tampoco te gusta el hedor de la magia. —Lo miró de reojo.

Rhys no sabía qué decir. Estaba desconcertado por la forma en que la mujer parecía taladrarlo hasta el fondo del alma para ver qué había en su interior.

—En cualquier caso —continuó ella antes de que el monje hubiese sacado a relucir una excusa—, espero que me perdones. Ésta es mi habitación. ¡Cuidado, hermano! —avisó bruscamente Jenna a la par que levantaba la mano en un gesto de advertencia—. No toques el picaporte. Será mejor que te eches hacia atrás.

Rhys retrocedió y faltó poco para que tropezara con Gerard y el

paladín, que subían la escalera a su espalda, los dos tan enfrascados en una conversación sobre el tristemente célebre forajido barón Samuval, que se había apoderado de la mitad de Abanasinia, que ninguno prestaba mucha atención de por dónde caminaban. Beleño subía detrás y rezongaba algo sobre haberse perdido la cena.

Todos esperaron a que Jenna pronunciara unas palabras en el extraño lenguaje de la magia que Rhys, encerrado en el monasterio gran parte de su vida, no había oído nunca. Le recordó patas de arañas y campanillas de plata. Beleño tarareaba una canción y miraba en derredor con aire aburrido. La puerta emitió un breve fulgor de color azul pálido y después se abrió.

—Supongo que piensa que con eso nos ha impresionado —dijo Beleño a *Atta* en un aparte—. Yo podría hacerlo... si quisiera.

A juzgar por su actitud, se habría dicho que la perra compartía la opinión del kender.

—Siempre utilizo magia para cerrar mi puerta —explicó Jenna mientras los invitaba a entrar en el cuarto, que era el mejor que tenía la posada—. No porque tenga cosas valiosas que proteger, sino simplemente porque siempre acabo extraviando las llaves. Hablaba en serio cuando dije que quería uno de esos perros —añadió cuando Rhys pasaba ante ella—. No lo dije para hacerme la agradable.

Jenna se ganó a Beleño al pasar una bandeja con dulces de uno a otro y ofrecerles cerveza o un vino claro y frío. Una vez que se hubieron acomodado, con el kender inmovilizado en una esquina por *Atta*, todos se volvieron hacia Rhys.

—Gerard nos ha contado parte de tu historia, hermano —dijo el paladín—, pero nos gustaría oírla de tus propios labios.

Rhys relató lo ocurrido de mala gana. Imaginaba que no le creerían y lo entendía perfectamente. De estar en su lugar le habría parecido una historia difícil de tragarse. Decidió que no perdería tiempo en discutir con ellos ni intentaría convencerlos de que lo que decía era verdad. Si se mofaban, se pondría en camino. Tenía que encontrar a Lleu; tal y como estaban las cosas, ya había perdido mucho tiempo.

Ni Jenna ni Dominique dijeron nada mientras Rhys habló. No lo interrumpieron. Los dos lo miraban con seria atención. En el punto en el que

Rhys describió brevemente el asesinato de los monjes, Dominique musitó unas pocas palabras y el monje comprendió que el paladín alzaba una plegaria por las almas de los seguidores de Majere. Dominique frunció el entrecejo cuando oyó a Rhys decir que había vuelto la espalda a Majere y había cambiado su lealtad a Zeboim, pero el paladín no le dirigió una sola palabra de reproche.

A sabiendas, el monje invitó a Beleño a ofrecer su propia versión

de los hechos. Rhys había llegado a valorar el coraje y la decisión del kender y quería dejar claro que eran amigos y compañeros. El relato de Beleño fue largo y divagador; saltaba de una idea a otra, de forma que a veces resultaba incoherente. Jenna y Dominique escucharon pacientemente, si bien en ocasiones la hechicera se vio obligada a taparse la boca con la mano para contener la risa.

Cuando Rhys y Beleño no tuvieron nada más que decir, la mujer y el paladín siguieron callados un momento. Ambos se mostraban muy serios. Gerard tampoco habló, a la espeta de que lo hicieran ellos.

El kender rebulló en la silla hasta conseguir que Rhys lo mirara y entonces meneó la cabeza en un gesto significativo, en dirección a la puerta, mientras articulaba en silencio las palabras: «¡Salgamos de aquí!».

El monje sacudió la cabeza y Beleño soltó un sonoro suspiro, tras lo cual se puso a dar patadas en el travesaño de la silla con los talones.

—Bien, hermano, menuda historia —dijo Jenna al cabo de un momento.

Rhys inclinó la cabeza pero no hizo comentario alguno.

Beleño carraspeó para aclararse la garganta.

—Vaya, me huele a chuletas de cerdo. ¿Alguien más las huele?

—Creemos haber localizado a uno de esos Predilectos. —Gerard se sentó echado hacia adelante—. Mi propuesta es que preparemos una trampa para ese chico...

—Para eso —lo corrigió Dominique—. Esos Predilectos son envolturas de carne vacías, nada más. El alma ha conseguido escapar, o eso espero fervientemente y rezo para que así sea.

—Vale, para eso —aceptó torvamente Gerard al recordar que «eso» había sido un amigo—. Tenderemos una trampa y hemos de intentar pillar desprevenido a Cam e interrogar al chico... a eso.

—Podemos intentar interrogar al Predilecto, pero no creo que descubramos nada que merezca la pena —opinó Jenna, escéptica— Como dice el paladín, el alma ha partido. Lo que queda sólo es un esclavo autómata de Chemosh. Si se lo deja vivir cometerá más crímenes atroces en nombre del señor de los muertos vivientes. Creo que debemos destruirlo.

—Estoy de acuerdo —manifestó firmemente Dominique—. Aunque, por lo que nos ha contado el hermano Rhys, destruirlo tal vez no sea fácil.

Rhys miró a uno y a otro con una expresión estupefacta que caldeó una sensación de alivio arrollador. Le creían. Había tenido que combatir esa batalla terrible con la única ayuda de dos amigos: una perra y un kender. Ahora tenía aliados, unos aliados formidables. Ahora podría compartir al menos parte de aquella carga insoportablemente pesada.

Cuando Gerard le pidió su opinión, Rhys fue incapaz de contestar de inmediato, aunque finalmente habló con voz enronquecida.

—Me temo que estoy de acuerdo con ellos, alguacil. Sé que conoces a Cam, pero el paladín de Kiri-Jolith tiene razón. Ese ser ya no es el joven que conocías, sino un monstruo sin alma ni discernimiento que volverá a matar si no se lo detiene.

—¡Eso es muy fácil de decir para vosotros tres, pero yo no puedo ir por ahí matando ciudadanos de Solace! —exclamó el alguacil, encolerizado—. ¡Los vecinos se levantarán en armas si dejo que una hechicera reduzca a cenizas al pobre Cam o que un paladín lo atraviese con una espada sagrada! Maldita sea, tengo que poder hablar con él, necesito pruebas de que es uno de los Predilectos. Había imaginado que los dos necesitaríais pruebas también. Quiero decir, todos confiamos en el hermano Rhys, pero...

La señora Jenna alzó una mano.

—Lo entiendo, alguacil —dijo suavemente—. Si necesitas que capturemos viva a esa cosa, haremos todo lo posible por capturarla.

Intercambió una mirada con Dominique como si le dijera que debían complacer al pobre hombre.

—¿Qué plan tienes para tenderle esa trampa, alguacil? —se interesó después.

—Pensaba en interceptarlo de camino a casa desde el trabajo y llevarlo a mi oficina, donde podríamos mantener una charla.

—Eso es muy peligroso, alguacil —protestó Dominique—. No sólo para ti, sino para transeúntes inocentes.

Gerard suspiró y se pasó la mano por el pelo amarillo, con lo que sólo consiguió que se le pusiera de punta y le diera el aspecto de una mazorca tras soplar un ventarrón.

—Bien, pues ¿-qué sugieres tú? —inquirió, hosco.

—Tengo una idea —intervino Rhys—. El Predilecto acordó reunirse con esa chica en un sitio que aquí llaman el Mirador de Flint. Es un lugar situado fuera de Solace, justo a un lado de la calzada que conduce a la ciudad. Es el punto más alto en kilómetros a la redonda, con una buena vista de la ciudad. Podríamos esperar al Predilecto allí. Poca gente va por la calzada de noche; es un sitio aislado y a una distancia segura de la población.

La señora Jenna asintió con un cabeceo.

—Un buen plan —convino Dominique.

—Quiero dejar clara una cosa —dijo Gerard mientras los miraba a todos—. Me daréis ocasión de hablar a solas con Cam. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —aceptó la hechicera, con demasiada facilidad en opinión del monje—. En lo que a mí respecta, estoy interesada en oír lo que una de esas criaturas tiene que decir.

Gerard gruñó. Aunque hacer que esos dos viajaran a Solace había

sido idea suya, saltaba a la vista que no le gustaba cómo iban las cosas. Acordaron una hora para reunirse, y después la señora Jenna se levantó e indicó educadamente que era hora de que se fueran.

—Tengo que estudiar unos hechizos —dijo y añadió con una mirada de disculpa a Gerard-: Por si acaso.

—Y yo he de hacer mis rezos vespertinos en el templo —dijo Dominique.

—¡Y yo tengo chuletas de cerdo en la cocina! —gritó alegremente el kender.

Beleño fue el primero en salir por la puerta y bajar la escalera. *Atta* miró a Rhys, que le dio permiso para acompañar al kender. El paladín fue tras ellos, y la señora Jenna cerró la puerta y echó el cerrojo, dejando a Gerard y a Rhys a solas.

—¡Realmente odio esto! —murmuró el alguacil—. Sí, ya lo sé, fui yo quien trajo a estos dos para detener a esos Predilectos, ¡pero no sabía que sería Cam! Cuando me destinaron aquí antes de la Guerra de los Espíritus, Cam andaba siempre rondando los barracones. De lo único que hablaba era de cuánto deseaba ser un caballero. Le enseñé a usar la espada. Pueden decir todo lo que quieran de que ese monstruo no es él, pero tiene su semblante, su risa...

Gerard dejó de despotricar, miró a Rhys y soltó un suspiro pesaroso mientras volvía a pasarse los dedos por el pelo.

—Estás en una posición difícil, alguacil —dijo el monje en tono quedo—. Haré cuanto pueda para ayudarte.

—Gracias, hermano —contestó Gerard, agradecido—. ¿Sabes? A veces querría haber nacido kender. Ni preocupaciones, ni obligaciones, ni responsabilidades. Nada excepto chuletas de cerdo. Te veré esta noche, hermano. Te pediría que rezaras una plegaria, pero estamos hasta las narices de dioses tal como van las cosas.

Bajó la escalera a toda prisa para ocuparse de sus asuntos. Rhys lo siguió más despacio; meditó, pesaroso, en aquella sensación de alivio que había experimentado.

No había durado mucho.

7

El Mirador de Flint estaba en lo alto de una colina desde la que se divisaba Solace. Gerard y su equipo se reunieron cerca de la roca que había allí y en la que, según la leyenda local, un día al caer la tarde se había sentado a descansar el famoso Héroe de la Lanza, Flint Fireforge, horas antes de la noche en la que una mujer de las Llanuras y una Vara de Cristal Azul habían llevado la nueva del regreso de los dioses verdaderos, y en que la Guerra de la Lanza había comenzado.

La vista era espectacular. El humo de las lumbres de las cocinas se elevaba perezosamente en el aire. Los rayos del sol poniente destellaban anaranjados sobre el lago Crystalmir y resplandecían en las ventanas de cristales con forma de rombo de la posada El Ultimo Hogar, uno de los pocos edificios visibles a través del denso follaje de los vallenwoods.

—Es precioso —dijo la señora Jenna mientras miraba en derredor —. Tan tranquilo y apacible... Aquí el pasado parece muy cercano. Casi espera uno que el viejo enano aparezca caminando por la ladera de la colina junto con su amigo el kender. Tendrían más derecho a estar aquí que nosotros.

—Tenemos problemas de sobra con los muertos vivientes como para conjurar a más fantasmas, señora—comentó Gerard. Su intención era bromear, pero en el tenso ambiente no tuvo el efecto deseado y nadie se rió—. Más vale que ocupemos nuestros puestos antes de que caiga la noche.

Dejaron atrás la piedra del viejo enano y salieron de la calzada para internarse en el bosque que cubría la ladera. Caminaron entre abetos y robles, arces y castaños y se pararon cuando Gerard consideró que nadie los avistaría desde la calzada aunque ellos la seguían divisando.

—Disponemos de un poco de tiempo antes de que Cam llegue — dijo Gerard.

El alguacil había recorrido el camino en un silencio sombrío interrumpido sólo de vez en cuando por un suspiro suave, contenido. Rhys sufría por su amigo, pero sabía de sobra que nada de lo que le dijera lo confortaría.

—He traído una manta para evitar la humedad. —Gerard desenrolló la manta y la extendió sobre una capa de agujas de pino secas—. Podemos ponernos cómodos mientras esperamos. —Gesticuló hacia la manta con campechana galantería.

«Señora Jenna, toma asiento, por favor.

—Gracias, alguacil —respondió ella con una sonrisa—. Pero no estoy tan ágil como cuanto era una veinteañera. Si me siento en esa

manta harán falta tres gullys y un ingenio gnomo infernal para volver a ponerme de pie. Si nadie tiene nada que objetar, me apropiaré de este tronco de árbol.

Jenna se sentó en el tocón de un roble, se arregló los pliegues de la falda de la túnica y colocó cuidadosamente en el suelo, a sus pies, un farol que había llevado consigo. El farol era pequeño y delicado, hecho de cristal soplado engastado en una armadura elaboradamente afiligranada de plata forjada. Dentro ardía la llama azul blanquecina de una vela.

—Veo que te llama la atención mi farol, hermano —dijo Jenna al advertir que Rhys contemplaba el farol con franca curiosidad—. Tienes buen ojo para la belleza. Y para lo valioso. Es un farol muy antiguo; data de la era de los Príncipes de los Sacerdotes.

—Es precioso —convino el monje—. Más bello que útil, da la impresión. Sólo proporciona una luz débil.

—No está hecho para alumbrar la oscuridad, hermano. —La hechicera soltó una risita—. Escuda la llama que utilizo para mi magia. El farol en sí es mágico, ¿comprendes? Ese trocito de vela, una vez colocado dentro del farol, arderá durante horas y horas. La llama no se puede apagar, ni siquiera aunque sople un ciclón o se caiga al mar. Puedes acercarte para verlo mejor, hermano. Cógelo si quieres, no te morderá.

Rhys se acuclilló. A pesar de lo que había dicho la hechicera, no tenía intención de asir el farol.

—Una reliquia que data de la Tercera Era debe de tener un valor inmenso.

—Si lo vendiera seguramente podría comprarme la mitad de Solace con lo que sacara —manifestó Jenna.

—Pero sin embargo pones en riesgo un artefacto tan valioso al traerlo aquí esta noche —comentó Rhys, que alzó la vista hacia ella.

Jenna lo observó atentamente. El monje reparó en que las finas arrugas que le rodeaban los ojos conseguían hacer más intensa su mirada al concentrarla como un rayo de sol a través de un prisma.

—O es que no comprendes la seriedad de esta amenaza, hermano, o es que piensas que yo no la comprendo —dijo secamente—. No estoy aquí como Jenna, antigua amiga de Palin Majere. He venido como jefa del Cónclave de Hechiceros y pasaré un informe completo al Cónclave tan pronto como haya regresado, ya que hemos de determinar la mejor forma de afrontar esta crisis. Otro tanto ocurre con el guerrero ungido. El informará a clérigos y sacerdotes de todos los dioses de la Luz, así como al Consejo de Caballeros de Solamnia reunido. Para nosotros esto no es una gira campestre kender, hermano. Dominique y yo hemos venido preparados para la batalla, llevamos encima las mejores armas que tenemos a nuestra disposición.

—Lo siento, señora, no era mi intención faltar al respeto a nadie —musitó Rhys.

Tendría que estar agradecido. Eso era lo que había querido, pero ahora lo abrumaba la inquietud. Por un lado, se alegraba de que por fin el mundo conociera la amenaza. Por otto lado, el miedo podía llevar a inquisiciones, torturas, persecuciones de inocentes. El remedio podía ser peor que la enfermedad.

—Para bien o para mal, el asunto ya no está en tus manos, hermano —dijo la hechicera, adivinando lo que pensaba—. ¡Oh, de eso nada, ni por asomo, señor!

Apartó una mano pequeña, la de Beleño, cuando alargaba los dedos hacia el farol.

—Mira allí —señaló Jenna—. Me parecer haber visto un espíritu errante por la base de aquel roble.

—¿Un espíritu errante? —preguntó Beleño, anhelante—. ¿Dónde?

—Por allí —indicó la hechicera—. No, más a la izquierda.

El kender salió disparado en esa dirección con *Atta* pegada a sus talones, aunque la perra no parecía muy convencida. Jenna se volvió hacia Rhys.

—Tienes que prometerme que mantendrás a ese kender tan lejos de mí como sea humanamente posible —le dijo—. Por cierto, ¿es verdad que puede hablar con los muertos?

—Sí, señora. Lo he visto con mis propios ojos.

—Extraordinario. Tienes que llevarlo a Palanthas de visita en algún momento. Hay varias personas muertas con las que me gustaría entrar en contacto. Una de ellas tiene en su poder un libro de conjuros que se supone que escribió mi padre, Justarius. Intenté comprárselo, pero el viejo tonto dijo que prefería llevárselo a la tumba antes que vendérmelo a mí. Y por lo visto fue lo que hizo, porque busqué en su casa después de que murió y no lo encontré. —Jenna alzó la vista al cielo.

»Lunitari estará llena esta noche. Excelente para la ejecución de hechizos. —Clavó los penetrantes ojos en Rhys. Tenía la expresión seria y su voz sonó grave—. El paladín y yo nos ocuparemos del Predilecto, hermano. Tú estate pendiente de tu amigo el alguacil. —Miró a Gerard al añadir:

»No se le puede permitir que interfiera en nuestro trabajo. Si lo hace, será responsable de las consecuencias. Y ahora, déjame sola, hermano, porque he de repasar una vez más mis conjuros.

La mujer cerró los ojos y enlazó las manos sobre el regazo.

—Ni rastro del fantasma-dijo Beleño, desilusionado, al regresar.

Rhys condujo a su amigo lejos de Jenna y de Dominique, y no porque el paladín se hubiera percatado de la presencia del kender; no lo habría notado aunque hubiese habido un centenar de ellos.

Dominique se encontraba allí en cuerpo, pero no en espíritu. Equipado con armadura completa y yelmo de acero, llevaba puesto el tabardo marcado con el símbolo de Kiri-Jolith. Se hallaba de rodillas en el suelo, con la espada ante sí, y los ojos le brillaban con sagrado fervor mientras musitaba las palabras de una oración con la que pedía a su dios fortaleza en la hora de tribulación que se acercaba.

El frío viento vespertino que soplaba desde las montañas levantaba las hojas secas y las empujaba en medio de saltos y susurros por la desierta calzada. El mismo viento frío sopló a través del alma vacía de Rhys cuando vio orar al caballero.

—Hubo un tiempo en el que conocí una fe semejante —musitó pata sí.

Como seguidor de Zeboim tendría que estar invocando a la diosa para que lo ayudara en aquella hora de dificultad. Sin embargo, no creía que la señora diera su aprobación a los compañeros que tenía, así que prefirió no molestarla. Su tarea, a su entender, era asegurarse de que todos salieran de aquello tan ¡lesos como fuera posible incluido —por bien de Gerard— el miserable ser que otrora había sido un joven alegre y de buen corazón al que le gustaba divertirse.

Gerard rondaba desasosegadamente entre los árboles y sin quitar ojo de la calzada. Se mantenía a cierta distancia de los demás, con lo que dejaba claro que no quería compañía. Rhys miró hacia atrás y vio que Beleño se acercaba sigilosamente hacia el farol otra vez, por lo que se apresuró a proponer que el kender, *Atta* y él jugaran a «roca, paño, cuchillo».

Hacía poco que Beleño había enseñado a la perra ese juego en el que hacía falta que cada jugador eligiera en tres turnos si era «roca» (el puño cerrado), «paño» (el puño abierto) o «cuchillo» (dos dedos extendidos). El ganador se decidía de acuerdo con las siguientes premisas: la roca rompía el cuchillo. El paño tapaba la roca. El cuchillo cortaba el paño.

Atta ponía la pata sobre la rodilla del kender y Beleño interpretaba esa acción como que era lo que él pensaba que la perra quería decir, de modo que por turnos *Atta* podía ser «paño» que tapaba la roca, o «cuchillo» que cortaba el paño.

—Qué serios están todos —comentó Beleño—. *Atta* tiene cuchillo, Rhys. Tú tienes paño, así que pierdes. Yo tengo roca, *Atta*. Tú pierdes también. Lo siento, quizá ganes a la próxima. —Dio una palmadita a la perra para aliviar sus sentimientos heridos—. He visto reuniones más alegres en los cementerios. ¿De verdad creen que van a poder matarlo?

—Chitón, baja la voz —le advirtió Rhys a la par que echaba una ojeada a Gerard—. Los dos hemos luchado contra los Predilectos anteriormente. ¿Qué probabilidades crees tú que tienen?

Beleño reflexionó.

—Sé que la hechicera no tiene en mucho a mi magia, y ese guerrero ungido mira de reojo tu bastón. Si quieres saber mi opinión, no creo que lo hagan mucho mejor. ¡*Atta*, has ganado! ¡El paño de cocina nos vence a ambos!

El sol se había puesto y una tenue luz amarilla iluminaba el cielo y se fundía con el trémulo azul que se oscurecía progresivamente hasta llegar a la negrura salpicada de estrellas sobre las montañas. La luna roja reverberaba anaranjada con el arrebol; la llamita del farol de Jenna parecía mucho más brillante ahora que la oscuridad los rodeaba.

La hechicera estaba sentada muy quieta y con los ojos cerrados, mientras repasaba los conjuros acompañándose con complejos movimientos de las manos. Dominique había terminado sus rezos y se incorporó un tanto entorpecido por haber estado de rodillas; envainó la espada con gesto reverente.

Gerard rompió la quietud de la noche.

—¡Cam viene hacia aquí! ¡Beleño, te necesito! Ven conmigo. No, la perra se queda.

El kender se incorporó de un brinco y se reunió con el alguacil. Rhys también se puso de pie; una palabra y un roce en la cabeza de *Atta* bastaron para que la perra se quedara a su lado.

Con expresión sosegada, concentrada, la señora Jenna salió de debajo de las ramas del árbol y se detuvo en un punto bañado por la luz de la luna roja. Alzó el rostro hacia Lunitari y sonrió como si gozara de la caricia de sus benditos rayos. Dominique se situó cerca de ella y le susurró algo, a lo que Jenna respondió con un silencioso asentimiento de cabeza; después sacó un objeto de uno de los bolsillos y lo asió fuertemente. Dominique se dirigió a ocupar su posición a cierta distancia de la hechicera, aunque sin perderla de vista.

Los dos habían desarrollado una estrategia en secreto, comprendió Rhys; una estrategia que seguramente no se habían molestado en discutir con Gerard.

El monje aferró el emmide con fuerza.

Gerard y Beleño estaban junto a la roca que había a un lado de la calzada.

—Ahí viene —dijo el alguacil, que posó la mano en el hombro del kender.

Un joven caminaba briosamente colina arriba. No había error posible, ya que portaba una antorcha para alumbrar el camino y la luz brillaba con fuerza en el cabello pelirrojo.

—Míralo bien, Beleño —dijo Gerard—. Mira muy bien dentro de él.

—Lo siento, alguacil —dijo el kender—. Sé lo que quieres que vea, pero no lo veo. Dentro de él no hay nada. Ya no.

Gerard encorvó los hombros.

—Está bien. Regresa y quédate con Rhys.

—Puedo ayudarte a hablar con él —se ofreció Beleño, que sentía lástima de su amigo—. Se me da bien hablar con los muertos.

—Tú vuelve, eso es todo —ordenó Gerard. Un tic nervioso le crispó un músculo de la mandíbula.

Beleño se alejó de prisa.

—Cam se acerca —informó y añadió tristemente-: No puede estar más muerto.

Jenna y Dominique intercambiaron una mirada.

—Beleño —Rhys se inclinó para susurrar al oído del kender—, voy a reunirme con Gerard. —Iré contigo...

—No. —Rhys echó una mirada a la hechicera y al paladín—. Creo que deberías quedarte aquí.

Dominique posó la mano en la empuñadura de la espada y extrajo parcialmente el arma de la vaina. La hoja empezó a emitir una extraña luz blanca.

—Tienes razón. Todavía tengo ampollas en los dedos. —Beleño estrechó los ojos para escudriñar las ramas de los árboles—. Tendré una vista excelente de lo que pase desde ahí arriba y también puedo realizar mis hechizos, si me necesitas. Aúpame, ¿quieres?

Rhys alzó al kender hasta las ramas más bajas del castaño. Beleño se encaramó de rama en rama, y a no tardar se perdió de vista.

El monje se deslizó entre las sombras con pasos ligeros, sin hacer ruido. *Atta* se movía a su lado, tan sigilosa como él; las manchas blancas del pelaje tenían un tono rosáceo por la luz de la luna roja. Ni Jenna ni Dominique estaban pendientes de Rhys.

—Toma, hermano, sujeta la antorcha —le dijo Gerard cuando el monje llegó a su lado—. Y ahora, retírate.

—Creo que debería quedarme contigo —objetó Rhys.

—¡He dicho que te retires! —espetó Gerard—. Es mi amigo, así que yo me ocuparé de esto.

El monje albergaba serias dudas al respecto, pero hizo lo que le ordenaba y retrocedió hacia las sombras.

—¿Quién anda ahí? —inquirió Cam al tiempo que alzaba la antorcha—. ¿Alguacil? ¿Eres tú?

—Soy yo, Cam —contestó Gerard.

—En nombre del Abismo, ¿qué haces aquí? —demandó el joven. —Te esperaba.

—¿Por qué? Ahora no estoy de servicio y soy libre de hacer lo que me plazca —replicó Cam, irritado—. Por si te interesa, he quedado con alguien aquí, una joven dama. De modo que te deseo

buenas noches, alguacil...

—Jenny no va a venir, Cam —anunció sosegadamente Gerard—. Les conté a sus padres lo tuyo.

—¿Qué les contaste? —lo desafió el joven.

—Que habías prestado juramento a Chemosh, el Señor de la Muerte.

—¿Y qué si lo hice? —demandó Cam—. Solace es una ciudad libre, o eso es lo que no deja de repetir el viejo chocho del alcalde. Puedo venerar a cualquier dios que quiera...

—Desabróchate la camisa, muchacho, hazme ese favor—pidió Gerard.

—¿La camisa? —Cam se echó a reír—. ¿Qué tiene que ver la camisa con todo esto?

—Anda, compláceme y hazlo.

—Complácete tú mismo —replicó groseramente Cam. El joven se dio media vuelta y empezó a alejarse.

Gerard alargó la mano, asió la camisa del joven y le dio un fuerte tirón.

Cam giró sobre sus talones; tenía el rostro pecoso crispado por la ira y los puños prietos. La camisa se había desgarrado y estaba totalmente abierta.

—¿Qué es eso? —inquirió Gerard, que le señaló el pecho.

Cam bajó la vista hacia la marca estampada en la parte izquierda del torso. Sonrió y después la tocó con aire reverente. Alzó la vista hacia Gerard.

—El Beso de Mina —musitó el chico.

—¡Mina! —El alguacil sufrió un sobresalto—. ¿Conoces a Mina?

—No, pero veo su rostro todo el tiempo. Es como llamamos a la marca de su amor por nosotros. El Beso de Mina.

—Cam —empezó Gerard, grave la expresión—, hijo, estás metido en un buen lío. Un lío mayor de lo que te puedas imaginar. Quiero ayudarte...

—No, no es eso lo que quieres —gruñó Cam—. Lo que quieres es pararme.

Rhys ya había oído unas palabras muy parecidas anteriormente: «Habría intentado pararme, ese viejo de ahí». Las palabras que Lleu había pronunciado mientras él contemplaba el cadáver de su maestro. Luego fue el marido de la pobre Lucy, cortado en pedacitos. A lo mejor había intentado pararla.

—Escúchame, Cam... —¡Cuidado, Gerard! —gritó Rhys.

Su advertencia llegó tarde. Cam se abalanzó sobre el alguacil dispuesto a estrangularlo.

El ataque pilló completamente por sorpresa a Gerard, que manoteó en busca de su espada, pero no tuvo tiempo de desenvainarla

antes de que las manos del joven se cerraran con una fuerza demoledora alrededor de su garganta.

Clamando el nombre de Kiri-Jolith, Dominique corrió al rescate del alguacil con la espada llameante por el sagrado fervor. Rhys también corrió en auxilio de su amigo, pero el Predilecto poseía una fuerza que hacía de la presa de sus manos tan inclemente e implacable como la presa de la muerte. Gerard habría perecido con la tráquea aplastada antes de que Dominique o Rhys hubiesen llegado hasta ellos.

Un cuerpo peludo, blanco y negro, pasó a Rhys como un rayo. *Atta* se lanzó por el aire contra los dos hombres que se debatían. Chocó con fuerza y los derribó a los dos al suelo, con lo que consiguió que Cam aflojara la presa en el cuello de su víctima.

Gerard rodó y se puso boca arriba al tiempo que boqueaba para inhalar.

Cam luchaba con la perra, que lo atacaba enconadamente y le lanzaba dentelladas a la yugular.

—¡Monje, haz que la perra se aparte! —gritó Dominique.

—¡*Atta*! A mí! —gritó Rhys.

La perra estaba hecha una furia, centrada en dar muerte al zombi. La sangre del lobo que era su lejano ancestro le palpitaba en los oídos y ahogaba el sonido de la orden de su amo.

Cam aferró a *Atta* por la nuca y se la quitó de encima con brusquedad, le retorció el cuello y arrojó el cuerpo fláccido lejos de sí.

Rhys no podía dejar solo a Gerard, que aún boqueaba para respirar, y volvió la cabeza para mirar hacia la perra, angustiado. No la veía bien, porque estaba tendida fuera del trecho que alumbraba su antorcha, pero parecía que no se movía.

Se oyó un susurro de hojas y luego el sonido de un batacazo cuando Beleño saltó desde la rama en la que se había encaramado.

—¡Está muy malherida, Rhys, pero yo la cuidaré! —gritó el kender con la voz entrecortada.

Beleño tomó al animal en brazos y, con lágrimas rodándole por las mejillas, empezó canturrearle suavemente mientras la mecía atrás y adelante.

Rhys arrancó la mirada de *Atta* para dirigirla hacia el enfrentamiento entre Dominique y el Predilecto. Cam había conseguido ponerse de pie con sorprendente rapidez. Tenía la garganta desgarrada por la mitad, pero de la herida sólo salía un poco de sangre.

Esbozó un remedo de sonrisa al paladín.

—¿Qué se supone que eres? ¿El fantasma de Huma?

Dominique sacó un medallón sagrado que llevaba colgado al cuello y lo sostuvo frente a Cam.

—¡En nombre de Kiri-Jolith, te ordeno que vuelvas al Abismo del que has salido!

—No he salido del Abismo —replicó Cam—. ¡Vengo de Solace, y quítame esa cosa de la cara!

Propinó un manotazo a Dominique con suficiente fuerza para arrancarle el sagrado medallón de los dedos y lanzarlo por el aire.

Fría y sosegadamente, el paladín hundió la espada en el esternón de Cam.

El Predilecto soltó un grito estrangulado y miró con incredulidad el arma hincada en su pecho hasta la empuñadura.

Dominique sacó de un tifón el acero teñido de sangre y a Cam se le doblaron las piernas. Cayó de rodillas y después se desplomó de bruces y quedó tendido en el suelo, inmóvil.

—Bendito sea Kiri-Jolith —entonó reverentemente el paladín, que empezó a envainar la espada.

Cam levantó la cabeza.

—Eh, tú, Huma. ¡Has fallado!

Dominique reculó a trompicones y, en su estupefacción, faltó poco para que dejara caer el arma. Se recobró de la sorpresa y se abalanzó contra el Predilecto mientras descargaba la espada en un tajo fulgurante que semejó un arco de fuego blanco. El corte cercenó el cuello de Cam y lo descabezó.

El cuerpo yació en el suelo, sacudido por convulsiones. La cabeza rodó un trecho y acabó boca arriba, mirando a Gerard.

Para entonces, el alguacil ya había recobrado la respiración.

—Cam, lo siento... —empezó a decir, pero entonces soltó un grito sofocado de terror.

Uno de los ojos de la cabeza cortada le hizo un guiño.

La boca se abrió y se echó a reír. El cuerpo descabezado se levantó sobre manos y rodillas y gateó hacia la testa cercenada. Gerard emitió un sonido semejante a un gorgoteo.

—¡Oh, dioses! —exclamó, ronca la voz al tener la garganta en carne viva—. ¡Matadlo, matadlo!

Dominique, que miraba de hito en hito el cuerpo que se retorcía por el suelo, enarboló de nuevo la espada para asestar otro golpe.

—¡Quitaos de en medio! —gritó Jenna—. ¡Apartaos todos!

Rhys asió a Gerard por un brazo mientras Dominique le agarraba el otro y, entre los dos, medio llevaron y medio arrastraron al alguacil hacia el interior de la floresta.

Jenna sostenía una reluciente gema naranja en una mano y la vela roja encendida en la otra. Empezó a entonar unas palabras mágicas.

Rhys contempló, hipnotizado, que la llama de la vela crecía más y más, crecía cada vez con más fuerza hasta que ardió con tanta

intensidad que la luz hizo que le lloraran los ojos.

A la brillante luz vio una escena grotesca. Los brazos del cadáver alzaron la cabeza cercenada y la colocaron sobre los hombros. Testa y tronco se fundieron en uno y Cam, con el mismo aspecto de siempre salvo por llevar la camisa salpicada de sangre, echó a andar hacia ellos.

Jenna gritó y señaló al Predilecto.

Una esfera de luz saltó desde la vela y cruzó la oscuridad, llameante, hasta impactar contra el Predilecto.

Cam gritó y cerró los ojos para protegerlos del intenso resplandor. De nuevo cayó de rodillas y se quedó acuclillado, con una mano tapándose los ojos y la otra extendida como si intentara rechazar el hechizo.

Siguió en la misma postura, inmóvil, los ojos cerrados por el resplandor, hasta que Jenna soltó un gemido y cayó de hinojos, exhausta. La brillante luz se desvaneció como si un inmenso soplido la hubiese apagado dejándolos sumidos en una oscuridad tan intensa que Rhys no pudo menos que parpadear.

De la oscuridad llegó la voz de Cam.

—Creo que voy a irme ya, alguacil, a no ser que hayas traído a alguien más que quiera matarme...

8

Gerard rechazó los intentos de Rhys de sujetarlo y se puso de pie, tambaleándose.

—Puede que no sea capaz de destruirte... o acabar con lo que queda de ti —dijo el alguacil, que hablaba a duras penas—. Pero te mantendré vigilado día y noche. No harás daño a nadie más, al menos no lo harás en Solace.

—Como he dicho —contestó Cam a la par que se encogía de hombros—, de todas formas me marcho. Aquí ya no queda nada para mí. —Su mirada pasó por todos los componentes del grupo.

«Habéis sido testigos del poder de Chemosh. Llevad este mensaje a vuestros hechiceros y a vuestros sagrados paladines: se nos puede destruir, pero el precio por ello sería tan elevado que ninguno de vosotros tendría aguante para pagarlo.

Cam sonrió y agitó la mano en un alegre gesto de despedida, tras lo cual giró sobre sus talones y se marchó. No tomó la calzada de vuelta a la ciudad, sino que se encaminó hacia el este.

—¡Haz algo, paladín! —gritó Gerard, furioso—. ¡Eleva una plegaria! ¡Arrójale agua bendita! ¡Haz algo!

—He hecho todo lo que estaba en mi mano, alguacil —contestó Dominique—. Pásame la antorcha —le pidió a Rhys.

Sostuvo la antorcha en alto mientras recorría la zona donde la hierba pisoteada y ensangrentada daba testimonio de la lucha que había librado con el Predilecto. Se puso a buscar algo y por fin encontró el sagrado medallón que el muerto viviente le había arrebatado de un manotazo. Dominique lo contempló con aire pensativo y después sacudió la cabeza.

—Percibo la cólera de mi dios. Y también percibo su impotencia.

Rhys se arrodilló al lado de Jenna, que estaba de rodillas y encogida; tenía los ojos clavados con expresión de incredulidad en el lugar donde el Predilecto había estado de pie.

—¿Te encuentras bien, señora? —preguntó el monje, preocupado.

—Ese hechizo tendría que haberlo reducido a cenizas —dijo Jenna, que parecía aturdida—. Sin embargo...

Alzó la mano. Una fina cernidura de cenizas, lo que quedaba de lo que había sido una gema naranja, se deslizó entre sus dedos y cayó al suelo junto a un charquito de cera roja, que era todo lo que quedaba de la vela. Un fino hilillo de humo ascendía en espiral de los restos ennegrecidos del pabilo.

—Te has quemado la palma de la mano —dijo Rhys.

—No es nada —contestó Jenna mientras se cubría apresuradamente la mano con la manga—. Ayúdame a ponerme de

pie, hermano. Gracias. Estoy bien. Ve a ver a tu pobre perra.

Rhys no necesitaba que lo apremiara; se dirigió rápidamente hacia donde Beleño estaba sentado debajo del árbol y estrechaba al animal contra sí. *Atta* no se movía y tenía los ojos cerrados.

Las lágrimas se deslizaban por las mejillas del kender.

Con el corazón en un puño por la pena, Rhys se arrodilló a su lado. Alargó la mano para acariciarla.

Atta rebulló entre los brazos de Beleño, levantó la cabeza y abrió los ojos al tiempo que movía débilmente la cola.

—¡La traje de vuelta, Rhys! —exclamó Beleño con la voz ahogada en lágrimas—. ¡No respiraba, y había sido tan valiente, había intentado con todas sus fuerzas matar a esa cosa, que no podía soportar la idea de perderla!

Tuvo que dejar de hablar un instante para contener el llanto; de hecho, el monje también estaba llorando.

—Pensé en todo eso y en que los dos habíamos compartido una chuleta de cerdo esta noche, sólo que yo realmente no quería compartirla. Se me cayó y ella es muy rápida cuando se trata de pillar chuletas de cerdo. En fin, sea como sea, todo esto lo tenía en el corazón y pronuncié ese hechizo sencillo que mis padres me enseñaron, el que usé para que te sintieras mejor esa vez que luchaste con tu hermano. Fue como si todo lo que tenía en el corazón se desbordara y se derramara sobre *Atta*. Soltó un resuello y después resopló. Entonces abrió la boca, bostezó y me dio un lengüetazo en la cara. Creo que debía de tener algo de grasa de la chuleta de cerdo en la barbilla.

Rhys tenía su propio corazón tan rebosante de emoción que era incapaz de hablar; lo intentó, pero no consiguió pronunciar ni una palabra.

—Cuánto me alegro de que no esté muerta —prosiguió Beleño al tiempo que estrechaba a *Atta*, que no dejaba de lamerle la cara—. ¿Quién iba a evitar que me metiera en líos?

La perra rebulló y se escapó de los brazos del kender. Se sacudió de la cabeza a la cola y se sentó sobre los pies de Rhys, alzada la vista hacia él y meneando enérgicamente la cola. Beleño se puso de pie y se sacudió la ropa, tras lo cual se limpió las lágrimas y la baba de *Atta*. Alzó la vista hacia Jenna, que lo miraba asombrada, de pie delante de él.

La hechicera le tendió la mano (antes se había quitado todos los anillos).

—Te pido disculpas, Beleño, por lanzar calumnias contra ti antes —dijo Jenna muy seria—. Quiero estrecharte la mano. Eres el único que ha conseguido que su encantamiento funcione esta noche.

—Gracias, señora Jenna. Y no te preocupes por esas calumnias

que me lanzaste —la tranquilizó el kender—. Estaba subido al árbol y no me ha dado ninguna. ¡En cuanto a tu hechizo, fue abracadabrante! Todavía veo puntitos azules bailándome en la retina.

—Puntitos azules. Para eso es para lo único que sirvió —rezongó Jenna, abatida—. He usado ese hechizo contra muertos vivientes incontables veces. Jamás me había fallado.

—Al menos el Predilecto admitió que se los puede destruir —comentó el monje en tono pensativo.

—Aja —masculló Gerard—. A un precio tan grande que ninguno de nosotros tendría arrestos para pagarlo.

—Pues claro que ha de haber un modo de destruirlos. Chemosh prometerá la vida eterna, pero ni siquiera él puede otorgar la inmortalidad —manifestó Dominique.

—Entonces ¿por qué nos lo ha dicho? —inquirió Jenna, frustrada —. ¿Por qué no dejarnos en la ignorancia?

—El dios confía en acobardarnos para que dejemos este asunto —conjeturó Dominique.

—Se está mofando de nosotros —dijo Gerard, que hizo un gesto de dolor al frotarse el dolorido cuello—. Como un asesino que deja a propósito una pista cerca del cadáver.

—¿Tú qué opinas, hermano? —preguntó la hechicera, que no parecía satisfecha con esas explicaciones.

—El dios sabe que su secreto se ha descubierto. De ahora en adelante todos los hechiceros y los clérigos de Ansalon estarán ojo avizor a esos Predilectos. La noticia se difundirá y cundirá el pánico. El vecino acusará al vecino. Los padres se revolverán contra sus hijos. La única forma de demostrar que una persona es inocente será acabar con ella. Si sigue muerta, entonces no era un Predilecto. El precio de destruir a esas criaturas será muy alto, sí.

—Y Chemosh consigue más almas —añadió Beleño—. Muy inteligente por su parte.

—Creo que nos subestimas, hermano —adujo Dominique, ceñudo —. Nos ocuparemos de que no haya inocentes que paguen las consecuencias.

—¡Entonces supongo que nosotros, los hechiceros, estaremos entre los primeros en ser acusados! Siempre ocurre lo mismo —le replicó Jenna.

—Señora Jenna —respondió el paladín con gesto estirado—, te aseguro que colaboraremos estrechamente con nuestros hermanos de las Torres.

La hechicera lo miró intensamente y después suspiró.

—No me hagas caso, estoy cansada y me aguarda una larga noche. —Se puso de nuevo los anillos que se había quitado un poco antes—. He de regresar al Cónclave para presentar mi informe. Me

alegro de haberte conocido, Rhys Alarife, «ex» monje de Majere.

Dio énfasis a esa palabra; sus ojos, brillantes a la luz roja de Lunitari, parecían retarlo.

Rhys no aceptó el reto ni le preguntó qué quería decir con eso. Temía que le diera una respuesta burlona. Al menos, eso fue lo que se dijo a sí mismo.

—A ti también, Beleño. Que tus saquillos estén siempre llenos y las celdas de la cárcel, vacías. Dominique, amigo mío, lamento haber hablado de esa forma tan rencorosa. Estaremos en contacto. Alguacil Gerard, gracias por llamar nuestra atención sobre este asunto tan horrible. Y por último, adiós a ti también, lady *Atta*. —Jenna se agachó para dar unas palmaditas a la perra, que se encogió al sentir la mano de la mujer aunque le permitió que la tocara.

»Cuida a tu amo extraviado y ocúpate de que encuentra el camino a casa. Y ahora, amigos y conocidos, os deseo buenas noches.

Jenna posó la mano derecha sobre el anillo que llevaba en el pulgar de la izquierda, pronunció una palabra y desapareció.

—¡Ooooh! —exclamó el kender—. Recuerdo cuando hicimos eso. ¿Y tú, Rhys? Esa vez que Zeboim nos trasladó mágicamente al castillo del Caballero de la Muerte...

Rhys puso la mano en el hombro del kender.

Beleño pilló la indirecta y se calló.

Dominique escuchaba atento y miró a Rhys con expresión severa; no le gustaba recordar que el monje seguía a una diosa del mal. Parecía a punto de decir algo cuando Gerard se le adelantó.

—Menudo trabajo nocturno hemos hecho —comentó con acritud —. Todo lo que tenemos como prueba es esta hierba aplastada, un poco de sangre y cera de vela derretida. —Suspiró—. Tendré que informar de todo esto al alcalde. Agradecería, sir Dominique, que me acompañases. A ti Palin te creerá, aunque a mí no me crea.

—Tendré mucho gusto en ir contigo, alguacil —contestó el paladín.

—No sé qué decidirá hacer, naturalmente, pero voy a sugerirle que convoque una asamblea de la ciudad mañana para poner sobre aviso a la gente.

—Una idea excelente. Podéis celebrar la asamblea en nuestro templo. Al final de la teunión rezaremos para pedir fortaleza y guía. Enviaremos mensajeros a todos nuestros clérigos, al igual que a los de Mishakal y Majere...

—A propósito de Majere... —Gerard vaciló un momento—. ¿Dónde está el hermano Rhys? —Giró sobre sus talones y vio que el monje, el kender y la perra seguían parados bajo los árboles—. ¿No vas a regresar con nosotros a Solace, hermano?

—Creo que me quedaré aquí un rato —contestó Rhys—. Para dar

a *Atta* ocasión de descansar.

—Yo me quedo con él —añadió Beleño, aunque nadie le había preguntado.

—Como quieras. Te veré por la mañana, hermano —dijo Gerard —. Gracias por tu ayuda esta noche y gracias a *Atta* por salvarme la vida. Mañana encontrará un gran hueso de vaca en su escudilla.

Dominique y él retomaron el camino mientras proseguían con sus planes y en seguida se perdieron de vista.

La noche se había tornado muy oscura. Las luces de Solace se habían apagado de forma que la ciudad había desaparecido, tragada por el sueño. Parecía que Lunitari hubiese perdido intetés en ellos ahora que Jenna se había marchado; la luna roja se había envuelto en un tormentoso cúmulo de nubes y se negaba a reaparecer. Cayeron unas pocas gotas de lluvia; el trueno retumbó a lo lejos.

—No vamos a volver a Solace, ¿verdad? —Beleño soltó un suspiro.

—¿Crees que deberíamos? —inquirió Rhys en voz queda.

—Mañana el plato del día es pudín de carne de pollo —dijo el kender en tono melancólico—. Y *Atta* iba a tener un hueso de vaca. Pero supongo que tienes razón. La gente impottante ha tomado el mando y nosotros sólo estorbaríamos. Además —añadió, más animoso —, tiene que haber pudín de carne de pollo allí dondequiera que vayamos a parar. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

—Al este —contestó Rhys—. Tras los Predilectos.

Monje, kender y perra emprendieron la marcha calzada adelante justo cuando estallaba la tormenta y se ponía a llover.

9

Nuitari llegó tarde al Cónclave de Hechiceros que se había convocado precipitadamente en la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth. Se encontró con que sus dos primos, Solinari y Lunitari, ya estaban allí. La expresión en el semblante de los dioses era sombría, reflejo de la plasmada en los rostros de sus hechiceros. Al parecer, fuera cual fuera el asunto que se estaba tratando, las cosas no auguraban nada bueno para los magos de Ansalon.

Nuitari sólo tuvo que oír las palabras «Predilectos de Chemosh» para saber el porqué. Sus primos lo miraron cuando entró pero no dijeron nada a fin de no perderse palabra del informe que Jenna presentaba a sus colegas.

Esta reunión de hechiceros que formaba el Cónclave no era una asamblea formal. La asamblea formal del Cónclave, celebrada a intervalos regulares, se planeaba con meses de antelación. Eran acontecimientos fastuosos que se desarrollaban en la Sala de los Magos de la Torre, conforme a rituales y ceremonias preceptuados. Esta reunión de emergencia se había convocado apresuradamente, sin tiempo que perder en rituales formales, y se celebraba en la biblioteca de la torre, donde los hechiceros tenían acceso inmediato a libros de consulta y pergaminos que se remontaban a épocas lejanas. Los hechiceros se agrupaban alrededor de una mesa de madera; los Túnicas Negras estaban sentados junto a los Túnicas Blancas, sentados a su vez al lado de los Túnicas Rojas.

Por lo general, una convocatoria urgente de la jefa del Cónclave se consideraba como un asunto de vida o muerte y exigía que cualquier miembro del Cónclave dejara lo que quiera que estuviera haciendo y viajara de inmediato por los caminos de la magia hacia la Torre de la Alta Hechicería de

Wayreth. La falta de asistencia se castigaba severamente, y el hechicero podía acabar incluso expulsado del Cónclave.

Un antiguo conjuro que sólo conocía el jefe o la jefa del Cónclave le permitía emitir dicha convocatoria urgente. Ya de vuelta en su hogar de Palanthas, Jenna había sacado una caja de palisandro de su escondrijo, entre los pliegues del tiempo. Dentro de la caja había un estilo de plata. Lo mojó en sangre de cabra y escribió las palabras de la convocatoria sobre una piel de cordero. Pasó la mano por encima de las palabras, de izquierda a derecha y viceversa, varias veces. Las palabras se disiparon, la piel de cordero se arrugó y se consumió hasta desaparecer.

En cuestión de instantes el emplazamiento se le aparecería a cada miembro del Cónclave como letras de sangre y fuego. A una Túnica

Blanca que dormitaba en la cama la despertó la intensa luz de trazos llameantes en el techo del dormitorio. Un Túnica Negra vio materializarse las palabras en la pared de su laboratorio. Partió de inmediato aunque de mala gana, ya que acababa de invocar a un demonio del Abismo que sin duda haría trizas el mobiliario durante su ausencia. Un Túnica Roja estaba peleando con unos goblins cuando vio las palabras dibujadas en la frente del enemigo con el que combatía en ese momento. El Túnica Roja llegó magullado, falto de aliento y con las manos embadurnadas de sangre. Se había visto obligado a abandonar a un grupo de cazadores de goblins, quienes ahora miraban en derredor, aturullados por la sorpresa y preguntándose qué había sido del mago.

—Adiós a mi parte del botín —masculló mientras ocupaba su asiento.

—Verás cuando mi marido se despierte y descubra que no estoy —dijo la Túnica Blanca a su lado—. Tendré que dar muchas explicaciones cuando vuelva a casa.

—No sabéis lo que es tener problemas —rezongó el Túnica Negra, que suspiró al pensar en el destrozo que estaría haciendo el demonio en su laboratorio. Eso si es que todavía tenía un laboratorio.

Sin embargo, todos los trastornos personales se olvidaron cuando los hechiceros escucharon el relato de Jenna, mudos por la impresión. Empezó por contar la historia de Rhys tal como el monje se la había relatado a ella y acabó con el malogrado ataque al Predilecto.

—El conjuro que le lancé era «estallido solar» —les dijo—. Presumo que todos lo conocéis, ¿no es así?

Hubo un asentimiento general de cabezas encapuchadas.

—Como sabéis, este conjuro es especialmente eficaz contra los muertos vivientes. Tendría que haber dejado churruscado a ese cadáver andante. No surtió efecto alguno en él. El Predilecto se rió de mí.

—Puesto que fuiste tú quien ejecutó el hechizo, Jenna, entiendo que no cabe la posibilidad de que cometieses un error o que pronunciases mal ninguna palabra o que usaras un ingrediente de conjuros adulterado.

El que había hablado era Dalamar el Oscuro, portavoz de la Orden de los Túnicas Negras. Aunque era elfo y relativamente joven para su longeva raza, Dalamar daba la impresión de ser más viejo que el humano de más edad que había sentado a la mesa. Tenía el negro cabello surcado de canas y los ojos muy hundidos en las cuencas oculares. El rostro de estructura delicada semejaba una talla de marfil. Pese a que parecía débil, se encontraba en la cúspide de su poder y gozaba del respeto de todas las Órdenes.

Le habría correspondido ser el jefe del Cónclave excepto por

algunas equivocaciones cometidas en el pasado que habían conducido a dioses y hechiceros a ponerse en su contra y ascender a Jenna en vez de a él. Los dos habían sido amantes muchos años atrás y aún seguían siendo amigos cuando no eran rivales.

—Puesto que fui yo quien ejecutó el conjuro, estoy en disposición de aseguraros que no hay posibilidad de que cometiera ningún error —repuso fríamente la mujer.

Dalamar parecía escéptico. Jenna alzó una mano hacia el cielo.

—Con Lunitari como testigo —declaró—. Que la diosa nos envíe una señal si erré el conjuro.

—Jenna no cometió ningún error —manifestó Lunitari a la par que miraba ceñuda a Nuitari.

—Dalamar no dijo que lo cometiera —repuso Nuitari—. De hecho, afirme) lo contrario.

—Pero no era eso lo que quería decir.

—Basta ya, vosotros dos —intervino Solinari— Éste es un asunto grave, quizá el más grave al que nos hemos enfrentado desde nuestro regreso. Sosiega tu ira, prima. Dalamar el Oscuro actuó correctamente al pedir una confirmación que despejara las dudas.

—Y la tendrá —dijo Lunitari.

Una repentina y cálida luz roja bañó la biblioteca, y Jenna sonrió con satisfacción. Dalamar echó una ojeada al cielo e inclinó la encapuchada cabeza como muestra de respeto a la diosa.

—Ninguno de nosotros duda de las habilidades de la señora Jenna, pero incluso ella tiene que admitir que ha de haber un modo de destruir a esos muertos vivientes —manifestó un Túnica Blanca—. Como dijo el paladín de Kiri-Jolith, ni siquiera Chemosh tiene el poder de hacer indestructible a un mortal.

—Siempre hay una primera vez para todo —replicó mordazmente Dalamar—. Hace cien años jamás habría pensado que una deidad robaría el mundo y, sin embargo, ocurrió.

—Quizá el hechizo de algún jorguín podría destruirlos —sugirió Coryn la Blanca, el miembro más reciente del Cónclave. Aunque joven, tenía un gran talento y se decía que era una de las mayores favoritas del dios Solinari.

Sus colegas hechiceros, incluso los que vestían de blanco, la miraron con desaprobación.

Los jorguines eran aquellos que se servían de la magia primigenia, proveniente del propio mundo, no la mágica divina que provenía de los cielos. Los jorguines habían practicado la magia en Krynn durante la ausencia de los dioses. No estaban sujetos a las reglas de la Alta Hechicería, sino que actuaban independientemente. En los días precedentes al Segundo Cataclismo, a tales practicantes libres se los habría considerado renegados y los habrían perseguido los miembros

de las tres Órdenes. A muchos miembros de este Cónclave les habría gustado que se hubiese hecho así de nuevo, pero no se hacía por varias razones: la magia divina hacía poco que había vuelto a Krynn; los hechiceros aún seguían buscando el camino a las antiguas prácticas; su número era reducido y no estaban bien organizados.

La señora Jenna, jefa del Cónclave, propugnaba la política de «vive y deja vivir» y era la que se seguía por la mayoría. Sin embargo, ello no significaba que los hechiceros albergaran sentimientos amistosos hacia los jorguines. Todo lo contrario.

Coryn la Blanca había sido una jorguina que había renunciado a la magia primigenia hacía relativamente poco tiempo a favor de la magia de los dioses, más disciplinada. Sabía la opinión que tenían los otros magos respecto a los jorguines y encontraba cierto placer malicioso en tomarles el pelo. No obstante, en esta ocasión no bromeaba; hablaba muy en serio.

—La señora Coryn tiene razón —manifestó de mala gana Jenna. Todos los hechiceros la miraron estupefactos. Unos cuantos Túnicas Negras fruncieron el entrecejo y mutmutaron.

«Tengo varios clientes que son jorguines —prosiguió Jenna—. Me pondré en contacto con ellos y los instaré a que prueben sus habilidades contra esas criaturas. Aun así, no albergo muchas esperanzas de que tengan más suerte que nosotros.

—¡Esperanzas! —repitió un Túnica Roja, iracundo—. ¡Esperemos que esos Predilectos pisoteen a los jorguines! ¿Te das cuenta de lo que significaría para nosotros si un jorguín fuera capaz de matar a esas criaturas atroces mientras que nosotros no podemos? ¡Seríamos el hazmerreír de Ansalon! Yo digo que mantengamos este asunto de los Predilectos en secreto. Y nada de decírselo a los jorguines.

—Demasiado tarde —adujo un Túnica Negra—. Ahora que los clérigos lo saben, celebrarán rogativas, con los fieles rodando por el suelo en trances histéricos y los sacerdotes echando agua sagrada sobre cualquier cosa que se mueva. Encontrarán la forma de culpar a los hechiceros. Esperad y veréis si tengo o no tengo razón.

—Y ésa es la razón por la que hemos de establecer directrices en cuanto a la forma de ocuparnos del problema de los Predilectos y hacer pública nuestra posición —arguyó Jenna—. A los hechiceros se los tiene que ver trabajando con todos los demás a fin de hallar una solución a este misterio, incluso si ello significa aunar fuerzas con clérigos, jorguines y místicos.

—En consecuencia, estaremos reconociendo que no podemos ocuparnos de ellos nosotros solos —comentó un Túnica Blanca con acritud—. ¿Tú qué opinas, señora Coryn?

—Coincido con la señora Jenna. Deberíamos ser sinceros respecto a esos Predilectos. Los problemas que los hechiceros hemos afrontado

en el pasado surgieron como resultado de encubrirnos tras un manto de misterio y secretismo.

—Oh, totalmente de acuerdo —intervino Dalamar—. Yo digo que abramos las puertas de la torre e invitemos a la chusma a que venga a pasar el día. Podemos hacer demostraciones, lanzar bolas de fuego y similares y servir ponche de leche y pastas en el prado.

—Puedes mostrarte todo lo sarcástico que quieras, amigo mío —repuso fríamente Jenna—. Pero con eso no conseguirás que esta terrible situación desaparezca. ¿Tienes alguna sugerencia constructiva, señor de los Túnicas Negras?

Dalamar guardó silencio un momento, ensimismado, mientras trazaba un signo sobre la mesa con los esbeltos dedos.

—Lo que más me intriga es la implicación de Mina —dijo finalmente.

—¡Mina! —repito Jenna, sorprendida—. No entiendo que ves en ella para que te intrigue tanto. Esa chica no tiene criterio propio. En otro tiempo fue un peón de Takhisis y ahora es un peón de Chemosh. Se ha limitado a pasar de un amo a otro.

—Me intriga el hecho de que sea la señal de sus labios la que se queda marcada a fuego en la carne de esas miserables criaturas —repuso Dalamar.

—¡Deja de garabatear, por favor! —dijo Jenna al tiempo que plantaba las manos sobre las de él—. La última vez que hiciste eso abriste un agujero en la mesa. En cuanto a Mina, no es más que una cara bonita que Chemosh utiliza para engatusar a jóvenes y arrastrarlos a su perdición.

Dalamar frotó el signo con la manga de la negra túnica.

—Así y todo, creo que ella es la clave que daría acceso a este misterio.

A Nuitari no le sorprendió que las reflexiones de su hechicero tendieran a apuntar en la misma dirección que las suyas. El vínculo entre Nuitari y Dalamar era muy estrecho. Ambos, el dios y el mortal, habían soportado muchas pruebas juntos. Nuitari tenía pensado erigir a Dalamar como el Señor de la Torre del Mar Sangriento. Aunque todavía no. No hasta que todo quedara resuelto con sus dos primos.

—Apostaría a que Mina no te interesaría tanto si fuese una vieja bruja como yo —comentó Jenna a la par que daba a Dalamar un cachete en broma.

El Túnica Negra le asió la mano y se la llevó a los labios.

—Tu jamás serás una vieja bruja, querida. Y lo sabes muy bien.

Jenna, que sí lo sabía, le sonrió y volvió a centrarse en el asunto que tenían entre manos.

—¿Algo más que añadir, señora Coryn?

—A juzgar por la pista que el Predilecto te dio, el modo de

destruir a esos seres no será un descubrimiento fácil para nadie, sea clérigo, hechicero o jorguín. Propongo que se den instrucciones a los aprendices que estudian actualmente en la torre para que busquen entre los legajos antiguos alguna mención sobre criaturas similares, en especial relacionadas con Chemosh.

—Ya están en ello —contestó Jenna—. También me he puesto en contacto con los Estetas y les he pedido que investiguen en los libros de la Gran Biblioteca, aunque no creo que tengan éxito. Que yo sepa, nunca se habían visto en Ansalon seres como esos Predilectos. ¿Alguna otra cosa? ¿Hay más preguntas?

Jenna recorrió con la mirada a los hechiceros sentados en torno a la mesa. Éstos, sumidos en un silencio sombrío, sacudieron la encapuchada cabeza.

—Entonces, de acuerdo, sigamos adelante. El Cónclave considerará ahora las pautas que se pedirán a los hechiceros que sigan si se encuentran con alguno de esos Predilectos. La primera y principal, hay que encontrar una forma de detectarlos.

—Y la forma de proteger a los inocentes que están abocados a ser víctimas de acusaciones falsas —dijo un Túnica Blanca.

—Y de protegernos a nosotros mismos, que estamos abocados a que se nos acuse falsamente —abundó un Túnica Negra.

—Así parece... —intervino un Túnica Roja.

Nuitari se dio media vuelta. Esas discusiones se prolongaban durante hotas antes de que se alcanzara un consenso.

—Primos —empezó—, querría hablar con vosotros.

—Tienes toda nuestra atención, primo —respondió Lunitari, y Solinari, que se situó junto a su prima, asintió con la cabeza.

Los tres dioses habían presenciado los procedimientos desde el plano celestial y, a despecho de que ningún ojo mortal podía verlos, los tres habían adoptado su aspecto preferido. Lunitari tenía el de una mujer pelirroja y vivaz ataviada con ropajes encarnados que estaban orlados con armiño e hilos de oro. Solinari había adoptado la forma de un hombre joven y físicamente poderoso; sus vestiduras eran blancas, orladas con hilos de plata. Por su parte, Nuitari tenía la apariencia de siempre: un hombre de cara redonda como una luna llena, ojos entrecerrados por los pesados párpados y labios carnosos. Los ropajes negros como el azabache eran lisos y sin adornos.

Lunitari sospechó de inmediato que ocurría algo.

—Tienes información sobre esos Predilectos, primo —dijo, excitada—. Chemosh te ha contado algo.

—Chemosh está demasiado ocupado pavoneándose como un gallito de corral para hablar conmigo —respondió Nuitari con sorna —. Se cree muy listo, pero, personalmente, no estoy en absoluto impresionado. Se hallará el modo de destruir a esos cadáveres

andantes y se pondrá fin a todo este asunto.

—Entonces ¿de qué quieres hablar con nosotros? —preguntó Solinari. —He construido una Torre de la Alta Hechicería —dijo Nuitari—. Mi propia torre.

Sus dos primos lo miraron de hito en hito, el gesto inexpresivo.

—¿Qué? —inquirió Lunitari, que no daba crédito a sus oídos.

—He construido una Torre de la Alta Hechicería —repitió Nuitari —. O, más bien, he reconstruido una antigua torre, la que se alzaba en Istar. He reedificado las ruinas y he añadido algunos toques personales. La torre se halla situada en el fondo del Mar Sangriento y dos de mis Túnicas Negras ya la habitan. Mi plan es invitar a más hechiceros a trasladarse a ella más adelante.

—¡Hiciste eso en secreto! —barbotó Lunitari—. ¡A nuestra espalda!

—Sí, lo hice —reconoció Nuitari. ¿Qué otra cosa podía decir?

Lunitari estaba furiosa y se lanzó sobre él; a saber qué habría ocurrido si su primo, Solinari, no la hubiese sujetado y apartado.

—A lo largo de los siglos, desde nuestro nacimiento, los tres hemos estado juntos, hombro con hombro —habló Solinari, que seguía asiendo con fuerza a su enfurecida prima—. Hemos colaborado en la causa de la magia y, gracias a ese frente común, la magia prosperó. Cuando tu madre nos traicionó lo lamentamos juntos y unimos nuestras fuerzas para intentar encontrar el mundo. Cuando lo conseguimos, actuamos conjuntamente para restaurar la magia en Krynn. Y ahora descubrimos que nos has traicionado.

—Preguntémonos quién de nosotros es el verdadero traidor —replicó Nuitari—. Mi madre, Takhisis, fue depuesta por su mala acción, se la rebajó a ser mortal y después murió asesinada ignominiosamente a manos de un mortal. Tu padre, primo Solinari, fue un dios antaño, pero ahora es un mendigo que deambula por Ansalon viviendo de la caridad de la gente. —Nuitari sacudió la cabeza.

»¿Y qué hay de mí? Mi madre, muerta. Mi padre, Sargonnas, un violento toro, ¡está volcado en el logro de que sus minotauros gobiernen Ansalon! Ha expulsado a los elfos de su tierra y ahora envía barcos cargados de colonos minotauros. Yo no le importo nada, le da igual lo que es de mí. Todos sabemos que los minotauros tienen mala opinión de los hechiceros, y eso incluye a mi padre. —Los ojos de gruesos párpados se desviaron hacia Lunitari.

«Mientras que tu padre, Gilean, es ahora el dios más poderoso en el cielo. ¿Será coincidencia que los Túnicas Rojas de su hija dirijan el Cónclave?

—¡El equilibrio ha de mantenerse! —dijo Lunitari, que todavía estaba que echaba chispas—. Suéltame, primo, no voy a hacerle nada.

Aunque me gustaría arrancar su luna negra del firmamento y metérsela por...

—Calma, prima —intentó tranquilizarla Solinari. Luego se volvió hacia Nuitari—. Que los Túnicas Rojas sean muy poderosos podría ser cierto. Aunque yo no afirmo nada —añadió en un comentario aparte al tiempo que dedicaba una fría mirada a Lunitari—. Con todo, eso no es excusa para lo que has hecho.

—No, no lo es —admitió Nuitari—. Y quiero resarciros por ello. Tengo una propuesta, una que creo que os gustará a ambos.

—Te escucho, primo —dijo Solinari, que parecía más dolido que enfadado.

Lunitari indicó con un seco cabeceo que a ella también le interesaba oír lo que tuviera que decir.

—Ahora hay tres Torres de la Alta Hechicería en Ansalon —empezó Nuitari—. La de Wayreth, la de Foscaterra y mi torre en el Mar Sangriento. Sugiero que, tal como ocurría en tiempos del Príncipe de los Sacerdotes, cada una de las Órdenes posea su propia torre. Los Túnicas Rojas ocuparán la Torre de Wayreth, los Túnicas Blancas tendrán la Torre de Foscaterra bajo su control y mis Túnicas Negras tomarán el mando de la Torre del Mar Sangriento.

Los otros dos dioses sopesaron la sugerencia. La Torre de Wayreth estaba, a todos los efectos, bajo el control de los Túnicas Rojas, ya que Jenna era la jefa del Cónclave y la torre era la sede del poder de ese cuerpo rector. La Torre de Foscaterra había permanecido cerrada desde que a Dalamar se lo expulsó de allí como castigo. No se había permitido a ningún hechicero entrar en ella, precisamente por la razón de que los dioses temían que la torre se convirtiera en la manzana de la discordia, ya que tanto Túnicas Blancas como Túnicas Negras buscaban un modo de reclamarla como suya.

Nuitari acababa de ofrecer una solución al problema. Lunitari reflexionó sobre el hecho de que la nueva torre de su primo se hallaba en el fondo de un océano. No tendría fácil acceso y, en consecuencia, no era probable que representara una amenaza para su propia base en la Torre de Wayreth. En cuando a la Torre de Foscaterra, estaba ubicada en mitad de uno de los lugares más letales de Krynn. Si los Túnicas Blancas reclamaban su posesión, lo primero que tendrían que hacer sería luchar a brazo partido pata abrirse paso hasta ella.

Las cavilaciones de Solinari sobre la Torre del Mar Sangriento eran muy semejantes a las de su prima. También las reflexiones sobre la Torre de Foscaterra eran similares a excepción de que se sentía intrigado ante la posibilidad de rehabilitar la zona maldita que ahora languidecía bajo oscuras sombras. Si sus Túnicas Blancas conseguían quitar la maldición que afectaba a Foscaterra, la gente volvería a vivir y a prosperar allí. Todo Ansalon estaría en deuda con sus Túnicas

Blancas.

—Es una proposición para tener en cuenta —dijo a regañadientes Lunitari.

—Querría pensarlo detenidamente, pero me interesa —dijo Solinari.

Nuitari miró en derredor como si temiera que otros oídos inmortales estuvieran escuchando y luego, con un gesto, indicó a sus primos que se acercaran más.

—Tuve que mantener esto en secreto —dijo—. Incluso de vosotros, en quienes más confío.

—¿Por qué? —Lunitari tenía fruncido el entrecejo pero era obvio que sentía curiosidad.

—El Solio Febalas... La Sala del Sacrilegio.

—Se destruyó —manifestó rotundamente Lunitari.

—Cierto —convino Nuitari—. Pero las reliquias sagradas que había dentro no. Ahora las tengo bajo llave, guardadas por un dragón marino con un carácter particularmente desagradable.

—Las reliquias sagradas que robó el Príncipe de los Sacerdotes —dijo Solinari, asombrado—. ¿Las tienes tú?

—Quizá debería decir que ahora, puesto que hemos llegado a un acuerdo, las tenemos los tres.

—¿Alguno de los otros dioses sabe esto? —inquirió Lunitari.

—Chemosh es el único y ha mantenido cefrada la boca hasta ahora, aunque sólo es cuestión de tiempo que difunda la noticia.

—¡Los otros dioses darían cualquier cosa con tal de recuperar esos artefactos! —exclamó Lunitari, exultante—. A partir de ahora, nosotros los hechiceros, antaño vilipendiados, seremos un poder en el mundo.

—De ahora en adelante ningún clérigo osará levantar su mano contra nosotros —convino Solinari.

Los tres se quedaron callados. Nuitari estaba pensando que aquello había salido inesperadamente bien cuando Solinari rompió el silencio.

—Comprenderás, primo, que jamás confiaré en ti respecto a nada.

—Nada volverá a ser igual entre nosotros —se lamentó con tristeza Lunitari.

Nuitari miró a uno y a otro alternativamente. Tenía los carnosos labios apretados y la capucha le velaba los ojos de párpados cargados.

—Afrontadlo, primos, ha nacido una nueva era. Fijaos en Mishakal. Ya no es la dulce diosa de la curación, ahora va por los cielos enarbolando una espada de fuego azul. Los sacerdotes de Kiri-Jolith marchan a la guerra. Incluso Majere ha dejado de mirarse el ombligo y se ha involucrado en los asuntos del mundo, aunque no tengo la menor idea de lo que se trae entre manos. La confianza entre

todos nosotros acabó en el momento en el que mi madre robó el mundo. Tienes razón, prima, nada volverá a ser lo mismo. Sois unos necios si pensabais lo contrario.

Mientras se echaba más la capucha sobre la cara de luna llena, Nuitari se preguntó qué habrían dicho si les hubiese contado que tenía a Mina prisionera...

10

Basalto! —Caele abordó al enano mientras caminaba por un pasillo—. ¿Es cierto que el señor se ha marchado de la torre? —Es cierto —contestó Basalto. —¿Adonde ha ido?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —demandó malhumoradamente Basalto—. ¡Como si tuviera que pedirme permiso a mí!

El enano siguió caminando de forma que las botas claveteadas resonaban en el suelo de piedra al tiempo que pateaba el repulgo de la túnica para no tropezar con él. Caele apretó el paso para seguirlo.

—Quizá el señor ha ido a hacer un trato con Chemosh —aventuró el semielfo con optimismo.

—O tal vez nos ha dejado para enfrentarnos solos al Señor de la Muerte —replicó Basalto, que estaba de muy mal humor.

—¿Eso crees? —Caele palideció.

A Basalto le habría gustado responder afirmativamente por el simple placer de poner nervioso al semielfo. Sin embargo necesitaba que Caele lo ayúdala, así que, de muy mala gana, sacudió la cabeza.

—Tiene algo que ver con Chemosh, aunque ignoro qué es.

A Caele eso no lo tranquilizó y no se apartó de Basalto.

—¿Adonde vas?

—Venía a buscarte. Hay que dejar libre a Mina para que camine una hora arriba y abajo por el corredor... bajo nuestra supervisión, claro.

—Bajo tu supervisión —lo rectificó Caele, que se dio media vuelta —. No pienso hacer de niñera de esa zorra intrigante.

—De acuerdo —respondió Basalto satisfecho—. Cuando el señor regrese, ¿dónde le digo que estás? ¿En tu cuarto estudiando tus hechizos?

Caele se paró. Maldiciendo entre dientes, giró sobre sus talones.

—Pensándolo mejor, te acompañaré. Me sentiría muy mal si te ocurriera algo tetrible a manos de esa mujer.

—¿Y qué crees que podría ocurrirme? —lo increpó el enano, encrespado—. No hay ni pizca de magia en ella.

—Por lo visto el señor no comparte tu certidumbre, ya que ha mandado que estemos los dos para vigilarla...

—Deja de hablar de ella, ¿quieres? —gruñó Basalto.

—¡Le tienes miedo! —dijo con suficiencia Caele.

—No es cierto. Es sólo que... Bueno, si te interesa, no me gusta estar cerca de ella. Hay algo raro en esa mujer. No he dormido bien una sola noche desde que la confundimos con un pez y la atrapamos en la red. Por la luna negra, ojalá Chemosh viniera y se la llevara y punto final.

—Alguien podría matarla y arrojar su cadáver a los tiburones —sugirió Caele.

Parados frente a la puerta del cuarto de Mina la oyeron ir de aquí para allí en el interior.

—Podríamos decirle al señor que intentó escapar... Basalto soltó un resoplido.

—¿Y cómo planeas matarla? ¿Lanzándole un conjuro? ¡Eso funcionaría, aunque sólo después de que le explicaras por adelantado y con exactitud lo que pensabas hacerle y en qué forma iba a afectarla! De otro modo sería tanto como danzar ese salaz baile kender.

Caele se retiró la manga de la túnica para dejar a la vista un cuchillo que llevaba atado al antebrazo.

—No tendremos que decirle nada por adelantado ni cómo la afectará esto.

Basalto contempló el arma. Eta una idea tentadora.

—Si crees que Chemosh está furioso con nosotros ahora...

—¡Bah! Nuitari arreglará su chapuza. —Caele se acercó más y bajó la voz—. ¡Quizá sea esto lo que el señor quiere que hagamos! ¿Por qué otra razón nos iba a decir que la sacáramos de su prisión sino para tenderle una trampa y que intente escapar? Incluso nos dio instrucciones sobre qué hacer si tal cosa ocurría: «Si intenta huir, matadla». Eso es lo que dijo.

Basalto se había estado estrujando el cerebro para intentar comprender qué razón tenía Nuitari para acceder a que Mina saliera de su segura prisión. Por mucho que detestara admitirlo, las palabras de Caele tenían sentido.

—La mataremos sólo si intenta escapar —manifestó.

—Lo intentará —predijo el semielfo. En los ojos tenía el brillo del ansia de sangre y los labios salpicados de saliva.

—Eres un cerdo —dijo Basalto, que puso la mano en la puerta y empezó a entonar el conjuro que revocaría el cierre de hechicero.

Dentro del cuarto Mina dejó de caminar.

—Los dos Túnicas Negras vienen, mi señor —le informó a Chemosh—. Los oigo caminar por el corredor. ¿Estás seguro de que Nuitari se ha ido?

—De otro modo no estaría hablando contigo, amor mío. Sólo Nuitari es capaz de mantener un hechizo tan poderoso a tu alrededor. ¿Le tienes miedo, Mina?

—Nuitari no me da miedo, mi señor, pero me pone la piel de gallina, como cuando se toca a una serpiente o te cae una araña por el cuello.

—Los tres primos son así. Es por la magia. Algunos de nosotros se lo advertimos a sus padres: «¡No permitáis que vuestros hijos esgriman

semejante poder! ¡Tenedlos subordinados a vosotros!». Pero Takhisis no hizo caso, como tampoco Paladine ni Gilean. Solamente después, cuando sus hijos se revolvieron contra ellos, empezaron a prestar oídos a nuestro buen juicio. Claro que, para entonces, ya era demasiado tarde. Ahora tengo la capacidad de humillar a los primos, de arrebatarles su poder, de arrancarles los colmillos.

—¿Y cómo te propones hacer tal cosa, mi señor? —inquirió Mina. Fuera del cuarto oyó que uno de los hechiceros hurgaba en la cerradura de la puerta.

—A no tardar, el mundo verá que los hechiceros están indefensos, impotentes contra mis Predilectos, y ¿qué hará el mundo? ¡Darles la espalda con desprecio! Ahora mismo los hechiceros buscan desesperadamente libros sobre conjuros, pergaminos y artefactos en un intento de hallar algún modo de detenerme. Fracasarán. Nada de lo que hagan surtirá el menor efecto en los Predilectos.

—¿Y qué pasa con Nuitari? —preguntó Mina, con lo que llevó de nuevo la conversación al punto donde la habían iniciado.

—Perdona por desviarme del tema, querida. Nuitari ha ido a la reunión de su cónclave, en el que, presumo, estará contando a sus primos que los ha traicionado al construir una torre para sí. No volverá pronto y, dentro de unos instantes, aquí se va a desatar el caos más absoluto. Estate preparada.

—Lo estoy, mi señor —contestó sosegadamente Mina.

Ahora oía la sonora voz del enano entonando palabras.

—¿Entiendes lo que tienes que hacer? —preguntó Chemosh.

—Sí, mi señor. —Mina reanudó su ir y venir por la estancia como si no pasara nada.

—La Sala del Sacrilegio se halla situada en lo más profundo de la torre.

Hay un guardián y probablemente la cámara esté repleta de trampas, pero yo te ayudaré.

—Mi señor... —empezó ella, pero se calló.

—Habla con toda libertad, amor mío.

—Esto es tan importante para ti, mi señor... ¿Por qué no vienes y te ocupas personalmente de ello? ¿Acaso es otra prueba? ¿Todavía dudas de mi amor y mi lealtad?

—No, Mina, en absoluto. Como dices, recuperar esos artefactos es de vital importancia pata mí. No hay ninguna otra cosa más importante. Pero no puedo acceder a la torre. Ya no. Nuitari ha obstruido la ratonera por la que conseguí escabullirme la última vez. Ha hecho de esta torre su dominio y ningún otro dios puede entrar en ella.

—Entonces ¿cómo tomarás el mando de la torre, mi señor?

—Muchos Predilectos ya están aquí y llegan más a diario. He

puesto a Krell al mando y está formando una legión de guerreros como jamás se había visto en Krynn, guerreros que pueden matar pero a los que no se los puede matar. No debes preocuparte por esto. Haz lo que te he pedido y luego vuelve a mi lado lo antes posible. Te echo de menos, Mina.

El Señor de la Muerte se encontraba en el Castillo Predilecto, a orillas del Mar Sangriento, y Mina estaba en la torre, a mucha profundidad bajo la superficie, pero aun así la joven notó el contacto de sus manos y sus labios rozarle la mejilla.

—Yo también te echo de menos, mi señor —contestó. Al percibir el anhelo en su voz lejana, su propio corazón le dolió de ansiedad. El picaporte de la puerta se sacudió; sólo les quedaban unos instantes de estar juntos.

—Oh, Mina, cuando creí que te había perdido no podía soportar la idea de seguir adelante y empecé a lamentar mi inmortalidad. Recuerda, roba un artefacto, sólo uno, del Solio Febalas. De ese modo podré demostrar a los otros dioses que he hallado el tesoro. Entonces, lanza sobre la puerta el hechizo que te he enseñado. Después de eso Nuitari puede vociferar y rabiar todo lo que quiera, pero ya podré entrar en su torre.

—Sí, mi señor.

El dios ya no estaba.

Mina se volvió hacia los dos hechiceros que entraron, el uno con pasos pesados y el otro moviéndose furtivamente.

El enano, Basalto, era un bulto oscuro y peludo. Nunca le había visto la cara porque llevaba la capucha bien calada siempre que estaba cerca de ella, y entre eso y la desaseada barba negra todavía no sabía qué aspecto tenía. La cara del semielfo sí la veía, por desgracia. Caele nunca se echaba la sucia capucha que le colgaba a la espalda. A decir verdad, la capucha estaba tan mugrienta que la joven dudaba que el semielfo pudiera desprenderla de la negra túnica.

Basalto llevaba la suya echada, como era habitual, pero Mina se fijó en que Caele la miraba de hito en hito y eso la inquietó.

Hasta ese momento el semielfo nunca la había mirado a la cara; recorría la estancia con la vista hasta que creía que ella no lo miraba y entonces volvía los ojos en su dirección. La expresión que vio en ellos la sobrecogió. Denotaban tal malevolencia que llevó instintivamente la mano hacia la cadera para asir un arma.

La miraba directamente, con los labios separados de forma que mostraba los dientes en una mueca lobuna. Mantenía las manos enlazadas bajo las mangas de la túnica, otra cosa inusitada en él. Mina echó otro vistazo al enano. Basalto parecía intranquilo. Llevaba la capucha más calada de lo habitual y no dejaba de echar ojeadas por debajo del borde, primero a ella, luego al semielfo y de vuelta a ella.

«Van a matarme», comprendió Mina.

Se sintió más exasperada que asustada. Aquello podía interferir en los planes de su señor. Tendría que atacar primero, antes de que pudieran utilizar la magia contra ella. No disponía de ninguna arma y no había perspectivas de obtener una; al menos en ese cuarto donde la tenían prisionera.

—¿Qué hacéis aquí vosotros, sabandijas? —preguntó fríamente.

—Se te ha concedido una hora de libertad para pasear por los pasillos, señora —contestó el enano con brusquedad.

Señaló la puerta abierta y luego se apartó a un lado, al igual que el semielfo, para dejarla pasar entre los dos.

Iban a esperar a que les hubiera dado la espalda.

Se enfrentaría al semielfo primero. El enano parecía menos deseoso y quizá al ver a su compañero retorciéndose en el suelo, ahogándose en su propia sangre lo pensaría dos veces.

Mina se encontraba casi a la altura de Caele cuando vio que la mano del semielfo se movía debajo de la manga.

«Tiene un cuchillo ahí. Es lo que va a utilizar, no la magia. Por supuesto, disfruta matando con sus manos...»

Se puso en tensión, lista para atacar; entonces la torre se sacudió en sus cimientos y le hizo perder el equilibrio, de forma que salió lanzada contra Caele y los dos cayeron al suelo en un revoltijo.

Al compacto enano no era tan fácil derribarlo. Las sacudidas de las paredes, del techo y del suelo lo hicieron trastabillar, pero no se fue al suelo.

—Pero ¿qué...? —exclamó Basalto.

—¡Nuitari! —clamó una voz al tiempo que otro golpe se descargaba contra la torre—. ¡Sal de ahí! ¿Me has oído? ¡Sal a dar la cara!

—¡Chemosh! —gritó Caele, que rebulló torpemente debajo de Mina, ya que la joven había caído sobre él.

—¡No, es una voz femenina! —dijo Basalto, pálido y con los ojos desorbitados—. ¡Zeboim! Ha encontrado la torre —gimió—. ¡Qué momento para que el señor se halle ausente!

—¡Tienes que hablar con ella! —dijo jadeante el semielfo, que añadió con un gruñido y un empujón-: ¡Quítate de encima, zorra inepta!

A pesar de que Mina era esbelta, superaba en peso al flaco y huesudo semielfo, lo que impedía que éste llevara a cabo sus intentos de incorporarse. Tenían las piernas de uno enredadas en las del otro, y Mina lo zancadilleó. Luego le asestó un codazo y le propinó un rodillazo en la entrepierna.

El semielfo estaba a punto de estrangularla cuando otro golpe sacudió la tone y esta, vez el enano cayó. Oyeron el ruido de cristal al

romperse. Las vigas de madera gimieron bajo la presión.

Tardíamente, Caele cayó en la cuenta de que aquél era el momento apropiado para matar a Mina y buscó el cuchillo debajo de la manga.

No estaba allí.

Al principio creyó que lo habría dejado caer, pero luego, al alzar la vista, encontró el arma.

Mina, que se había encaramado sobre él, sostenía el cuchillo en la mano. Se inclinó y apretó la punta de la hoja contra la garganta del hechicero.

—Si mueves los labios lo más mínimo, te rajo el cuello de oreja a oreja —dijo—. Y lo mismo reza para ti, enano. Si musitas una sola palabra mágica, tu compañero muere.

Al reparar en la expresión irresoluta de Basalto, que quizá estaba dispuesto a correr el riesgo de tan trágica pérdida, Mina añadió:

—Mi señor Chemosh, te lo suplico, custodia a estos dos mientras yo me ocupo de realizar tu encargo.

Dos sarcófagos de piedra aparecieron en la estancia; en uno había tallada la figura de Basalto, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. El otro llevaba una efigie similar de Caele.

—Métete ahí —dijo Mina a Basalto.

El enano miró el sarcófago y sacudió la cabeza encapuchada.

Caele se movió un poco justo entonces y la joven le hincó la punta del cuchillo un poco más. Un hilillo rojo se deslizó por el cuello del semielfo, que a partir de ese momento se quedó muy quieto.

—He dicho que te metas —repitió Mina. Cuando el enano no obedeció, la joven alzó la voz—. Mi señor...

Basalto se metió apresuradamente en el sarcófago; una losa de piedra cayó sobre el féretro y dejó al enano encerrado dentro.

—Ahora tú —le dijo Mina a Caele. Apartó la hoja del cuello del hechicero y se la puso en las costillas, tras lo cual lo obligó a caminar hacia el otro sarcófago. Cuando el semielfo vaciló le cortó un tajo suficiente pata persuadirlo de que obedeciera.

Caele se metió rápidamente, y una losa cayó sobre su sarcófago.

—¿Están muertos, mi señor? —preguntó Mina.

—No —contestó la voz de Chemosh, que resonó por encima del bramido de la ira de la diosa del mar—. Todavía no. Tienen aire suficiente para respirar un rato si no les entra el pánico y lo usan todo para chillar.

Los gritos ahogados que habían estado saliendo del sarcófago del semielfo cesaron de repente.

—Bien, ponte en marcha —le dijo a la joven.

—¿Y qué pasa con Zeboim?

—No te molestará. Por extraño que parezca ha venido a

rescatarte. Otro temblor sacudió la torre e hizo que Mina trastabillara.
—¿Y Nuitari?

—Asuntos familiares tendrán ocupado a Cara de Luna un tiempo considerable. Está intentando arreglar las cosas con sus primos. A su regreso se encontrará con que tiene que dar muchas explicaciones a su hermana. De momento, la Torre del Mar Sangriento es toda tuya, Mina. Te encuentras sola en ella.

—A excepción del guardián. Necesito un arma, mi señor.

—No, no la necesitas —dijo Chemosh—. Sólo una Dragonlance serviría de algo contra ese guardián y, por desgracia, no tengo ninguna a mi disposición. Cuentas con tu cerebro y con mi bendición, Mina. Úsalos.

—Sí, mi señor —repuso Mina, y se quedó sola.

11

Mina encontró la larga escalera de caracol que giraba en torno al hueco cenital de la torre e inició el descenso. La escalera estaba hecha de madreperla y se enroscaba en espiral, de manera que le recordaba el interior de una concha del nautilo. Aquí y allí se veían grietas en las paredes, probablemente por las sacudidas que la torre había sufrido a manos de la indignada diosa, y a Mina le preocupó que el siguiente zarandeo resquebrajara los muros. Afortunadamente, los sismos que zarandeaban la torre cesaron. Mina no veía el exterior pero supuso que Nuitari había regresado y ahora intentaba apaciguar a su enfurecida hermana.

Dentro de la torre reinaba el silencio. El agua que rodeaba la estructura parecía absorber el sonido, de forma que cualquier ruido que se hacía dentro se oía amortiguado.

El silencio resultaba relajante. Ahora que ya no estaba prisionera se sentía como en casa; era reconfortante saber que el mar la acunaba. Quizá había despertado algún recuerdo largo tiempo soterrado del naufragio que se había llevado a sus padres dejándola huérfana, un recuerdo que siempre permanecía allí, enterrado justo bajo la superficie, uno que nunca conseguía evocar realmente.

—Nuestras mentes bloquean sucesos traumáticos como ése para protegernos de ellos— le había dicho Goldmoon en una ocasión—. Quizá algún día recuerdes qué te pasó o puede que no lo recuerdes nunca. No te mortifiques por eso, pequeña. Es natural.

Pero a Mina siempre la había atormentado, se había sentido culpable y avergonzada por no recordar a esos padres que tanto la habían amado, que quizá incluso habían sacrificado la vida por ella, y había intentado con todas sus fuerzas evocar sus rostros o el sonido de la voz de su madre. Acabó obsesionada con tratar de recordar, una obsesión que sólo terminó cuando el Dios Único, Takhisis, la reprendió por perder el tiempo.

—¡Qué importa quién te dio a luz! —había dicho Takhisis, fría y furiosa—. Yo soy tu madre. Yo soy tu padre. Busca en mí protección, amparo y alimento.

Mina había obedecido la orden de la deidad y después obedeció todas las demás que le dio el Dios Único. No se había permitido pensar de nuevo en sus padres hasta que la tuvieron prisionera en esa torre bajo el mar. Disponía de tanto tiempo en la torre... Tiempo para pensar, tiempo para evocar su infancia. La frustración, la vergüenza y la necesidad de saber habían resurgido en ella. Sin embargo tuvo cuidado de guardar esas sensaciones para sí. No quería encolerizar a Chemosh como había encolerizado a Takhisis.

La escalera espiral estaba iluminada por pequeñas esferas de luz situadas a intervalos y que Basalto renovaba a diario. En la escalera había puertas que se abrían a otros pisos de la torre. Mina las miraba con curiosidad; le habría gustado explorar, ver cómo estaban construidas las estancias y qué aspecto tenían, ya que la torre la intrigaba. Pero no disponía de tiempo.

—Pospondré eso para otro día —se dijo, y la idea la hizo sonreír porque sabía perfectamente bien que lo más probable era que jamás volviera a ver el interior de la torre.

La escalera la llevó finalmente hasta la base de la estructura, y Mina se encontró ante una puerta de acero con bandas de bronce e inscripciones mágicas. Inscripciones que también aparecían alrededor del arco de piedra de la puerta. Mina identificó los signos como escritura mágica, la misma que había leído en el libro que Nuitari le había dado. Sabía lo que decían esos signos, pero no lo que significaban.

Desentendiéndose de las inscripciones, la joven examinó la puerta para descubrir algún modo de pasar por ella. No había cerradura ni picaporte. Seguramente los signos inscritos daban información de cómo abrirla y Mina lo intentó recitando las palabras en voz alta, pero fue en vano. La puerta no cedió.

Frustrada, Mina le dio una patada a la puerta.

La puerta giró suave y silenciosamente sobre un eje central y se abrió. Mina retrocedió un paso y miró la puerta con desconfianza. —Demasiado fácil. Esto es una trampa —masculló.

No la cruzó, aunque se acercó a la entrada en arco y la examinó con detenimiento.

—Pero ¡qué idiota soy! —se increpó—. Si es una trampa, será mágica y en tal caso nunca lo descubriré por mucho que mire. Más vale que lo intente y corra el albur.

Cruzó la puerta y se sorprendió agradablemente al ver que salía al otro lado sin incidentes. Lo que no le pareció tan agradable fue que la puerta girara sobre el eje y se cerrara con un sonoro golpe a su espalda. A ese lado del acceso no había inscripciones; por lo visto, una vez que uno entraba se suponía que sabía cómo salir de nuevo.

Mina se encogió de hombros y se dio la vuelta. Ya se ocuparía de ese problema a su debido tiempo. Ahora tenía una tarea que realizar, una fascinante tarea. Se encontraba delante de lo que parecía ser una inmensa pecera.

Mina y los otros niños del orfanato habían tenido peces en cuencos de cristal; a los niños les habían enseñado a alimentar a los peces y a cuidarlos. Observaban sus costumbres y se maravillaban ante el hecho de que aquellas criaturas respiraran agua con la facilidad con la que las personas respiraban aire. Esa esfera era semejante a esas

peceras, sólo que muchísimo más grande, con la misma circunferencia que la torre. La pared de cristal estaba cubierta de signos grabados en el vidrio. Haces de luz iluminaban la esfera y a las criaturas que nadaban en ella.

—Qué hermoso —musitó quedamente Mina, pasmada—. Hermoso y letal.

Las gráciles medusas, que se desplazaban a la deriva a merced de los remolinos y de las corrientes, mataban a sus presas inyectándoles un veneno que las paralizaba e impedía que escaparan. Aquellas medusas eran enormes, varias veces más grandes que Mina, con tentáculos lo bastante grandes para atrapar a un hombre adulto.

Un calamar gigante, tan grande que podría arrastrar un barco bajo las olas, yacía sobre el suelo con los tentáculos estremeciéndose mientras dormía. Unas rayas venenosas, las pastinacas, se deslizaban pegadas a la pared de cristal. Monstruosos jaquetones toro nadaban de aquí para allí y abrían y cerraban las mandíbulas repletas de filas de dientes. El fondo estaba cubierto de coral de fuego, hermoso pero abrasador al tacto.

Dentro de la inmensa esfera, en el centro y rodeado por sus letales guardianes, se hallaba el Solio Febalas.

Mina lo miró, estupefacta. La Sala del Sacrilegio no era en absoluto como la había imaginado.

La estructura remedaba el castillo de arena de un niño. Era de diseño sencillo, con cuatro muros y una torre en cada esquina, así como murallas almenadas. No tenía ventanas. Desde ese ángulo, veía lo que parecía una puerta, aunque no alcanzaba a distinguir detalles. Lo que resultaba verdaderamente asombroso era que la Sala del Sacrilegio, que supuestamente contenía un número indefinido de artefactos, sólo medía alrededor de metro y medio de altura y otro tanto de anchura.

—Tiene que ser una imagen engañosa, una ilusión óptica del agua —se dijo Mina.

Pasó la mano sobre la superficie de cristal cubierta de signos que le cerraba el paso.

—La cuestión es ¿cómo llego hasta ella? Me encuentro fuera de una pared de cristal impenetrable que contiene agua en la que nadan cientos de criaturas mortíferas. No tengo ni idea de cómo entrar en la esfera y, aunque consiguiera eso, no respiro agua. Aun en el caso de que pudiera, tendría que enfrentarme a tiburones, medusas venenosas y...

Contuvo la respiración. Un arrecife de coral que formaba una elevación dentro de la esfera de cristal sufrió una sacudida que provocó la espantada de miles de pececillos, un banco de escamas centelleante que huyó aterrado. Una cabeza asomó por debajo del

arrecife, que ahora se reveló como una gran concha, semejante al caparazón de una tortuga.

Unos ojos amarillos y relucientes se clavaron en Mina. La joven había encontrado al guardián, un dragón marino.

O más bien era el dragón marino el que había encontrado a Mina.

El guardián de la Sala del Sacrilegio era una hembra de dragón marino, conocida por el nombre de Midori. Solitaria, irascible y susceptible, Midori era la más vieja de su especie en Krynn, lo que la convertía en la criatura que había vivido en el mundo más tiempo que ningún otro ser mortal.

Contaba sus años por siglos, no por décadas. Ni siquiera sabía su verdadera edad. Había perdido la cuenta allá por los diez siglos, más o menos. El paso del tiempo significaba poco para ella. Midori marcaba su vida por sucesos trascendentales y sólo por aquellos que la afectaban directamente.

Uno de ellos había sido el Cataclismo, ya que le había causado una gran molestia. La montaña de fuego que había caído sobre el mundo, y que había matado a millares y destruido una ciudad, también había derrumbado un muro de su cueva marina y la había despertado violentamente de su siesta de cincuenta años. Las rocas que se desplomaron casi la enterraron a ella y sepultaron por completo su tesoro acumulado. Había conseguido extraer la mayor parte de su tesoro, pero algunos objetos valiosos se perdieron irremisiblemente. Enfurecida, Midori había abandonado su cubil para nadar hacia mar abierto y enterarse a qué se debía aquella conmoción.

Solitaria empedernida que no ocultaba el hecho de que detestaba y despreciaba a cualquier otro ser vivo del planeta, Midori se vio obligada a buscar a otros de su especie y mantener conversaciones con ellos, lo que no ayudó a mejorar su malhumor.

Oyó el relato del Cataclismo de boca de un joven y excitado dragón marino que le contó la historia del Príncipe de los Sacerdotes humano y sus transgresiones, así como el subsiguiente castigo de los dioses. Midori escuchó la historia con creciente ira. Los humanos eran como los peces, que estaban vivos ahora y un instante después habían desaparecido, y siempre había muchos más allí de donde habían venido los otros. No veía que hubiera una razón para que los dioses hubiesen destruido una estupenda guarida por un asunto tan insignificante. Hirviendo en cólera, Midori trasladó lo que le quedaba del tesoro a otro cubil y volvió a dormirse.

Durmió a lo largo de la Guerra de la Lanza, durante el verano del ocaso de los dragones, la Guerra de Caos, el robo del mundo y la llegada de los dragones supremos, que ni siquiera sospecharon su existencia. Y habría seguido sumida en un profundo sueño de no ser

por un grito espantoso que la despertó bruscamente y le hizo abrir los ojos por primera vez tras varios siglos.

El grito fue el lanzado por Takhisis al morir.

Midori nunca había tenido muy buena opinión de la Reina Oscura. Algunos dragones marinos habían tomado parte en las guerras de Takhisis, pero Midori no había sido uno de ellos. Valoraba en mucho su vida y no veía qué necesidad tenía de arriesgarla por una causa que no era suya. Si Takhisis gobernaba o no gobernaba el mundo a Midori le traía sin cuidado. Pero ahora, como una hija que abandonó el hogar mucho tiempo atrás, pero que aun así le gusta saber que su madre sigue allí por si la necesita, Midori se sintió despojada e incluso un poco atemorizada.

Si a una deidad le podía sobrevenir tan horrible sino, nadie —ni siquiera un dragón— estaba a salvo.

Por segunda vez en su vida Midori abandonó el cubil y salió en busca de la verdad. Nadó lenta y pesadamente por las aguas, agobiada no tanto por sus muchos años como por el peso de la enorme concha sobre su espalda. Donde los dragones terrestres tenían protuberancias espinosas en la espalda y alas que los capacitaban para volar, los dragones marinos tenían una concha inmensa, semejante a la de una tortuga, y aletas en lugar de patas con garras. La concha tenía como fin la defensa. Midori podía esconder bajo ella la cabeza y las patas, y así era como había estado durmiendo. Con el paso de los siglos, mientras dormía, la concha había ido creciendo con corales y percebes, por lo que nadar con ella a cuestas era tanto como levantar y mover un arrecife de coral.

Pensando que esta última calamidad podría tener que ver con Istar y ese otro Cataclismo, Midori regresó al Mar Sangriento y allí topó con Nuitari, que se afanaba en levantar las ruinas de una vieja y derruida torre. El dios se sobresaltó y no pareció muy complacido de ver a un dragón marino, ya que ignoraba que hubiese uno por los alrededores y temía que pudiera ocasionar problemas.

No obstante, Nuitari se mostró respetuoso con Midori y le contó toda la historia —todo sobre los irdas, Caos, el mundo escamoteado, dragones de otro mundo, tótems de cráneos, un kender que viajaba a través del tiempo, una chica llamada Mina, la Guerra de los Espíritus, la muerte de una diosa y el exilio voluntario de un dios.

A medida que se desgranaba la historia, los temores de Midori crecieron. Un mundo donde hasta los dioses podían morir era, obviamente, un lugar mucho más peligroso de lo que había creído. Pensaba en eso y se preguntaba cómo iba a ser capaz de volver a disfrutar de un buen sueño durante toda una era cuando, inesperadamente, Nuitari le hizo una oferta. Él necesitaba un guardián para ciertas reliquias que había recogido en el fondo del mar. Si ella

quería, el trabajo era suyo.

A Midori no le caía bien Nuitari. Lo consideraba un hijo desagradecido y quejicoso que no se merecía a la madre que le había dado la vida, pero tampoco le hacía gracia la idea de regresar a su cubil solitario. Tenía que estar ojo avizor a lo que pasaba. Además, si se aburría o si Nuitari la molestaba demasiado, siempre se podía marchar. Así pues, accedió a trasladarse a la recién restaurada torre para vigilar el cúmulo de valiosas reliquias sagradas del dios.

Nuitari le aseguró que, puesto que la torre estaba ubicada en el fondo del Mar Sangriento, no era probable que los mortales la molestaran. El único que había aparecido allí era Caele, un semielfo mestizó que tenía que visitada de vez en cuando para pedirle que le diera una o dos gotas de sangre.

Midori se habría negado, pero Caele actuaba tan servilmente y la adulaba tan pródigamente, además de sentirse tan evidentemente aterrado ante ella, que descubrió que disfrutaba con sus visitas. Salía de su cubil y jugaba con él durante un rato, el tiempo suficiente pata que el mestizo se rebajará totalmente y entonces le concedía a regañadientes su petición, si bien, cuando el semielfo recogía la sangre, le lanzaba un bocado por el mero placer de verlo brincar llevado por el pánico.

Nadie más había ido a interrumpir el descanso y las cavilaciones de la dragona. Nuitari había construido un cubil diseñado especialmente para ella, una gran esfera de cristal llena de agua de mar y situada en la base de la totre. Dentro de la inmensa esfera la hembra de dragón podía nadar a placer ya que iba y venía a través de un portal mágico situado en la pared de cristal.

En el centro de la esfera estaba la Sala del Sacrilegio, aunque en realidad no era una sala, sino más bien un pequeño castillo donde se guardaban las reliquias. Cualquier mortal que intentara acceder a los artefactos mágicos no sólo tendría que saber nadar, sino encontrar la forma de eludir al guardián y a otros habitantes de las profundidades. La hembra de dragón no toleraba el jaleo, de modo que sólo admitía en su esfera a aquellas criaturas que fueran silenciosas y esquivas, como las medusas y las pastinacas. Los tiburones eran estúpidos y groseros, pero le proporcionaban unos sabrosos tentempiés además de entretenerla cuando luchaban con los calamares gigantes. A los erizos de mar, con su constante cháchara, no se les permitía entrar allí. En resumen, era una forma agradable de pasar los años del ocaso de una vida.

Midori dormitaba con la cabeza medio metida y medio escondida en la concha, anullada tranquilamente con los ondulantes movimientos de las medusas, cuando oyó abrirse la puerta que conducía a la cámara bajo el agua. Entró una persona.

Creyendo que se trataba del semielfo para pedirle más sangre, Midori decidió que no quería que la molestara en ese momento. Estaba a punto de decirle que se desangrara él y que, si no podía, ella le haría ese favor, cuando de repente se dio cuenta de que no era Caele. Aquella persona era una intrusa.

Midori se metió en la concha y se quedó muy quieta, semejando una vasta formación coralina. Los peces nadaban tranquilamente a su alrededor. Las plantas marinas que le crecían en la espalda se mecían atrás y adelante con las corrientes que giraban en la esfera. Sólo un observador perspicaz que la hubiera observado con detenimiento habría reparado en los ojos amarillos que brillaban en las oscuras profundidades de la concha.

Lo que vio Midori la sorprendió más que todo cuanto había visto en varios milenios.

Salió para investigar más a fondo.

Mina contempló a la dragona presa de un terror que parecía paralizarla. La criatura abrió las fauces. En la espectral luz verdosa del sol brillaron los dientes cuando Midori aspiró e hizo que centenares de indefensos peces le desaparecieran gaznate abajo.

Las fauces de la dragona se cerraron con un seco chasquido. Dos inmensas patas palmeadas impulsaron la voluminosa concha hacia arriba desde el fondo cubierto de algas. La cola del dragón se sacudió en el agua y levantó nubes de sedimento, tras lo cual las patas palmeadas impulsaron a la bestia a través del agua. Con la cabeza erguida y el cuello estirado, la dragona se lanzó directamente hacia Mina.

La joven temió que la bestia tuviera intención de romper la pared de cristal y pasar a través de ella, así que corrió hacia la puerta y la empujó, frenética.

No se abrió. Mina miró hacia atrás. La dragona casi estaba encima de ella. Sus ojos eran enormes, con negras pupilas verticales rodeadas de un llameante iris verde dorado. Era como si sólo los ojos pudieran engullirla. Midori abrió las fauces.

Mina apretó la espalda contra la puerta, con una plegaria a Chemosh a punto de salir de sus labios.

La dragona llegó a la pared de cristal, dio un brusco giro siguiendo la curva de la esfera, y se quedó allí, flotando. Entonces habló y de sus fauces salieron palabras y peces.

—¿Quién eres? ¿De dónde sales?

Mina había esperado una muerte violenta, no una pregunta absurda. Le faltaba el aire para responder.

—¿Y bien? —demandó con impaciencia el dragón.

—Yo... de... la torre... —Mina señaló con un débil gesto la puerta

que tenía detrás.

—No me refiero a eso —espetó la hembra de dragón, iracunda—. Quiero decir que quién eres tú, de dónde vienes tú.

Mina había oído decir que a los dragones les gustaba jugar con sus víctimas —por ejemplo, les planteaban adivinanzas— antes de matarlas. Sin embargo, parecía que esta dragona hablaba muy en serio.

«Obviamente no soy hechicera, pero estoy en esta torre. El guardián debe de pensar que he venido invitada por Nuitari. Por eso no me ha matado. Quizá pueda aprovecharme de ese equívoco.»

—Soy amiga del dios —contestó. Eso, al menos, era cierto, ya que no había mencionado de qué dios era amiga—. Cuando esos temblores sacudieron la tone me envió para comprobar que las reliquias no habían sufrido daños.

Los ojos de la hembra de dragón se entrecerraron; estaba molesta.

—¿Te niegas a responder a mi pregunta?

Mina se sintió desconcertada.

—No, simplemente es que... no creí que estuvieses interesada. No tengo inconveniente alguno en contestar. En cuanto a quién soy, me llamo Mina. Soy una huérfana que no guarda recuerdos de la infancia. Y, en respuesta a la pregunta de dónde vengo, he recorrido casi todo Ansalon. Tardaría mucho en explicarte mi historia y tengo que revisar las reliquias...

—Me estás haciendo perder el tiempo. Entra y comprueba los artefactos, pues. Nadie te lo impide —gruñó la hembra de dragón, irascible.

Mina se dio cuenta de que la bestia debía de pensar que Nuitari le había revelado el secreto para acceder al interior de la esfera.

Irritada, Mina pensó que había sido una estúpida al mencionar eso. ¿Qué iba a decir ahora? ¿Que había olvidado lo que le había dicho el dios? ¡Ni siquiera un enano gully se creería algo así!

—Bueno ¿a qué esperas? —espetó la dragona, que la fulminaba con la mirada—. En cuanto a ese galimatías que me has contado sobre que eres huérfana...

La hembra de dragón hizo una pausa y entonces abrió mucho los ojos, repentinamente, mientras adelantaba la cabeza con tal brusquedad que chocó contra el cristal.

—Por mis dientes y mis amígdalas —exclamó—. Por mis pulmones y mi hígado. ¡Por mi corazón y mi estómago y mi colmillo y mi garra del dedo gordo de la zarpa! ¡No lo sabes!

Mina no entendía a qué venía todo eso.

—¿Qué es lo que no sé? —le preguntó a la hembra de dragón.

Pero la bestia seguía mascullando entre dientes sin prestarle atención ya.

Mina captó unas pocas palabras sueltas entre el despotricar de la criatura.

—¿Qué es lo que no sé? —volvió a preguntar. Algo se retorcía en su interior. Tenía la sensación de que aquello era terriblemente importante.

—No sabes... —la hembra de dragón hizo una pausa muy breve antes de continuar—... cómo entrar aquí, ¿verdad?

No era eso lo que la bestia había querido decir. Ahora le estaba tomando el pelo, se burlaba de ella. Los ojos le relucían y los verdes labios se curvaron en una mueca de desprecio.

—En realidad no tiene truco. Sólo hay que cruzar a través de la pared de cristal, simplemente. En cuanto a respirar bajo el agua, no tendrás problema alguno. Todo es parte de la magia, ¿verdad?

«La dragona intenta engatusarme para que entre —razonó Mina —. Podría quedarme aquí y estar a salvo de ella, pero eso significaría fallarle a mi señor.»

—¡Que Chemosh sea conmigo! —rezó un instante antes de dirigirse hacia la esfera.

Plantó las dos manos en el cristal y recorrió con los dedos los bordes afilados de los signos grabados en la superficie. Se concentró en su punto de destino, el castillo de arena en el centro de la esfera, y, fija la mirada en él y evitando desviarla hacia la dragona, Mina respiró hondo, cerró los ojos y echó a andar.

El vidrio se derritió como hielo a su contacto, y la joven se encontró dentro de la esfera.

Experimentó una extraña sensación. No se movía torpemente ni se ahogaba ni boqueaba para respirar. Era como si su cuerpo hubiese perdido la consistencia sólida. Más que respirar el agua parecía ser una con ella; ahora era agua, no carne. La sensación resultaba maravillosa, liberadora y aterradora, todo a la vez, pero no tenía tiempo para analizar lo que había ocurrido. Se puso en tensión y se giró hacia Midori, convencida de que ahora la criatura atacaría.

Los labios de la hembra de dragón se extendieron en una sonrisa que dejó a la vista los dientes. Pata sorpresa de Mina, la bestia se volteó pesadamente con un movimiento de las aletas y nadó hacia el fondo de la esfera, donde se acomodó sobre la arena.

—Me disculparás —dijo—, pero soy vieja y toda esta excitación me agota. Por favor, no te demores en tu tarea por mi causa.

Los tiburones nadaban alrededor de Mina mientras que las medusas flotaban a una distancia incómoda por su cercanía. Los ojos del calamar se abrieron. Todas las criaturas marinas la observaban, pero ninguna se le acercó.

Mina empezó a nadar en dirección al castillo de arena, sin perder de vista a sus enemigos.

Moviéndose perezosamente en círculos, los tiburones la acompañaron; el calamar se propulsó por el agua, aunque mantuvo las distancias.

Perpleja hasta lo indecible, Mina siguió nadando. Las criaturas marinas la siguieron, observándola, al igual que hacía Midori, cuyos ojos de color dorado verdoso brillaban con lo que quizá fuera regocijo.

Pues claro, habría trampas en el castillo.

Al acercarse a la estructura, Mina nadó a su alrededor hasta llegar a la parte delantera y allí se quedó flotando, mecida suavemente por las corrientes, y la contempló con desconcierto. No había sido una ilusión óptica creada por el agua. El Solio Febalas era un castillo de juguete de un niño, hecho con arena, que daba la impresión de que se desmoronaría en cuanto se lo tocara.

Tendría que ponerse a gatas para cruzar la puerta, e incluso con su esbelta figura le costaría pasar a través.

«¡No hay artefactos! Esto es una broma de mal gusto perpetrada por Nuitari, mas ¿por qué? ¿Por qué tomarse tantas molestias? Desde luego —reflexionó Mina— los actos de los dioses escapan a la comprensión humana. Mi señor se sentirá muy defraudado.»

Mina se volvió a mirar a la dragona, que parecía disfrutar con su desconcierto. La joven se preguntó si debería seguir investigando o si sería mejor renunciar y volver nadando por donde había venido.

«Al menos, debería mirar dentro —decidió—. Mi señor ya se sentirá de sobra contrariado tal como están las cosas. Tendría que darle más detalles.»

Mina se acercó al castillo de arena con precaución, atenta a cualquier trampa y casi temiendo echar abajo la estructura si chocaba contra ella. La parte alta de los muros le llegaba a los hombros.

Alargó la mano para tocar cautelosamente la estructura. Era arena que se había fusionado en un bloque duro como el mármol. No ocurrió nada cuando tocó el muro y de nuevo volvió la vista hacia la hembra de dragón y luego al exterior de la esfera, temerosa de que Nuitari apareciese en cualquier momento.

Fuera no había nadie y el guardián no se había movido.

Mina nadó de nuevo alrededor de la parte frontal del castillo y encontró la entrada, una puerta de unos noventa centímetros de altura y construida con un millar de perlas que brillaban con un lustre púrpura rosáceo. Había un solitario símbolo rallado en una gran esmeralda encastrada en el centro. La joven pasó las yemas de los dedos por la esmeralda.

El signo emitió un cegador destello verde y la puerta de perlas se abrió con una fuerza explosiva. Demasiado tarde, Mina comprendió la trampa. El castillo estaba cerrado herméticamente, estanco al aire para que no entrase el agua, y al abrirse la puerta el cierre hermético

había saltado. El agua entraba a raudales y arrastró a Mina. El impulso de la corriente cesó cuando la puerta se cerró y dejó de nuevo al castillo estanco al aire.

Y dejó de nuevo a Mina encerrada en una prisión.

No era de extrañar que la hembra de dragón pareciera divertida.

La fuerza del agua había arrastrado a la joven y la había llevado dando tumbos. Ahora yacía boca abajo en el agua, que le llegaba a la barbilla, aunque el nivel bajaba con rapidez. Tenía que haber un desagüe en el suelo, porque Mina oía el gorgoteo del agua a medida que se iba por el sumidero.

Mina no veía nada en medio de la oscuridad total y se puso de pie despacio, con miedo a golpearse la cabeza contra el techo bajo. No sintió nada, así que alzó la mano, pero siguió sin tocar nada. Lo intentó poniéndose totalmente erguida.

No se golpeó la cabeza. Se quedó inmóvil, por miedo a moverse sin ver nada, hasta que los ojos se le fueron adaptando poco a poco a la penumbra. La estancia no estaba tan oscura como le había parecido al principio. No había luces, aunque algunos objetos de la estancia emitían un suave brillo, así que pudo distinguir su entorno.

Miró a su alrededor, miró arriba y miró abajo. Estaba sin respiración, y las lágrimas le escocieron en los ojos y tornaron borrosas las luces.

Se hallaba en una cámara inmensa, tanto que ni con cien pasos habría recorrido la mitad. El techo con el que había temido golpearse la cabeza era tan alto que apenas alcanzaba a distinguirlo.

Y a su alrededor estaban los dioses.

Cada uno de ellos tenía un nicho excavado en la pared y en cada nicho había un altar. Reliquias consagradas a cada dios se encontraban encima del altar o al pie de éste.

Algunos artefactos brillaban con una luz radiante, otros titilaban y algunos emitían un tenue fulgor. Algunos se hallaban a oscuras, mientras que otros parecían absorber la luz del resto.

Mina cayó de hinojos, temblorosa.

El poder sagrado de los dioses parecía aplastarla.

—Perdonadme, dioses —susurró—. ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

12

Cuando Nuitari regresó a la torre se la encontró bajo asedio. Al parecer, su hermana Zeboim, diosa de las profundidades, estaba decidida a echarla abajo en pedazos.

Aunque hermanos nacidos de Takhisis y de su consorte Sargonnas, el Señor de la Venganza, Nuitari y Zeboim eran tan diferentes como olas espumosas y luz de luna negra. Zeboim había heredado la naturaleza mudable y la fogosa ambición de su madre, pero carecía de la disciplina de su progenitora. Por el contrario, Nuitari había nacido con la astucia fría y calculadora de su madre, atemperada por su pasión por la magia. Zeboim estaba unida a su padre, Sargonnas, y a menudo colaboraba con él para favorecer la causa de sus amados minotauros, quienes se contaban entre los principales seguidores de la diosa del mar. Nuitari despreciaba a su padre y no lo guardaba en secreto. Tampoco sentía aprecio por los minotauros, razón por la cual había muy pocos hechiceros entre miembros de esa raza.

Nuitari supo de antemano que su hermana se molestaría por haber levantado la antigua Torre de la Alta Hechicería en su mar sin antes pedirle permiso. Conociéndola, sabía que habría sido muy capaz de negárselo llevada por un simple capricho. Temiendo también que aquello le dieta ideas, Nuitari había creído más aconsejable reconstruir la torre antes y pedirle disculpas a su hermana después.

Eso era justo lo que intentaba en ese momento, pero Zeboim se negaba a escucharlo.

—Te lo juro, hermano —dijo Zeboim, furiosa—, ¡que ninguno de tus Túnicas Negras ose poner un pie en el agua o afrontará mi ira! ¡Como uno de tus hechiceros intente darse un baño caliente, lo hundiré para que se ahogue! Cualquier barco que transporte a uno de tus hechiceros naufragará.

Las balsas que lleven a tus hechiceros a través de algún río, se hundirán. Si uno de tus hechiceros pisa un arroyo convertiré ese arroyo en un río embravecido. Si uno de tus hechiceros se atreve siquiera a beber un vaso de agua, se ahogará...

Continuó con lo mismo, vociferando enrabietada y pateando el suelo. Cada vez que soltaba un pisotón, el fondo del océano temblaba. Su ira hacía que la torre se sacudiera en sus cimientos, y Nuitari no quería imaginar siquiera los estragos que esos temblores estarían ocasionando dentro. Había perdido contacto con los dos hechiceros y eso le preocupaba.

—Lo siento, querida hermana, si te he molestado —dijo, contrito —. De verdad que no fue intencionadamente.

—¿Que levantar esta torre sin mi conocimiento no fue algo intencionado? —aulló Zeboim.

—¡Creía que lo sabías! —protestó Nuitari en una actitud que era la viva imagen de la inocencia—. ¡Pensé que estabas al corriente de todo lo que ocurría en tu océano! Si no es así y esto te pilla totalmente por sorpresa, ¿es acaso culpa mía?

Hirviendo en cólera, Zeboim le asestó una mirada fulminante. Se revolvía y se debatía pero no había manera de escapar de la red que con tanta firmeza la tenía atrapada. Si afirmaba que sabía que estaba construyendo la torre, entonces ¿por qué no se lo había impedido si con ello la ofendía? Admitir que no se había enterado de lo que hacía era tanto como admitir que ignoraba lo que sucedía en su reino.

—He estado ocupada con otros asuntos más importantes —arguyó con aire magnánimo—. Pero ahora que lo sé has de ofrecer compensación como desagravio.

—¿Y qué quieres? —preguntó suavemente Nuitari—. Estaré encantado de acceder a tus demandas, querida hermana. Siempre y cuando sean razonables, por supuesto.

Daba por sentado que había descubierto no sólo lo de la torre sino también lo de la Sala del Sacrilegio e imaginaba que le pediría que le devolviera sus reliquias sagradas a cambio de su permiso para conservar la torre. Nuitari estaba dispuesto a entregar uno o incluso dos artefactos si su hermana insistía en sus amenazas contra sus hechiceros. La respuesta de Zeboim fue completamente inesperada.

—Quiero a Mina —declaró.

—¿Mina? —repitió Nuitari, sorprendido. Primero Takhisis. Después Chemosh. Ahora Zeboim. ¿Es que todos los dioses del universo querían a esa chica?

—La tienes prisionera. Me la traerás y, a cambio, podrás conservar tu torre —ofreció Zeboim, magnánima—. No te obligaré a derribarla.

—Qué amable de tu parte, hermana —repuso Nuitari en un timbre melifluo, malévolo—. ¿Por qué quieres a esa chica, si no te importa que te pregunte?

Zeboim alzó la mirada hacia la superficie del océano bañada por el sol.

—¿Cuántos de tus Túnicas Negras crees que navegan por alta mar en este momento, hermano? —preguntó—. Que yo sepa, hay seis ahora mismo.

Alzó las manos y al agua empezó a hervir y a burbujear a su alrededor. La luz del sol se apagó, oculta por nubes tormentosas. Nuitari tuvo visiones de sus hechiceros, que rodaban por las cubiertas zarandeadas y salían arrojados por las bordas.

—¡De acuerdo! ¡La tendrás! —cedió, enfadado—. Aunque no sé

para qué la quieres. Le pertenece a Chemosh en cuerpo y alma.

Zeboim esbozó una sonrisa enterada, y Nuitari dedujo de inmediato que ella y Chemosh habían llegado a alguna clase de acuerdo.

—He ahí la razón de que no viniera él a reclamar a su ramera —masculló Nuitari entre dientes—. Has hecho un pacto con Zeboim. Me pregunto con qué fin. Mi torre no, espero.

Miró a su hermana, que le sostuvo la mirada.

—Voy a buscarla —dijo finalmente el dios de la magia.

—Hazlo, y no tardes. Me aburro en seguida —repuso Zeboim.

Le dio a la torre otra pequeña sacudida, de propina.

Nada más entrar en la Torre del Mar Sangriento, Nuitari llamó a sus hechiceros.

No acudieron.

Eso le pareció ominoso. Caele siempre estaba a mano por lo general, desviviéndose para ser siempre el primero en celebrar el regreso de su señor, y Basalto, formal y cumplidor, normalmente lo estaría esperando para lanzarse a enumerar sus quejas contra el semielfo.

Ninguno de los dos apareció en respuesta a la llamada de su señor.

Nuitari volvió a convocarlos, esta vez en tono grave.

No hubo respuesta.

Nuitari se dirigió al laboratorio con la idea de que los hallaría allí. Se encontró con un desorden atroz, con el suelo inundado de pociones derramadas y cristales rotos, un pequeño fuego ardiendo en una esquina y varios diablillos escapados que deambulaban libremente por el laboratorio. Nuitari apagó el fuego con un soplido irritado, atrapó a los diablillos y volvió a encerrarlos en sus jaulas y después siguió buscando a los desaparecidos hechiceros. Presentía que sabía dónde tenía que buscarlos.

Llegó a los aposentos de Mina y encontró la puerta abierta de par en par. Entró en la estancia.

Dos féretros de piedra y ni rastro de Mina.

Retiró las losas que tapaban los sarcófagos. Caele, boqueando para respirar, se aferró a los costados del féretro y se impulsó hacia arriba. El semielfo parecía medio muerto. Intentó ponerse de pie pero las piernas no lo sostenían. Se sentó en el sarcófago y se estremeció. Como los enanos estaban acostumbrados a vivir en lugares oscuros, Basalto se había tomado con calma el confinamiento. Le preocupaba mucho más tener que afrontar la ira de su dios y mantuvo gacha la cabeza, con la capucha echada, mientras procuraba por todos los medios eludir la mirada torva de Nuitari

—Eh... si me disculpas, señor, he de ir a limpiar... —empezó a la par que intentaba abandonar furtivamente la estancia

—¿Dónde está Mina? —demandó el dios.

Basalto echó una mirada en derredor a hurtadillas con la esperanza de que la chica estuviera escondida debajo del sofá. Al no verla, volvió la vista hacia el señor y casi de inmediato la apartó.

—Fue culpa de Caele —masculló el enano en voz baja—. Intentó matarla, peto hizo una chapuza, como siempre, y ella le arrebató el cuchillo...

—¡Víbora! —escupió el semielfo, que salió del féretro casi a rastras y alzó la mano debilitada contra el enano.

—¡Basta ya, los dos! —ordenó Nuitari—. ¿Dónde está Mina?

—Todo ocurrió al mismo tiempo, señor —gimoteó Caele—. Zeboim empezó a zarandear la torre y cuando quise darme cuenta Mina tenía el cuchillo en la mano y amenazaba con matarme...

—Eso es verdad, señor —dijo Basalto—. Mina amenazó con matar al pobre Caele si yo hacía algo para detenerla y, naturalmente, no quise poner en peligro su vida. Entonces apareció Chemosh y nos obligó a meternos dentro de los sarcófagos...

—Mientes —lo interrumpió calmosamente Nuitari— El Señor de la Muerte no puede entrar en mi torre. Ya no.

—Oí su voz, señor —dijo Basalto sin aliento, acobardado—. Sonaba por todas partes. Le hablaba a Mina, le decía que la torre era de ella, salvo por el guardián...

—El guardián —repitió Nuitari, que en ese momento supo dónde había ido Mina: a la Sala del Sacrilegio. Se tranquilizó—. Midori se ocupará de ella, lo que significa que no quedará mucho. Tengo que discurrir algo para apaciguar a mi hermana. Meteré los restos de Mina en una bonita caja y que Zeboim la intercambie con Chemosh por lo que quiera que éste le haya prometido. Promesa, por otra parte, que no tendrá intención de cumplir de todos modos.

Volvió la vista hacia sus dos hechiceros, que se encogieron ante él, arredrados.

—Empezad a limpiar este desastre. —Echó un vistazo a los sarcófagos—. No os deshagáis de ésos. Podrían ser de utilidad en el futuro si osáis desobedecerme otra vez.

—No, señor —farfulló Basalto.

—Sí, señor. —Caele tragó saliva con esfuerzo.

Satisfecho, Nuitari salió para recuperar el cadáver de Mina.

Nuitari esperaba encontrar la esfera marina en gran desorden y confusión: sangre en el agua, la hembra de dragón con aspecto ahíto, los tiburones peleando por las sobras... En cambio, las medusas se mecían en el gigantesco acuario con una calma desquiciante y Midori

dormía en el fondo arenoso.

Por lo visto se había preocupado sin motivo; después de todo, Mina no había ido allí. Envió un mensaje urgente a sus hechiceros para que registraran la torre en busca de la chica y se disponía a marcharse con el fin de ayudarlos cuando la hembra de dragón habló:

—Si buscas a la humana, está dentro de tu castillo de arena.

Nuitari se quedó estupefacto un momento y después se abalanzó a través de la pared de cristal para encararse con Midori. Ésta lo observaba desde las negras profundidades de su concha.

—¿Le permitiste entrar? —bramó el dios—. ¿Qué clase de guardián eres?

—Me dijo que la habías enviado tú —repuso la dragona; la concha se desplazó ligeramente—. Dijo que querías que comprobara que los artefactos sagrados no habían sufrido daño con los temblores.

—¿Y creíste sus mentiras? —Nuitari no salía de su asombro.

—No —admitió Midori, brillantes los ojos de color dorado verdoso—, (lomo tampoco creí las tuyas.

—¿Las mías? —Nuitari no le encomiaba sentido a ese comentario. Nunca había mentido a la hembra de dragón; al menos en cosas importantes—. ¿Qué...? ¡Da igual, déjalo! ¿Por qué la dejaste pasar?

—La próxima vez, haz tú mismo el trabajo sucio —gruñó Midori, que metió la cabeza en la concha, cerró los ojos y fingió que dormía.

Nuitari no tenía tiempo de descifrar qué era lo que irritaba al guardián. Debía impedir que Mina se marchara con sus reliquias. Inadvertido y en completo silencio, el dios penetró en el Solio Febalas.

Allí estaba la chica, pero no se dedicaba a saquear el lugar como él había esperado. Se hallaba de rodillas, inclinada la cabeza y las manos fuertemente enlazadas.

—Dioses de la oscuridad, dioses de la luz y dioses que amáis el crepúsculo que media entre unos y otros, perdonadme por profanar este lugar sagrado —rezaba quedamente Mina—. Perdonad la ignorancia de los mortales, la arrogancia y el temor que los conduce a cometer malos actos como éste contra vosotros. Aunque las almas de quienes robaron estos objetos sagrados partieron mucho tiempo atrás, la debilidad humana perdura. Pocos se inclinan ante vosotros. Pocos os veneran. Muchos niegan vuestra existencia o afirman que el ser humano ya no os necesita. Si pudiesen contemplar esta bendita visión y sentir vuestra presencia como la siento yo, toda la humanidad caería de hinojos a vuestros pies y os adorarían.

Nuitari, que —como inculcaba a sus hechiceros— no creía en el uso de la magia para propósitos frívolos, había pensado asirla por la nuca y retorcerle el cuerpo con sus propias manos hasta que se le quebraran los huesos y la sangre corriera roja.

Sin embargo, no la mató. Al mirar alrededor de la cámara vio lo

que veía ella, no unas reliquias para trocarlas como cerdos en día de mercado, sino los altares sagrados, la luz divina, el sobrecogedor poder de los dioses. Sintió lo que sentía ella, una presencia sagrada. Nuitari retiró la mano extendida.

—Eres el ser humano más irritante que conozco —dijo, exasperado—. ¡No te entiendo!

Mina alzó la cabeza y la giró para mirarlo. Tenía el rostro húmedo pollas lágrimas; a Nuitari le recordaba una criatura perdida.

—No me entiendo ni yo misma, señor —dijo la chica, que volvió a agachar la cabeza—. Toma mi vida como castigo por mi transgresión al entrar en este lugar sagrado. Merezco morir.

—Mereces morir, sí —aseveró Nuitari, torvo el gesto—. Pero hoy es tu día de suerte. He prometido entregarte a mi hermana, que, a su vez, ha prometido entregarte a Chemosh.

Por el caso que le hizo ella, era como si le hubiese hablado a otra persona. Mina no se movió y siguió encogida en el suelo, abrumada, aplastada por el peso del cielo.

—¿Me has oído? Puedes irte, eres libre —dijo Nuitari—. Aunque he de advertirte que si por desventura te has guardado en la manga algún anillo bendito o algún frasco de una poción para devolver la vida, más te vale que te deshagas de ello antes de marcharte o descubrirás que hoy se te ha acabado la suerte.

—No he tocado nada, mi señor.

Se puso de pie y caminó hacia la puerta, aunque despacio, como si fuera reacia a marcharse; y su mirada se rezagaba sobre las reliquias sagradas de los dioses.

—Supongo que no serviría de nada preguntar cómo has conseguido soslayar mis salvaguardias mágicas, ¿verdad? —inquirió Nuitari—. ¿Cómo entraste por una puerta sellada mágicamente y protegida con trampas y después pasaste a través de una pared de cristal revestida de signos y cómo es que puedes respirar agua de mar como si fuese aire? Supongo que Chemosh te ayudó en todo esto.

—Le recé a mi señor, sí —respondió Mina con aire absorto.

Nuitari espetó a que se explicara, pero ella no entró en detalles.

—Sin embargo —prosiguió el dios—, me gustaría saber cómo te las arreglaste para pasar ante la dragona. Midori me ha dicho que le contaste una historia inverosímil sobre que yo te había enviado. Creo que lo que pasó realmente fue que estaba dormida y le da miedo admitirlo ante mí.

Mina esbozó una sonrisa al oír aquello.

—Creo que sí dije alguna tontería así, mi señor. La hembra de dragón estaba completamente despierta. Me vio, me habló y me planteó enigmas para que los adivinara. Después me dejó entrar en la esfera.

—¿Enigmas? —Nuitari se mostraba escéptico—. ¿Qué enigmas?

Mina rememoró lo que había ocurrido.

—Eran dos: «¿Quién eres tú?» y «¿De dónde vienes tú?» me preguntó.

—De enigmas tienen poco —manifestó secamente Nuitari.

—Estoy de acuerdo, señor —asintió ella—. No obstante, la dragona se enfadó cuando creyó que eludía contestar a sus preguntas. Por eso me hizo pensar que eran enigmas para hacerme caer en una trampa.

El fondo del mar se sacudió arriba y abajo. La torre tembló en sus cimientos y una voz lanzó una advertencia:

—¡Date prisa, hermano! ¡Me estoy cansando de esperar!

Nuitari retiró el sello de la puerta e hizo un gesto a Mina.

—Esta vez te perdonaré la vida —dijo—. La próxima no seré tan generoso, así que procura que no haya una próxima.

La condujo a través de la puerta, que era la última trampa. Una trampa que no haría saltar el ladrón, sino el artefacto que el ladrón estuviera intentando sacar de la Sala del Sacrilegio. Mina había dicho que no había cogido nada y Nuitari la había creído, por lo que no se sorprendió al ver que pasaba por la puerta sin sufrir daño alguno. Volvió a cerrarla rápidamente al tiempo que tomaba nota mentalmente de reforzar los conjuros que había lanzado sobre ella. No tenía la menor idea de que Chemosh —incluso desde lejos— resultara ser tan experto en atravesar barreras mágicas.

Gesticuló levemente con la mano y Mina desapareció, transportada a través del agua, de la pared de cristal y de los muros de la torre hasta el mar que había más allá, donde la esperaba Zeboim.

Sin confiar realmente en su hermana, Nuitari no la perdió de vista a fin de asegurarse de que mantenía su palabra e interrumpía los ataques a la torre. En el momento en el que tuvo a Mina, Zeboim rodeó a la joven en un tierno abrazo y ambas desaparecieron.

Nuitari regresó a la esfera para interrogar a la hembra de dragón y se encontró con que Midori se había ido.

No era habitual que el guardián se ausentara, pues sólo salía de vez en cuando para cazar. Sin embargo, sospechó que esta vez se había ido sin tener intención de regresar. Se había mostrado muy enfadada con él.

Nuitari continuó en el interior de la esfera, fija la mirada en el Solio Fe-balas. Repasó todo aquello relacionado con Mina.

Acabó decidiendo que Mina sólo era un incordio.

—Vete y no vuelvas —masculló. Con un suspiro, salió para intentar encontrar a la dragona y aplacar su enfado.

Libro III
El beso de Mina

1

La taberna, si se la podía honrar con tal nombre, funcionaba dentro de una embarcación volcada boca abajo en la playa, durante una tormenta. El nombre de la taberna era La Barca, aunque la gente del lugar la conocía como La Basca.

La Basca estaba a la altura de su nombre. No había mesas ni sillas ni ventanas. Los asiduos se reunían alrededor del mostrador que se había improvisado con vigas de madera podridas, o se acuclillaban sobre cajas de verduras vueltas boca abajo. Las grietas en el casco proporcionaban toda la luz que conseguía colarse con esfuerzo, así como el poquito aire fresco que sostenía una batalla perdida con la peste a aguardiente enano, orines y vómitos. Los que frecuentaban La Basca iban allí principalmente porque los habían echado de todos los demás sitios.

Rhys y Beleño se sentaran en cajas, tan cerca de las grietas como les fue posible; el olor casi consiguió acabar con el apetito del kender. *Atta* no dejaba de encoger la nariz y estornudaba y resollaba.

Además de no haber mesas ni ventanas tampoco había risas ni diversión. El que atendía en el mostrador servía un licor sospechoso que él afirmaba que era aguardiente enano, pero que seguramente no lo era; lo vertía en jarras de hojalata abolladas que se habían salvado del naufragio. Casi todos los parroquianos bebían solos, hundidos en la miseria y observando, en estado de estupor, a las tatas que iban y venían por el suelo y que eran las únicas que lo pasaban bien, al menos hasta que vieron a *Atta*. Al prohibirle que las cazara, la perra observaba a las dañinas criaturas con los ojos entrecerrados y cuando alguna se acercaba demasiado, le gruñía. Uno de los clientes que estaba allí ese día era Lleu. Rhys y Beleño habían perdido el rastro de Lleu durante un corto tiempo y luego, por pura casualidad, volvieron a encontrarlo en dirección al sur desde Solace, en lugar de al este. Lo siguieron hasta la ciudad de Nuevo Puerto, en Nueva Bahía, en la parte meridional del Nuevo Mar. Rhys se preguntó por qué viajaría su hermano hacia el sur cuando los otros Predilectos eran atraídos hacia el este. Tuvo la respuesta cuando llegaron a Nuevo Puerto. Lleu había reservado pasaje en un barco que zarparía con destino a Flotsam al cabo de unos pocos días.

Dar con su hermano no había sido difícil. El monje se había limitado a ir de un local de mala reputación a otro y a dar la descripción de Lleu a los taberneros. En Nuevo Puerto dieron con él al tercer intento.

Los taberneros siempre se acordaban de Lleu porque se salía de lo común con los otros parroquianos, quienes por lo general eran un

montón de desastrados, esclavos del aguardiente enano que dirigía sus vidas. Los «enganchados al enano», como rezaba el dicho, normalmente estaban flacos y demacrados poique pata ellos el aguardiente era pan y carne, tenían los ojos mortecinos y las mejillas hundidas. En contraste, el aspecto de Lleu era robusto y saludable, apuesto y encantador. Hacía mucho que había desechado los ropajes de clérigo de Kiri-Jolith y ahora vestía camisa y jubón, botas de cuero y calzas de lana, ropas propias de un joven de origen distinguido.

De un modo u otro había conseguido dinero, ya que sus ropas eran para gente pudiente y había pagado el desmesurado precio del pasaje. A lo mejor una de sus víctimas había sido adinerada. O era eso o se había dedicado a robar, cosa que no sería de sorprender. Después de todo, Lleu no tenía nada que temer de los representantes de la ley, quienes recibirían un buen susto si intentaban ahorcarlo.

Cuando Rhys entró en La Basca, Lleu lo miró y luego apartó la vista. En los ojos muertos no hubo reconocimiento; Lleu no se acordaba de Rhys ni de nada. Sabía su nombre y eso era todo. Probablemente Chemosh le decía quién era; quién había sido ya se había perdido para siempre.

Los otros parroquianos de la taberna estaban absortos en beber y no querían tener nada que ver con un forastero, de modo que Lleu mantenía una animada conversación consigo mismo. Alardeaba de sus continuas juergas y de las mujeres que se echaban en sus brazos. Reía sus propios chistes y entonaba canciones obscenas; a Rhys se le partía el corazón. Lleu bebió hasta quedarse sin dinero con el que pagar el aguardiente y entonces intentó beber a crédito, peto el tabernero no quería saber nada de créditos. Aun así, Lleu siguió sentado allí, con la jarra en la mano.

La situación se prolongó a lo largo de la tarde. Lleu olvidaba de un momento a otto que no tenía bebida y se llevaba la jarra a los labios. Al encontrarla vacía la golpeaba contra la caja y pedía más a voces. El tabernero, sabiendo que no podía pagar, se limitaba a no hacerle caso. Lleu seguía golpeando con la jarra en la caja hasta que olvidaba por qué hacía eso y entonces la soltaba. Al cabo de un rato la asía de nuevo y volvía a pedir más a voz en cuello.

Rhys observaba a aquel ser que otrora había sido su hermano y de vez en cuando fingía echar un trago del licor que no había tenido más remedio que comprar para apaciguar al tabernero. Beleño se había aburrido al principio y después se dedicó a intentat dat a las tatas con las judías secas que había encontrado en un saco metido dentro de la caja de madera sobre la que estaba sentado. El kender había conseguido un tirachinas (Rhys no le preguntó cómo) y, aunque lo había usado con torpeza al principio, desde entonces había adquirido cierta destreza, de manera que era capaz de dar a una rata con una

judía a veinte pasos de distancia y lanzada dando volteretas a través del sucio suelo. Sin embargo, empezaba a cansarse con el juego. Las inteligentes ratas no salían de sus madrigueras ahora y, además, se había quedado sin judías.

—Rhys —dijo Beleño mientras enrollaba el tirachinas y se lo metía en el cinturón—, es hora de cenar.

—Creía que habías perdido el apetito —comentó el monje, sonriente.

—Lo perdió mi nariz, pero no mi estómago —repuso el kender—. *Atta* piensa también que es hora de cenar, ¿verdad que sí, chica? —Dio unas palmaditas en la cabeza a la perra.

Atta levantó la cabeza y movió la cola con la esperanza de que se marcharían pronto de allí.

—Aún no podernos irnos —empezó Rhys, aunque al ver que Beleño ponía mala cara y que *Atta* agachaba las orejas, añadió-: Pero los dos podéis salir a dar un paseo. Y me queda esto de la comida.

Le tendió un paquete con un trozo de tasajo al kender. Esa mañana Beleño y él habían ayudado a un granjero a poner una rueda a la carreta, de camino a la ciudad, y aunque Rhys se había negado a aceptar dinero el hombre había compartido su comida con ellos.

—Me lo llevaré fuera para comerlo —dijo Beleño—. De ese modo mi nariz tendrá hambre como el estómago.

Se puso de pie y se estiró para desentumecer los músculos. *Atta* se sacudió entera, empezando por el hocico y acabando en la cola, tras lo cual miró hacia la puerta con afán.

—¿Y tú? —preguntó Beleño al ver que Rhys seguía sentado—. ¿No tienes hambre?

El monje negó con la cabeza.

—Me quedaré aquí y vigilaré a Lleu. Dijo algo sobre reunirse con una joven más tarde.

El kender cogió la comida, pero no se marchó de inmediato. Se quedó mirando a Rhys y pareció que trataba de decidir si decir algo o no. —Sí, amigo mío, ¿qué ocurre? —preguntó suavemente Rhys. —Se marcha en un barco dentro de dos días —dijo Beleño. Rhys asintió con la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer entonces? ¿Cruzar a nado el Nuevo Mar tras él?

—He hablado con el capitán y me he ofrecido para trabajar a bordo del barco a cambio de pasaje.

—Y luego ¿qué? —El kender se echó hacia adelante y miró a su amigo a los ojos.

»¡Rhys, sé realista y afróntalo! ¡Podríamos continuar persiguiendo a tu hermano cuando tengas noventa años y uses ese bastón como garrote! Lleu seguirá siendo igual de joven, irá de taberna en taberna

pimplando aguardiente como si no hubiera un mañana, porque ¿sabes qué, Rhys? ¡Para él no hay ningún mañana! —Beleño suspiró y negó con la cabeza.

»Llevas una vida que no es vida. Es todo lo que digo.

Rhys no se defendió porque no podía hacerlo. El kender tenía razón. Llevaba una vida que no era tal, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Hasta que alguien sabio hallase la forma de parar a los Predilectos, al menos intentaría que Lleu no causara más víctimas y la única maneta de conseguirlo era seguirlo como seguiría un cazador las huellas de un lobo merodeador.

Beleño vio que el semblante de su amigo se ensombrecía y de inmediato sintió remordimientos.

—Rhys, lo lamento. —Le palmeó la mano—. No era mi intención herir tus sentimientos, es sólo que eres un buen hombre y a mí me parece que deberías ir por ahí haciendo cosas buenas en lugar de pasarte el tiempo impidiendo que tu hermano haga cosas malas.

—No has herido mis sentimientos —le aseguró el monje, que posó la mano suavemente en el hombro del kender—. ¿Alguien te ha dicho que eres sabio, amigo mío?

—Últimamente no —contestó Beleño con una sonrisa.

—Bueno, pues lo eres. Tendré en cuenta lo que me has dicho. Anda, ve y tómate la cena.

Beleño asintió con la cabeza y apretó la mano a Rhys. *Atta* y él dieron media vuelta y se encaminaban hacia afuera cuando, de repente, la puerta se abrió bruscamente con un sonoro batacazo que sacó de su estupor a los ebrios e hizo que varios dejaran caer las jarras al suelo. Una ráfaga de viento que traía un intenso olor a mar entró arremolinada en la taberna, levantó el polvo y lo hizo girar como ciclones en miniatura que dieron paso a Zeboim.

Con indiferencia, la diosa apartó de un empellón al kender, que estaba en su camino, y recorrió la sombría estancia con la mirada en busca de Rhys.

—Monje, sé que estás aquí —llamó con una voz retumbante que hizo temblar las vigas y puso en fuga a las ratas—. ¿Dónde te metes?

El vestido verde mar rompía como olas alrededor de sus tobillos, y el cabello de espuma de mar se agitaba con el viento que silbaba a través de las grietas del casco. El tabernero estaba boquiabierto. Los beodos la miraban de hito en hito. Lleu, ante la aparición de una hermosa mujer, se incorporó de un salto e hizo una galante reverencia.

Rhys, terriblemente sobresaltado, se levantó de la caja de madera y fue al encuentro de la diosa.

—Aquí estoy, majestad —contestó.

Atta se metió entre las piernas del monje y, agazapada, se puso a

gruñir. Beleño se levantó del suelo. Merced a alguna diestra acrobacia, había conseguido salvar la cena y se guardó el paquete de tasajo en el bolsillo.

—Yo estoy aquí también, diosa —gritó alegremente.

—Cierra el pico, kender —espetó Zeboim—. Y tú... —Alzó una mano en gesto de advertencia para señalar a Lleu—. Tú cierra el pico también, pedazo de carroña repugnante.

Los ojos de Zeboim se enfocaron en Rhys y la diosa le sonrió dulcemente.

—Traigo a alguien que quiero que conozcas, monje.

La diosa gesticuló y, tras un instante de vacilación, otra mujer entró en la taberna.

—Rhys, ésta es Mina —presentó Zeboim como sin darle importancia—. Mina, éste es Rhys Alarife, mi monje.

Rhys estaba tan sorprendido que reculó, tropezó con el bastón y pisó a *Atta*, que aulló una protesta. Era incapaz de hablar; su cerebro se debatía en semejante confusión que no entendía lo que veía. Tuvo la fugaz impresión de una joven que más que hermosa era llamativa, con el cabello rojo como el fuego y unos ojos como no había visto en su vida.

Eran del color del ámbar y el monje tuvo la espeluznante sensación de que, al igual que el ámbar, retenían apresado en ellos a todo aquel que contemplaban. La mirada ambarina se clavó en él y Rhys se sintió arrastrado hacia ellos como todos los demás, cientos de miles de personas atrapadas y retenidas como insectos en dorada resina.

El ámbar se filtró a su alrededor, cálido y dulce.

Rhys gritó y alzó velozmente los brazos para bloquear la mirada de la chica del mismo modo que los habría levantado para frenar un golpe.

El ámbar se resquebrajó. Los ojos siguieron reteniendo a sus pobres prisioneros, pero ahora Rhys distinguía fallos, grietas minúsculas y estrías que se ramificaban a partir de las oscuras pupilas.

Rhys Alarife —dijo Mina a la par que le tendía la mano—. ¡Tú sabes la respuesta al enigma!

—¿El? —se mofó Zeboim—. El no sabe nada, pequeña. Bien, ahora tenemos que irnos, en serio. Ésta ha sido una visita relámpago, Rhys, cariño. Siento que no podamos quedarnos, pero quería que los dos os conocieseis. Era lo menos que podía hacer ya que fui yo quien te ordenó que revolvieras cielo y tierra para encontrarla. De modo que adiós...

Lleu emitió un grito apagado, un gemido inhumano y se abalanzó hacia Mina, a quien intentó asir, pero la joven retrocedió y se apartó de él.

—Desgraciado —increpó fríamente—. ¿Qué diablos haces?

Lleu cayó de hinojos y alzó las manos hacia ella en un gesto de súplica.

—¡Mina, no me rehúyas! ¡Me conoces! —clamó Lleu con acento desgarrador.

Rhys lo miró de hito en hito y Beleño se quedó boquiabierto. Lleu, que no se acordaba de Rhys, recordaba a Mina.

En cuanto a ella, le dirigió una mirada semejante a la que habría dirigido a una de las ratas del local.

—Te equivocas...

—¡Me besaste! —Lleu desganó la pechera de la camisa para mostrar la señal de sus labios marcados a fuego en su carne—. ¡Mira!

—Ah, eres uno de los Predilectos —dijo Mina, que se encogió de hombros—. Tienes la bendición de mi señor...

—¡No la quiero! —chilló Lleu—. ¡Quítamela!

—No te entiendo —dijo Mina, que parecía realmente desconcertada por su petición—. Te di lo que querías, lo que quieten todos los mortales... Vida eterna, eterna juventud, eterna belleza...

—Eterna desventura —gimió él—. No soporto tu voz atronando mis oídos constantemente. No soporto el dolor que me empuja a salir a la noche, el dolor que nada, ni el brebaje más fuerte, puede ahogar... —Lleu enlazó las manos—. Quítame la «bendición», Mina. Déjame ir.

Ella se apartó, altiva y distante. El ámbar se endureció, las grietas se cerraron.

—Te entregaste a mi señor, le perteneces. No puedo hacer nada. Lleu se echó bruscamente hacia adelante, todavía de rodillas. —¡Te lo suplico!

Zeboim lanzó una mirada de desagrado al Predilecto y tiró de Mina. —Vamos, pequeña. Y, a propósito de Chemosh, debe de estar impacientándose. En cuanto a ti, monje —Zeboim volvió la vista hacia Rhys y su expresión no era amistosa—, ya hablaremos más tarde.

Vientos tormentosos soplaron en la taberna, apresaron a Rhys y lo arrojaron contra la pared. El monje sintió los pinchazos de la arena en el rostro, que no lo dejaba ver, como tampoco el azote de la lluvia, pero sí oyó maldecir a la gente y el ruido de las cajas de madera que golpeaban al salir lanzadas de aquí para allí. La tormenta bramó durante un momento más y después amainó. Rhys encontró a *Atta* escondida debajo de una caja de madera y vio que Lleu seguía arrodillado. Esperando contra toda esperanza que su hermano hubiera recuperado la memoria, el monje se acercó a él, presuroso.

—Lleu, soy yo, Rhys...

—Me importa un bledo quién eres. —Lleu lo apartó de un empellón—. Quítate de en medio. ¡Tabernero, más aguardiente!

El tabernero apareció asomándose por detrás del mostrador, miró

en derredor a las cajas volcadas, a los borrachos tirados patas arriba, y luego echó una mirada torva a Lleu.

—Vaya amistades tienes. ¡Fíjate que desbarajuste! ¿Quién va a pagar los destrozos? Tú no, supongo. Lárgate —gritó al tiempo que agitaba el puño—. ¡Y no vuelvas!

Mascullando que tenía mejores cosas que hacer y mejores sitios a los que ir, Lleu salió de la taberna y cerró tras de sí de un portazo.

—Yo pagaré los daños —dijo Rhys, que ofreció la última moneda que le quedaba. Silbó a *Atta* y echó a andar en pos de Lleu—. ¡De prisa, tenemos que seguirlo! —le dijo a Beleño conforme pasaba ante el kender.

El gañido de *Atta* hizo que el monje se parara y mirase atrás.

Beleño miraba fijamente el sitio en el que Mina había estado parada. El kender tenía los ojos muy abiertos y Rhys vio, sorprendido, que unas lágrimas se deslizaban por las mejillas de su amigo.

—Oh, Rhys. —Beleño tragó saliva con esfuerzo—. Qué triste es. ¡Muy triste!

Enterró la cara en las manos y sollozó como si se le partiera el corazón.

2

Rhys regresó junto a su amigo con premura. —Beleño —dijo, preocupado—. Lamento haber sido tan desconsiderado. Has sufrido una mala caída. ¿Dónde te duele? —¡Qué triste! ¡No puedo soportarlo! —Fue lo único que Beleño era capaz de decir.

Rhys rodeó al kender con el brazo y lo condujo fuera de la taberna, con *Atta* detrás de ellos, al trote. La perra miraba a su amigo con ansiedad y de vez en cuando le daba un lametón en la mano.

Dividido entre la preocupación por su amigo y la inquietud de perder el rastro de su hermano, Rhys hizo todo lo posible por sosegar a Beleño, todo ello sin perder de vista a Lleu.

Su hermano caminaba a lo largo de los muelles con las manos metidas en los bolsillos y silbando una melodía desafinada, sin problema alguno. Saludaba a desconocidos como si fuesen viejos amigos y, a no tardar, mantenía una conversación con varios marineros. Rhys recordó que sólo unos minutos antes su desdichado hermano había suplicado la muerte, y creyó saber qué había motivado el llanto del kender.

Rhys palmeó a Beleño en el hombro para consolarlo, convencido de que recobraría la calma en seguida, pero el kender estaba completamente trastornado. Beleño no cesaba de repetir, entre sorbetones y gimoteos, que todo era muy triste, y entonces rompía a llorar con más fuerza. A Rhys le preocupaba la posibilidad de tener que dejar a su amigo en aquel estado, pero entonces vio a su hermano entrar en una taberna, en compañía de los marineros.

Sin duda Lleu se quedaría allí un buen rato, sobre todo si los marineros invitaban, de modo que condujo al kender hacia un callejón tranquilo. Beleño se dejó caer pesadamente al suelo y sollozó con gran aflicción.

—Beleño, sé que estás apenado por Lleu, pero llorar no arreglará nada... —empezó el monje.

—¿Lleu? —El kender alzó la cabeza y lo miró—. ¡No lloro por él, sino por ella!

—¿Por ella? ¿Te refieres a Mina? —preguntó Rhys sin salir de su asombro—. ¿Es por ella por quien lloras?

Beleño asintió con un cabeceo, lo que hizo que le corrieran más lágrimas.

—¿Qué pasa con ella? —De repente se le ocurrió una idea a Rhys —. ¿Es uno de los Predilectos? ¿Está muerta?

—¡Oh, no! —Beleño tragó saliva. Entonces vaciló y repitió de nuevo-: No... —sólo que esta vez lo negó más despacio.

—¿Lloras por todo el mal que ha hecho? —La voz de Rhys se

endureció y apretó los dedos sobre el cayado con fuerza—. Si está viva, es una buena noticia. Se la puede matar.

Beleño alzó la cara surcada de lágrimas y lo miró sorprendido.

—¿Realmente acabas de decir eso? ¿Quieres matarla? ¿Tú...? ¿El monje que sacaba una mosca de un charco de cerveza para que no se ahogara?

Rhys revivió la desesperada súplica de su hermano y la respuesta cruel e insensible de Mina. Recordó al joven Cam de Solace, a todos los jóvenes, esclavos de Chemosh, empujados a matar; la marca de los labios de esa mujer sobre el corazón de todos ellos.

—Ojalá la hubiera matado cuando la tuve delante de mí —dijo.

Después alargó la mano y sacudió al kender asiéndolo fuertemente del hombro.

—¡Respóndeme! ¿Qué te pone tan triste por ella? Beleño se apartó de él, encogido.

—En realidad no lo sé —dijo con un hilo de voz—. ¡En serio! La emoción me sobrevino de repente. No te enfades, Rhys, intentaré dejar de llorar ya.

Soltó un hipido, pero las lágrimas siguieron corriéndole por las mejillas y escondió la cara contra el pelaje de *Atta*. La perra le rozó el cuello con el hocico y le limpió el llanto a lametones. Los ojos marrones del animal, clavados en Rhys, parecían hacerle un reproche.

El kender se frotó el hombro que el monje le había apretado, y Rhys se sintió como un monstruo.

—Iré a buscarte un poco de agua.

Le dio al kender una palmadita de disculpa, peto con ello sólo consiguió que el llanto de su amigo se recrudeciera. Dejándolo al cuidado de *Atta*, Rhys se encaminó hacia un pozo público cercano. Sacaba el cubo lleno cuando percibió la presencia divina como una respiración en la nuca.

—¿Qué secreto me escondes, monje? —demandó Zeboim.

—No tengo secretos, majestad —dijo con un suspiro.

—Entonces ¿qué es ese enigma del que hablaba la chica? ¿Cuál es la respuesta?

—No sé lo que Mina quiso decir con eso, majestad —repuso Rhys —. ¿Por qué no le preguntáis a ella?

—Porque es una mentirosilla. Tú, a pesar de tus faltas, no lo eres, así que dime el enigma y la respuesta.

—Os he dicho ya, majestad, que no sé de qué hablaba. Y, puesto que no soy mentiroso, doy por sentado que tenéis que creerme. — Rhys llenó el odre de agua y echó a andar hacia el callejón.

Zeboim lo siguió; la diosa echaba chispas.

—¡Tienes que saberlo! ¡Vamos, haz memoria!

Rhys oyó la voz de su hermano, su desesperada súplica de

concederle la muerte. Sintió las lágrimas de Beleño en la piel. Perdida la paciencia, giró sobre sus talones para encarar a la diosa, enfadado.

—Lo único que sé, majestad, es que tenéis en vuestro poder a la persona que me ordenasteis que buscara. ¡No tenéis derecho a preguntarme nada!

Zeboim se paró, momentáneamente sorprendida por la cólera del monje. Rhys siguió caminando y la diosa apretó el paso para alcanzarlo. Deslizó el brazo por el de él y se asió con fuerza cuando Rhys intentó desprenderse de su mano.

—Me gusta cuando te muestras enérgico, pero no vuelvas a hacer eso nunca. —Le dio un cachete en broma que le dejó el brazo dormido hasta el codo—. En cuanto a Mina, ¿te la presenté, verdad? Ahora ya conoces su aspecto. La dejé ir, es cierto, pero no tuve más remedio que hacerlo. Te acuerdas de mi hijo, ¿verdad? ¿Recuerdas que su alma estaba atrapada en esa pieza de khas?

Rhys suspiró. Vaya si lo recordaba.

—Te alegrará saber que ha sido liberado —dijo Zeboim.

A Rhys esa noticia no le causaba júbilo alguno, por lo que no tuvo que esforzarse nada en contenerlo.

La diosa guardó silencio unos instantes mientras observaba al monje con los ojos entrecerrados en un intento de captar sus sentimientos.

Rhys le abrió el corazón. No tenía nada que ocultar y, al cabo, la diosa se dio por vencida.

—Dices la verdad. Tal vez no sepas la respuesta a ese enigma —musitó Zeboim en un siseante susurro—. Yo que tú, trataría de descubrirla. A Mina le preocupabas, de eso me di cuenta. No te inquietes si no puedes dar con ella, hermano Rhys. ¡Será Mina la que te encuentre a ti!

Dicho esto, desapareció en medio de una ráfaga de lluvia.

Beleño y *Atta* se habían quedado dormidos profundamente. El kender tenía los brazos alrededor del cuello de la perra, que había puesto una pata sobre el pecho de Beleño en un gesto protector. Rhys los miró, despatarrados sobre los adoquines de un asqueroso callejón atestado de basura. *Atta* tenía el pelaje enredado y sin rastro del lustre de antaño. Las almohadillas de las patas estaban ásperas y agrietadas. Cada vez que pasaban cerca de praderas suavemente onduladas y verdes colinas *Atta* las contemplaba con anhelo y Rhys sabía que el animal habría querido echar a correr a través de la verde campiña sin parar hasta que volviera trotando con él, exhausta y feliz.

En cuanto al kender, Beleño comía con regularidad, que era más de lo que había hecho antes de que Rhys lo encomiara. Pero tenía la ropa andrajosa y las botas tan desgastadas que los dedos empezaban a asomarle por la puntera. Lo que era peor, su carácter vivaz de antaño

se lo había ido desgastando el roce de la calzada por la que viajaban, día tras día, en pos de un hombre muerto.

«Los kenders no deberían llorar nunca —pensó Rhys con remordimiento—. No están hechos para las lágrimas.»

Se dejó caer pesadamente sobre un barril y hundió la cara en las manos; se apretó los ojos con las palmas. Intentó, a fin de conseguir la serenidad de espíritu, evocar los verdes pastos, las ovejas blancas y la perra blanca y negra corriendo por la ladera de la colina. Pero todo había desaparecido, no veía nada excepto la calzada, una calzada de desolación, degradación, vacío, muerte y desesperanza.

La vergüenza y el desprecio por sí mismo lo embargaron.

—He sido tan arrogante, tan engreído... —musitó mientras unas lágrimas amargas le humedecían, ardientes, las pestañas—. Me creí capaz de coquetear con el mal sin tener que dejar mi camino. Ser capaz de alardear de servir a Zeboim sin que ella pudiera reclamar derecho alguno sobre mí. Ser capaz de recorrer un sendero de oscuridad sin perder de vista la luz del sol. Peto ahora esa luz se ha desvanecido y estoy perdido. No tengo farol ni compás para guiarme. Tropiezo en un camino tan atestado de malas hierbas que no veo dónde piso. Y no tiene fin.

El bastón de Majere, que había tomado como una bendición, ahora le parecía un reproche.

«Piensa en lo que podrías haber sido —parecía decirle Majere—. Piensa en lo que has desperdiciado. Conserva este bastón siempre para que te recuerde todo eso y sea un tormento para ti.»

Rhys oyó el desafinado canturreo de una voz que había llegado a reconocer de lejos. Cansado, levantó la cabeza y vio a Lleu pasar por delante de la boca del callejón, que ya empezaba a quedar sumido en la oscuridad de la noche.

Lleu... que acudía a una cita con alguna desdichada joven.

No tenía opción, así que alargó la mano y sacudió a Beleño hasta despertarlo. *Atta*, sobresaltada, se levantó de un brinco y, al captar el olor de Lleu, soltó un sordo gruñido.

—Tenemos que irnos —dijo Rhys.

Beleño asintió con la cabeza y se frotó los ojos, pegajosos de lágrimas. Rhys lo ayudó a levantarse del suelo.

—Beleño, lo siento —dijo, arrepentido—. No era mi intención gritarte y los dioses saben que jamás he querido hacerte daño.

—No pasa nada —contentó el kender con un remedo de sonrisa —. Seguramente es porque tienes hambre. Toma. —Hurgó en un bolsillo y sacó el maltrecho paquete de tasajo. Lo limpió de pelusillas del bolsillo y le quitó un clavo torcido—. Lo compartiremos.

Rhys no tenía hambre, pero aceptó el trozo de carne seca. Intentó cometió, pero el estómago se le revolvió con el olor y acabó dando su

parte a *Atta* cuando Beleño miraba a otro lado.

Los tres echaron a andar por la calzada en medio de la noche, tras los pasos del Predilecto.

3

Siguieron a Lleu hasta un muelle en el que había acordado encontrarse con una joven. Sin embargo ella no apareció y, tras esperar más de una hora, Lleu la maldijo en voz alta y se marchó pata entrar en la primera taberna que tenía al paso. Rhys sabía por experiencia que su hermano se quedaría allí toda la noche y que al día siguiente lo encontraría allí o muy cerca de la taberna. Llevó al bostezante Beleño y a la encorvada *Atta* hasta un recogido umbral, donde, apiñados para darse calor, se dispusieron a disfrutar de las horas de sueño que pudieran.

El kender roncaba suavemente y Rhys empezaba a quedarse dormido cuando oyó gruñir a *Atta*. Un hombre vestido con ropajes en los que se reflejaba la luz del farol que sostenía en una mano se hallaba de pie delante de ellos mirándolos desde arriba. Tenía el rostro sonriente aunque también reflejaba preocupación e interés, y Rhys calmó los temores de la perra. —No pasa nada, chica —dijo—. Es un clérigo de Mishakal. —¿Eh? —Beleño se despertó sobresaltado y parpadeó, cegado por la luz del farol.

—Perdonadme por molestaros, amigos —dijo el hombre de blanca túnica—. Pero éste es un lugar peligroso para pasar la noche. Puedo ofreceros cobijo, una cama cálida y algo caliente para comer por la mañana.

Se acercó un poco más y alzó el farol.

—¡Válganme los dioses! ¡Un monje! Hermano, acepta mi hospitalidad, por favor. Soy el Hijo Venerable Patricio.

—Comida caliente... —repitió el kender, que miró esperanzado a su amigo.

—Aceptamos tu invitación, Hijo Venerable —contestó Rhys, agradecido—. Me llamo Rhys Alarife y éstos son Beleño y *Atta*.

El clérigo les dedicó a todos un saludo afable, incluso a *Atta*, y aunque

Patricio observó con curiosidad la túnica verde azulada se abstuvo cortésmente de hacer comentario alguno y les alumbró el camino por las calles de la ciudad.

—Es una larga caminata, me temo —se disculpó—. Peto hallaréis paz y descanso al final del trayecto. Muy similar a la propia vida —añadió con una sonrisa dirigida a Rhys.

Mientras caminaban les contó que a esa zona de Nuevo Puerto se la conocía como Puerto Viejo porque era la parte más antigua de la nueva ciudad. Nuevo Puerto se había erigido cuando el Cataclismo había desgarrado el continente de Ansalon, elevando unas zonas y hundiendo otras, de forma que algunas áreas se hendieron y se

separaron amplias distancias mientras que otras de desgajaron completamente de la masa continental. Una de esas enormes hendiduras permitió la creación de la vasta extensión de agua conocida como Nuevo Mar.

Los primeros pobladores que llegaron allí —refugiados que huían de la destrucción desatada al norte— fueron unos visionarios que comprendieron de inmediato las ventajas de construir una población en aquel lugar. La configuración del terreno formaba un puerto natural en el que fondearían los barcos que a no tardar estarían surcando las aguas del Nuevo Mar, cargarían mercancías y harían reparaciones o puestas a punto, lo que fuera necesario en cada caso.

La ciudad empezó modestamente, rodeada por una empalizada y con vista al abra. El rápido crecimiento de Nuevo Puerto no tardó en desbordar la empalizada y se expandió a lo largo de la línea costera y hacia el interior.

—Como hijas ingratas que descubren la riqueza y el éxito y entonces se niegan a reconocer sus orígenes humildes y a los padres que las trajeron al mundo, las zonas acomodadas de la ciudad se hallan ahora muy apartadas de los modestos muelles que fueron la causa de su auge —explicó Patricio a la par que sacudía tristemente la cabeza.

»Los florecientes mercaderes que financian los barcos y poseen los almacenes portuarios viven lejos del mal olor a cabezas de pescado y a brea. Los burdeles, los antros de juego y las tabernas como La Barca han desplazado del distrito a establecimientos de mejor reputación. A lo largo de la costa, cerca de los muelles, la vivienda es barata porque nadie quiere vivir allí.

Dejaron atrás hilera tras hilera de casas desvencijadas, construidas con la madera retirada de almacenes abandonados, y recorrieron calles lúgubres y embarradas al carecer de pavimento. Se cruzaron con marineros ebrios y mujeres desaliñadas que caminaban dando bandazos. Aunque era más de varios niños corrieron a su encuentro para mendigar monedas o revolvían en montones de basura con la esperanza de hallar algo de comer. Cada vez que topaban con niños así, Patricio se paraba para hablar con ellos antes de seguir su camino.

—Mi esposa y yo hemos abierto una escuela aquí abajo, en los muelles —explicó—. Enseñamos a los niños a leer y a escribir y los mandamos a su casa al menos con una comida caliente en el estómago. Con un poco de suerte podremos ayudar a que algunos lleven una vida mejor fuera de este mísero lugar.

—Los dioses bendicen la dádiva y al donante —musitó Rhys.

—Hacemos lo que podemos, hermano —dijo Patricio con una sonrisa y un suspiro—. Hacemos lo que podemos. Hemos llegado,

entrad. Sí, *Atta*, tú también puedes pasar.

El Templo de Mishakal no era un edificio magnífico, sino uno modesto en el que sin duda se habían llevado a cabo recientes reparaciones ya que olía intensamente a lechada. La única indicación de que se trataba de un templo era el símbolo sagrado de Mishakal recién pintado en una de las paredes.

Rhys estaba a punto de entrar cuando, a la luz del farol, vio algo que lo hizo pararse de golpe, por lo que Beleño chocó contra él.

Expuesto en el exterior del pequeño templo, clavado en la pared, había un letrero escrito en letras prominentes de color rojo: ¡guardaos de los Predilectos de Chemosh!

Debajo seguía un párrafo en el que se describía a los Predilectos e instaba a la gente a buscar la marca del «Beso de Mina», a la vez que advertía que se abstuvieran de prestar cualquier juramento de servidumbre al Señor de la Muerte.

—Oh, ¿sabéis lo de esos Predilectos de Chemosh? —preguntó Patricio al advertir el ceño de Rhys.

—Muy a mi pesar, sí —contestó el monje.

—¿Crees que tu advertencia contribuirá a detener a los Predilectos? —le preguntó Beleño al clérigo.

—No, en realidad no —respondió tristemente Patricio—. Pocas personas de por aquí saben leer, pero hablamos con todos los que entran en nuestro templo y los instamos a que sean prudentes.

—¿Cuál ha sido la reacción? —quiso saber Rhys.

—La que era de esperar. Ahora algunos temen que cualquiera que se encuentran quiera matarlos. Otros piensan que es una artimaña para coaccionar a la gente pata que se una a la iglesia. —Patricio esbozó una sonrisa irónica y se encogió de hombros—. La mayoría se mofa de todo el asunto. Pero podemos hablar más a fondo sobre esto por la mañana. Ahora os mostraré vuestras camas.

Los llevó dentro y los condujo a una habitación en la que se había instalado una hilera de catres. Les entregó mantas y les dio las buenas noches.

—Que la bendición de Mishakal os guarde en vuestro descanso nocturno —les deseó antes de marcharse.

Rhys se tendió en un catre, y tal vez Mishakal lo tocara suavemente porque fue la primera noche en mucho, mucho tiempo que no soñó con su desdichado hermano.

En realidad no soñó con nada.

Rhys se levantó al rayar el día y vio que Beleño devoraba alegremente un cuenco de pan con leche en compañía de una mujer de aspecto agradable que se presentó como la Hija Venerable Galena. Invitó a Rhys a tomar asiento y desayunar, cosa a la que el monje

accedió de buen grado, ya que descubrió que estaba inusitadamente hambriento.

—Sólo si me permites hacer algún trabajo a cambio —añadió con una sonrisa.

—No hace falta, hermano —contestó Galena—. Pero sé que no admitirás un «no» por respuesta, así que acepto tu oferta con agradecimiento. Mishakal sabe que necesitamos toda la ayuda que se nos pueda dar.

—El kender y yo hemos de ocuparnos de un asunto ahora —dijo Rhys mientras fregaba los platos—, pero regresaremos por la tarde.

—¿Puedo quedarme, Rhys? —pidió Beleño, anhelante—. ¡En realidad no necesitas que te ayude y la Hija Venerable dice que me va a enseñar a pintar paredes!

Rhys miró a la mujer con incertidumbre.

—Pues claro que puede quedarse —dijo ella con una gran sonrisa.

—De acuerdo —accedió Rhys, que hizo un aparte con el kender —. He de ir a buscar a Lleu, así que me reuniré contigo aquí. No digas que conoces a un Predilecto —añadió en voz baja—. No digas nada sobre Zeboim o Mina o que puedes hablar con muertos o que eres un acechador nocturno...

—Que no diga nada de nada —lo atajó Beleño a la par que asentía con aire enterado.

—Correcto. —Rhys sabía que su advertencia no serviría de nada, pero se sentía obligado a intentado—. Y cuidado dónde metes las manos. He de irme ya. ¡*Atta*, vigila! —Señaló al kender.

Beleño se había acercado a Galena para ayudarla a fregar y, ni que decir tiene, las primeras palabras que pronunció fueron:

—Por cierto, Hija Venerable, no habrá nadie de tu familia que haya fallecido recientemente, ¿verdad? Lo digo porque, en tal caso, yo...

Rhys sonrió y negó con la cabeza antes de salir en busca de Lleu.

Encontró a su hermano paseando por los muelles en compañía de una joven que llevaba un bebé en brazos y un niño pequeño, de unos cuatro años, que caminaba pegado a ella, agarrado a la larga falda. Lleu derrochaba encanto y la joven lo miraba con adoración, pendiente de cada palabra que decía.

Era bonita, aunque estaba delgada en exceso y tenía el semblante demacrado. Parecía decidida a que Lleu le gustara y aún más decidida a gustarle a él.

—No acudiste a nuestra cita de anoche —decía Lleu.

—Lo siento —se disculpó la muchacha, preocupada—. No estás enfadado conmigo, ¿verdad? La vieja bruja que se suponía que vendría a cuidar de los niños no apareció.

—No estoy enfadado. —Él se encogió de hombros—. Siempre se

encuentra compañía agradable...

La joven pareció estar aún más preocupada.

—Tengo una idea. Puedes venir a casa esta noche, después de que acueste a los niños.

—De acuerdo, dime dónde vives —accedió Lleu.

La joven le dio la dirección y él la besó en la mejilla, dio unas palmaditas al niño en la cabeza y un toquecito en la barbilla al bebé.

A Rhys se le revolvieron las tripas al ver al Predilecto acariciar a los niños y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse y no intervenir allí mismo. Por fin Lleu se marchó; de camino a otra taberna, sin lugar a dudas. Rhys fue en pos de la joven, que se metió en una de las casuchas cercanas al puerto, y esperó un momento para plantearse cómo actuar. Por fin tomó una decisión, cruzó la calle y llamó a la puerta.

La hoja de madera se entreabrió y la joven echó un vistazo a través de la rendija.

—¿Y bien, hermano? ¿Qué puedo hacer por ti?

—Me llamo Rhys Alarife y quiero hablarte de Lleu. ¿Puedo entrar?

La joven adoptó de repente una actitud fría.

—No, no puedes. En cuanto a Lleu, sé lo que me hago. No necesito que me sermonees sobre mis pecados, así que ocúpate de tus asuntos, hermano, que yo me ocúpate de los míos.

Iba a cerrar la puerta, pero Rhys metió el bastón entre la jamba y la hoja de madera para mantenerla abierta.

—Lo que tengo que decirte es importante, señora. Tu vida corre peligro.

Por encima del hombro de la joven, Rhys alcanzó a ver al bebé tendido en una manta sobre un jergón de paja, en un rincón de la pequeña pieza. El niño estaba detrás de ella y miraba a Rhys con los ojos muy abiertos. La mujer, al advertir los movimientos de sus ojos, abrió la puerta de par en par.

—¡Mi vida! —Soltó una risa amarga—. ¡Ésta es mi vida! Suciedad y miseria. Tú mismo puedes verlo, hermano. Soy una joven viuda desamparada, con dos niños pequeños y con apenas lo suficiente para mantener cuerpo y alma juntos. No puedo ir a trabajar porque me da miedo dejar solos a los niños, así que me traigo ropa para coser. Con eso apenas me llega para el alquiler de este horrible sitio.

—¿Cómo te llamas, señora? —preguntó suavemente Rhys.

—Camila —respondió, hosca.

—¿Crees que Lleu va a ayudarte, Camila?

—Necesito un marido —repuso en tono duro—. Mis hijos necesitan un padre.

—¿Y qué hay de tus padres? —preguntó Rhys.

—Estoy sola en el mundo, hermano, aunque no por mucho tiempo —dijo ella a la par que negaba con la cabeza—. Lleu ha prometido casarse conmigo y estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para conservarlo. En cuanto a que mi vida corra peligro... —Resopló con sorna—. Puede que le guste demasiado la bebida, peto es inofensivo.

A su espalda el bebé empezó a llorar.

—Y ahora, he de atender a mi niño... —Intentó de nuevo cerrar la puerta.

—Lleu no es inofensivo —le dijo el monje con gran seriedad—. ¿Has oído hablar de Chemosh, el dios de la muerte?

—¡No sé nada sobre dioses, hermano, ni me importa! Y ahora ¿vas a marcharte o tendré que llamar a la guardia de la ciudad?

—Lleu no se casará contigo, Camila. Ha reservado pasaje en un barco con destino a Flotsam. Mañana se va de Nuevo Puerto.

La joven lo miró fijamente y palideció, temblorosos los labios.

—No te creo. ¡Lo prometió! ¡Márchate! ¡Vete!

El bebé lloraba ahora con frenética desesperación y el niño hacía lo que podía para calmarlo, pero el bebé no estaba dispuesto a callarse así como así.

—Piensa en lo que te he dicho, Camila —suplicó Rhys—. No estás sola. El templo de Mishakal no se encuentra lejos de aquí. Pasaste por delante cuando venías hacia aquí. Ve a hablar con los clérigos de Mishakal, que te ayudarán a ti y a tus hijos.

Ella lo empujó y propinó una patada al bastón.

—Lleu tiene una marca en el pecho —continuó el monje—. La señal de los labios de una mujer marcados a fuego en la piel. Intentará que entregues tu alma a Chemosh. ¡No lo hagas, Camila! ¡Si accedes, estás perdida! ¡Míralo a los ojos! —suplicó—. ¡Míralo a los ojos!

La mujer cerró de un portazo y Rhys se quedó plantado en la calle, desde donde oyó los plañidos del bebé y la voz de la madre que intentaba sosegarlo. Se preguntó qué hacer. Si esa joven caía víctima de Lleu, abandonaría a sus hijos para reunirse con el Señor de la Muerte.

Entonces recordó el anuncio clavado en la pared del templo y su corazón sintió alivio. No estaba solo en su lucha contra los Predilectos. Ya no. Buscaría ayuda.

Rhys regresó junto a los clérigos de Mishakal y su humilde templo, y allí encontró a Beleño blanqueando alegremente las paredes y a *Atta* tendida debajo de una mesa mordisqueando, satisfecha, un hueso. Agitó la cola al verlo llegar, pero no estaba dispuesta a renunciar al hueso el tiempo necesario para darle la bienvenida.

—¡Mira, Rhys, estoy trabajando! —entonó el kender, orgulloso, al tiempo que movía la brocha y se salpicaba a sí mismo y al suelo con la

cal—. Ya hemos pagado por la comida.

—Le dije que dábamos de comer a todo el que lo necesitara, pero insistió —comentó Patricio—. Es un kender fuera de lo normal.

—Sí, lo es —convino Rhys, que hizo una pausa antes de añadir en voz queda-: Hijo Venerable, he de hablar contigo de un asunto muy importante.

—Pensé que lo harías —contestó Patricio—. Tu amigo nos ha estado contando algunas historias muy interesantes. Por favor, hermano, siéntate.

Galena le llevó a Rhys un cuenco de estofado, y Patricio se sentó a su lado mientras comía para hacerle compañía. No dejó que el monje hablara de esas cuestiones hasta que terminó de comer porque, según le explicó, era malo para la digestión.

Al pensar lo que tenía que decir, Rhys no pudo estar más de acuerdo con él, de modo que animó a Patricio a que le contara su historia.

—Mi esposa y yo éramos ambos místicos de la Ciudadela de la Luz. Cuando los dioses regresaron, los cabecillas de la Ciudadela convinieron en que se nos diera a todos los místicos la opción de elegir: podíamos servir a los dioses o seguir siendo místicos. Nuestra fundadora, Goldmoon, había sido ambas cosas y los cabecillas creían que ella habría querido que nos dieran la posibilidad de escoger. Mi esposa y yo oramos pidiendo guía, y la Sanadora se nos apareció en nuestros sueños para pedirnos que la siguiéramos, y así lo hicimos.

«Somos originarios de Nuevo Puerto, por lo que sabíamos que aquí había muchas necesidades y decidimos regresar para hacer cuanto estuviera a nuestro alcance para ayudar. Hemos empezado con la escuela para niños y una casa de curación. Un comienzo humilde, pero al menos es un comienzo. Ninguno de los otros dioses tiene representación en esta ciudad... Excepto Zeboim, claro —añadió Patricio con un suspiro y una mirada de reojo a Rhys.

El monje no dijo nada y siguió comiendo.

—El templo de Zeboim fue el último que abandonó la gente después de la desaparición de los dioses y el primero al que acudieron a su regreso. De hecho, hubo quienes nunca lo llegaron a abandonar y siguieron llevándole presentes año tras año. «Nunca se sabe con la Arpía del Mar», decían por aquí. «Podría estar jugando uno de sus jueguecitos y más vale no correr riesgos con ella.»

Rhys miró a Beleño, que derramaba cal alegremente todo en derredor, aunque una cantidad considerable acababa llegando a la pared. Rhys se agachó y acarició la cabeza a *Atta*.

—Perdóname por preguntarte, hermano —dijo al cabo de un momento Patricio—. Es evidente tu condición de monje, peto no estoy familiarizado con tu Orden...

—Fui monje de Majere —contestó Rhys—. Peto ya no lo soy. Esto estaba riquísimo —le dijo a Galena, que recogía el cuenco del estofado —. Gracias. —¿De qué quieres hablar con nosotros, hermano? —preguntó Patricio. —De los Predilectos. La expresión del clérigo se ensombreció.

—Beleño nos ha contado que has ido persiguiendo a uno de ellos y que está aquí, en la ciudad. Son malas noticias, hermano.

—Y ahora ha empeorado la cosa. El Predilecto ha hecho amistad con una joven y me temo que quiere hacerle daño. He intentado avisada, pero es viuda y madre de dos pequeños y está pasando por un momento de extrema necesidad. Cree que va a casarse con ella y se niega a hacer caso de mis advertencias. Van a reunirse esta noche. Tenemos que detenerlo.

—A juzgar por la información que recibimos de la Ciudadela sobre los Predilectos, impedírselo no será nada fácil —comentó Galena, preocupada.

—Aun así debemos hacer algo —dijo Patricio—. ¿Se te ocurre alguna idea?

—Podríamos intentar reducirlo y meterlo en prisión, pero sin duda se escaparía de su celda —admitió Rhys—. Cerrojos y barrotes no representarían un gran obstáculo para él, pero al menos esa joven y sus pequeños estarían a salvo. Podríais tomarlos a vuestro cuidado, mantenerla a ella separada del Predilecto hasta que se haya ido de la ciudad.

—¿Y eso cuándo será?

—Lleu ha reservado pasaje en un barco con destino a Nuevo Puerto que zarpa mañana.

—Entonces atacará a otra persona. —Patricio frunció el entrecejo —. No me gusta dejarlo marchar.

—Estoy intentando adquirir un pasaje en el mismo barco. Seguiré haciendo todo lo posible para prevenir que haga daño a nadie. —Sigue sin gustarme la idea —reiteró Patricio.

—Sé cómo te sientes, esposo —intervino Galena, que posó la mano en el brazo del clérigo—. ¡Pero piensa en esa pobre madre! Tenemos que salvarla a ella y a sus pequeños.

—Por supuesto —convino de inmediato Patricio—. Nuestra prioridad es el bienestar de esa joven madre. Después decidiremos qué hacer con el Predilecto. ¿Dónde se encuentra ahora?

—Lo dejé en una taberna. Se pasará el día allí y saldrá de noche.

—¿Y no sería mejor para nosotros prenderlo allí?

—Me lo planteé —dijo Rhys—. Pero esa joven es el tipo de persona vulnerable que busca Chemosh. Podremos parar a este Predilecto, mas ¿qué pasará con el siguiente que tope con ella? Hay que hacer que vea el peligro por sí misma.

—¿Realmente hay tantos de esos monstruos deambulando por ahí? —inquinó Galena, conmocionada.

—No hay modo de saberlo —contestó el monje—. Pero lo que es seguro es que su número crece de día en día.

Beleño se acercó para reunirse con ellos; en el camino dejó un rastro de salpicaduras de cal por el suelo.

—Ayer vi diez —informó—. En la zona portuaria y en la zona residencial.

—¡Diez! —exclamó Galena, horrorizada—. Esto es atroz.

—Lleu se va a reunir con esa joven esta noche, en su casa. Podemos capturarlo cuando llegue.

—¿Estás seguro de que es un Predilecto? —preguntó Patricio, que miró intensamente a Rhys—. Perdona que te lo pregunte, pero nuestro temor es que, además de los culpables, haya inocentes que paguen las consecuencias.

—Lleu es, o más bien fue, mi hermano —repuso Rhys—. Asesinó a nuestros padres y a los hermanos de mi Orden. E intentó asesinarme a mí.

La expresión de Patricio se enterneció y miró a Rhys como si todo tuviera sentido ahora.

—Lo lamento mucho, hermano. ¿Dónde vive esa joven?

—No lejos. —Rhys sacudió la cabeza—. No te puedo describir la ubicación exacta porque su casa es una de las muchas que hay en esa calle y todas tienen un aspecto pateado. Seta más fácil llevarte allí. Deberías llamar a la guardia de la ciudad.

—Estaremos preparados, hermano.

—Volveré al caer la noche —dijo Rhys, que asió su bastón y se puso de pie—. Gracias por la comida.

No hace falta que te marches, hermano. Deberías quedarte y descansar. Pareces agotado.

—Ojalá pudiera —dijo el monje con fervor. La paz que se respiraba en aquel lugar era un bálsamo relajante para su alma atormentada—. Sin embargo he de reunirme de nuevo con el capitán del barco para intentar otra vez persuadirlo de que nos lleve de pasajeros.

—Cree que los kenders dan mala suerte —comentó Beleño con jovialidad—. Le dije que yo podía hacer el viaje más interesante. Vi las almas de un grupo de marineros que deambulaban por el barco y le informé que todos querían hablar con él, pero me pareció que eso no le hacía gracia. Se puso furioso, sobre todo cuando le mencioné el motín y el hecho de que los hiciera colgar a todos en los mástiles. Creo que aún le guardan rencor.

Rhys miró a Patricio y tosió.

—Supongo que no podréis ocuparos otro rato del kender... —Pues

claro que sí. Hoy nos ha sido de gran ayuda. —Puede enjalbegar el suelo además de las paredes —añadió Galena a la par que echaba una ojeada al rastro de salpicaduras blancas. Rhys silbó a *Atta*, que dejó el hueso con pesar.

—Se lo guardaré —ofreció Galena, que recogió el hueso y lo puso en un estante. La perra no le quitó la vista de encima ni un instante.

—Hermano, podrías plantearte la posibilidad de conseguir la ayuda del clérigo de Zeboim —sugirió Patricio mientras lo acompañaba a la puerta—. Tiene un gran ascendiente sobre los capitanes de barco, que estarán dispuestos a escucharlo, y él estará más que dispuesto a escucharte a ti.

—Buena idea, Hijo Venerable —dijo Rhys quedamente—. Gracias.

—Rezaremos por ti, hermano —añadió Patricio cuando el monje y la perra salían del templo.

—Rezad por esa joven viuda —contestó Rhys—. Las preces tendrán así mejor empleo.

Patricio se quedó en la puerta viéndolos marchar. El cayado del monje resonaba contra los adoquines. La perra blanca y negra trotaba a su lado. Pensativo, el clérigo se dio media vuelta. —¿Dónde vas, querido? —preguntó Galena. —A hablar con Mishakal. —¿Sobre esa joven viuda?

—Tú y yo podemos ocuparnos de ella. —Patricio miró por la ventana justo a tiempo de ver desaparecer por la esquina a Rhys y a *Atta*—. Éste es un tipo de problema del que sólo se puede encargar la diosa.

—¿Y de qué se trata? —quiso saber su esposa.

—De un alma extraviada —contestó Patricio.

4

Rhys se planteó seriamente el consejo de Patricio respecto al clérigo de Zeboim. Finalmente decidió ir solo a hablar con el capitán del barco. A Rhys no le gustaba la idea de estar más en deuda con la diosa de lo que estaba ya; o más bien, de lo que ella creía que estaba. A decir verdad, él había hecho mucho más por ella que al revés.

Tuvo que esperar durante horas, ya que un capitán de barco con una nave que se prepara para zarpar es un hombre ocupado, sin tiempo para hablar con posibles pasajeros, sobre todo cuando no pueden pagar el pasaje, llegó el y pasó y, finalmente, a última hora del día el capitán le dijo que podía dedicarle unos minutos.

Rhys consiguió persuadir al hombre de que los aceptara a *Atta* y a él a bordo del barco. Sin embargo, en cuanto a Beleño el capitán se mostró inflexible; un kender a bordo traía mala suerte, todo el mundo sabía eso.

El monje sospechaba que era una superstición que el capitán acababa de inventarse muy convenientemente, ya que hacía oídos sordos a todos sus argumentos. Por último, Rhys aceptó de mala gana dejar al kender en tierra.

—Echaremos de menos a Beleño, ¿verdad, *Atta*?. —le dijo a la perra mientras regresaban al templo.

Atta alzó los dulces ojos marrones para mirarlo y movió lentamente la cola, tras lo cual se acercó más y caminó casi pegada a él. No entendía las palabras del monje, pero sí conocía el tono de tristeza y hacía cuanto sabía para reconfortarlo.

Rhys iba a echar de menos a Beleño realmente. Al no ser una persona que hiciera amigos con facilidad, había hallado consuelo en la compañía de otros monjes, aunque entre ellos no había tenido verdaderos amigos. Tampoco los había necesitado; tenía a su dios y a su perra.

Había perdido a su dios y a sus hermanos, pero había encontrado a un amigo en el kender. Al repasar lo ocurrido en las últimas semanas, Rhys supo con certeza que habría sido incapaz de seguir adelante sin Beleño, cuya perspectiva alegre de la vida y su inagotable optimismo lo habían mantenido a flote cuando las oscuras aguas parecían a punto de cerrarse sobre él. El valor de Beleño y su sentido común —por extraño que esto pudiera parecer tratándose de un kender— los habían mantenido con vida a ambos.

—Los clérigos de Mishakal lo acogerán —le dijo a *Atta*—. La diosa siempre ha sentido debilidad por los kenders. —Suspiró profundamente y sacudió la cabeza—. Lo duro será convencerlo de que se quede. Tendremos que escabullimos mientras está dormido,

antes de que sepa que nos hemos marchado. Por suerte el barco zarpa con la marea alta y eso es al amanecer...

Pensando en Beleño, Rhys no prestaba mucha atención por dónde iba y de repente descubrió que se había equivocado de camino. Se encontraba en una parte de la ciudad que le era totalmente desconocida. Su error le molestó, pero el enfado dio paso a la preocupación cuando reparó en que era mucho más tarde de lo que había pensado. El cielo mostraba una tonalidad rojiza; el sol se metía detrás de los edificios y la gente a su alrededor caminaba presurosa hacia su casa para cenar.

Temeroso de llegar tarde a su cita con los dos clérigos y la guardia de la ciudad, Rhys volvió sobre sus pasos apresuradamente y, tras parar a varias personas para orientarse en la buena dirección, *Atta* y él se encontraron una vez más en la calle que conducía al templo.

Caminaba lo más de prisa posible, con *Atta* al trote detrás, y sin mirar por dónde andaba. Se dio cuenta de que algo iba mal cuando *Atta* trató de apartarlo a un lado empujándolo con el cuerpo. No era la primera vez que la perra hacía eso, ya que el monje se quedaba tan absorto en sus cavilaciones de vez en cuando que se habría dado de bruces contra árboles o se habría caído en arroyos si el animal no hubiera estado allí para tener cuidado de él.

Al sentir el peso de la perra contra su pierna, Rhys alzó la cabeza y miró directamente a la luz de un farol, que lo cegó, por lo que no puedo distinguir detalles de aquellos contra los que casi había tropezado, salvo que formaban un grupo de unos seis hombres.

Se desvió ágilmente hacia un lado para evitar el choque con el que iba a la cabeza.

—Lo siento mucho, señor —se disculpó, contrito—, llevo prisa y no iba pendiente de...

Enmudeció y sintió un nudo en la garganta. Los ojos ya se le habían acostumbrado a la luz y ahora veía claramente las túnicas sacerdotales color naranja tostado y el símbolo de la rosa de Majere.

El sacerdote alzó el farol de manera que la luz cayó sobre Rhys; éste no podía dar crédito a su mala suerte. Había ido siempre con todo cuidado para no toparse con los sacerdotes de Majere y ahora se había dado literalmente de bruces con seis ellos. Peor aún, el que iba a la cabeza, el del farol, era un Abad Supremo a juzgar por su vestimenta.

El abad lo miraba sin salir de su asombro, desconcertado al captar la imagen del monje que vestía túnica de Majere, pero con el color azul verdoso de Zeboim. La sorpresa dio paso a la desaprobación y, lo que era peor, al reconocimiento. El abad le acercó más el farol a la cara y Rhys tuvo que apartar los ojos para protegerlos de la luz.

—Rhys Alarife —dijo el abad, severo—. Te hemos estado buscando.

Rhys no tenía tiempo para eso, debía llegar al templo de Mishakal. Era el único que sabía dónde encontrar a Lleu, que seguramente ya iba de camino a la casa de la joven viuda.

—Discúlpame, reverendísimo, pero llego tarde a una cita. —Hizo una reverencia y se dispuso a alejarse.

El abad lo asió del brazo y lo detuvo.

—Perdóname, reverendísimo, llego tarde —explicó Rhys cortésmente, pero con firmeza.

Realizó un rápido y ágil movimiento para soltarse de la mano del abad. Por desgracia, el abad también estaba entrenado en el arte de la «disciplina benévola» y ejecutó un diestro contrataque con el que lo mantuvo asido. *Atta*, a los pies de Rhys, emitió un gruñido amenazador.

El abad dirigió a la perra una mirada y alzó la mano en un gesto imperioso. *Atta* se tumbó en el suelo con la cabeza entre las patas delanteras. Dejó de gruñir y empezó a mover débilmente la cola.

El abad puso de nuevo su atención en Rhys.

—¿Huyes de mí, hermano? —inquirió en un tono que era más apenado que reprobatorio.

—Perdona, reverendísimo —dijo de nuevo Rhys—. Tengo prisa, es un asunto de vida o muerte. Suéltame, por favor.

—El alma inmortal es más importante que el cuerpo, hermano Rhys. Esta vida es fugaz, pero el alma es eterna. He recibido informes de que tu alma está en peligro. —El abad le asía con firmeza el brazo —. Regresa con nosotros a nuestro templo. Hablaremos contigo y hallaremos un modo de hacer que la oveja descarriada vuelva al rebaño.

—Es lo que más me gustaría hacer, reverendísimo —contestó muy seriamente—, y te prometo que iré a vuestro templo más avanzada la noche. Ahora, como ya he dicho, se me necesita urgentemente en otro lugar. La vida que corre peligro no es la mía...

—Disculpa si no confío en ti, hermano Rhys —arguyó el abad. Los sacerdotes de Majere lo rodearon y asintieron con la encapuchada cabeza.

—Miembros de nuestro Orden te han estado buscando por Ansalon y ahora que te hemos encontrado no estamos dispuestos a dejarte marchar. Vamos, camina con nosotros, hermano.

—¡No puedo, reverendísimo! —Rhys empezaba a enfadarse—. ¡Venid conmigo si no me crees! Voy al templo de Mishakal. Sus clérigos y yo perseguimos a uno de los Predilectos que intenta arrebatarle la vida a esa joven viuda.

—¿Es que eres el alguacil de esta ciudad, hermano? —inquirió el abad—. ¿Es responsabilidad tuya prender a los criminales? —¡En este caso, sí! —replicó Rhys.

El cielo estaba oscuro ya y las estrellas habían aparecido. La joven viuda habría acostado a sus pequeños y estaría atenta a la llegada de Lleu.

—El Predilecto es, era, mi desdichado hermano. Yo soy quien puede identificarlo.

—Beleño lo conoce —argumentó el abad, imperturbable—. El kender se lo podrá señalar a los guardias.

Rhys se quedó desconcertado. Por lo visto el abad sabía todo lo referente a él.

—El kender conoce a Lleu pero no sabe dónde vive esa joven. No se lo dije a él ni a los clérigos de Mishakal.

—¿Por qué no? —quiso saber el abad—. Podrías haberles indicado la ubicación de la casa de la joven viuda a los clérigos.

Rhys titubeó al buscar una respuesta.

—Todas las casas se parecen, habría sido difícil...

—Miente a los demás si tienes que hacerlo, hermano Rhys, pero jamás te mientas a ti mismo. Quieres estar allí, quieres destruir con tus propias manos al monstruo que otrora era tu hermano. Has hecho de esto algo personal, Rhys Alarife, te consume el odio y el deseo de venganza. Y, sin embargo —añadió el abad, dulcificado el tono—, Majere sigue amándote.

Rozó con aire reverente el bastón que Rhys sostenía en la mano.

Como si un relámpago hubiese alumbrado la oscuridad tornando la noche en día, Rhys se vio a sí mismo con absoluta claridad. El abad tenía razón. Podría haber dado a Patricio las indicaciones necesarias para que localizara la casa de la joven viuda, pero había retenido la información a propósito porque quería estar allí. Quería enfrentarse a su hermano y había estado dispuesto a sacrificar la vida de la joven en pro de su odiosa necesidad.

Rhys anhelaba echarse al suelo a los pies del abad, anhelaba escupir el veneno que lo estaba devorando por dentro, anhelaba suplicar clemencia, pedir perdón.

El abad lo sujetaba por el brazo. Dejando caer el bastón, Rhys asió el brazo del abad con la mano libre y, con un tirón, hizo perder el equilibro al abad y lo arrojó al suelo.

—¡*Atta*, vigílalo! —ordenó Rhys.

La perra se incorporó velozmente. No atacó al abad, pero se puso sobre él y, enseñando los dientes, soltó un gruñido de advertencia. El abad le dijo algo, pero ahora *Atta* tenía órdenes directas de su amo y no estaba dispuesta a desobedecerle.

—Hermano Rhys... —empezó el abad.

—No te hará daño si no te mueves, reverendísimo —dijo fríamente Rhys mientras observaba a los otros sacerdotes que ahora lo rodeaban.

Levantó el bastón con el pie y lo lanzó hacia su mano. Se preguntó, inquieto, si el emmide seguiría luchando para él. Después de todo se estaba enfrentando a los servidores de Majere. Sostuvo el bastón ante sí, casi esperando que se resquebrajara y se partiera, pero la vara permaneció firme, cálida y reconfortante entre sus dedos.

—No quiero haceros daño a ninguno —les dijo a los sacerdotes—. Dejadme pasar.

—Tampoco nosotros queremos hacerte daño, hermano —dijo uno de ellos—, pero no estamos dispuestos a dejar que te vayas.

Iban a intentar reducirlo, a dejarlo indefenso. Rhys evocó la imagen de la joven viuda y el terrible destino que le aguardaba. Los cinco sacerdotes se abalanzaron sobre él con el propósito de arrastrarlo al suelo.

Rhys arremetió con el emmide; propinó un bastonazo en un lado de la cabeza a uno de los sacerdotes y lo derribó, dirigió la punta del cayado contra el diafragma de otro, que se dobló por la cintura, y golpeó a un tercero en la parte posterior de la cabeza, todo ello en una sucesión de movimientos relampagueantes que no le ocuparon más que unos segundos.

En seguida se dio cuenta de que los sacerdotes no estaban tan bien entrenados en el arte de la disciplina benévola como su abad, ya que los dos que quedaban de pie retrocedieron y lo observaron con cautela. El abad debió de intentar levantarse porque Rhys oyó ladrar a *Atta* y el chasquido de un mordisco. Echó una ojeada atrás y vio que el abad se apretaba una mano ensangrentada.

Deseando no haber ido por esa calle ni haber pisado jamás esa ciudad, Rhys plantó firmemente la punta del bastón en los adoquines y, asiéndolo con las dos manos, lo usó para impulsarse por el aire. Saltó por encima de las cabezas de los sorprendidos sacerdotes y aterrizó en el pavimento detrás de ellos. Llamando con un silbido a *Atta*, Rhys echó a correr calle adelante.

Se arriesgó a echar un vistazo atrás, convencido de que lo perseguirían, pero sólo vio a *Atta* lanzada a la carrera en pos de él. Dos de los sacerdotes daban asistencia a los que estaban caídos, mientras que el abad se sujetaba la mano herida y lo miraba con expresión pesarosa.

Rhys borró de su mente todos los pecados que había cometido y corrió.

Llegó al templo de Mishakal y encontró a Patricio, a su esposa y a Beleño, junto con la guardia de la ciudad, reunidos delante del edificio. El kender caminaba arriba y abajo y de vez en cuando echaba una ojeada a la calle.

—¡Hermano, llegas tarde! —gritó Patricio.

—¿Dónde has estado? —chillo Beleño, que se aferró a él—. ¡Hace

mucho que anocheció!

—¡Seguidme! —jadeó Rhys, que se sacudió de encima al kender y siguió corriendo.

5

La joven madre se llamaba Camila. Hija única de un próspero mercader viudo que la había criado con excesiva complacencia, era testaruda y consentida. Cuando a los dieciséis años se enamoró de un marinero, hizo caso omiso de la orden de su padre y huyó para casarse con el marinero. Poco después ya habían tenido dos niños.

Su padre se había negado a tener nada que ver con ella e incluso llegó a cambiar el testamento para dejar su dinero a sus socios. Quizá el tiempo habría ablandado al anciano, que amaba profundamente a su hija, pero murió a la semana de haber realizado esos cambios. Poco después de la muerte de su padre, el esposo de Camila se cayó del aparejo del barco y se rompió el cuello.

Ahora era una viuda indigente con dos niños pequeños a su cargo. Su señora de compañía le había enseñado costura fina y selecta y Camila, tragándose el orgullo, se vio obligada a ir por las casas de las jóvenes ricas que antaño habían sido sus iguales para pedir trabajo.

No se ganaba mucho dinero con eso. Tenía veintiún años, estaba sola, medio muerta de hambre y desesperada. Lo único que le quedaba por vender era su cuerpo y se enfrentaba a la terrible elección de dedicarse a la prostitución o ver a sus hijos morirse de hambre, cuando conoció a Lleu.

Con su talante encantador y su atractivo aspecto, Lleu habría sido la respuesta a sus plegarias, sólo que Camila nunca rezaba. Había oído hablar de los dioses —alguna vaga mención de que habían regresado tras una larga ausencia— pero eso era todo. Lejanos y distantes, los dioses no tenían nada que ver con ella.

Él era la solución a su problema, sin embargo. Camila no lo amaba pero estaba dispuesta a casarse con él. Los mantendría a ella y a sus hijos y, a cambio, sería una buena esposa para él. La idea de que le estuviese jugando una mala pasada no se le había pasado por la cabeza. Aunque sólo hacía dos días que lo conocía parecía que los adoraba a ella y a los niños. Cuando el monje le contó que Lleu había reservado pasaje en un barco, Camila había sentido como un puñetazo en la boca del estómago y no le resultó difícil convencerse de que el monje le había mentido.

Repartió entre los niños la poca comida que quedaba en la casa sin apartar nada para ella. Acostó al bebé en la cama para pasar un rato hablando con su hijo mayor, una criatura de cuatro años, y le prometió que muy pronto tendría un papá nuevo que lo querría muchísimo y que tendrían montones de comida y ropas de abrigo y una bonita casa nueva donde todos vivirían juntos.

El pequeño se le quedó dormido en brazos y lo llevó al jergón de

paja que había en un rincón de la única habitación de la casucha, lo acostó y lo cubrió con una manta. Luego, tras hacer todo lo posible para ponerse guapa, se sentó en la única y destartalada silla para esperar a Lleu.

Llegó más tarde de lo que esperaba. Apestaba a aguardiente enano, pero no parecía estar borracho. La saludó con su habitual sonrisa encantadora y la besó en la mejilla. Camila cerró la puerta tras él y echó el cerrojo. Lleu estaba en mitad de la habitación con los brazos tendidos hacia ella.

—Ven aquí, cariño —dijo alegremente.

Camila se refugió en sus brazos. Los besos de Lleu eran ardientes y apasionados. Sin embargo, cuando las manos calientes del hombre empezaron a explorar su cuerpo, Camila se apartó de él.

—Lleu, tenemos que hablar. Prometiste casarte conmigo y no quiero esperar. Prométeme que nos casaremos mañana.

—Nos casaremos, pero tú has de prometerme algo a cambio —respondió él, risueño.

—¿Nos casaremos? —gritó Camila, eufórica—. ¿Mañana?

—Mañana, pasado, cuando sea —dijo Lleu con despreocupación.

—¿Qué quieres que haga? —inquirió Camila mientras regresaba junto a él.

Creía saber la respuesta y estaba preparada para entregar su cuerpo al hombre que iba a ser su esposo, así que la contestación de Lleu la pilló por sorpresa.

—Soy seguidor de Chemosh y quiero que te unas a mí en su culto. Eso es todo lo que te pido. Hazlo y serás mi esposa.

—¿Chemosh? —repitió Camila, que se apartó de nuevo, inquieta y sobresaltada—. No me habías hablado nunca de un dios llamado Chemosh. ¿Quién es?

—El Señor de la Vida Interminable —contestó Lleu—. Sólo tienes que jurarle que le servirás y a cambio él te concederá juventud eterna, belleza eterna, vida eterna...

Sus palabras sonaban locuaces, una perorata que había aprendido de memoria y que recitaba por rutina, como un mal actor en una mala obra. La advertencia del monje le vino a la mente.

—Oh, vamos, Lleu. La gente inteligente no cree en los dioses —argumentó con una risa fingida—. Adorar a los dioses es para bobos, para supersticiosos.

—Mi esposa ha de creer en mi dios, Camila —dijo Lleu, y su sonrisa encantadora se borró—. Si vamos a casarnos, has de jurar seguir a Chemosh. Él te recompensará con juventud eterna, belleza...

—Sí, todo eso ya lo dijiste antes —espetó Camila, aunque de inmediato trató de contemporizar—. Después de casarnos estaré encantada de aprender todo lo relacionado con Chemosh. Tú me

enseñarás.

—Te enseñaré ahora —dijo Lleu, que se inclinó sobre ella, enterró la cara en el cuello de la joven y empezó a besarla.

Sus besos eran dulces y le había prometido casarse con ella. ¿Qué había de malo en acceder a su absurda petición? Jurar servir a Chemosh. Al fin y al cabo sólo era pronunciar unas palabras. Metió las manos por el cuello abierto de la camisa y vio debajo de sus dedos la señal de unos labios de mujer marcados a fuego en la carne.

Camila lo apartó de un empellón.

Lo miró; lo miró a los ojos.

No había nada en ellos, ni amor ni deseo ni vida. El miedo la atenazó, le estrujó las entrañas.

—¡Vete! —ordenó, temblorosa—. ¡Márchate, seas lo que seas! ¡Sal de mi casa!

—No puedo —contestó Lleu con voz destemplada—. Mina no me dejará. El dolor es imposible de soportar. Tienes que jurar fidelidad a Chemosh. Él te dará juventud eterna, belleza eterna...

Camila estaba atrapada. Lleu se encontraba entre la puerta y ella y, aun en el caso de que pudiera escapar, no lo dejaría solo con sus hijos.

—Lleu, márchate, por favor —suplicó.

—Vida eterna —siguió él—. Belleza eterna...

Si pudiera llegar a la puerta, la abriría y gritaría pidiendo auxilio. Camila intentó esquivarlo con un quiebro, pero él era demasiado rápido y la asió de las muñecas para atraerla hacia sí. —¡Jura servir a Chemosh! —le ordenó.

Le apretó las muñecas con tanta fuerza que las articulaciones crujieron y la joven gritó de dolor. La arrojó al suelo y se echó sobre ella de forma que le inmovilizó las muñecas con las rodillas. Le desgarró la blusa y dejó los senos al aire, tras lo cual se agachó para besarla. Camila forcejeaba y se retorcía debajo de él para intentar quitárselo de encima, pero Lleu era increíblemente fuerte.

—¿Mamá? —La voz temblorosa del niño llegó de alguna parte, a su espalda.

—¡Jeremías! —dijo jadeante—. Por favor, Lleu, no. No me hagas daño... Mientras mira el niño, no...

—¡Entrégate a Chemosh, júralo! —repitió él; el aliento caliente del hombre parecía quemarle la cara. Le apretó los brazos con una fuerza aplastante—. O mataré a tu mocoso.

—¡Lo juro! —gimió Camila—. No le hagas daño a mi pequeño.

—¡Dilo!

El dolor y el miedo eran más de lo que la joven podía soportar. —Me entrego...

Un golpe sacudió la puerta, tras la cual se oyeron los ladridos

feroces de un perro.

—¡Señora, soy el hermano Rhys Alarife! —gritó una voz—. ¿Te encuentras bien?

—¡Socorro, hermano! —chilló Camila, a quien la esperanza le había proporcionado nuevas energías—. ¡Ayúdame!

—¡Abajo con ella! —ordenó el monje y se oyó la carrera de unos pies, seguida de un impacto muy fuerte. La puerta de madera tembló.

Lleu seguía a horcajadas sobre ella, seguía haciéndole daño, al parecer ajeno al tumulto.

—¡Júralo! —repitió con la boca espumajosa, y la saliva le goteó encima a la joven.

—¡Otro empellón más será suficiente! —dijo el monje.

De nuevo el impacto y, esta vez, la puerta saltó en pedazos.

El monje y un kender entraron trastabillando por el impulso. El monje saltó sobre Lleu, pero el niño, Jeremías, llegó antes.

—¡No le hagas daño a mamá! —gritó el chiquillo, que golpeó al Predilecto con el pequeño puño.

Lleu soltó un chillido horrendo. La carne se le ennegreció y se le arrugó. Los globos oculares se le secaron y cayeron de las cuencas. Los labios se le tensaron sobre los dientes en un rictus que remedaba una sonrisa. Las manos que sujetaban a Camila eran las manos putrefactas de un cadáver. El repugnante hedor a muerte impregnaba la pequeña habitación, pero Lleu no moría. Su cadáver seguía sujetándola, la calavera la miraba con malevolencia, la boca no dejaba de moverse.

—¡Di que te entregas a Chemosh!

Camila estaba loca de terror, chillaba histéricamente y se sacudía llevada por el pánico con el propósito de quitarse de encima el cadáver.

El niño, tras un instante de quedarse paralizado por la impresión, asió al muerto viviente para apartarlo de su madre. A su contacto, Lleu estalló en llamas y el fuego consumió el cuerpo en un instante. Cenizas y hollín grasientos flotaron horriblemente por la habitación, cayeron sobre el pequeño y le cubrieron el cabello y la piel.

El chiquillo no emitió sonido alguno. Empezó a temblar y luego los ojos se le pusieron en blanco. Se quedó rígido.

—¡Jeremías! —sollozó Camila, que intentó arrastrarse hacia su hijo, pero todo se volvió oscuro y se desmayó.

Rhys presenció el atroz final del Predilecto con la mente y el alma consumidas por el terror mientras el cadáver de su hermano se consumía en el fuego contranatural. Sintió a Patricio, plantado en la puerta detrás de él, soltar un respingo y oyó que uno de los guardias vomitaba. Beleño tenía la mirada clavada en la nada, sobrecogido. El niño estaba como petrificado en el sitio y la mujer yacía en un montón de cenizas negras. Nada parecía moverse en la habitación salvo el

hollín que flotaba todavía en el aire.

El pequeño se desplomó en el suelo entonces; las extremidades se le sacudían y se le retorcían mientras la lengua le salía de la boca.

—¡Tiene un ataque! Rhys, ¿qué hacemos? —chilló Beleño, que se había acercado al niño.

—Quítate de en medio —ordenó Patricio, que apartó a Beleño empujándolo con el codo—. Yo me ocuparé de él.

El clérigo sujetó al pequeño por la cabeza, le forzó a abrir la boca y le metió un pañuelo, prietamente enrollado, para evitar que se mordiera la lengua. Después tomó en sus brazos el cuerpecillo agitado por los espasmos y musitó las palabras de una plegaria a Mishakal.

Al ver al pequeño en buenas manos, Rhys fue a ayudar a la madre inconsciente mientras Galena corría para tomar en brazos al bebé.

—¡Tenemos que sacarlos de este sitio horrible! —dijo Patricio en tono urgente, y Rhys estuvo completamente de acuerdo con él.

Le tendió el emmide a Beleño y luego tomó en brazos a la joven, tras lo cual salió a la calle. Patricio iba detrás con el niño y Galena cerraba la marcha con el bebé. Rhys dejó a la joven viuda al cuidado de los clérigos y después se obligó a regresar al interior de la casucha.

El alguacil de Nuevo Puerto, un canoso veterano de la última guerra, lo acompañó. Los dos se quedaron en el centro de la habitación y miraron en derredor; todo tenía una capa macabra de cenizas negras y grasientas.

—Jamás había visto cosa igual —comentó el alguacil, sobrecogido —. ¿Qué utilizaste para destruir a ese monstruo, hermano? ¿El bastón es mágico o tu imposición de manos es sagrada o qué?

—No fui yo —repuso el monje.

Justo en ese momento empezaba a asimilar lo que había visto y a atar cabos entre eso y lo que había descubierto, y la conclusión a la que había llegado lo asqueaba. Recordaba las palabras de Cam respecto a que el precio que tendrían que pagar para destruir a uno de los Predilectos sería más de lo que eran capaces de soportar.

Echó una ojeada hacia atrás, a la calle donde yacía tendido el pequeño, todavía sacudido por los espasmos, mientras Patricio rezaba por él.

—Fue el niño.

—¿A qué te refieres con que fue el niño? ¿Estás diciendo que ese pequeño hizo... esto? —El alguacil señaló unos pocos huesos carbonizados que se mezclaban con las cenizas—. ¿Que un niño fue el causante de que esa cosa estallara en llamas?

—El contacto de la inocencia. Los Predilectos pueden destruirse, pero sólo a manos de un niño.

—¡Los dioses nos asistan! —musitó el alguacil—. Si lo que dices es cierto... Los dioses nos asistan. —Se puso en cuclillas para mirar

fijamente la inmundicia ennegrecida que cubría el suelo.

Rhys regresó al exterior, al aire fresco. La joven madre volvió en sí con un grito y miró a su alrededor con expresión frenética mientras intentaba desasirse de Galena, que intentaba tranquilizarla. Cuando se dio cuenta de que sus pequeños y ella se encontraban a salvo, apretó al bebé contra su pecho y rompió a llorar incontrolablemente.

—¿Cómo está? —se interesó Rhys, acuclillado al lado de Patricio y del niño.

—Su cuerpo se ha sanado —respondió quedamente el clérigo a la par que acariciaba el cabello cubierto de ceniza del pequeño—. Ha sido obra de Mishakal, pero su mente... Ha presenciado tal horror que quizá nunca se recupere.

Galena miró a Rhys con expresión suplicante.

—He oído lo que le has dicho al alguacil, hermano. No puedo creerlo. Sin duda te has equivocado. Crees que sólo los niños tienen la capacidad de matar a esos Predilectos. Es algo demasiado horrible.

—Sé lo que vi —insistió Rhys—. En el momento en el que el niño lo golpeó, el Predilecto «murió».

—Yo también lo vi —anunció Beleño.

Bajo los negros churretes de ceniza se notaba que el kender estaba muy pálido. Tenía un brazo echado sobre el cuello de *Atta* y con la otra mano se frotaba las mejillas.

—El niño golpeó a Lleu en la pierna y... «¡psssssss!», Lleu se pudrió en un instante y después se prendió fuego. Fue horrible. —A Beleño le temblaba la voz—. Ojalá no lo hubiese visto; y me paso la vida cerca de gente muerta.

—La inocencia los destruye y, a la inversa, destruyen la inocencia —manifestó Rhys.

El alguacil salió de la casucha a la par que se limpiaba las manos en los pantalones.

—La única forma de probar esa teoría es volver a intentarlo. Galena se giró hacia él con gesto enfadado.

—¿Cómo se te puede ocurrir semejante cosa? ¿Harías pasar a tu propio hijo por lo que este niño ha pasado esta noche?

—Con todo mi respeto, señora —contestó el alguacil—, pero esa cosa tenía intención de asesinar a esta joven y tal vez a sus hijos, por añadidura. Los dioses saben a cuántas personas había matado hasta ahora ese Predilecto de ahí. Ahora hemos encontrado la forma de parar esto.

Rhys pensó en la señora Jenna. Seguramente sentiría lástima de tener que obligar a un niño a matar a uno de los Predilectos, pero no vacilaría en hacerlo.

—No podemos guardar para nosotros esta información vital —seguía diciendo el alguacil—. Aquí, Patricio, me dijo que el kender ha

visto a diez de esos Predilectos sólo en el día de hoy. Bien, aun dando por sentado que probablemente el kender exagera...

—¡No exagero! —protesto Beleño, indignado.

—... eso nos deja con dos o tres al menos recorriendo mi ciudad y asesinando inocentes como esa pobre joven de ahí. Si hay un modo de impedírselo, tengo derecho a intentarlo, al igual que los representantes de la ley de otras ciudades y poblaciones.

—Creo que todos nosotros estamos demasiado conturbados para tomar cualquier decisión ahora mismo —intervino Patricio—. Reunámonos por la mañana, después de que el horror de esta terrible escena se haya desvanecido, y entonces podremos discutirlo. Entretanto, nosotros daremos cobijo a la madre y a los niños. Y tú también estás invitado a regresar con nosotros, hermano Rhys. Al igual que tú, Beleño.

—Te lo agradezco, pero debo partir esta noche —respondió Rhys —. Mi barco zarpa...

—No, qué va —lo interrumpió el kender.

Rhys miró desconcertado a su amigo, sin saber de qué hablaba.

—Que tu barco no zarpa —repitió Beleño—. Bueno, sí, seguramente lo haga, pero ya no hace falta que tú viajes en él. Lleu ha muerto, Rhys. Ya no tienes que perseguirlo más. Eso ha terminado ya. —El kender asió la mano de Rhys y añadió en voz queda...

«Podemos volver a casa tú, yo y *Atta*. Podemos volver a casa.

6

Rhys se quedó mirando a Beleño en la oscuridad. Sentía el tacto de la mano del kender, oía sus palabras, palabras que para una parte de su ser tenían sentido. Otra parte aún pensaba que tenía que partir en ese barco, que tenía que seguir a su hermano. Tenía que impedir que matara a alguien más. Tenía que... Tenía que... —Se acabó —dijo —. Lleu ha muerto.

Rhys no sentía pena por la muerte de su hermano, ya que su hermano llevaba muerto mucho tiempo. Ese monstruo no era Lleu, aunque siguiera llamándolo así.

—Sí, Rhys —afirmó Beleño. No le gustaba el aspecto que tenía su amigo, como si se sintiera perdido y aturdido, y el kender continuó asido fuertemente a su mano.

El monje miró la calle arriba y abajo y, de repente, se dio cuenta de que esa calle y las demás ya no eran caminos hacia la sombría desesperanza. Todas conducían a un lugar. Como Beleño había dicho, llevaban a casa. Asió el bastón con más fuerza. Anhelaba regresar a casa, pero no estaba preparado para que lo recibieran allí. No podía presentarse en la puerta con unas ropas sucias y descoloridas, manchadas con la sangre de inocentes y con las negras cenizas de la muerte. Tenía que apartarse del mundo, purificar cuerpo y alma. Desnudo como un recién nacido, escarmentado y humillado, se presentaría ante su dios y le pediría perdón. Entonces regresaría a casa.

—Gracias, Beleño —dijo. Se agachó y besó al kender en la frente —. Eres un amigo de verdad.

Beleño se pasó la mano por los ojos y se limpió disimuladamente la nariz con la manga.

Asiendo firmemente el bastón, Rhys echó una mirada penetrante en derredor. Una multitud se había apiñado en la calle. El relato de lo que había ocurrido se propalaba rápidamente y se iba haciendo cada vez más descabellado conforme pasaba de boca en boca. El alguacil ordenó repetidamente a la muchedumbre que se dispersara y volviera a casa, pero nadie le hacía caso y el gentío aumentaba y se hacía más ingobernable. Varios jóvenes granujas decidieron que querían ver personalmente el macabro espectáculo e intentaron llegar a la casucha de una carrera, con lo que provocaron un enfrentamiento con la guardia.

El alguacil, imaginando que la muchedumbre crecería más y más una vez que saliera el sol, decidió que la mejor forma de poner fin a la situación era echar abajo la casucha y dejar a los curiosos sin nada que mirar salvo un montón de escombros. Mandó hombres a buscar

herramientas; algunos guardias fueron incapaces de esperar a que volvieran y se pusieron a desbaratar la casucha arrancando trozos con las propias manos mientras que los otros mantenían a raya al gentío. A Patricio y Galena no se los veía por ninguna parte.

—Les dije que se llevaran a esa pobre mujer y a sus niños al templo —le explicó a Rhys el alguacil—. Ya han sufrido de sobra con todo esto. —Lanzó una mirada furibunda a la muchedumbre plantada en la calle, que estiraba el cuello, propinaba empujones y daba codazos para tener una vista mejor.

«Gracias por ayudar en esto, hermano —añadió el alguacil—. Lástima que no llegásemos un poco antes, pero lo hecho, hecho está y al menos nos hemos librado de uno de esos monstruos. —Se volvió para ocuparse de la tarea que tenía entre manos.

Rhys se mantuvo silencioso y pensativo de camino al templo, como también iba callado Beleño, que miraba a su amigo con frecuencia y luego soltaba un suspiro. *Atta* iba detrás, al trote, y los miraba a uno y a otro alternativamente, sin entender qué pasaba.

Entraron en el templo, que tenía un fuerte olor a encalado reciente. El interior era un remanso de silencio y paz en comparación con la barahúnda de la calle.

—¿Cómo se encuentra la joven? —se interesó Rhys.

—Galena la ha llevado a la cocina y le está insistiendo para que coma algo. Por si fuera poco, la pobre mujer está, además, medio muerta de hambre. Se sentirá mejor una vez que haya ingerido algo de alimento.

—¿Y el niño?

Patricio negó con la cabeza.

—Rezaremos a Mishakal y dejaremos al chiquillo en las benditas manos de la diosa. ¿Qué piensas hacer tú, hermano, ahora que tu sombría misión ha terminado?

—He de dar muchas explicaciones —contestó Rhys con pesar—. Y he de rezar muchas oraciones de contrición y he de arrepentirme de mis pecados. ¿Me puedes indicar dónde se halla el templo de Majere?

—¿Te refieres al de Solace? —inquirió Patricio.

—No, Hijo Venerable, al de aquí, en Nuevo Puerto.

—En Nuevo Puerto no hay templo de Majere —dijo Patricio—. ¿No recuerdas nuestra conversación de ayer, hermano? Sólo hay dos templos dedicados a los dioses en Nuevo Puerto: el nuestro y el de Zeboim.

—Tienes que estar equivocado, Hijo Venerable —insistió seriamente el monje—. Esta noche me encontré con un grupo de sacerdotes de Majere, uno de los cuales era un abad. Se refirió a un templo aquí...

—Puedes preguntarle al alguacil si quieres, hermano, pero que yo

sepa el templo de Majere más cercano es el de Solace. No he oído comentarios de la presencia de sacerdotes de Majere por los alrededores. Si los hubiera, a buen seguro que nos habrían buscado. ¿Dices que te encontraste con ellos esta noche?

—Sí. No fue un encuentro cordial precisamente. Eso fue lo que me retrasó. El abad me conocía y sabía mi nombre.

—¿Y tú conocías a ese abad? —Patricio lo observaba de un modo extraño.

—No, nunca lo había visto. En aquel momento no lo pensé, estaba demasiado alterado; pero, ahora que recuerdo todo el episodio, me parece muy raro que supiera quién soy. ¿Cómo podía conocerme?

Beleño le dio tirones de la manga.

—Rhys —empezó el kender, pero entonces se calló.

—¿Qué pasa? —preguntó el monje con cierta impaciencia.

—Es sólo que... si no te hubieses retrasado, habríamos llegado a la casucha a tiempo de impedir que Lleu hiciera daño a la madre, entonces el niño no habría golpeado al Predilecto y éste no se habría prendido fuego.

Rhys se quedó callado, prieto el bastón entre los dedos.

—Los sacerdotes te retuvieron justo el tiempo suficiente, Rhys —persistió el kender—. Justo lo suficiente para que llegases tarde, pero no tanto como para que llegaras demasiado tarde. Ahora, aquí, el Hijo Venerable Patricio, nos dice que no hay sacerdotes de Majere en al menos ochenta kilómetros a la redonda y... bueno... No puedo evitar preguntarme si...

Beleño dejó de hablar. No le gustaba el gesto de su amigo.

—¿Preguntarte qué? —inquirió el monje con aspereza.

Beleño no sabía si continuar o no.

—Creo que esto debería esperar hasta mañana.

—Habla —insistió Rhys.

—Que a lo mejor esos sacerdotes no eran reales —sugirió tímidamente el kender.

—¿Crees que he mentido sobre eso? —demandó Rhys.

—No, no, no es eso, Rhys. —Beleño se trabucaba en su prisa por hablar—. Creo que tú crees que los sacerdotes eran de verdad. Es sólo que... —No sabía cómo explicarse y miró a Patricio en busca de ayuda.

—Lo que intenta decir es que los sacerdotes son reales, hermano. Tan reales como los hizo Majere —intervino Patricio.

Rhys se sentía en paz dentro del templo de Mishakal y podía pensar en los horrendos acontecimientos de esa noche, pero de repente se puso terriblemente furioso.

—¿Qué quieren los dioses de mí? —gritó.

Patricio adoptó un gesto serio mientras que *Atta* se encogía por el tono de voz y Beleño retrocedía un paso.

—Están jugando con mi vida y con la vida de otros —prosiguió el monje, iracundo—. Ese pobre niño y su madre. ¿Era necesario hacerlos sufrir así? Están condenados a evocar el espantoso recuerdo de esta noche durante el resto de sus vidas. Si Majere quería indicarme cómo destruir a esos Predilectos, ¿por qué no se me apareció y me lo dijo, simplemente? ¿Por qué Zeboim me trajo a Mina y después se la llevó?

—Hermano Rhys, los caminos de los dioses son inescrutables para los mortales —adujo Patricio mientras ponía la mano en el brazo del monje.

—Ahórrame el sermón, Hijo Venerable —dijo fríamente Rhys—. Todo eso ya lo he oído antes.

Se volvió de modo tan repentino que pisó a *Atta* y la perra soltó un gañido de dolor, tras lo cual se dio un rápido lametón en la pata dolida y corrió en pos de su amo sin tenérselo en cuenta. Beleño vaciló. Lanzó una fugaz y atormentada mirada a Patricio.

—Creo que está realmente enfadado conmigo —dijo el kender.

—No. Está enfadado con el cielo —dijo el clérigo—. Nos pasa a todos en un momento u otro. —Esbozó un atisbo de sonrisa—. Ele de admitir que yo tampoco estoy muy complacido con los dioses en este momento, pero ellos lo entienden. Ve con él. Necesita a un amigo.

Rhys debía de haber caminado muy de prisa porque Beleño no vio señales del monje ni de la perra en la calle. Llamó a Rhys, pero no tuvo respuesta. Entonces llamó a *Atta* y la oyó ladrar.

Se dirigió hacia donde había sonado el ladrido y vio el bastón de Rhys tirado en el pavimento; el monje se sacaba el hábito azul verdoso por la cabeza, a tirones.

—Rhys —dijo Beleño, asustado—, ¿qué haces?

—Renuncio —contestó Rhys.

Arrojó la túnica encima del bastón y echó a andar, vestido únicamente con las polainas y las botas, desnudos torso y brazos. Miró hacia atrás y vio a Beleño clavado en el sitio mientras que *Atta* olisqueaba el hábito.

—¿Vienes o no? —inquirió con frialdad.

—Eh, sí, claro Rhys —contestó el kender.

—¡*Atta*! —llamó.

La perra lo miró y luego agachó la cabeza y recogió el bastón. —¡Deja eso! —ordenó con ferocidad Rhys.

Atta retrocedió de un brinco, sobresaltada por su tono, y lo miró fijamente.

—¡*Atta*!, aquí!

El animal dio por sentado que había hecho algo malo, pero no sabía qué. Gacha la cabeza y con la cola caída, la perra se acercó lenta y sigilosamente hacia él. Rhys la esperó, pero no se disculpó —ni con

ella ni con el kender— por su estallido de mal genio. Echó a andar calle abajo.

Rhys no tenía ni idea de hacia dónde iba. Necesitaba caminar para consumir la ira y dejó que la fresca brisa marina le refrescara la piel encendida como si tuviese fiebre. Oía los jadeos de Beleño detrás de él y el repicar de las uñas de *Atta* en el pavimento, así que sabía que los dos lo seguían y no miró atrás, sino que siguió caminando.

—Rhys —dijo Beleño al cabo de unos instantes—, no creo que se pueda dar la espalda a un dios.

El monje oyó que el kender le decía algo y que la perra ladraba, pero esos sonidos le llegaban amortiguados e intangibles, como si los envolviera una espesa niebla.

—Rhys —insistió el kender.

—Por favor... ¡cállate! —pidió el monje con los dientes apretados —. Y haz que *Atta* se calle también.

—De acuerdo, pero antes de que los dos nos callemos puede que quieras saber que alguien nos sigue.

Rhys se paró. Había roto la primera regla de Majere: se había entregado a sus emociones. Había dejado que la ira lo dominara y, en su ciega furia, había olvidado completamente que el kender y él se hallaban a solas en mitad de una oscura noche y en la peor zona de la ciudad. Empezó a volverse para hacer frente a la amenaza cuando se dio cuenta de que también llegaba otra por delante.

Un enorme minotauro había salido de un callejón.

Rhys no había visto nunca a uno de esos hombres bestia y se quedó impresionado por el tamaño y la fuerza bruta del ser. Rhys era alto para la media de los varones humanos, pero sólo le llegaba al pecho al minotauro. Vestido con un chaleco de cuero y pantalones sueltos, el minotauro ofrecía una estampa atemorizante. No iba calzado y las extremidades estaban cubiertas de pelaje. Un aro dorado ceñía la parte superior de uno de los afilados cuernos y también el oro le brillaba en una oreja. Los ojos oscuros, demasiado juntos encima del hocico velludo, lo observaban fríamente desde arriba.

—Los que vienen detrás son mis muchachos —comentó el minotauro, que bajó la vista hacia *Atta* porque la perra ladrada frenéticamente. El minotauro posó una mano inmensa en la empuñadura de una daga enorme que llevaba metida en un ancho fajín ceñido a la cintura—. Haz callar a ese animal o seré yo quien lo haga.

—*Atta*, calla —ordenó Rhys y los ladridos de la perra se redujeron a gruñidos intercalados con resoplidos. El monje sentía temblar el cuerpo de la perra contra su pierna.

—No tenemos dinero —dijo Rhys con toda la calma que fue capaz —. Sería una pérdida de tiempo robarnos.

—¿Dinero? —El minotauro resopló y luego se echó a reír de manera que el aro de oro que lucía en el cuerno destelló rojizo a la luz de varias antorchas que ahora rodeaban a Rhys y a Beleño—. No buscamos dinero. ¡Nosotros tenemos dinero! —La bestia acercó el hocico a la cara de Rhys.

»Lo que necesitamos son manos, piernas y espaldas fuertes. —Se irguió e hizo un ademán—. Cogedlos, muchachos.

—A la orden, capitán —respondieron varias voces guturales.

Dos corpulentos minotauros se acercaron a Rhys, que ahora se daba cuenta del tipo de problema que les había salido al paso. Se habían topado con una leva de piratas minotauros que buscaban esclavos para sus barcos.

7

Es un kender, capitán —señaló uno de los minotauros, con asco. Sostuvo la antorcha tan cerca de la cabeza de Beleño que el aire se llenó de olor a pelo quemado—. ¿Lo quieres también?

—Claro, me gustan los kenders —contestó el capitán con una carcajada—. Asados y con una manzana en la boca. Y agarra a la perra. También me gustan.

—¡Yo que tú no me agarraría! —advirtió Beleño con su tono de voz más grave y que sonaba como si sufriera una congestión nasal. Alzó la mano izquierda y apuntó con el dedo al minotauro—. Cualquiera que se atreva a tocarme se encontrará con que se ha quedado tan débil como un bebé recién nacido. Bueno, digamos, de un becerrillo recién nacido.

Todos los minotauros estallaron en carcajadas al oír eso último, y uno de ellos fue hacia Beleño.

—So, Tosh, yo que tú iría con cuidado —dijo el capitán con un guiño—. Estos kenders son muy feroces. ¡Ojo, no te vaya a pisar un callo!

Los minotauros sonrieron con la broma del capitán y uno se ofreció a escribir a la viuda de Tosh si él no regresaba con vida, lo que provocó más risas. Rhys no tenía idea de lo que Beleño se traía entre manos, pero confiaba en su amigo. Observó y esperó en silencio.

—Te lo advertí —dijo Beleño y, entonando una cancioncilla, empezó a menear el dedo apuntado a Tosh al ver que el minotauro se acercaba a él—. «Por los huesos de Krynn que hay debajo de mí, te golpeo en la frente y te vuelves endeble.»

Los minotauros reían a más no poder y el regocijo aumentó cuando, de repente, Tosh se desplomó y cayó de rodillas con pesadez.

—Venga, Tosh —dijo el capitán cuando la risa lo permitió hablar —. Déjate de tonterías y ponte de pie.

¡No puedo capitán! —aulló Tosh—. Me ha hecho algo. No puedo levantarme ni puedo andar ni nada.

El capitán dejó de reírse. Miró fijamente a su hombre, en silencio, al igual que el resto de los minotauros. Ninguno de ellos pronunció una sola palabra y entonces, de repente, todos empezaron a reír con más fuerza que antes. El capitán se dobló por la cintura y se limpió los ojos llorosos.

Tosh volvió a rugir, pero esta vez de rabia.

El capitán se irguió y, todavía entre risitas, alargó la enorme manaza para aferrar al kender. Rhys saltó en el aire y descargó una patada que impactó en el diafragma del minotauro.

El golpe habría paralizado a un humano y lo habría dejado sin

aire, lanzándolo hacia atrás. El capitán minotauro boqueó, tosió una vez y se miró el torso sin salir de su asombro. Después alzó la astada cabeza para asestar una mirada colérica a Rhys.

—¡Me has golpeado con el pie! —El capitán estaba indignado—. ¡Así no pelea un hombre! No es... honroso.

Apretó los puños, que eran grandes como mazas de guerra.

A Rhys le dolía el pie y sentía cosquilleo en la pierna, como si hubiese golpeado contra un muro de piedra. Al oír que los otros minotauros se le acercaban por detrás intentó mantener el equilibrio, dispuesto a luchar. *Atta* se agazapó sobre el vientre a la par que gruñía y enseñaba los dientes. Beleño se mantuvo firme al tiempo que el dedo con el que había realizado el hechizo se movía amenazadoramente de un minotauro a otro.

El capitán los observó a los tres y de pronto aflojó los puños y con la palma de la mano asestó un guantazo a Rhys en el hombro que lo hizo trastabillar.

—No me tenéis miedo. Eso está bien. Me caes bien, humano. Y también me gusta el kender. ¡Un kender con cuernos, por Sargas! ¡Mirad al viejo Tosh, dando coletazos como un pez en el anzuelo!

Bajó la manaza y, asiendo a Beleño por el cuello de la camisa, lo alzó en el aire, donde lo sostuvo mientras el kender pataleaba y forcejeaba.

—Al saco con él, muchachos.

Uno de los minotauros extrajo de alguna parte un saco de yute y el capitán soltó a Beleño dentro. Luego se agachó, agarró a *Atta* por el pellejo del cogote y la echó al saco, junto al kender. Beleño soltó un grito que perdió fuerza cuando el saco se cerró sobre su cabeza. El minotauro apretó el cordel, levantó el saco y se lo echó al hombro.

—Llevadlos al barco —ordenó el capitán.

—A la orden, señor. ¿Y qué pasa con Tosh? —preguntó el minotauro cuando sus compañeros y él se disponían a salir corriendo.

Tosh rodó por el suelo con impotencia y los miró con ojos suplicantes.

—Dejádselo a la guardia de la ciudad —gruñó el capitán—. Le está bien empleado, por tonto. Quizá nombre al kender primer oficial en su lugar.

—¡No, capitán, por favor! —gimió Tosh, que se debatió aunque sólo consiguió parecer más patético.

—Los demás, regresad al barco antes de que la guardia nos descubra. Dejadme una de esas antorchas.

Los otros minotauros echaron a correr y se llevaron a Beleño y a *Atta*. El capitán se giró hacia Rhys.

—¿Y tú qué, humano? —preguntó con un brillo regocijado en los ojos—. ¿Vas a patearme otra vez?

—Iré contigo si me prometes no hacerles daño a mi amigo y a mi perra —dijo Rhys.

—Oh, sí, ya lo creo que vendrás conmigo.

El capitán plantó la manaza sobre el hombro del monje; los gruesos dedos se clavaron profunda y dolorosamente en los músculos del hombro de Rhys, a punto de paralizarle el brazo. El capitán empujó al humano para obligarlo a caminar y le propinó empellones y más pellizcos cuando le pareció que Rhys aflojaba el paso.

El capitán irguió la testa para asegurarse de que sus hombres estaban lo bastante lejos para no oírlo y entonces habló en voz baja.

—¿Podrías enseñarme a luchar así, con los pies? —Se frotó el diafragma y torció el gesto—. No es honroso pero sin duda pilla por sorpresa al adversario. Todavía noto ese golpe, humano.

Rhys intentó imaginarse a sí mismo enseñando el arte de la disciplina benévola a un minotauro, pero se dio por vencido. El capitán no aflojó los dedos en el brazo del monje y lo siguió conduciendo por la calle.

A corta distancia, calle abajo, llegaron al sitio donde Rhys había arrojado al suelo el bastón y se había despojado de la túnica.

El capitán se percató de que Rhys desviaba la vista hacia el bastón y se detuvo.

—Te vi tirar eso. ¿Por qué lo hiciste? —El práctico minotauro sacudió la cabeza—. El bastón parece bueno y sólido. La túnica es aprovechable y tiene el color de los ojos de nuestra diosa del mar. —Recogió la prenda y la alisó con aire reverente antes de echársela a Rhys.

—En el mar las noches son frías. Necesitarás ropa para conservar el calor. ¿Quieres el bastón?

Por lo que Rhys había oído, la esperanza de vida de los esclavos a bordo de un barco minotauro se calculaba en días. Si hubiese llevado el sagrado bastón, Beleño, *Atta* y él no se encontrarían en esos momentos en una situación tan peligrosa. Miró el bastón, lleno de remordimiento. Tomarlo ahora estaría mal, igual que un niño que patea a su padre en la espinilla y después corre lloriqueando junto a él cuando se mete en un lío. RJhys sacudió la cabeza.

—Entonces me lo quedaré yo —dijo el capitán—. Necesito algo con lo que limpiarme los dientes.

Riendo su propio chiste, el capitán se agachó para asir el cayado. Rhys metía los brazos por las mangas y tiraba de la prenda para sacar la cabeza por el escote cuando oyó un rugido. Alzó la cabeza y se encontró con el capitán que se chupaba los dedos a la par que asestaba una mirada furiosa al bastón.

En la madera crecían rosas y a la luz de la antorcha relucían espinas tan largas como el pulgar de un hombre.

—Cógelo tú —ordenó el capitán, que apretó los dientes sobre una espina clavada en la palma de la mano, la sacó de un tirón y la escupió en el suelo.

Rhys casi no veía el bastón por culpa de las lágrimas que lo cegaban. Esperando el pinchazo de las espinas en la carne, ya que merecía el castigo mucho más que el minotauro, cerró los dedos sobre el cayado, pero éste no lo hirió. La madera volvía a ser suave al tacto. El capitán dirigió una mirada recelosa al emmide.

—Ahora entiendo por qué lo tiraste. Eso está maldito por un dios. Suéltalo, déjalo para que otro necio lo encuentre.

—La maldición es mía. He de llevarlo —adujo Rhys.

—En mi barco no —bramó el minotauro, que escupió otra espina. Los ojos empezaban a brillarle—. O quizá deberíamos ver cómo blandes ese palo en un combate. Estamos solos ahora, los dos únicamente. Si me vences, te daré la libertad. —El capitán alargó la mano hacia la empuñadura de una espada enorme que llevaba metida por el fajín que le ceñía la amplia cintura—. ¡Vamos, monje, veamos cómo manejas ese bastón maldito por un dios!

—Tienes a mi amigo y a mi perra como rehenes —señaló Rhys—. Además, te di mi palabra de que iría contigo y lo haré.

Un hormigueo estremeció el hocico del capitán, que se lo rascó sin quitarle la vista a Rhys.

—Así que tu palabra tiene valor, ¿verdad, monje?

—Lo tiene —repuso Rhys.

—¿Qué dios te echó esa maldición?

—Majere.

—Puf. Un dios severo, ése. No es uno al que convenga contrariar. ¿Por qué lo encolerizaste?

—Traicioné a alguien que había puesto su fe y su confianza en mí —contestó serenamente Rhys—. Alguien que era bueno conmigo.

Los minotauros tenían fama de ser unos asesinos salvajes y brutales. Su dios, Sargonnas, era un dios cruel, concentrado en la conquista. Sin embargo, la raza de los minotauros sabía lo que era el honor, o eso había oído decir Rhys. El capitán se frotó de nuevo el hocico.

—Entonces te mereces la maldición.

—Sí. El bastón es un recordatorio constante.

—¿•No nos causará daño a mí ni a mi tripulación?

—No a menos que intentéis tocarlo.

—Nadie lo hará —aseguró el capitán, que lanzó una mirada torva al bastón. Se arrancó otra espina y después, alzando la cabeza, olisqueó el aire.

—La marea está cambiando. —Asintió con satisfacción y escupió la espina—. Date prisa, monje.

Rhys caminó al lado del minotauro, aunque tuvo que dar dos pasos por cada uno del hombre bestia para no quedarse atrás.

El barco minotauro estaba anclado a bastante distancia de la costa, en mar abierto. Un bote manejado por fornidos tripulantes minotauros los esperaba para llevarlos hasta la embarcación. Otro bote en el que iban Beleño y *Atta* ya había partido y se deslizaba sobre el agua.

Rhys se sentó al otro lado del capitán, que manejaba la caña del timón. El bote avanzaba a brincos sobre las olas y Rhys estuvo mirando la costa y sus brillantes luces hasta que se perdieron de vista. No maldecía su suerte; se la había buscado él mismo. De una u otra forma, esperaba encontrar el modo de negociar por la vida del kender y de *Atta*. No era justo que sufrieran por él.

El barco minotauro, cuya silueta se recortaba contra el mar iluminado por las estrellas, era precioso. Con tres mástiles, ostentaba una proa tallada en forma de cabeza de dragón. Los remos de una única hilera se hallaban fuera del agua, levantados. El monje observaba cómo la tripulación bogaba el bote de desembarco y vio marcárseles los músculos en las anchas espaldas. Esclavos a bordo del barco minotauro manejaban los remos y Rhys se preguntó cuánto tiempo sería capaz de aguantar en su lugar, encadenado al banco y moviendo el remo siguiendo el ritmo marcado por el tambor.

Rhys era fuerte; o lo había sido antes de que aquel viaje desgarrador le pasara factura. Mala comida, falta de alimentos, patear los caminos y sentarse en tabernas se habían cobrado un precio tanto en el cuerpo como en el espíritu.

Como para demostrar que estaba en lo cierto, la debilidad lo venció. Se le dobló la cabeza sobre el pecho y de lo siguiente que tuvo conciencia fue de los golpes y zarandeos con los que un tripulante trataba de hacerlo volver en sí a la par que señalaba una escala de cuerda que colgaba por un costado de la embarcación.

El pequeño bote se mecía arriba y abajo, atrás y adelante. La escala también se balanceaba, sólo que el bote y la escala no lo hacían en consonancia. A veces estaban próximos y otras veces se abría un gran abismo entre el bote y el barco, un abismo lleno con agua de mar negra como tinta.

El capitán ya había subido a bordo ascendiendo por la escala con fácil desenvoltura. Los tripulantes minotauros miraban ferozmente a Rhys sin dejar de señalar la escala de forma tajante. Uno de ellos le indicó mediante gestos que si Rhys no saltaba por sí mismo entonces lo lanzaría él.

—No puedo saltar con el bastón —dijo Rhys, que alzó el cayado con la esperanza de que entendiera el gesto si no entendía las

palabras.

El minotauro se encogió de hombros e hizo un gesto de arrojar algo. Rhys tuvo la impresión de que lo que el minotauro quería decir era que tirara el bastón al mar, y el monje consideró más que probable que los dos fueran a parar allí al final. Miró el barandal de la nave, que parecía estar muy, muy por encima de él, y luego, sosteniendo el cayado como una lanza, apuntó y lo lanzó.

El bastón trazó un grácil arco por encima del barandal y cayó en cubierta. Ahora le tocaba a él.

Se puso de pie en el banco e intentó acompasar el salto con el brusco balanceo del bote. La escala de cuerda se mecía cerca de él y Rhys se lanzó hacia ella, desesperado. La asió con una mano, aunque falló con la otra, y braceó para asirse a algo. Faltó poco para que se le soltara la mano y se zambullera en el mar, pero el minotauro lo impulsó desde abajo y Rhys consiguió trepar por la escala. Otros dos minotauros lo asieron cuando llegó al barandal, lo auparon sobre la borda y lo tiraron a la cubierta.

Todo parecía un caos a bordo, con el capitán bramando órdenes y los marineros corriendo por doquier en respuesta, desplazándose por la cubierta o trepando por las jarcias. Se largaron las velas y se izó el ancla a bordo. Rhys estorbaba a todo el mundo y recibía empellones, empujones, tropezones y maldiciones. Finalmente, un minotauro, siguiendo la orden del capitán, se lo cargó al hombro y lo llevó donde estaban trincadas las cajas que contenían la carga.

El minotauro gruñó algo que Rhys no entendió, aunque dedujo por los golpes secos que le propinó con un dedo que le decía que no se moviera de allí y dejara de estorbar.

Aferrado fuertemente al bastón, Rhys contempló el frenético aunque organizado ajetreo con no poco aturdimiento hasta que una voz familiar lo sacó de su estupor.

—¡Ahí estás! Me preguntaba dónde te habías metido. —¿Beleño? —llamó mientras miraba en derredor sin ver a nadie. —Aquí abajo — contestó el kender.

Rhys bajó la vista y localizó a su amigo encerrado dentro de una jaula de madera. *Atta*, cabizbaja, se hallaba metida en otra jaula. Rhys se acuclilló, metió con dificultad la mano por un hueco entre las tablillas y se las ingenió para acariciar a la perra en el hocico.

—Lo siento, Beleño—se disculpó tristemente—. Intentaré sacarnos de este lío.

—No va a ser nada fácil —repuso el kender, taciturno, fija la mirada en Rhys desde detrás de las tablillas.

Al kender y a *Atta* los habían puesto junto con el ganado vivo. Al lado del kender había una jaula que contenía un verraco que dormitaba.

—Aquí hay algo que apesta, Rhys, y no me refiero al olor. ¿A ti no te parece raro?

—Sí —admitió el monje, torvo—. Claro que no sé apenas nada sobre los minotauros.

—No me refiero a eso. Para empezar —explicó Beleño—, ¿ves más prisioneros? ¿Qué clase de leva sale para volver sólo con dos personas, una de ellas un kender? Aunque yo sea un kender con cuernos —agregó con bastante orgullo.

»En segundo lugar, la presencia de un barco pirata minotauro anclado cerca de una ciudad como Nuevo Puerto debería haber hecho que la gente pusiera el grito en el cielo, las campanas tocaran la alarma, las mujeres chillaran, los soldados se aprestaran a la lucha y las catapultas arrojaran piedras. En cambio, los minotauros recorrían las calles como si estuvieran en su casa.

—Tienes razón —convino Rhys, pensativo.

—Es como si nadie los viera salvo nosotros —dijo el kender en un susurro.

Se sentó en cuclillas dentro de la jaula y miró fijamente a su amigo.

El barco se había puesto en movimiento y navegaba por el océano, impulsado por una brisa refrescante. A favor del viento, la nave surcaba el agua y las negras olas se rizaban a los costados. La espuma salpicó el rostro de Rhys.

Como los empujaba un fuerte viento, retiraron los remos y los tambores enmudecieron.

La velocidad del barco aumentó, henchidas las velas por la tensión del empuje del viento, que sopló más y más fuerte, tanto que amenazó con tumbar a Rhys, y el monje tuvo que asirse a la batayola para mantenerse de pie. La cubierta cabeceaba, a punto de hundirse bajo las olas en cierto momento, y al siguiente las remontaba y se alzaba sobre las crestas. El agua salada barría la cubierta.

Convencido de que se hundirían sin remedio, Rhys se volvió hacia los minotauros para ver su reacción ante aquella pavorosa travesía.

El capitán se encontraba al timón, hinchado el pecho como las velas. Encarado al viento, lo inhalaba para llenar los pulmones con gratitud. La tripulación, como él, estaba animosa y absorbía el salvaje viento.

Se formó una ola inmensa debajo del barco, que remontó la cresta ascendiendo más y más hasta quedar suspendido en el aire.

La ola rompió con un ensordecedor estruendo por debajo de la quilla, y el barco minotauro abandonó el mar para navegar por las olas de la noche.

Atta aulló aterrorizada, mientras Beleño aporreaba las tablillas de su jaula.

—¡Rhys! ¿Qué pasa? ¡No veo nada! ¡No, espera! Si es algo horrible, no me lo digas, no quiero saberlo.

Beleño esperó una respuesta, pero Rhys permaneció callado.

—Es horrible, ¿verdad? —continuó el kender en tono lastimero, y se dejó caer pesadamente en el suelo de la jaula de madera.

Rhys se aferraba a la batayola con los dedos crispados. El aire batía salvajemente a su alrededor, el océano se hundía más y más, el agua hervía y espumajeaba debajo del barco. Jirones de nubes ondeaban como velas desgarradas en los mástiles.

—Te lo dije, Rhys —gritó Beleño—. ¡No se puede dar la espalda a un dios!

El monje deslizó la mano por el bastón. Conocía cada nudo y cada espiral, cada imperfección. Notaba las vetas de la madera, las bandas que señalaban los años del árbol y relataban la historia de su crecimiento, los veranos que eran cálidos y secos, las suaves lluvias de primavera, los gloriosos y atrevidos colores del otoño, y el silencio y la espera del invierno. Podía sentir dentro del bastón el aliento del dios y no sólo porque ese cayado lo hubiese bendecido el dios. El aliento divino se hallaba presente en todas las cosas vivas.

El aliento divino era la esperanza.

Rhys había perdido la esperanza o, más bien, la había desechado. Sin embargo, seguía viniendo a él, obstinada, persistente.

Siguió sujeto firmemente sobre la cubierta tambaleante, azotado por el viento de una negra y maligna noche, mientras el fantasmal barco lo conducía a un destino ignoto. Apoyó la frente en el bastón, cerró los ojos y miró dentro de sí.

El kender era sabio como a menudo lo son los kenders, al modo de quienes poseen la sabiduría para comprender. No se podía dar la espalda a un dios.

Libro IV
La Torre del Mar Sangriento

1

Chemosh se encontraba en las murallas de su castillo fortificado y contemplaba la parodia que estaba teniendo lugar en un trozo de terreno chamuscado que había delante de él. El Señor de la Muerte tenía la hermosa frente arrugada y los brazos cruzados sobre el pecho. De vez en cuando se sentía tan frustrado que tenía que dejar de mirar y ponerse a pasear de un lado a otro del adarve. Después se paraba y volvía a mirar con la esperanza de que las cosas hubiesen cambiado para mejor. En cambio, parecían ir de mal en peor.

—Oh, estáis aquí, mi señor —dijo Mina, que salió por una puerta instalada en una de las torres de las esquinas—. Te he buscado por todas partes.

Se acercó a él y lo abrazó, pero Chemosh, rechazando su contacto, la apartó.

—No estoy de buen humor —dijo—. Harías bien en dejarme solo.

Mina siguió su mirada airada hacia donde el Caballero de la Muerte, Ausric Krell, intentaba adiestrar a los Predilectos de Chemosh y convertirlos en una fuerza de combate.

—¡Velo por ti misma! —señaló el dios—. Esa chusma indisciplinada es mi ejército. El ejército que va a marchar al fondo del mar para conquistar la torre de Nuitari. ¡Bah! —Se giró, disgustado—. ¡Ese ejército sería incapaz de asaltar una merienda campestre kender!

Krell trataba de formar en filas a los Predilectos; muchos de los muertos vivientes se limitaban a no hacerle el menor caso. Los que obedecían sus órdenes ocupaban un lugar en la fila hasta que al cabo de unos instantes olvidaban por qué se encontraban allí y echaban a andar. Krell intentaba intimidar y amenazar a los que se negaban a obedecer, pero eran inmunes a su aterradora presencia. Podía romperles todos los huesos del cuerpo, y se encogerían de hombros sin darle importancia para luego echar otro trago de la petaca que llevaban encima.

Krell fue a reunir a los que se habían alejado y les ordenó que volvieran a ponerse en fila. Mientras estuvo ausente, otros desertaron y obligaron al Caballero de la Muerte a ir pesadamente tras ellos. Algunos de los Predilectos se limitaban a quedarse allí donde les había dicho que se pusieran, sin atisbo de interés en nada, alzada la vista al cielo o clavada en la hierba o mirándose unos a otros.

—¡Esto es lo que hago con los reclutas que no obedecen mis órdenes! —bramó Krell, fuera de sí—. ¡Que esto os sirva de lección!

Desenvainando la espada, empezó a descargar tajos sobre los Predilectos, a los que cercenaba brazos, manos o cabezas. Los Predilectos se desplomaban en el suelo, muertos, donde empezaban a

retorcerse de forma horrible hasta recomponer el cuerpo en cuestión de segundos.

—¡Ea! ¿Lo habéis visto los demás? —Krell se daba media vuelta y entonces descubría que el resto de la compañía se había marchado en dirección a la ciudad más próxima, empujados por su acuciante necesidad de matar.

—He creado el ejército perfecto. Soldados insensibles al dolor, diez veces más fuertes que el más fuerte mortal, inmunes a cualquier tipo de magia. Soldados que no conocen el miedo, a los que no se puede matar y que matarían a su propia madre. Sólo hay un problema. ¡Que todos son idiotas! —Chemosh estaba que echaba chispas.

Mina recordó que en otro tiempo había imaginado un ejército de muertos, cadáveres marchando a la batalla. Al igual que el Señor de la Muerte, había supuesto que sería el ejército perfecto. Al igual que él ahora empezaba a darse cuenta de que las mismas peculiaridades que podían hacer débil a un hombre eran aquellas que también lo hacían un buen soldado.

—¡Nada me sale bien! —Chemosh dejó de observar la ridícula escena en el campo de instrucción y se dirigió a la puerta que conducía al interior del castillo—. Todos me han fallado. Hasta tú, que afirmas que me amas.

—No digas que te he fallado, mi señor —suplicó Mina.

Lo alcanzó y enlazó las manos en torno al brazo del dios.

—¿Acaso no lo has hecho? —La miró furioso y la apartó de un empellón—. ¿Dónde están mis reliquias sagradas? Estuviste dentro del Solio Febalas, tuviste los artefactos a tu alcance y saliste sin nada. ¡Nada! Y te niegas a volver allí.

Mina bajó los ojos ante la ira de Chemosh. Le miró las manos, miró el encaje que caía sobre los dedos esbeltos. Hacía muchas noches que ya no la acariciaban y ella anhelaba su tacto.

—No te enfades conmigo, mi amado señor. He intentado explicártelo. El Solio Febalas es un lugar... sagrado. Santificado. El poder y la majestad de los dioses, de todos ellos, están presentes en la cámara. No pude tocar nada. ¡No osé tocar nada! Lo único que fui capaz de hacer fue caer de hinojos en pleitesía...

—¡Ahórrame esas estupideces! —bramó Chemosh—. Quizá embaucaras a Takhisis con tu actuación de fingida piedad. ¡Pero a mí no me engañas!

Echó a andar y dejó a Mina sumida en un dolido silencio. Al llegar a la puerta hizo un alto, se dio media vuelta y desanduvo sus pasos.

—¿Sabes lo que creo, señora? —inquirió fríamente—. Creo que cogiste alguno de esos artefactos y te los has quedado para ti.

—¡Jamás haría algo así, mi señor! —exclamó Mina, conmocionada.

—O quizá se los diste a Zeboim. Las dos sois tan amigas...

—¡No, mi señor!

Chemosh la aferró con fuerza y Mina se encogió de dolor.

—¡Entonces vuelve a la Torre del Mar Sangriento! Demuestra que me amas. La magia de Nuitari no puede detenerte, el guardián te dejará pasar...

—No puedo volver allí, mi señor —contestó Mina en voz baja y temblorosa. Pareció encogerse entre sus manos—. Te amo, haría cualquier cosa por ti, pero... Eso no puedo hacerlo.

La apartó violentamente, y la joven chocó contra el muro de piedra.

—Lo que imaginaba. Tienes las reliquias y quieres su poder para ti. —Chemosh la apuntó con un dedo—. ¡Las encontraré, señora! No puedes ocultármelas, y cuando las tenga...

Dejando la amenaza inconclusa, le asestó una mirada feroz, sombría e intimidatoria. Después, girando sobre sus talones, se alejó. Abrió la puerta con tal violencia que retumbó el golpe, entró y cerró tras de sí con otro portazo.

Mina se deslizó de espaldas contra el muro, demasiado débil para sostenerse de pie. Estaba agotada, aturdida y confusa. Chemosh se había mostrado complacido con su descripción de las maravillas que había descubierto en la Sala del Sacrilegio, pero la complacencia se había evaporado rápidamente cuando le habló de su reverencia y sobrecogimiento.

—Eso no importa. ¿Cuáles de mis maravillas has traído contigo? —había demandado.

—Ninguna, mi señor —había contestado, vacilante—. ¿Cómo iba a osar tocar nada?

Él se había levantado del lecho compartido, se había ido y no había regresado.

Ahora creía que le mentía, que le ocultaba cosas. Peor aún, estaba celoso de Zeboim, que había hecho todo cuanto estaba a su alcance para propiciar esos celos, aunque Mina no había sido consciente de ello.

—Disculpa que no te haya traído a esta encantadora joven de inmediato —había dicho Zeboim a su regreso—. Hicimos un pequeño viaje adicional. Quería que conociera a mi monje, Rhys Alarife, ¿recuerdas? Me lo cambiaste por Krell. Resultó ser una experiencia interesante.

Chemosh se habría arrojado en brazos de Caos antes que dar a Zeboim la satisfacción de preguntarle qué había ocurrido. Había preguntado a Mina sobre el monje, pero ella se había mostrado vaga y

evasiva, con lo que se avivaron más sus sospechas.

Mina no había querido hablar de la fugaz y perturbadora visita. No podía quitarse de la cabeza el rostro del monje. Incluso en ese momento, en su estado de amargura, desdicha y congoja, Mina seguía viendo los ojos del hombre. No amaba al monje; no pensaba en él de ese modo en absoluto. Lo había mirado a los ojos y había visto que la conocía. Igual que la hembra de dragón.

«Estoy guardando secretos a mi señor —reconoció para sus adentros, consumida por la culpa—. No los secretos de los que me acusa, pero ¿acaso importa eso? Quizá debería contarle la verdad, decirle la razón por la que no puedo volver a la torre. Decirle que es la hembra de dragón la que me asusta. Ella y sus terribles enigmas.

Terribles porque no era capaz de resolverlos.

Pero el monje sí podía.

Chemosh no lo entendería. Se mofaría de ella o, lo que era peor, no le creería. Mina, que había matado a la poderosa Malys, ¿se asustaba de una vieja y prácticamente desdentada dragona del mar? Pero tenía miedo. El estómago se le encogía cada vez que evocaba la voz del reptil preguntando «¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes?».

Chemosh salió al gran salón y encontró a Krell que entraba en ese momento. Varios Predilectos deambulaban de aquí para allí sin propósito, algunos pidiendo cerveza y otros, comida. Unos pocos alzaron los ojos hacia el Señor de la Muerte, pero apartaron la mirada con desinterés. No prestaban la menor atención a Krell, que los maldecía y los amenazaba con el puño cerrado. Tampoco hacían caso los unos de los otros, y eso era lo más extraño.

—Daría igual si reúnes un ejército de gullys, mi señor —gruñó el Caballero de la Muerte—. Estos zopencos que has creado...

—Cállate —ordenó Chemosh porque, en ese momento, Mina bajaba la escalera.

Estaba muy pálida y era evidente que había llorado porque tenía los ojos enrojecidos y quedaba el rastro de las lágrimas en sus mejillas. Chemosh sintió un atisbo de remordimiento; sabía que había sido injusto con ella.

No creía realmente que hubiera robado artefactos sagrados y que se los estuviera ocultando. Había dicho eso para herirla. Necesitaba descargar su ira, hacerle daño a alguien.

Nada le salía bien. Ninguno de sus grandes planes estaba resultando como había esperado. Nuitari se reía de él, Zeboim se mofaba. Sargonnas, que era actualmente el dios más poderoso del panteón oscuro, lo comandaba por encima de él. La Sanadora, Mishakal, había ido a verlo recientemente hecha una furia y le exigió que destruyera a los Predilectos o se atuviera a las consecuencias. Él la

había zaherido, naturalmente, y Mishakal se marchó tras advertirle que sus clérigos les habían declarado la guerra abierta a sus seguidores y que ella tenía intención de borrar de la faz de Krynn a todos sus discípulos.

No podría destruir fácilmente a sus Predilectos; ya se había ocupado él de que no resultara sencillo. Pero no tenía muchos seguidores vivos y ahora había empezado a darse cuenta de su valor.

Cavilaba sobre todo eso y sobre sus otros problemas, cuando Krell le dio un codazo de repente.

—Mi señor-susurró el caballero muerto—. ¡Fíjate en eso!

Los Predilectos, que sólo unos instantes antes deambulaban al tuntún por el salón hasta el punto de que algunos habían tropezado con el Señor de la Muerte y ni se habían dado cuenta, ahora se habían quedado inmóviles. Y callados. Tenían fija la atención en algo.

—¡Mina!

Algunos pronunciaron el nombre con tono reverente. —¡Mina!

Otros lo clamaron con angustia. —Mina...

Lo dijeran con admiración o en tono suplicante o con espanto, el nombre de la joven estaba en labios de todos los Predilectos.

Su nombre. No el de su dios, su señor. No el nombre de Chemosh.

Mina contemplaba, estupefacta, a la horda de Predilectos que se apiñaban en torno al hueco de la escalera, alzaban las manos hacia ella y clamaban su nombre.

—No —les dijo, desconcertada—. No vengáis a mí. No soy vuestro señor... Sentía la presencia de Chemosh, la sentía atravesándola como una lanza arrojada. Alzó la cabeza, angustiada, para buscar su mirada. La sangre se le agolpó en la cara, el sonrojo de la culpabilidad. —Mina, Mina... —Los Predilectos entonaban su nombre. —¡Bésame otra vez! —gritaban algunos. —¡Destrúyeme! —plañían otros.

Chemosh contemplaba la escena, estupefacto. —¡Mi señor! —La voz desesperada de Mina se elevó por encima del creciente tumulto. La joven bajó corriendo la escalera e intentó acercarse a él, pero los Predilectos se apelotonaron a su alrededor, desesperados por tocarla mientras le suplicaban o la maldecían.

Chemosh recordó una conversación oída casualmente entre Mina y el minotauro Galdar, que había sido su fiel amigo.

Puse en marcha un ejército de muertos-había, dicho Mina—. Luché contra dos poderosos dragones y los maté. Conquisté a los elfos y los sometí. Conquisté a los solámnicos y los vi huir de mí como perros apaleados. Hice de los caballeros negros una fuerza a la que se temiera y se respetara.

Todo en nombre de Takhisis, había contestado Galdar.

Quería que fuera en mi nombre...

Quería que fuera en mi nombre.

—¡Silencio! —resonó la voz de Mina en el salón—. Apartaos. No me toquéis.

Los Predilectos obedecieron la orden dada.

—Chemosh es vuestro señor —continuó la joven, y su mirada rebosante de culpabilidad se desvió hacia él, erguido al otro lado del salón—. Es él quien os hizo el regalo de una vida perdurable y yo sólo soy la portadora de su don. No olvidéis eso jamás.

Ninguno de los Predilectos habló; se quedaron apartados para dejarla pasar.

—Se cree muy lista —resopló Krell, desdeñoso—. Déjala que comande tu lastimoso remedo de ejército, mi señor.

El Caballero de la Muerte ignoraba lo cerca que había estado de acabar partido en dos y arrojado al olvido eterno. Sin embargo, Chemosh refrenó la ira.

Pasando rápidamente entre la muchedumbre de Predilectos, Mina apretó el paso para cruzar el salón y al llegar ante él se postró de rodillas.

—¡Mi señor, no te enfades conmigo, por favor! No saben lo que dicen...

—No estoy enfadado, Mina. —Chemosh la tomó de las manos y la hizo ponerse de pie—. A decir verdad, soy yo quien debería pedirte perdón, amor mío. —Le besó las manos y después los labios.

»Estos días estoy de mal humor y he descargado la frustración y la rabia contigo. Lo lamento.

Los ambarinos ojos de Mina relucieron de placer y —advirtió Chemosh— alivio.

—Mi señor, te amo muchísimo —musitó la joven—. Cree eso aunque no creas nada más.

—Lo creo —le aseguró él mientras le acariciaba el rojizo cabello —. Ahora vuelve a tus aposentos y ponte preciosa para mí. En seguida me reuniré contigo.

—No tardes, mi señor —contestó Mina y, tras darle un prolongado beso, se marchó.

Chemosh dirigió una mirada irritada a los Predilectos, que ahora que Mina se había ido deambulaban de nuevo de aquí para allí al buen tuntún. Ceñudo, le hizo un gesto perentorio a Krell.

El Caballero de la Muerte olió a sangre y acudió con presteza a su llamada.

—¿Qué ordenas, mi señor?

—Se trae algo entre manos y he de descubrir qué es. Vigílala, Krell, día y noche —encomendó Chemosh—. Quiero saber todo lo que hace, quiero oír cada palabra que pronuncia.

—Tendrás la información, mi señor.

—No ha de sospechar que la estamos espiando —advirtió el dios —, así que no puedes ir arrastrándote por ahí, repicando y haciendo ruido como un ingenio gnomo movido por vapor. ¿Podrás hacerlo, Krell?

—Sí, mi señor —le aseguró el Caballero de la Muerte.

Chemosh advirtió el brillo de apasionado odio que ardía en las cuencas vacías, y sus dudas se disiparon. Krell no había olvidado que Mina lo había pillado por sorpresa y lo había vencido en su propia torre, que había estado casi a punto de destruirlo. Tampoco olvidaría que los Predilectos habían obedecido sumisamente las órdenes de la chica mientras que hacían mofa de las suyas.

—Puedes confiar en mí, mi señor.

—Estupendo.

Mina estaba sentada enfrente de un espejo, en su cuarto, y se cepillaba el largo cabello rojizo. Vestía un atuendo de fina seda que su señor le había regalado. El corazón le latía de prisa, expectante ante el contacto con él, alegre con la certeza de que Chemosh aún la amaba.

Quería estar hermosa para él y fue entonces cuando se fijó en un collar de perlas negras que reposaba en la mesilla. Pensando en su señor, Mina alzó las perlas. Sin embargo fue la voz de Zeboim la que oyó, y se encontró con que la diosa estaba a su espalda.

—Es un collar encantado —dijo la diosa del mar—. Hará realidad el anhelo de tu corazón.

Mina se sintió incómoda.

—Majestad, gracias, pero tengo todo cuanto deseo. No hay nada que... Se interrumpió sin acabar la frase. Acababa de recordar que había algo que deseaba. Que ansiaba fervientemente.

—Las perlas re conducirán a una gruta. Dentro hallarás lo que anhelas. No tienes que darme las gracias, pequeña —añadió la diosa —. Disfruto haciendo felices a los mortales.

Zeboim hizo muchos aspavientos con el collar y lo colocó en el esbelto cuello de Mina de forma que las perlas lucieran en todo su esplendor.

—Recuerda quién hizo esto por ti, pequeña —le dijo Zeboim mientras desaparecía, dejando tras de sí un persistente olor a aire de mar fresco y vigorizante.

Chemosh entró en la habitación y encontró a Mina cepillándose el cabello.

—¿Qué...? —Se quedó mirándola fijamente—. ¿De dónde has sacado ese collar?

—Me lo ha dado Zeboim, mi señor —contestó ella, que no apartó la vista de su reflejo en el espejo mientras se cepillaba el pelo—.

Nunca había visto perlas negras e irradian un brillo precioso, ¿verdad? Como un arco iris azabache. Me parecen preciosas.

—Pues a mí me parecen cagadas de conejo ensartadas en un hilo —dijo fríamente Chemosh—. Quítatelas.

—Me parece que estás celoso, mi señor.

—¡He dicho que te las quites! —ordenó el dios.

Mina suspiró y alzó las manos hacia el broche, de mala gana. Hurgó y forcejeó, pero fue incapaz de soltarlo. —Mi señor, si quisieras ayudarme...

Chemosh iba a arrancarle las perlas de un tirón, pero entonces se detuvo.

«¿Desde cuándo la Arpía del Mar hace regalos a los mortales? —se preguntó—. ¿Desde cuándo esa zorra egoísta hace regalos a nadie, ya puestos? ¿Por qué iba a traerle a Mina unas perlas? Aquí hay algo más de lo que parece a simple vista. Traman algo contra mí. Me he equivocado al hacer objeciones. He de actuar como si fuera el estúpido que obviamente creen que soy.»

Chemosh alzó el frondoso cabello de la joven y lo apartó a un lado. Rozó las perlas con las yemas de los dedos.

—Esto tiene magia —dijo en tono acusador—. Magia divina.

El reflejo de Mina en el espejo lo miró. En los ambarinos ojos brillaban lágrimas contenidas.

—Las perlas están encantadas, mi señor. Zeboim me dijo que harían realidad lo que ansia mi corazón. —La joven tomó su mano y se la besó.

»Sé que he perdido tu estima y haría cualquier cosa por conquistar de nuevo tu consideración. Cualquier cosa por recobrar lo que compartimos en otto tiempo. Tú eres lo que anhela mi corazón. ¡Me puse las perlas para complacerte, para recuperarte, mi señor!

Estaba tan hermosa, se mostraba tan contrita... Casi podía creer que de cía la verdad. Casi.

—Quédatelas —aceptó con aire magnánimo. Le quitó el cepillo y lo dejó un lado. La estrechó entre sus brazos—. Es un collar bonito, pero no tan be lio como tú, querida mía.

La besó y la muchacha se rindió a sus caricias. Y él se entregó al placer.

Podía permitirse el lujo de disfrutar de ella.

Ausric Krell observaba desde las sombras.

2

Mina durmió profundamente y pasó de un sueño a otro de forma ininterrumpida. Al despertar se encontró sola; Chemosh se había marchado en algún momento durante la noche, no estaba segura de cuándo.

Incapaz de volver a dormirse, Mina contempló cómo se colaba poco a poco la sombra gris del alba a través de la ventana mientras pensaba en Zeboim y el regalo de la diosa. El anhelo de su corazón.

No había mentido a Chemosh; él era lo que anhelaba su corazón, pero había algo más, otra cosa que deseaba tanto como el amor del dios. Algo que necesitaba y que quizá ansiaba más que su amor.

Apartó las mantas y se levantó de la cama. Dejó a un lado el vestido de seda y se puso otro de sencillo lino que había encontrado abandonado en las dependencias de la servidumbre, así como un par de zapatos de cuero. Confiaba en poder salir del castillo sin llamar la atención de Chemosh. Ya tenía preparada una disculpa por si se tropezaba con él. Sin embargo, no le gustaba mentir a su señor y confiaba en poder eludirlo, así como también a los Predilectos que, si la veían, empezarían con sus clamores de súplicas y lamentaciones.

Se echó por encima un grueso y cálido chal y se cubrió la cabeza. Salió del dormitorio y caminó sin hacer ruido por los pasillos, que seguían envueltos en la oscuridad.

Pensó en las mentiras dichas a su señor. Le había dicho la verdad cuando afirmó que lo amaba y que haría cualquier cosa por recobrar su afecto. Lo amaba más que a su vida. ¿Por qué mentirle por esto? ¿Por qué no contarle la verdad?

Porque un dios no lo entendería.

Mina ni siquiera estaba segura de que ella misma lo entendiera del todo. Goldmoon le había repetido hasta la saciedad que no importaba quiénes habían sido sus padres. Lo pasado, pasado estaba. Era el aquí y el ahora de su vida lo que importaba. ¿Qué más daba que su padre hubiese sido un pescadero y su madre la esposa de un pescadero?

—Pero ¿y si mi padre era un rey y mi madre una reina? —había discutido la pequeña Mina—. ¿Y si yo fuera una princesa? ¿También daría igual?

—Yo era princesa, Mina, y creía que eso importaba —había contestado Goldmoon con una sonrisa—. Cuando le abrí el corazón a Mishakal comprendí que los títulos carecen de sentido. Lo que somos a los ojos de los dioses es lo que realmente importa. O, más bien, lo que alberga nuestro corazón —había añadido con un suspiro porque, para entonces, hacía mucho tiempo que los dioses habían desaparecido.

Mina había intentado entenderlo, había procurado apartar de su mente toda idea sobre sus padres y lo había conseguido durante un tiempo. Después, naturalmente, le había preguntado al Dios Único, pero Takhisis le había dado la misma respuesta que Goldmoon, sólo que con mucha menos delicadeza. El Dios Único había considerado una debilidad ese anhelo de Mina, un cáncer que la devoraría a menos que se acabara con él rápida y brutalmente.

Tal vez era el espantoso recuerdo del castigo de Takhisis lo que hacía que Mina fuese reacia a hablar de ello con Chemosh. Era un dios. No podía entenderlo. Su secreto era muy pequeño. E inofensivo. Una vez que supiera la verdad se lo contaría y entonces, los dos, se reirían por el hecho de que fuera la hija de un pescadero.

Utilizando sólo escaleras secundarias y corredores ruinosos, Mina se encaminó hacia lo que anraño había sido la cocina y, desde allí, a una despensa donde los anteriores dueños del castillo almacenaban barriles de cerveza, barricas de vino, cestos de manzanas y de patatas, carnes ahumadas, bolsas de cebollas. Aún quedaba el rastro de buenos olores como si fueran fantasmas del pasado, pero eran tantos los fantasmas que revoloteaban por el palacio del Señor de la Muerte, que Mina apenas le prestó atención. Tenía hambre, pero no de comida.

Ignoraba dónde se encontraba Chemosh. Quizá reclutaba discípulos o tal vez juzgaba almas o jugaba al khas con Krell o hacía las tres cosas a la vez. Sin embargo habría apostado a que sabía dónde no estaría: en la despensa. De ahí su pasmo cuando apareció de repente, justo delante de ella.

Esperaba oír recriminaciones, acusaciones, una invectiva. Chemosh la miró sin demasiado interés, como si se encontraran a la hora del desayuno.

—Vaya, qué temprano te has levantado, querida. ¿Vas a alguna parte?

Se me ocurrió ir a darme un baño en el mar, mi señor —contestó en voz débil Mina, recurriendo a la disculpa que tenía preparada.

Naturalmente no podía imaginar que ésa sería la excusa que le parecería más sospechosa a Chemosh.

—¿No hace un poco de frío para bañarse en el mar? —inquirió maliciosamente, con una extraña sonrisa en los labios.

—Aunque el aire es frío, el agua está caliente, por lo que la sensación de calidez será mayor —balbució la joven, encendidas las mejillas.

—Veo que sigues llevando las perlas. No van bien con un atuendo tan sencillo. ¿No te da miedo perderlas?

—El cierre está fuerte, mi señor. —Mina se llevó la mano al collar de forma involuntaria—. No creo que...

—¿Por qué estás en la despensa? —preguntó él mientras miraba a

su alrededor.

—Es el camino más corto a la orilla, mi señor —repuso Mina. Ya había superado la sorpresa y ahora empezaba a estar irritada—. Mi señor, ¿acaso soy tu prisionera para que tengas que preguntar sobre mis idas y venidas?

—Te perdí una vez, Mina, y no quiero volver a perderte —dijo quedamente Chemosh.

La joven se sintió repentinamente abrumada por la culpa.

—Soy tuya, mi señor, y siempre lo seré hasta que...

—Hasta que mueras. Algún día morirás, Mina.

—Es cierto, mi señor. —Lo miró, incómoda ante la duda de si aquello sería una amenaza.

La expresión del dios era impenetrable, indescifrable.

—Que disfrutes del baño, querida —le deseó al tiempo que le besaba la mejilla.

Mina siguió sin moverse del sitio unos segundos después de que él se hubo ido, asido fuertemente el collar. Estaba acobardada. La conciencia la recriminaba. Estuvo a punto de dar media vuelta y correr a sus aposentos.

¿Para hacer qué? ¿Pasear durante horas, como había hecho en la Torre de la Alta Hechicería? ¿Para ser un peón, primero de un dios y después de otro, y luego de otro y de otro más? Takhisis, Chemosh, Zeboim, Nuitari...

—¿Qué quieren de mí? —demandó, frustrada.

Permaneció sola en la fría y vacía despensa, mirando sin ver la oscuridad.

—¡No lo entiendo! Les doy y les doy y a cambio no me dan nada. Oh, dicen que me dan. Chemosh afirma que me dio poder sobre los Predilectos y, no obstante, cuando ve que tengo poder sobre ellos se muestra claramente celoso. Zeboim me da perlas y me promete que me otorgarán el anhelo de mi corazón, pero sólo me traen problemas. No sé cómo complacer a estos dioses. ¡A ninguno de ellos!

»Es hora de que haga algo por mí. Por Mina. He de saber quién soy.

Resuelta, prosiguió su camino.

Chemosh le había desvelado el secreto de los portales mágicos que permitían entrar y salir del castillo. La joven temió que el dios hubiese invalidado la magia y sintió alivio cuando el portal funcionó y pudo salir. La despensa daba a un patio lleno de dependencias ruinosas. Más allá, una puerta en la muralla se abría a un camino que conducía a la playa. La puerta en sí había desaparecido; sólo quedaban bandas de hierro oxidado y tablones ennegrecidos.

Una vez fuera de la muralla Mina se detuvo para mirar alrededor.

No tenía una idea clara de dónde ir a buscar esa gruta. Zeboim había dicho únicamente que las perlas la guiarían. Mina las tocó con la idea de que quizá notaría alguna sensación o le llegaría una imagen a la mente.

El sol de primeras horas de la mañana brillaba en el agua. El castillo se encontraba construido en un promontorio rocoso. Allí, donde se hallaba Mina, la costa trazaba un arco que formaba una ensenada excavada en la roca, con una playa arenosa en la parte delantera en forma de media luna y que se extendía alrededor de ochocientos metros para acabar en un espigón rocoso que se adentraba en el agua. El espigón a un extremo y los acantilados al otro rompían la fuerza de las olas, de manera que para cuando llegaban a la playa rodaban dócilmente sobre la arena, donde dejaban rastros de espuma y algas.

La arena estaba mojada, al igual que las paredes rocosas que había detrás. Mina —hija del mar— se dio cuenta de que cuando la marea estuviera alta el agua cubriría la playa. Sólo durante la marea baja se podía caminar o jugar por la orilla.

La joven escudriñó la pared del acantilado y no atisbo ninguna gruta. Experimentó un desolado sentimiento de decepción. Pasó los dedos sobre las perlas, de una en una.

Eran irregulares al tacto; como perlas.

Un movimiento en el mar atrajo su atención. Una nave —un barco minotauro a juzgar por la vela pintada con colores chillones— surcaba el océano. Pensando que quizá navegaba en su dirección, lo observó con curiosidad y se dio cuenta de que se alejaba velozmente. Estuvo mirando el barco hasta que desapareció en el horizonte y lo perdió de vista.

Mina suspiró y volvió a mirar a su alrededor al tiempo que se preguntaba qué hacer. Al final decidió darse un baño.

Ya que había urdido una excusa, sería mejor atenerse a ella. Chemosh podría estar vigilándola. Al ocurrírsele esa idea volvió la cabeza para echar un vistazo a las murallas del castillo. El dios no estaba allí o, si estaba, tenía cuidado de que no se lo viera.

Pisó el camino que bajaba a la playa. En el momento en que lo tocó con el pie, Mina supo exactamente dónde ir. Aunque nunca había estado en ese sendero sintió que lo conocía tan bien como si lo hubiera recorrido rodos los días durante el último año.

Musitando una disculpa a Zeboim por haber dudado de ella, la joven se dirigió apresuradamente hacia la playa. No sabía hacia dónde se encaminaba, pero aun así sabía dónde se encontraba y sabía que cada paso la acercaba más. Era una sensación muy desconcertante.

Siguió adelante, corriendo por la húmeda arena que estaba firme bajo sus pies. Miraba las olas en un intento de dilucidar si la marea

subía o bajaba en ese momento. A juzgar por la humedad en las rocas, la marea empezaba a subir. Cuando estuviera alta, el nivel del agua le llegaría a los hombros, como mínimo, tal vez más arriba, dependiendo del ciclo de las lunas.

Llegó al espigón rocoso sin divisar el menor rastro de la gruta. Trepó por las rocas de afiladas aristas y maldijo el hecho de que los zapatos de suave cuero no fueran adecuados para escalar.

En el extremo opuesto del espigón la costa trazaba una pronunciada curva. Mina miró atrás, pero no alcanzó a ver el castillo, por lo que cualquiera que estuviera en las murallas tampoco podría verla a ella.

Más allá del espigón se extendían dunas. En lo alto, el terreno se aplanaba. Era como si allí hubiese una calzada, la que conducía al castillo. Mina dio un paso en dirección a las dunas y supo de inmediato que no era por allí. Se había perdido y no tenía ni idea de dónde estaba ni adonde iba.

Cambió de dirección, de vuelta a los acantilados, y la sensación de encontrarse en un terreno conocido reapareció. Siguió adelante, dejando atrás las dunas, y trepó por el terreno sembrado de rocas; de vez en cuando hacía una pausa para mirar a los acantilados e intentar distinguir alguna abertura.

No divisó nada, pero ahora tenía la seguridad de ir por buen camino, de modo que continuó. Su convencimiento se afirmó al descubrir señales en el suelo de que alguien más había pasado recientemente por allí. Vio una huella muy grande en un rodal de arena.

Mina empezó a pensar que debería haber llevado un arma. Siguió caminando, ahora con más cautela, aguzando oído y vista.

La gruta resultó estar tan bien disimulada que pasó ante la entrada sin darse cuenta. Únicamente cuando el siguiente paso le produjo la desalentadora sensación de que se había perdido cayó en la cuenta de que se le había pasado por alto alguna señal. Se volvió y escudriñó atentamente la pared del acantilado, pero siguió sin verla.

Finalmente, se aventuró alrededor de un amontonamiento de rocas y allí estaba la boca de la gruta, medio enterrada por el desprendimiento. Al acercarse se percató de que la gruta tenía que haber estado totalmente taponada en cierto momento. Se notaba que se habían retirado cascotes y se habían apilado a uno y otro lado. Por las apariencias, el trabajo se había realizado recientemente, pues el terreno despejado del desprendimiento de rocas todavía seguía húmedo.

Se detuvo delante la gruta. Ahora que había llegado allí dudaba si entrar o no. Era el sitio ideal para una emboscada al no estar visible desde las murallas del castillo. Si necesitaba ayuda nadie la vería ni la

oiría. Recordó la huella de la bota grande, tres veces mayor que su propio pie.

Mina posó la mano sobre las perlas y notó su tranquilizadora calidez. Se había arriesgado a despertar la ira de su señor para ir hasta allí y ahora no podía echarse atrás.

La abertura era lo bastante amplia para que entraran juntos dos hombres corpulentos, pero el techo era bajo y tuvo que inclinar la cabeza y los hombros para pasar. Estaba en esa postura inclinada cuando, en alguna parte del interior, se oyó el ladrido de un perro.

El corazón le latió más de prisa por la excitación. El miedo se desvaneció. Había tenido presente al monje desde que se conocieron. Conservaba claro el recuerdo de su rostro; tanto que habría sido capaz de dibujarlo. Podía ver su cara delgada, de rasgos cincelados; los ojos grandes y tranquilos como agua oscura; la túnica anaranjada, del color sagrado de Majere y decorada con el símbolo de la rosa, le colgaba de los delgados y musculosos hombros y se le ceñía a la esbelta cintura con un cinturón. Todos y cada uno de sus movimientos, cada palabra pronunciada, eran controlados y disciplinados.

Y la perra negra y blanca, que contemplaba al monje como a su amo.

—Gracias, majestad —musitó Mina, que se llevó las perlas a los labios y las besó.

Entonces entró en la gruta.

Ausric Krell, con movimientos silenciosos y sigilosos, seguía a Mina a una distancia prudencial. Sorprendentemente, Krell era capaz de moverse en silencio y con sigilo cuando quería hacerlo. Al Caballero de la Muerte no le hacía gracia actuar furtivamente como un asqueroso ladrón arrabalero. Le gustaba hacer ruido con su armadura; el tableteo metálico significaba la muerte, infundía pavor en aquellos que lo oían llegar. Pero sabía cómo moverse con sigilo cuando era necesario. Al igual que su «vida», la armadura también era producto de la infausta magia, y aunque estaba vinculado para siempre a ella, podía hacer ruido con ella o no, a su antojo.

Krell habría sacrificado mucho más con tal de derribar a Mina de la posición privilegiada que ocupaba y desde la que lo contemplaba con sorna.

Mina nunca había ocultado que lo despreciaba por su traición a lord Ariakan. Y no sólo eso, sino que lo había vencido en combate y lo había humillado delante del Señor de la Muerte. Los Predilectos no le tenían respeto a él, ni siquiera cuando los cortaba en pedazos, pero Mina sólo tenía que mover el meñique y ellos la adulaban y clamaban su nombre.

Krell la habría matado en el acto, pero sabía que nunca saldría

impune de eso. Chemosh estaría encolerizado con ella y la maldeciría, pero todavía se metía en su cama todas las noches. Por si fuera poco, Zeboim, su archienemiga, colmaba de regalos a esa chica. La diosa podría ofenderse si mataba a su favorita y, en consecuencia, no le quedaba más remedio que refrenarse, actuar con sutileza. Una tarea nada fácil, pero el odio podía mover montañas.

Ahora lo único que tenía que hacer era pillar a Mina en un acto de traición. Sabía por propia y triste experiencia lo que pasaba cuando uno encolerizaba a un dios y, mientras la seguía, Krell se recreaba al imaginar con todo lujo de detalles el tormento que Mina tendría que soportar. Era sorprendente cuánto tiempo podía seguir viva una persona después de destaparla.

Cuando Krell vio que Mina entraba en la gruta llegó a la conclusión de que iba a reunirse con un amante. Se acercó con precaución y se sintió inmensamente complacido al oír la voz de un hombre. Lo desconcertó en cierta medida el timbre agudo de otra voz que sonaba sospechosamente como la de un kender. Claro que, como había sido siempre su lema: Si tienes un capricho, dátelo.

Se frotó las manos enguantadas con regocijo y se deslizó hacia la entrada con la esperanza de oír con más claridad. Para su desilusión, descubrió que los sonidos que salían de la gruta llegaban apagados e ininteligibles. Eso no le preocupó; daba igual lo que estuviera ocurriendo realmente allí dentro. Siempre podía inventarse algo. El celoso Chemosh se creería lo peor a pies juntillas. Krell se puso en cuclillas para esperar a que Mina saliera.

3

Rhys perdió la noción del tiempo a bordo del barco minotauro. La singladura a través de las azotadoras olas de la noche, arrojados a las tormentas de la magia, parecía interminable. Los vientos aullaban entre los aparejos, las velas se hinchaban a reventar, la nave escoraba de un modo precario. El capitán bramaba y la tripulación vitoreaba y gritaba al viento, desafiante.

En cuanto a él, se pasó la oscura noche rezando. Rhys había dado la espalda al dios, pero su dios se había negado a darle la espalda a él. Se arrodilló en cubierta, gacha la cabeza en un gesto contrito y avergonzado, húmedas las mejillas por las lágrimas, y le pidió perdón. Aunque la noche y el fantasmal viaje fueron horribles, él se sintió en paz.

Llegó el nuevo día y el barco navegó fuera del mar de magia para posarse sobre aguas calmas. El capitán minotauro sacó al tembloroso kender y a la desmadejada perra de las jaulas y se los entregó a sus tripulantes. Miró a Rhys, que seguía arrodillado en cubierta.

—Has estado rezando, imagino —dijo con un aprobador asentimiento de cabeza—. Bueno, hermano, tus plegarias han sido escuchadas. Saliste sano y salvo de la noche.

—Ciertamente, señor —repuso Rhys en tono quedo, y se puso de pie. Los minotauros los metieron en el bote sin contemplaciones y los llevaron hasta un lugar de desembarco desconocido. Rhys miró el agua de mar, que tenía el color de la sangre. Alzó la vista hacia un sol que salía sobre el mar y la comprensión le llegó como un impacto. A lo largo de la tumultuosa noche el barco había navegado a través del tiempo y el espacio y ahora se hallaban al otro lado del continente.

Divisó un castillo fortificado que se recortaba contra un cielo donde las estrellas se desvanecían, pero eso fue todo lo que alcanzó a ver antes de que los minotauros lo sacaran del bote y lo arrastraran por una playa húmeda y sobre unas dunas hasta la cara de un acantilado.

Una vez que llegaron al punto donde se había producido un desprendimiento de rocas, los minotauros tiraron a Rhys, al kender y a la perra al suelo y se pusieron a levantar enormes piedras y a arrojarlas a un lado. No entendía su lenguaje, pero oyó las palabras «gruta» y «Zeboim» y tuvo la impresión, a juzgar por su actitud silenciosa y reverente, que detrás del desprendimiento había algún tipo de santuario de la diosa del mar.

Finalmente, los minotauros despejaron parte del derrumbamiento y entraron en la gruta; a Rhys lo dejaron fuera con un guardia. El monje oyó golpes y martilleos y entrechocar de hierro. Los minotauros

regresaron, levantaron a Rhys y lo echaron dentro, junto con Beleño y *Atta*.

De la pared colgaban cadenas sujetas a argollas de hierro que acababan de clavar en el muro de piedra. Trabajando con la escasa luz que penetraba en la gruta, los minotauros encadenaron a Rhys y a Beleño, dejaron en el suelo una bolsa con algo de comida y un cubo de agua, y se marcharon sin decir palabra ni responder a las preguntas de Rhys.

Las cadenas terminaban en pesados grilletes que se ceñían a los tobillos y las muñecas, y eran lo bastante largas para permitir a Rhys y a Beleño ciertos movimientos, como tenderse en el suelo de piedra o ponerse de pie y caminar cuatro o cinco pasos.

Traumatizada por los acontecimientos ocurridos a bordo del barco, *Atta* estaba tan temblorosa que no podía incorporarse. Se tumbó sobre el costado y yació, jadeante, en el suelo de la caverna. Exhausto, Rhys tomó a la aterrada perra en sus brazos e hizo todo lo posible para tranquilizarla. Beleño tenía las ropas empapadas y en la gruta hacía frío, por lo que se había acurrucado en un lastimoso ovillo y se daba palmadas en los brazos en un intento de entrar en calor.

—Esos minotauros no eran fantasmas, Rhys —dijo el kender—. Al principio pensé que tal vez lo eran, pero no. Eran tremendamente reales. Demasiado, diría yo. —Se frotó el hombro que le había pellizcado uno de los minotauros—. Lo voy a tener negro y morado durante un mes.

No tuvo respuesta y Beleño vio que Rhys se había quedado dormido, sentado y con la espalda recostada en la pared de piedra.

—Supongo que aparte de dormir poco más se puede hacer —se dijo Beleño, que cerró los ojos con la esperanza de que al despertarse todo aquello resultara ser un sueño y que se encontraría en la posada El Ultimo Hogar el día que había buñuelos de pollo de menú...

Rhys se despertó de repente, sacado de su sueño por un intenso rayo de sol que le daba directamente en la cara. La luz iluminaba la gruta y pudo ver al fondo, a unos pasos de distancia, un altar excavado en la roca. El altar se hallaba cubierto de polvo y aparentemente llevaba mucho tiempo abandonado. Las paredes rocosas aparecían adornadas con frescos, pero los colores estaban tan desvaídos que era imposible discernir qué habían representado. Una enorme caracola adornaba el altar.

Beleño yacía en el suelo, a su lado, y *Atta* se había enroscado entre sus piernas. Y contra una de las paredes se encontraba apoyado el bastón, a cierta distancia. Siguiendo órdenes de su capitán, los minotauros habían llevado el cayado envuelto en un trozo grande de cuero. Se lo habían dejado allí, pero fuera de su alcance.

La gruta en la que estaban prisioneros era de forma circular, de

unos veinte pasos de diámetro. El techo era lo bastante alto para que los minotauros hubieran estado de pie sin necesidad de inclinarse, aunque Rhys recordaba que las corpulentas bestias habían tenido dificultades para entrar por el angosto acceso que desembocaba en esa cámara.

El aire fresco penetraba en la gruta por un respiradero. Rhys no recordaba haber visto otros pasadizos, pero reconocía que había estado exhausto para prestar mucha atención a lo que lo rodeaba.

Atta se despertó reanimada, se incorporó de un salto y miró a Rhys con expectación, moviendo la cola, lista para que el monje dijera que iban a salir de allí camino de la calzada. Rhys se puso de pie con movimientos agarrotados y en medio del tintineo de las cadenas. El ruido asustó a la perra, que se apartó de un brinco cuando las cadenas se arrastraron por el suelo de piedra. Luego, cautelosamente, avanzó a rastras para olisquear las cadenas y observó, sorprendida y desconcertada, que Rhys cruzaba el suelo de piedra, entumecido, hacia el cubo de agua.

Los minotauros habían dejado una taza de hojalata para coger agua del cubo y beber. Rhys le dio agua a la perra y después bebió él. Tenía cierto regusto salobre, pero le quitó la sed. Echó un vistazo a la bolsa de comida, pero olía a rancio y decidió que no tenía apetito. Regresó a su sitio caminando con dificultad y se sentó recostado en la pared rocosa.

Atta seguía de pie y lo miraba fijamente. Lo empujó con el hocico.

—Lo siento, chica —dijo el monje mientras le rascaba las orejas. Luego le enseñó las manos encadenas por los grilletes a pesar de saber que el animal no entendería—. Me temo que...

Despertando con un aterrado jipido, Beleño se incorporó bruscamente y miró a su alrededor.

—¡Nos hundimos! —chilló—. ¡Nos vamos a pique!

—Beleño —llamó Rhys con firmeza—, estás a salvo, ya no nos encontramos en el barco.

A Beleño le costó unos segundos asimilar aquello. Volvió a mirar en derredor y contempló la gruta, perplejo, antes de bajar la vista a las manos. Sintió el peso de los grilletes y oyó el tintineo de las cadenas; entonces soltó un suspiro de contento.

—¡Vaya, una prisión! ¡Qué alivio!

—¿Por qué te parece un alivio que sea una prisión? —preguntó el monje, que no pudo evitar sonreír.

—Porque es un lugar seguro y está sobre suelo sólido —repuso Beleño mientras palmeaba el piso rocoso con gesto agradecido—. ¿Dónde hemos venido a parar?

Rhys hizo una pausa para pensar cómo decírselo, pero decidió que sería mejor no andarse por las ramas.

—Creo que estamos en la costa del Mar Sangriento.

—El Mar Sangriento. —Beleño lo miró boquiabierto.

—Eso creo. Aunque no puedo afirmarlo rotundamente, claro.

—El Mar Sangriento —repitió el kender—. ¿El que hay al otro lado del continente? —Dio énfasis a las palabras «al otro lado».

—¿Es que hay más de un Mar Sangriento? —preguntó Rhys.

—Quién sabe, podría ser. Agua rojiza, del color de la sangre, y...

—...y el sol saliendo sobre ella —concluyó Rhys—. Todo lo cual me llevó a la conclusión de que estamos en la costa este de Ansalon.

—Bueno, así me convierta en un sucio perro amarillo —musitó Beleño—. Sin ánimo de ofender —añadió al tiempo que palmeaba a *Atta*. Dejó pasar unos segundos mientras asumía todo aquello y después, olisqueando el aire, localizó la bolsa y se animó su expresión —. Al menos no van a dejar que nos muramos de hambre. Veamos qué hay de desayuno.

Se puso de pie y, de golpe e inadvertidamente, volvió a sentarse.

—¡Cómo pesan! —gruñó, refiriéndose a los grilletes.

Volvió a intentarlo, esta vez levantándose despacio, y luego arrastró los pies y tiró con los brazos para mover las cadenas. Consiguió llegar a la bolsa, pero le costó lo suyo el esfuerzo y tuvo que parar allí para descansar. Abrió la bolsa y miró dentro.

—Cerdo salado. —Torció el gesto y añadió con tristeza-: Espero que no fuera mi vecino de jaula, el que tenía al lado. Puede decirse que él, *Atta* y yo nos hicimos amigos, más o menos. —Hizo intención de meter la mano en la bolsa—. Con todo, convertirse en panceta es el destino de un cerdo, supongo. ¿Tienes hambre, Rhys?

Antes de que el monje tuviera tiempo de responder, *Atta* se puso a ladrar.

—Hay alguien ahí fuera —previno Rhys—. Quizá deberías sentarte. —Pero nos dejaron alimento para comer —arguyó Beleño—. A lo mejor se molestan si no lo probamos. —Beleño, por favor...

—Oh, está bien. —El kender desanduvo el camino hacia su sitio junto al muro y se acuclilló.

—¡*Atta*, calla! —ordenó el monje—. ¡Ven aquí!

La perra se tragó los ladridos y volvió a su lado para tumbarse, si bien permaneció alerta, tiesas las orejas y el cuerpo en tensión, presta para saltar. Mina entró en la cueva.

Rhys ignoraba qué había esperado ver —a Zeboim, al capitán minotauro o a uno de los Predilectos— pero no a ella. La miró sin salir de su asombro.

La joven, por su parte, también lo miró de hito en hito. La luz en el interior de la pequeña cámara había aumentado considerablemente a medida que el sol ascendía en el cielo, pero a pesar de todo Mina tardó unos segundos hasta que los ojos se le acostumbraron a la

penumbra de la gruta.

Pasados unos instantes siguió caminando y se paró delante de Rhys. Los ojos ambarinos lo observaron intensamente y después la joven frunció el entrecejo.

—Estás distinto —le dijo en tono acusador.

Rhys sacudió la cabeza. Tenía la mente embotada por el agotamiento y en el proceso de razonar daba tantos tumbos como el kender al caminar con las cadenas.

—Me temo que no sé a qué te refieres, señora...

—¡Claro que lo sabes! —lo interrumpió Mina, furiosa—. ¡Llevas una túnica diferente! Vestías una de color naranja y adornada con motivos de rosas cuando te vi en la taberna, y ahora vistes una de un tono verde desvaído. Y tus ojos también son diferentes.

—Mis ojos son como siempre, señora —repuso el monje, desconcertado. Se preguntó de dónde habría sacado esa imagen de su aspecto de antes, no de cómo era ahora—. Difícilmente podría cambiarlos. Y mi túnica es la misma que llevaba cuando nos conocimos...

—¡No me mientas! —Mina le propinó una bofetada.

—¡*Atta*, no! —Rhys aferró a la enfurecida perra por el collar y tiró de ella para frenar el ataque.

—Haz algo con ese chucho o le romperé el cuello —advirtió fríamente Mina.

A Rhys le ardía la mejilla y el pómulo le dolía. Asió con firmeza a la iracunda perra.

—*Atta*, ve con Beleño.

La perra lo miró para asegurarse de que hablaba en serio y luego, gacha la cabeza y caída la cola, se escabulló junto al kender y se tendió a su lado.

—Te estoy diciendo la verdad, señora —insistió sosegadamente Rhys—. No miento.

—Pues claro que mientes —replicó la joven con desdén—. Todo el mundo lo hace. Nos mentimos a nosotros mismos, si no hay nadie más a quien mentir. La última vez que te vi llevabas túnica naranja y me reconociste. Me miraste y vi en tus ojos que sabías todo sobre mí.

—Señora, aquel día te vi por primera vez —manifestó el monje con impotencia.

—Esa expresión ya no está en tus ojos, pero lo estaba cuando nos encontramos. —Mina apretó los puños tanto que se clavó las uñas en las palmas de las manos—. ¡Dime lo que sabes sobre mí!

—Lo único que sé es que le quitaste la vida a mi hermano y lo convertiste en uno de tus esclavos...

—¡Mi esclavo no! —gritó Mina con una inesperada vehemencia, y miró a su alrededor con aire culpable, como si temiera que hubiese

alguien escuchando—. No es mi esclavo. Ninguno de ellos lo es. Son seguidores de mi señor Chemosh. ¡Y tú, kender, deja de lloriquear! ¿Qué diablos te pasa? ¡Gimoteabas igual la última vez que te vi!

Se volvió hacia Beleño, que estaba acuclillado y tenía los ojos anegados en lágrimas que le corrían por la cara. Intentaba no hacer ruido, por lo que apretaba los labios, pero de vez en cuando se le escapaba un sollozo.

—No puedo evitarlo, señora. —Beleño se limpió la nariz con la manga—. Es tan triste...

—¿Qué es tan triste? Como no dejes de gimotear te daré un motivo para que llores.

—Ya me lo has dado —repuso el kender—. Eres tú. Qué tristeza. Mina se echó a reír.

—¡No seas ridículo! No estoy triste. Tengo todo cuanto deseo. Tengo el amor y la confianza de mi señor y tengo poder...

Se calló y su risa se apagó. Se arrebujó más en el chal. El ambiente de la gruta era frío después de haber estado al calor del sol.

—No estoy triste.

—No me refiero a que tú estés triste. —Beleño titubeó y miró a Rhys en busca de ayuda.

El monje no podía dársela porque no tenía ni idea de lo que hablaba su amigo.

—Cuando te miro me siento triste.

—Haces bien —dijo Mina con tono ominoso y luego se volvió hacia Rhys—. Dime, monje, dame la respuesta del enigma.

—¿De qué enigma, señora? —preguntó fatigadamente él.

—La dragona pareció sorprenderse al verme. No estaba colérica ni furiosa, sino sorprendida. Dijo: «¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes tú?». —Mina se arrodilló para estar cara a cara con el monje.

«Ese es el enigma. Yo no conozco la respuesta, pero tú sí. Tú sabes quién soy.

—Señora —intentó explicar Rhys—, la hembra de dragón te planteó el eterno enigma, el enigma de la humanidad y para el que nadie tiene respuesta: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? Durante toda nuestra vida nos esforzamos por entender...

La mirada de Mina se tornó abstraída. Lo contemplaba fijamente pero no lo veía a él, sino que estaba viendo a la dragona.

—No —susurró—. Eso no es así. No es como lo dijo ella. La inflexión está mal.

—¿La inflexión? —Rhys sacudió la cabeza—. No sé qué quieres decir.

—La dragona puso el énfasis en «tú»: ¿quién eres tú? ¿De dónde vienes tú? —Los ojos de Mina se enfocaron de nuevo en él—. ¿Te das cuenta de la diferencia?

—No sé la respuesta. —Rhys se encogió de hombros—. Es con la dragona con quien deberías hablar, no conmigo.

—Se enfadó. Creyó que me burlaba de ella y no quiso tener nada más que ver conmigo. Realmente no sé qué quería decir, pero tú sí. Y me lo dirás.

Mina lo asió por la barbilla y le golpeó la cabeza contra el irregular muro de piedra. El impacto le provocó punzadas dolorosas por todo el cráneo. Se le emborronó la vista y, durante un instante, tuvo miedo de perder el sentido. Saboreó sangre en la boca porque se había mordido el carrillo por dentro. La cabeza le zumbaba.

—No puedo decirte algo que ignoro —manifestó el monje, que escupió sangre.

—Que no quieres decirme, te refieres. —Mina le asestó una mirada furibunda.

»Me han contado que vosotros, los monjes, estáis preparados para soportar el dolor, pero eso es sólo mientras estáis vivos.

Se inclinó sobre él y apoyó las manos en el suelo, a ambos costados del monje. Los ojos ambarinos, vistos tan de cerca, parecieron engullirlo.

—Cualquiera de los Predilectos me diría todo lo que yo quisiera que me contara. Ningún Predilecto me mentiría. Podrías probar el Beso de Mina, monje.

Sus labios le rozaron la mejilla.

A Rhys se le hizo un nudo el estómago y el corazón se le puso en un puño, Recordó a Lleu, un monstruo torturado por un dolor abrasador que sólo hallaba alivio en el asesinato. Inhaló aire y procuró hablar con toda la serenidad que fue capaz.

—Antes tendría que prestar un juramento a Chemosh y eso jamás lo haré.

—No finjas ser tan virtuoso, monje —sonrió Mina con desdén—. Estás comprometido por juramento a Zeboim, me lo contó ella. Si se lo pido, venderá tu alma a Chemosh...

—Mi compromiso es con Majere —manifestó serenamente Rhys.

Mina se sentó sobre los talones y frunció los labios.

—¡Mentiroso! Le diste la espalda a Majere, Zeboim me lo dijo.

—Gracias a la sabiduría de un kender y a la negativa de mi dios a darme la espalda a mí he aprendido la lección —afirmó Rhys—. Pedí perdón a Majere y él me otorgó su bendición.

Mina se echó a reír de nuevo al tiempo que señalaba a Rhys.

—Y aquí estás, encadenado a una pared de una gruta en mitad de ninguna parte. Te encuentras totalmente a mi merced. Es un modo extraño de que un dios demuestre su amor.

—Como bien dices, señora, estoy encadenado a una pared. No tengo dudas de que tu intención sea matarme ni de que mi dios me

ama. Porque por fin tengo la respuesta a mi enigma. Yo sé quién soy. —Alzó la vista hacia la mujer.

»Lo siento, señora, pero no te conozco.

Mina lo contempló en silencio airado; los ojos ambarinos echaban chispas.

—Te equivocas, monje —dijo cuando por fin fue capaz de hablar —. No voy a matarte. Los mataré a ellos. —Señaló a Beleño y a *Atta*—. Tienes todo el día para reflexionar sobre mi enigma, monje... Un día en el que podrás imaginar su agonía. Morirán en medio de atroces dolores. La perra primero y después, el kender. Volveré cuando se ponga el sol.

Los dejó y salió de la gruta pisando con rabia.

Escondido cerca de la gruta, Krell oyó a Mina anunciar su marcha y tuvo el tiempo justo de apartarse antes de que la mujer saliera. Tenía el rostro pálido y prietos los labios, y los ojos ambarinos echaban chispas. Su expresión no era la de una mujer enamorada. Era patente que se sentía furiosa, furiosa y frustrada. Sin embargo, a Krell lo tenían si cuidado esos detalles. Sabía lo que su señor quería oír y estaba dispuesto a decírselo. Ahora lo único que necesitaba era un nombre.

Había procurado por todos los medios captar algo de la conversación, pero las palabras sonaban apagadas, indescifrables. Entendió poco de lo que se habló, pero al cabo de unos instantes se le ocurrió que la voz masculina le sonaba familiar.

Krell tenía el convencimiento de que la había oído con anterioridad, aunque no recordaba dónde. Últimamente había oído tantas voces que todas ellas resonaban en un confuso revoltijo dentro de su yelmo vacío. De lo que sí estaba seguro era de que el sonido de la voz sosegada del hombre le provocaba sentimientos muy violentos. Esa voz despertaba rencor en él; ojalá pudiera recordar el porqué.

El Caballero de la Muerte siguió a Mina hasta que vio que la mujer se dirigía de vuelta al castillo y entonces regresó a la gruta. Tenía intención de entrar, de ver a ese hombre y descubrir dónde y cuándo se habían conocido...

Una ráfaga de viento y de lluvia, de espuma e ira salió violentamente de la gruta.

—¿Qué has querido decir con que tu compromiso es con Majere? —gritó la diosa, que aulló—. ¡Me perteneces! ¡Te entregaste a mí!

Krell conocía esa voz mejor que ninguna otra. Zeboim. Y estaba hecha una furia.

El Caballero de la Muerte no tenía la menor idea de por qué esa Némesis, su pesadilla, se hallaba allí; y tampoco le importaba, porque acababa de ocurrírsele que Chemosh estaría impaciente por recibir su informe.

—No debo hacer esperar a mi señor —se dijo antes de dar media vuelta y salir disparado.

4

Qué has querido decir con que tu compromiso es con Majere? —gritó tempestuosamente Zeboim—. ¡Me perteneces! ¡Te entregaste a mí!

La diosa se había materializado en la gruta en medio de un vendaval acompañado por un aguacero. El vestido verde espumaba a su alrededor, mientras el largo cabello, sacudido por el ventarrón, azotaba el rostro de Rhys y lo hacía sangrar. Los ojos, de color gris verdoso, lo chamuscaban. Rechinando los dientes, la diosa golpeó al monje con las uñas convertidas en zarpas.

—¡Tú, ingrato miserable! ¡Después de todo lo que he hecho por ti! ¡Te arrancaría los ojos de cuajo! ¡Qué digo los ojos! ¡Te arrancaría el hígado!

Beleño estaba encogido contra la pared y *Atta* gimoteaba. Rhys elevó una plegaria a Majere en silencio y esperó.

Zeboim se puso erguida mientras abría y cerraba las manos. Inhaló profundamente dos veces y, poco a poco, controló la rabia. Incluso se las arregló para esbozar una sonrisa tirante.

Después se arrodilló al lado de Rhys, enlazó la mano en su brazo con aire seductor y le susurró:

—Te daré otra oportunidad de volver a mí, monje. Te salvaré de Mina. Te salvaré de Chemosh. A cambio sólo pido un pequeño favor.

—Majestad, yo...

Zeboim le puso el dedo sobre los labios.

—No, no, espera hasta que hayas oído lo que quiero. Es algo pequeño, más que pequeño. Infinitesimal. Una nimiedad de nada... Dime la respuesta.

El semblante de Rhys denotó perplejidad.

—La respuesta al enigma—aclaró Zeboim—. ¿Quién es Mina? ¿De donde viene?

Rhys suspiró y cerró los ojos.

—Con toda sinceridad, no lo sé, majestad. ¿Cómo iba a saberlo? ¿Por qué importa eso?

Zeboim se puso de pie, se cruzó de brazos y, tamborileando los dedos, empezó a caminar de un lado a otro de la gruta con el vestido verde arremolinado en torno a los tobillos en un torbellino exacerbado.

—¿Que por qué importa? Es lo que me he preguntado a mí misma. ¿Qué importa quién trajo al mundo a esta humana irritante? A mí me trae sin cuidado, pero, por alguna extraña razón, a mi hermano sí le interesa. Nuitari llegó incluso a visitar a Sargonnas para preguntarle qué sabía sobre Mina. Al parecer esa chica tenía un amigo

que era minotauro o algo por el estilo. Se localizó al tal Galdar, pero no ayudó en nada. —La diosa soltó un suspiro de exasperación.

»En resumidas cuentas, que ahora todos los dioses estamos dándole vueltas a este estúpido asunto. La dragona que empezó todo ha desaparecido sin dejar rastro, como si los mares se la hubiesen tragado, cosa que no ha ocurrido. Eso al menos puedo garantizarlo. Lo cual te deja a ti exclusivamente como opción.

—Majestad, no sé... —empezó el monje.

Zeboim interrumpió su ir y venir por la gruta y se volvió para mirarlo. —Ella dice que sí...

—También dice que yo llevaba la túnica naranja de Majere cuando nos conocimos. Vos estabais allí, majestad, y sabéis que vestía la túnica verde que me disteis.

Zeboim lo miró; miró sus ropas. De nuevo alzó la vista hacia su rostro. Dejó de verlo; la expresión de su mirada se había vuelto abstraída. —Me pregunto... —musitó.

Entrecerró los ojos, enfocados de nuevo en él, y se acuclilló enfrente, ligera, grácil y letal.

—Entrégate a mí, monje, y te liberaré. Ahora mismo. Incluso liberaré al kender y a ese chucho. Entrégame tu fe y emplazaré al barco minotauro. La tripulación te llevará a cualquier parte de este mundo adonde quieras ir.

—No puedo entregarte algo que ya no me pertenece, señora —repuso suavemente Rhys—. Mi fe, mi alma, está en las manos de Majere.

—Mina cumple lo que promete —replicó Zeboim, iracunda. Señaló a Beleño—. Matará a los dos, a tu perra y a ese desgraciado kender. Morirán lentamente y con sufrimiento, todo por tu culpa.

—Majere cuida de los suyos —dijo Rhys, que miró el bastón apoyado contra la pared rocosa.

¡Dejarás que los que confían en ti mueran torturados para poder hallar tú la salvación! ¡Qué gran amigo eres, hermano!

¡Rhys no va a dejar que muramos torturados! —gritó Beleño con decisión—. ¡Somos nosotros lo que queremos morir así! ¿Verdad, *Atta*?. ¡Huy! —añadió en voz baja—. Eso no me ha salido precisamente bien. Zeboim se puso de pie, majestuosa y fría.

—Sea, monje. Te mataría yo misma en este momento, pero no quiero privar a Mina de ese placer. ¡Ten por seguro que estaré observando y saboreando cada gota de sangre! Oh, y sólo por si acaso pensabas que esto podría ayudarte...

Apuntó con el dedo al bastón, que estalló en una fea explosión verdosa. Pequeñas astillas volaron por la caverna y una de ellas le abrió un corte en la mano a Rhys. Se la tapó al instante para que Zeboim no lo viera.

La diosa desapareció en medio del estruendo del trueno, una ráfaga de viento cargada de lluvia y una risa sarcástica.

Rhys se miró la mano y la larga e irregular herida abierta por la astilla. De la herida manaba sangre, y el monje la presionó con el repulgo de la túnica. A su lado yacía todo cuanto quedaba del bastón: el fragmento de madera que le había cortado. Lo recogió y cerró la mano sobre él.

Tenía la respuesta de Majere y se conformaba con ella.

—No estés triste, Rhys —le dijo alegremente Beleño—. No me importa morir y a *Atta* tampoco. Puede resultar divertido ser un fantasma... Eso de deslizarse a través de las paredes y ponerse a dar golpes de noche. *Atta* y yo vendremos a visitarte en nuestras formas fantasmales. No es que haya visto muchos fantasmas de perros, ojo. ¿Por qué será? Tal vez las almas de los perros han terminado ya su viaje y son libres de ir a jugar y correr para siempre por prados verdes. Quizá persiguen almas de conejos. Si es que los conejos tienen alma, claro, y no es que me meta con los conejos...

Rhys esperó pacientemente a que el kender terminara sus divagaciones metafísicas. Cuando Beleño se hartó de hablar y se dispuso a jugar a «roca, paño y cuchillo» con *Atta*, el monje dijo:

—Puedes sacar las manos de los grilletes estrujándolas un poco, ¿verdad?

—El paño cubre la roca. Has perdido otra vez, *Atta*. —El kender fingió no haberlo oído.

—Beleño... —insistió Rhys.

—No nos interrumpas, Rhys. Este juego es muy serio. —Beleño, sé que... —lo intentó de nuevo el monje.

—¡No, no lo sabes! —gritó el kender, que asestó una mirada furiosa a su amigo. Se centró de nuevo en el juego y dio un manotazo a la perra en la pata—. Eso es trampa. ¡Has cambiado de parecer a la mitad! Dijiste «roca» la primera vez...

Rhys guardó silencio.

Beleño siguió echándole miradas ceñudas de reojo al tiempo que rebullía, incómodo. Siguió jugando, pero olvidó qué había elegido, si roca, paño o cuchillo, y eso creó confusión en el juego.

—¡Vale, está bien! —gritó de repente—. Es posible que los grilletes de las muñecas estén un poco holgados. —Bajó la vista a los pies y la expresión le cambió a otra alegre.

«¡Pero jamás podría sacar los pies de los grilletes que tengo en los tobillos!

—Claro que podrías —lo contradijo Rhys— Si te untas un poco de grasa del cerdo salado, sí.

—Me estropearía las botas —objetó el kender, que frunció los labios con gesto de fastidio.

Rhys le miró las botas. Dos sonrosados dedos del pie le asomaban por sendos agujeros en las suelas.

—Cuando oscurezca, te sueltas de los grilletes, coges a *Atta* y os marcháis —dijo.

—Sin ti, no. —El kender hizo hincapié sacudiendo la cabeza—. Usaremos la grasa para sacarte las manos y...

—Los grilletes me ciñen las muñecas muy justos y aún más justos me están en los tobillos. No puedo escaparme, pero tú y *Atta* sí.

—¡No me obligues a marcharme! —suplicó Beleño.

Rhys rodeó los hombros del kender con el brazo.

—Eres un amigo bueno y leal, Beleño, el mejor amigo que he tenido en mi vida. Tu sabiduría me hizo volver con mi dios. Mírame.

Beleño alzó la cara. Las lágrimas le mojaban las mejillas.

—Yo puedo soportar el dolor —dijo el monje—. No le temo a la muerte, porque Majere me espera para recibirme. Lo que no podría soportar sería veros sufrir a vosotros dos. Morir me será mucho más fácil sabiendo que tú y *Atta* estáis a salvo. ¿Querrás hacer este último sacrificio por mí, Beleño?

El kender tuvo que tragar saliva varias veces para poder hablar.

—Sí, Rhys —dijo con aire desdichado.

Atta miraba a su amo, y fue una suerte que no entendiera lo que Rhys decía, porque se habría negado en redondo a obedecer.

—Estupendo. Ahora creo que deberías comer y beber algo, y luego dormir un rato.

—No tengo hambre —masculló Beleño.

—Yo sí —manifestó el monje—. Y sé que *Atta* también.

Al mencionar la comida, la perra se lamió el hocico y se puso de pie al tiempo que movía la cola.

—Creo que quizá tú también tengas hambre —añadió Rhys, sonriente.

Bueno, un poco —admitió el kender que, con un suspiro apesadumbrado, sacó las manos de los grilletes y se acercó, acompañado por el ruido metálico de las cadenas, a la bolsa donde estaba el cerdo salado.

5

El océano borbotaba al paso majestuoso de Zeboim, que abordó el barco minotauro rodeada por espuma. El capitán le hizo una profunda reverencia, y los tripulantes se llevaron la mano a la peluda frente.

—¿Dónde os dirigís, oh, Gloria de Glorias? —preguntó sumisamente el capitán.

—Al templo de Majere —dijo la diosa.

El capitán se frotó el hocico y la miró con aire de disculpa.

—Me temo que no sé...

—Está en alguna montaña en algún sitio —dijo Zeboim al tiempo que agitaba la mano—. Se me ha olvidado el nombre. Yo os guiaré. Y daos prisa.

—Sí, Gloria de Glorias. —El capitán hizo otra reverencia y luego empezó a impartir órdenes a voces, y la tripulación corrió a trepar por las jarcias.

Zeboim alzó las manos, invocó al viento y las velas se hincharon.

—Norte —indicó, y las olas crecieron bajo la proa cuando el viento impulsó al barco por encima del agua y a las nubes.

Los vientos de la voluntad de la diosa condujeron su barco a través del éter espumeante bajo la quilla y la llevaron a un reino remoto que no aparecía en ningún mapa de Krynn porque pocos mortales lo habían visto jamás o sabían de su existencia. Los que sí lo conocían no necesitaban hacer un mapa porque sabían dónde estaba.

Era una tierra de elevadas montañas y profundos valles. En las altísimas montañas no crecía nada y los valles eran tajos abiertos en la roca con un puñado de herbosos montículos dispersos y alguno que otro pino raquítico o abeto torcido por el viento. Los nómadas que habitaban esta desolada región vagaban por las montañas con sus hatos de cabras y llevaban una vida dura.

A medida que la diosa se acercaba a su punto de destino, envolvió el barco en nubes por miedo a que Majere, que era un dios solitario y huraño, descubriera que llegaba y se fuera antes de que hubiese podido hablar con él.

—Clemente señora, esto es una locura —dijo el capitán minotauro, que echó una mirada angustiada por encima de la proa. Cada vez que las nubes se abrían un poco, veía que su barco flotaba peligrosamente cerca de picos dentados y cubiertos de nieve—. ¡Nos estrellaremos contra una montaña y ése será nuestro fin!

—Ancla aquí —ordenó Zeboim—. Estamos cerca de mi destino y lo que queda de viaje lo haré sola.

El capitán obedeció más que contento, puso el barco al pairo y flotaron entre las nubes.

Envolviéndose en una bruma gris que se ciñó a su alrededor como un manto de seda, Zeboim descendió a la ladera de la montaña y buscó la morada de Majere. Hacía eones que no iba allí y había olvidado el punto exacto de su emplazamiento. Llegó a una meseta que abarcaba la distancia entre dos picos y le pareció que el sitio le era familiar, por lo que alzó el velo de niebla con las dos manos y escudriñó en derredor. Entonces esbozó una sonrisa de satisfacción.

Una sencilla casa construida con la esencia del tiempo y de líneas austeras y elegantes se alzaba en la meseta. Además de la casa había un patio pavimentado y un jardín, todo ello rodeado por un muro que el dueño había levantado piedra a piedra con sus propias manos. Esas mismas manos habían construido la casa y se ocupaban del jardín.

—Dioses, me volvería loca como un pez globo si estuviera atrapada aquí sola —masculló Zeboim—. Nadie que te escuche cuando hablas. Nadie que obedezca tus órdenes. Ninguna vida mortal que enredar y manejar. Excepto... que eso no es totalmente cierto, ¿verdad, amigo mío? —Zeboim esbozó una mueca cruel, sarcástica, aunque luego sufrió un escalofrío.

»Pero ¿te das cuenta? ¡Llevo aquí sólo unos segundos y ya estoy hablando sola! Lo siguiente será ponerme a cantar y a pavonearme de aquí para allí mientras sacudo las manos y hago sonar campanillas. Ah, ahí estás.

Encontró a su presa sola en el patio, donde realizaba lo que parecía ser algún tipo de ejercicio o quizá una lenta y sinuosa danza. A despecho del intenso frío, que hacía dar diente con diente a la diosa del mar, Majere llevaba el torso al aire e iba descalzo, y sólo se cubría con unos pantalones holgados atados a la cintura con un ceñidor de tela. El cabello, de color gris acerado, lo llevaba tejido en una trenza que le llegaba a la cintura. Tenía la mirada ensimismada, cuerpo y mente fundidos en uno mientras se movía con la música de las esferas.

Zeboim se lanzó en picado como un cormorán que se zambulle en el agua y aterrizó justo delante de él.

La diosa del mar supo que Majere era consciente de su presencia por el levísimo parpadeo de sus ojos. Quizá estaba al tanto de su aparición desde hacía rato, pero tampoco lo podía asegurar porque él no se dio por enterado de su llegada, ni siquiera cuando dijo su nombre.

—Majere, tenemos que hablar —dijo seriamente.

Los dioses no tenían formas corpóreas ni las necesitaban. Se comunicaban entre sí de mente a mente y sus pensamientos deambulaban por el universo sin trabas ni limitaciones. Sin embargo, al igual que los mortales, los dioses guardaban secretos —ideas que no deseaban compartir, planes y estratagemas que no querían revelar—, de modo que preferían utilizar sus avatares no sólo para comunicarse

con los mortales, sino también entre ellos. Un dios o una diosa sólo permitía que entrara una parte de esencia divina en el avatar, y así mantenía oculta su mente.

El avatar de Majere continuó haciendo el ejercicio —el grácil movimiento de las manos en el aire tenue y frío, el deslizamiento de los pies descalzos sobre las losas del piso— y Zeboim se vio obligada a ejecutar su propia danza —un salto hacia un lado pata quitarse de su camino y esquivarlo— si quería mantener su ritmo y no perder de vista su rostro.

—Supongo que no querrás pararte un momento —dijo finalmente, irritada. Acababa de tropezar con el repulgo del vestido.

Majere prosiguió con su ritual diario, la mirada prendida en las montañas, no en ella.

—Los dos sabemos por qué he venido. Por ese monje tuyo, el mismo al que Mina está a punto de sacarle las tripas o de desollarlo o lo que quiera que tenga planeado hacer con él.

Majere se dio la vuelta con movimientos lentos y precisos, pero no antes de que la diosa advirtiera un parpadeo en sus ojos grises.

—¡Aja! —gritó Zeboim, que se apresuró a desplazarse para ponerse de nuevo delante de él—. Mina. Ese nombre te resulta conocido, ¿verdad? ¿Por qué? Ésa es la cuestión. Creo que sabes algo sobre ella. Creo que sabes mucho sobre ella.

La mano del dios se movió en un grácil arco a través del aire. Zeboim alargó la suya y lo asió por la muñeca, así que Majere se vio obligado a mirarla.

—Creo que has cometido un error —dijo la Señora del Mar.

Majere continuó completamente inmóvil, sereno y dueño de sí mismo. Tenía toda la apariencia de que seguiría de pie en esa postura durante el próximo siglo, y la impaciente Zeboim le soltó el brazo. Majere prosiguió con el ejercicio como si nada lo hubiese interrumpido.

lista es mi teoría —dijo Zeboim, que estaba agotada de intentar mantener el ritmo del dios y se sentó en el muro de piedra mientras exponía sus deducciones— O sabías algo sobre Mina o caíste en la cuenta de algo. Fuera una cosa o la otra, decidiste que tus monjes se ocupasen del tema y, en consecuencia, el primer discípulo de la chica, el patético hermano del monje, fue al monasterio. ¿Qué se suponía que tenía que ocurrir? ¿Que los monjes le devolvieran la vida con plegarias? ¿Que le quitaran la maldición?

Hizo una pausa para que Majere pudiera darle respuestas, pero el dios no dijo nada.

—Sea como sea —continuó Zeboim—, lo que quiera que se suponía que tendría que pasar no tuvo lugar y sí ocurrió algo desastroso. Quizá Chemosh descubrió tus planes y actuó para que

fracasaran. Su discípulo asesinó a los monjes. A todos salvo a uno: Rhys Alarife. El estaba destinado a ser tu campeón, pero ¡ay! lo perdiste. Estaba, y con razón, furioso contigo. ¿En qué andabas ocupado mientras masacraban a tus monjes? ¿En ejecutar tu bonita danza?

«Todo tiene que ver con la potestad de obrar por propia elección. —La diosa se frotó los brazos para conservar el calor—. Vosotros, los dioses de la Luz, estáis fomentando siempre el libre albedrío y hete aquí un ejemplo perfecto de por qué esa idea es absolutamente ridícula. Necesitabas desesperadamente a tu discípulo, ¿y qué hizo él? Ejercer su libre albedrío. Te dio la espalda y se volvió a mí en busca de ayuda.

«Sin embargo te niegas a abandonarlo, una actitud muy indulgente y comprensiva por tu parte, he de admitir —añadió Zeboim al tiempo que se encogía de hombros—. Si uno de mis discípulos hubiese hecho eso lo habría ahogado en su propia sangre. Pero tú no. Tú caminas pacientemente a su lado, intentas guiarlo pacientemente pero, de nuevo, otra vez, algo va mal. No sé bien qué, pero algo.

Majere continuaba con su ejercicio, sin hablar, sin mirarla. Pero la estaba escuchando, de eso estaba segura.

—Te eché encima a Mina o, más bien, se la eché a Rhys. En realidad no era ésa mi intención. Íbamos con prisa, tenía que entregársela a Chemosh como parte del trato que habíamos hecho. No obstante, pensé que debería presentarlos el uno al otro ya que había sido yo la que insistió en que Rhys la encontrara. Quería que él supiera qué aspecto tenía la chica. ¡Bueno, pues, imagina mi pasmo cuando Mina aseguró que el monje la conocía! Él asegura que no y para mí es evidente que dice la verdad. El pobre diablo no sabe mentir. Yo le creí, pero Mina, no.

«Hablo en serio. Total, yo había decidido que esos dos volvieran a verse y de ese modo, por añadidura, le amargaría la vida a Chemosh, pero eso no viene al caso. Mina se ha rencontrado con Rhys y ahora resulta que él no la conoce y ella sabe que él no la conoce. Está confusa, pobrecita, y es lógico. Aun así, le dijo algo muy interesante al monje. Dijo que la primera vez que lo vio vestía una túnica naranja, pero Rhys no llevaba tal cosa, sino una preciosa túnica verde que yo le había dado. Conclusión: o Mina es daltónica o está chiflada.

Zeboim hizo una pausa para respirar. El mero hecho de observar a Majere la agotaba; ya no esperaba que el dios le hablara.

—No creo que Mina sea daltónica ni que esté loca. Lo que creo es que realmente vio lo que vio. Creo que vio a Rhys Alarife en un momento de su vida en el que él llevaba la túnica naranja y sabía quién era ella. Ahora no, porque no lo sabe. Tampoco en el pasado, porque no lo sabía. Lo que nos deja... un tiempo que está por llegar. —

Zeboim hizo una pausa efectista.

«Mina vio a tu monje en el futuro, un futuro en el que él ha vuelto a ti, un futuro en el que sabe algo sobre la chica. Y lo sabe porque tú se lo habrás dicho. —La diosa se encogió de hombros.

«El problema que tienes, Majere, es que ahora ese futuro nunca llegará a realizarse porque Mina planea torturar a tu pobre monje hasta matarlo.

«Luego está el tema del kender, que rompe a llorar y empieza con balbuceos sensibleros cada vez que ve a Mina, pero no quiero aburrirte con eso. Es un kender, después de todo. De ellos no se puede esperar un comportamiento racional. —Zeboim miró al dios.

«Adelante, sigue con tu baile, finge que estás por encima de todo esto. La verdad es que estás en un lío. No soy la única que se pregunta qué pasa con esa mortal, Mina. Mi hermano Nuitari puede ser más enfadoso que un grano en el trasero, pero no es estúpido. Él y los extraños primos están haciendo preguntas. A Sargonnas no le hace gracia que esos Predilectos se estén congregando al este de Ansalon, tan cerca de su imperio. A Nuitari no le gusta tenerlos tan cerca de su torre. Mishakal está furiosa porque hace falta la mano de un niño para destruirlos, un toque maravilloso por parte de Chemosh, tengo que admitir. Me divierte bastante la idea de que unos dulces y tiernos chiquillos tengan que convertirse en asesinos sanguinarios.

«¿Que por qué estoy aquí, Majere? Veo que te estás haciendo esa pregunta. He venido a prevenirte. Soy la primera deidad que te visita, pero no seré la última. Todos los postes indicadores señalan en tu dirección. Los demás encontrarán el camino a tu fortaleza en la montaña y algunos (estoy pensando concretamente en mi padre) no se mostrarán tan dulces y encantadores como he sido yo. Será mejor que hagas algo antes de que pierdas completamente el control de la situación. Es decir, si es que no lo has perdido ya.

« ¿Quizá te gustaría desahogarte, contarme la verdad? Me encantaría ayudar a Rhys Alarife… por un precio. Apaciguaré a mi padre y a mi hermano y evitaré que te molesten. Cuéntame lo que sabes sobre Mina. Será nuestro secreto, ¡lo juro!

Zeboim esperó al tiempo que se frotaba los brazos y pateaba el suelo.

Majere seguía con movimientos con los que se deslizaba sobre las heladas losas del pavimento, el semblante inexpresivo, inescrutable.

—¡Guarda tu secreto, pues! —gritó Zeboim en tono desapacible —. No tendrás ningún problema para conseguirlo porque tu pobre monje preferirá morir antes que revelarlo. ¡Huy, se me olvidaba! —Dio una palmada—. ¡No puede desvelarlo porque no lo sabe! Será torturado para sacarle una información que no tiene, así que no podrá decirlo. Qué broma tan maravillosa a costa del pobre tipo. ¡Eso le

enseñará de qué vale poner su fe en un dios como tú!

Dejando tras de sí una estela de niebla y bruma, Zeboim se marchó ofendida. Regresó al barco y ordenó a los minotauros que zarparan rápidamente y pusieran rumbo a climas más cálidos.

En el patio, Majere intentó proseguir con el ritual, pero le fue imposible. La mente tenía que estar serena para meditar, y la suya se hallaba sumida en el caos.

—Paladine —musitó—, tu cuerpo mortal no puedo oírme, pero quizá tu alma sí. Te he fallado y te pido perdón. Trataré de rectificar. «Aunque me temo que ya es demasiado tarde.

6

Chemosh se encontraba en las almenas del Castillo Predilecto (estaba considerando seriamente cambiarle el nombre) y observaba a Mina que corría por la playa. Se volvió y casi tropezó con Ausric Krell. Chemosh maldijo y retrocedió. —¿Qué te propones al acercarte a mí con tanto sigilo? —Fuiste tú quien me ordenó que fuese discreto —replicó malhumorado Krell.

—¡Al seguir a Mina, olla sopera andante! Cuando estés cerca de mí puedes tintinear y meter tanto ruido como quieras. ¿Y bien? —añadió tras una pausa—. ¿Qué nuevas traes?

—Tenías razón, mi señor-contestó Krell, exultante—. ¡Fue a reunirse con Zeboim!

—¿No con un amante? —inquirió Chemosh, estupefacto.

El Caballero de la Muerte comprendió que había cometido un error.

—Eso también —agregó con premura—. Mina fue a reunirse con la Arpía del Mar y con un amante. —Se encogió de hombros—. Probablemente algún sacerdote de Zeboim.

—¿Probablemente? —repitió Chemosh, ceñudo—. ¿Es que no lo sabes? ¿No lo viste?

Krell se puso nervioso.

—Yo... eh... Difícilmente podía hacer tal cosa, mi señor. Zeboim se encontraba allí y... Imagino que no querrías que supiera que estábamos espiando...

—Lo que quieres decir es que no querías que ella supiera que debajo de toda esa armadura de acero se esconde un redomado cobarde. —El dios echó a andar hacia la torre de la escalera—. Ven. Me enseñarás dónde se halla ese amante. Tendré mucho gusto en conocerlo.

Krell se encontraba en un dilema. Su historia era verosímil... de momento. Pero no había metido al kender y al perro que, cuanto más pensaba en ello, menos veía que pudieran respaldar su cuento sobre amantes y citas clandestinas. Luego estaba la libertad que se había tomado en la sucesión de los hechos; Zeboim había llegado, pero lo había hecho después de que Mina se hubiera marchado, algo que sonaba raro entre dos supuestos conspiradores.

—¡Espera, mi señor! —llamó con urgencia.

—¿A qué? —Chemosh se volvió a mirarlo con impaciencia.

—A... la caída de la noche —contestó Krell, salvado por la inspiración—. Oí a Mina decirle a ese hombre que regresaría a su lado por la noche. Podríamos pillarlos in fraganti —añadió, seguro de que eso sería del agrado de su señor.

Chemosh se había puesto muy pálido y abría y cerraba las manos debajo del andrajoso encaje de los puños. El viento le enredaba el cabello desgreñado.

—Tienes razón —dijo con una voz carente de matices.

Krell soltó un enorme suspiro de alivio, aunque lo hizo para sus adentros. Saludó a su señor y giró sobre sus talones. Regresaría a la cueva para asegurarse de que cuando Chemosh llegara allí encontrara lo que le había dicho.

—Krell —llamó bruscamente Chemosh—, estoy aburrido, ven a jugar al khas conmigo. Así me quitará algunas cosas de la cabeza.

El Caballero de la Muerte encorvó los hombros. Detestaba jugar al khas con Chemosh. Para empezar, el dios siempre ganaba, cosa nada difícil cuando uno puede ver de golpe todos los movimientos posibles y todos los resultados posibles. En segundo lugar, tenía cosas urgentes de las que ocuparse en la gruta, como un kender y un perro a los que despachar.

—Me encantaría disputar una partida contigo, mi señor, pero he de entrenar a los Predilectos. ¿Por qué no retozas un poco con Mina? No estaría de más sacarle provecho a tu dinero...

Krell comprendió mientras hablaba que había metido la pata. Se habría tragado las palabras y, de paso, a sí mismo, pero ya era demasiado tarde para eso. Los oscuros ojos de Chemosh tenían una expresión que hizo que el Caballero de la Muerte deseara reptar dentro de la armadura y no volver a salir jamás.

Se produjo un terrible silencio y después Chemosh habló fríamente. —De ahora en adelante Mina entrenará a los Predilectos y tú jugarás al khas.

—Sí, señor —farfulló Krell.

El Caballero de la Muerte siguió con pasos pesados a Chemosh por la escalera hasta el salón. Puede que él hubiera caído en desgracia, pero tenía un consuelo: ahora no querría estar en las botas de Mina ni por todo lo que el cielo o el Abismo pudieran ofrecerle.

Mina se dio un baño en el océano aunque no fue de forma intencionada. Las olas que la ira de Zeboim había levantado cubrieron la franja de arena que se extendía desde el espigón rocoso hasta el acantilado donde se alzaba el castillo. El agua no era profunda y la fuerza de las olas se rompía en las rocas. Mina era buena nadadora y disfrutó con el ejercicio, que le calentó los músculos y le liberó la mente, obligándola a reconocer la desagradable verdad.

Creía al monje. Él no mentía. Conocía a los hombres y ése era de los que no sabían mentir. Le recordaba en cierto modo a Galdar, su oficial y leal amigo. También Galdar había sido incapaz de decir una mentira ni siquiera sabiendo que ella la habría preferido a la verdad.

Con una punzada de remordimiento, se preguntó qué sería de Galdar. Esperaba que todo le fuera bien. De repente sintió el deseo de verlo. Durante un instante quiso que estuviera allí y le dijera que todo saldría bien.

Saliendo del mar, se escurrió el agua del cabello y de la empapada ropa y dejó de desear lo imposible. Tenía que decidir qué hacer con el monje. Ahora no la conocía, pero la había conocido cuando se habían encontrado la primera vez. En sus ojos había visto que la reconocía, lo que ocurría era que se había olvidado o había sucedido algo que lo había hecho olvidar.

Una forma de recuperar la memoria era a través del dolor. Ella había ordenado utilizar la tortura con sus prisioneros, y los caballeros negros eran expertos en esos menesteres. Había presenciado el sufrimiento de los hombres y a veces los había visto morir, convencida de que actuaba correctamente, al servicio de una causa loable: la causa del Dios Único.

Ahora la convicción había sido sustituida por la incertidumbre. Empezaba a dudar. Esa mañana se había sentido tan furiosa que habría azotado al monje hasta despellejarlo vivo sin el menor remordimiento. Pensándolo bien se preguntó si sería capaz de torturar a sangre fría y, de hacerlo, si podría fiarse de la información obtenida bajo coacción.

Galdar siempre había dudado de la efectividad de la tortura como medio para obtener información.

—Un hombre dirá cualquier cosa con tal de que cese el dolor —le había advertido el minotauro en una ocasión.

Mina sabía que eso era cierto porque estaba padeciendo un tormento y haría lo que fuera para acabar con el dolor.

I labia otra forma. La muerte no tenía secretos, no para el Señor de la Muerte. Podía contarle todo a Chemosh, desnudarle su alma. El la ayudaría a arrancarle la verdad al monje.

Mina aferró el collar de perlas, lo rompió de un tirón y lo arrojó al mar. Apaciguado su corazón, regresó al castillo, se puso un bonito atuendo y fue en busca de Chemosh.

Encontró al Señor de la Muerte en su estudio jugando al khas con Krell.

Mina y el Caballero de la Muerte intercambiaron una mirada que expresaba claramente el aborrecimiento que se profesaban y después Krell enfocó de nuevo la atención en el tablero. Mina lo observó con más detenimiento. Parecía el mismo bruto cruel y grosero de siempre, pero había en él una especie de suficiencia enmascarada que era nueva y preocupante. También le resultaba inquietante que él y su señor parecieran estar muy cómodos juntos. De hecho, Chemosh reía

por algo que decía Krell cuando ella entró en el estudio.

Mina iba a hablar, pero Chemosh se le adelantó.

—¿Disfrutaste del baño, señora? —preguntó con una mirada apática.

El corazón le tembló. El tono de Chemosh era gélido y sus palabras parecían un insulto. ¡Señora! Como si le estuviera hablando a una desconocida.

—Sí —contestó, y siguió hablando rápidamente, antes de perder los nervios—. Mi señor, tengo que hablar contigo. —Dirigió una fugaz mirada a Krell—. En privado.

—Estoy en mitad de una partida —repuso lánguidamente el dios —. Parece que Krell tiene posibilidad de ganarme. ¿Tú qué dices, Krell?

—Te estás batiendo en retirada, mi señor —contestó el Caballero de la Muerte, sin entusiasmo.

—Entonces ¿después de la partida, mi señor? —preguntó Mina, que tragó saliva con esfuerzo.

—Me temo que no. —Chemosh alargó la mano y desplazó a un caballero por todo el tablero; lo usó para tirar al suelo a uno de los peones de Krell—. Sé todo sobre tu amante, Mina, así que no hace falta que me sigas mintiendo.

—¿Amante? —repitió ella, estupefacta—. No sé de qué hablas, mi señor. No tengo ningún amante.

—¿Y qué hay del hombre que se oculta en la gruta? —inquirió Chemosh, que se giró en la silla para mirarla directamente a la cara.

Mina tembló. Pensó en diez cosas distintas que alegar en su defensa, pero ninguna sonaba verosímil. Abrió la boca, pero no emitió ninguna palabra. La sangre se le agolpó en las mejillas y supo que su silencio y su enrojecimiento señalaban su culpabilidad.

—Mi señor —arguyó con desesperación, cuando recuperó la voz —. Puedo explicar...

—No me interesan tus explicaciones —la interrumpió fríamente Chemosh, que volvió de nuevo a la partida—. Podría matarte por tu traición, señora, pero entonces tu lastimero fantasma me estaría incomodando toda la eternidad. Además, tu muerte sería la pérdida de una mercancía valiosa.

No la miró mientras hablaba, sino que sopesó el siguiente movimiento en el tablero.

—Te pondrás al mando de los Predilectos, señora. Te escuchan y te obedecen. Tienes experiencia en campos de batalla. En consecuencia, eres la comandante adecuada para convertirlos en un ejército y prepararlos para el asalto a la torre de Nuitari. Organizarás a los Predilectos y los conducirás a un campamento que he establecido en un lugar lejos de aquí.

El cuarto se oscureció, el suelo se ladeó y las paredes se movieron. Mina tuvo que asirse a una mesa para mantener de pie.

—¿Me estás desterrando de tu presencia, mi señor? —preguntó débilmente, apenas capaz de encontrar aliento para hacer la pregunta.

El dios no se dignó contestar.

—Podría instruirlos aquí —dijo la joven.

—No sería de mi agrado. Me he dado cuenta de que me aburre verlos. Y verte a ti.

Mina caminó como sonámbula por un suelo que parecía sacudirse y alabear bajo sus pies. Al llegar ante Chemosh cayó de hinojos a su lado y lo asió del brazo.

—¡Mi señor, déjame que te lo explique! ¡Te lo suplico!

—Te he dicho, Mina, que estoy en mitad de una partida...

—¡Me he desprendido de las perlas! —gritó—. Sé que te desagradaban. Tengo que decirte...

Chemosh libró el brazo de los dedos de la joven y se arregló el puño de encaje, que se había arrugado.

—Partirás mañana por la mañana y hoy permanecerás encerrada en tus aposentos, bajo guardia. Me propongo visitar a tu amante esta noche y no quiero que te escabullas e intentes prevenirlo.

Mina estaba a punto de desmoronarse. Las piernas no la sostenían y las manos le temblaban. Un sudor frío la cubría de pies a cabeza. Entonces Krell hizo un ruido. Se reía, una risa baja y profunda. La joven miró los ojos ardientes, porcinos, del Caballero de la Muerte, y vio el triunfo en ellos. Ahora sabía quién la había espiado.

Su odio por Krell le dio fuerzas para ponerse de pie, hacer que se evaporaran sus lágrimas y prestarle coraje para hablar.

—Como ordenes, mi señor.

—Tienes permiso para retirarte. —El dios movió otra pieza. Mina salió del estudio, aunque no tenía ni idea de cómo lo había hecho. No veía nada, no sentía nada, estaba completamente insensibilizada. Caminó a trompicones hasta donde fue capaz y se las ingenió para llegar a sus aposentos antes de desmayarse y desplomarse en el suelo, donde yació tendida como algo muerto.

Después de que la chica se hubo marchado, Krell bajó la vista al tablero y, para su sorpresa, comprendió que había ganado.

El Caballero de la Muerte movió un peón, se apoderó de la reina negra y la apartó del tablero.

—Tu rey está atrapado, mi señor —manifestó, exultante—. No tiene dónde ir. La partida es mía.

Chemosh lo miró y Krell tragó saliva con esfuerzo.

—O tal vez no. Ese último movimiento... Me he equivocado. Era un movimiento ilegal. —Volvió a colocar rápidamente a la reina negra

en su casilla—. Te pido disculpas, mi señor, no sé en qué estaría pensando...

Chemosh asió el tablero de khas y se lo arrojó a Krell a la cara.

—Si me necesitas, estaré en la Sala del Tránsito de Almas. ¡No pierdas de vista a Mina! Y recoge esas piezas —añadió Chemosh mientras se marchaba.

—Sí, mi señor —masculló Ausric Krell.

7

El frío del suelo de piedra sacó a Mina del desvanecimiento. Tiritaba de tal modo que se sostuvo erguida a duras penas. Arrastrando los pies, se envolvió en una manta de la cama y fue hacia la ventana.

Soplaba una brisa moderada y el Mar Sangriento estaba en calma. Las olas rompían en las rocas de la orilla sin apenas salpicar. Los pelícanos, volando en formación como un Ala de Dragones Azules, andaban de pesca. El cuerpo brillante de un delfín rompió la superficie del agua y se sumergió de nuevo.

Tenía que hablar con Chemosh, tenía que conseguir que la escuchara. Todo aquello era una equivocación o, más bien, una mala pasada.

Mina caminó hacia la puerta de la habitación y descubrió que no estaba cerrada como había temido. La abrió de golpe.

Ausric Krell se encontraba ante ella.

Mina le asestó una mirada cáustica y dio un paso con intención de sobrepasarlo.

Krell se desplazó para cerrarle el camino.

—Quítate de en medio —increpó, obligada a enfrentarse a él.

—Tengo órdenes —se regodeó el Caballero de la Muerte—. Tienes que quedarte en tus aposentos. Si quieres ocupar el tiempo te sugiero que empieces a preparar el equipaje para tu marcha mañana. Quizá quieras llevarte todo lo que posees, porque no volverás.

Mina lo miró con fría rabia.

—Sabes que el hombre que está en la cueva no es mi amante. —Yo no sé nada de eso —replicó Krell.

—Una mujer no encadena a su amante a una pared y lo amenaza de muerte —manifestó mordazmente la joven—. ¿Y qué pasa con el kender? ¿También él es mi amante?

La gente tiene sus rarezas—comentó, magnánimo, Krell—. Cuando estaba vivo me gustaba que mis mujeres se resistieran, que chillaran un poco, así que no soy el más indicado para juzgar a nadie.

—Mi señor no es estúpido. Cuando vaya a la cueva esta noche y se encuentre con un monje demacrado y a un pequeño kender lloroso encadenados a una pared comprenderá que le has mentido.

—Tal vez sí —contestó Krell, impasible—. O tal vez no.

—¿Eres tan necio como aparentas, Krell? —increpó Mina, prietos los puños—. Cuando Chemosh descubra que le has mentido sobre mí se pondrá furioso contigo. Es muy posible que te entregue a Zeboim. Pero aún estás a tiempo de salvarte. Ve y cuéntale a Chemosh que has pensado bien las cosas y que estabas equivocado...

Krell no era tonto; ya había pensado bien las cosas y sabía lo que tenía que hacer exactamente para protegerse.

—Mi señor Chemosh ha dado orden de que no se lo moleste —contestó, y le propinó un empellón a Mina que la mandó de vuelta al interior de la habitación.

Cerró de un portazo, atrancó por fuera la puerta y siguió montando guardia delante.

Mina regresó a la ventana. Sabía lo que Krell planeaba: sólo tenía que ir a la cueva, disponer del kender y de la perra, matar al monje, quitarle las cadenas y dejar el cadáver para que Chemosh lo encontrara, junto con alguna evidencia que demostrase que la gruta había sido su nido de amor.

Quizá ya lo había hecho. Eso explicaría su aire de satisfacción. Mina ignoraba cuánto tiempo había estado desmayada; horas, como poco. El castillo estaba orientado al este y su sombra se proyectaba, oscura, sobre las olas rojas. El sol se metía ya y el día llegaba a su fin.

Mina se quedó en la ventana.

«He de recuperar la confianza y el afecto de mi señor. Tiene que haber un modo de demostrarle mi amor. Si pudiera hacerle un regalo, algo que ansiara poseer...»

Mas ¿qué podía haber que quisiera un dios y no pudiera tenerlo?

Una cosa. Había algo que Chemosh deseaba y que no podía tener.

La torre de Nuitari.

—Si estuviese en mi mano, lo haría —musitó la joven—, aunque en ello me fuese la vida...

Cerró los ojos y se encontró en el fondo del mar. La Torre de la Alta Hechicería se alzaba ante ella; las cristalinas paredes reflejaban el agua azul, el coral rojo, las algas verdes y la multitud de criaturas marinas multicolores, un continuo panorama de vida marina que desfilaba sobre su superficie facetada.

Estaba dentro de la torre, en su prisión, hablando con Nuitari. Estaba en el agua de la esfera, hablando con la dragona. Estaba en el Solio Febalas, abrumada por el sobrecogimiento, rodeada por el milagro sublime que eran los dioses.

Mina extendió las manos. Su anhelo se intensificó, brotó impetuoso en su interior. El corazón le martilleó, los músculos se le quedaron agarrotados. Cayó de rodillas con un gemido y siguió con las manos extendidas hacia la torre que la colmaba toda por dentro.

El anhelo la controló y la arrastró. No podía ni quería frenarse. Se entregó al anhelo y fue como si el corazón se le desgarrara. Jadeó, falta de aliento. Saboreó sangre en la boca. Se estremeció y volvió a gemir y, de repente, algo se rompió dentro de ella.

El anhelo, el deseo, fluyó a través de sus manos extendidas y ella se quedó tranquila y en paz...

Krell había hallado una forma de salir del aprieto, aunque no era la forma que Mina había imaginado, ya que ese plan requería que Krell se ausentara del castillo y a él lo aterraba hacerlo por miedo a que Chemosh regresara en cualquier momento y lo descubriera. El Caballero de la Muerte tendría el cerebro de un roedor, pero era sobradamente astuto para compensarlo. Su plan era sencillo y directo.

No tenía que matar al kender, al monje ni a la perra. Lo único que tenía que hacer era matar a Mina.

Muerta ella, se acababa la historia. Chemosh no tendría razón para ir a la cueva a enfrentarse a su amante y el problema de Krell quedaría resuelto.

Krell la detestaba y la habría matado hacía tiempo, pero temía que Chemosh acabara con él, algo nada fácil de lograr puesto que ya estaba muerto, pero el Caballero de la Muerte tenía la convicción de que el Señor de la Muerte hallaría la forma y que ésta no sería agradable.

Consideraba que matar a Mina ahora era seguro. Chemosh la despreciaba, la detestaba. No soportaba verla.

—Trató de escapar, mi señor —repasó lo que pensaba decirle—. No era mi intención matarla, pero no soy consciente de mi fuerza.

Habiendo decidido matar a Mina, a Krell sólo le quedaba determinar cuándo. En cuanto a eso, vacilaba. Chemosh había dicho que iba a la Sala del Tránsito de Almas, pero ¿hablaría en serio? ¿Se habría marchado el dios o aún andaría al acecho por el castillo?

Cada vez que Krell acercaba la mano al pestillo de la puerta se imaginaba a Chemosh entrando en la habitación a tiempo de presenciar cómo le rebanaba el cuello a su amante. Chemosh la despreciaría, pero algo tan horripilante todavía podía causarle impresión.

Krell no se atrevía a abandonar su puesto para comprobarlo. Finalmente, enganchó a un espectral secuaz que pasaba por allí y le ordenó que realizara averiguaciones. El secuaz estuvo ausente un buen rato durante el cual Krell paseó por el corredor e imaginó su revancha con Mina, cada vez más entusiasmado con la idea.

El secuaz le llevó la noticia de que Chemosh se hallaba en la Sala del Tránsito de Almas y que aparentemente no tenía prisa en regresar.

Perfecto. Chemosh se encontraría allí para ver llegar el espíritu de Mina. Así no tendría razón para ir a la cueva. Ninguna en absoluto.

Krell alargó la mano hacia el picaporte y entonces se detuvo. Una luz ambarina empezó a brillar alrededor del marco de la puerta. Miró el fenómeno, desconcertado, mientras el resplandor se hacía más y más intenso.

El Caballero de la Muerte sonrió. Las cosas marchaban mejor de

lo que podría esperar. Por lo visto Mina había prendido fuego a la habitación.

Golpeó la puerta con el puño, desenvainó la espada y penetró en el cuarto.

8

La gruta olía a cerdo salado. *Atta* relamía los huesos de las costillas que se había comido y miraba, anhelante, a Beleño, que restregaba obedientemente, aunque con aire triste, el interior de sus botas con un trozo de carne grasienta. Rhys había razonado que al kender le sería más fácil sacar los pies de las botas que intentar sacar las botas de los grilletes.

—¡Ya está, acabé! —anunció Beleño. Le dio lo que quedaba del trozo de cerdo destrozado a la perra, que lo engulló de una tacada y después se puso a olisquear las botas, hambrienta.

—*Atta*, vale ya —ordenó Rhys, y la perra se le acercó, obediente, y se tumbó a su lado.

Beleño giró el pie derecho y soltó un gruñido.

—Nada —dijo, tras forcejear un momento—. No cede. Lo siento, Rhys, valió la pena intentarlo...

—Lo que tienes que hacer es mover el pie, Beleño —comentó el monje con una sonrisa.

—Lo moví —protestó el kender—. Las botas están bien ajustadas en esa parte. Siempre me han quedado un poco pequeñas, por eso los dedos abrieron un agujero en la punta. Bien, pensemos ahora cómo podemos escapar los dos.

—Hablaremos de ello después de que tú estés libre —replicó Rhys. —¿Prometido? —Beleño miró a su amigo con desconfianza. — Prometido.

El kender asió el aro metálico que tenía ceñido ai tobillo y empezó a tirar de él y de la bota.

—Dobla el pie —instruyó pacientemente Rhys.

—¿Quién te crees que soy? —demandó Beleño— ¿Uno de esos tipos del circo que hacen un nudo con las piernas detrás del cuello y caminan sobre las manos? Sé que eso lo puedo hacer porque lo intenté una vez. Mi padre tuvo que desengancharme...

Beleño, el tiempo se nos está acabando —dijo Rhys. La luz del día menguaba en el exterior y la gruta estaba cada vez más oscura.

El kender suspiró profundamente. Arrugando la cara, se puso a tirar y a tirar. El pie derecho salió de la bota y después le siguió el izquierdo. Sacó las botas de los grilletes y las miró con tristeza.

—Todos los perros que haya en seis condados a la redonda me perseguirán —rezongó. Se metió las botas grasientas y, cogiendo otro trozo de cerdo salado, se agachó junto a Rhys—. Te toca a ti.

—Mira, Beleño. —El monje señaló los grilletes que se ajustaban muy prietos a sus tobillos huesudos, luego alzó los que le ceñían las muñecas, tan ajustados que le habían excoriado la piel.

Beleño miró y el labio inferior le tembló.

—Es culpa mía.

—Pues claro que no es culpa ruya, Beleño —arguyó Rhys, sorprendido—. ¿Por qué dices eso?

—¡Si fuera un kender como es debido no estarías atascado aquí para que te mataran! —gritó Beleño—. Tendría ganzúas, ¿sabes?, y abriría esos cierres así. —Chasqueó los dedos, o lo intentó, porque debido a la grasa el chasquido no sonó muy allá—. Mi padre me dio un juego de ganzúas cuando cumplí los doce e intentó enseñarme a utilizarlas. No se me daba nada bien. Una vez se me cayeron y, ¡zas!, el ruido despertó a toda la casa. Otra vez la ganzúa se coló del todo por la cerradura, aún no entiendo cómo, y acabó al otro lado de la puerta, y ésa la perdí...

»¡No me iré! —El kender se cruzó de brazos—. ¡No puedes obligarme!

—Beleño, tienes que irte —dijo Rhys con firmeza.

—No, no tengo que hacerlo.

—Es la única forma de salvarme —indicó el monje en tono solemne. Beleño levantó la cabeza.

—He estado pensado —prosiguió el monje—. Estamos en el Mar Sangriento, así que debemos de encontrarnos en algún lugar cercano a Flotsam. Hay un templo de Majere en Flotsam...

—¿Lo hay? ¡Eso es maravilloso! —gritó Beleño, entusiasmado—. ¡Puedo ir corriendo a Flotsam y encontrar el templo, reunir a los monjes, traerlos aquí para que repartan leña y te rescataremos!

—Es un plan excelente.

—¡Me marcho ahora mismo! —Beleño se incorporó precipitadamente. —Llévate a *Atta* —dijo Rhys—. Como protección. Flotsam es una ciudad sin ley o eso he oído decir.

—¡Vale! ¡Vamos, *Atta*!. —El kender silbó.

La perra se levantó, pero no lo siguió y miró a Rhys. Notaba que algo no iba bien.

—*Atta*, vigila-dijo el monje, que señaló al kender.

A menudo le daba la orden de «vigilar» algo, lo que significaba que tenía que proteger lo que fuera, no dejar que se acercara nadie. La había dejado guardando ovejas enfermas mientras él iba a buscar ayuda y a menudo le había encomendado guardar a Beleño.

En este caso, sin embargo, Rhys no se marchaba, sino que se quedaba, y el sujeto al que supuestamente tenía que guardar, se marchaba. Rhys ignoraba si el animal entendería y obedecería. Sin embargo, la perra estaba acostumbrada a cuidar del kender y Rhys confiaba en que ahora se avendría a esto igual que había hecho en el pasado. Había pensado en intentar hacer una correa para ella, pero la perra jamás había estado atada, por lo que Rhys imaginaba que se

resistiría contra la correa y no había tiempo para eso. La noche avanzaba a pasos agigantados.

—*Atta*, aquí.

La perra se acercó a él y el monje la tomó por la cabeza con las manos y miró los ojos marrones.

—Ve con Beleño —le dijo—. Cuida de él. Vigila.

Rhys la acercó hacia sí y la besó suavemente en la frente. Luego la soltó.

—Llámala otra vez.

—*Atta*, ven —repitió Beleño.

La perra miró a Rhys, que gesticuló en dirección al kender. —Sal ahora —le ordenó Rhys a Beleño—. De prisa.

El kender obedeció y se encaminó hacia la boca de la gruta. Tras mirar de nuevo a Rhys, *Atta* fue en pos de Beleño obedientemente. Rhys soltó un suave suspiro. Beleño se paró un instante.

—Volveremos pronto, Rhys. No... no te muevas de aquí.

—Sé prudente, amigo mío —contestó el monje—. Tú y *Atta* cuidad uno del otro.

—Lo haremos. —Beleño vaciló un instante pero luego salió disparado de la cueva. La perra corrió tras él, igual que había hecho tantas veces antes.

Rhys se recostó en la pared rocosa mientras las lágrimas acudían a sus ojos, si bien sonrió.

—Perdóname por mentir, señor —musitó.

En toda su larga historial los monjes de Majere jamás habían construido un templo en Flotsam.

Chemosh se encontraba siempre en la Sala del Tránsito de Almas aunque iba allí en contadas ocasiones, una contradicción que se explicaba por el hecho de que una de las facetas del Señor de la Muerte se hallaba siempre presente en la Sala, sentada en el oscuro trono mientras ponía a prueba a las almas de quienes habían dejado el cuerpo mortal atrás y se disponían a emprender la siguiente etapa del eterno viaje.

Rara vez ocupaba esa faceta de sí mismo. Aquel lugar estaba demasiado aislado, demasiado lejos del mundo de dioses y mortales. Los otros dioses tenían prohibido ir a la sala para que no influyeran de forma indebida en las almas sometidas a juicio.

Al Señor de la Muerte se le daba una última oportunidad de intentar inclinar a las almas hacia la causa del Mal, evitar que continuaran el viaje, hacerse con ellas y quedárselas. Las almas que habían aprendido las lecciones de la vida eludían fácilmente sus añagazas, al igual que las almas inocentes, como las de los niños.

Uno de los dioses del Bien o de la Neutralidad podía interceder a

favor de un alma, pero únicamente si echaba una bendición a esa alma antes de que entrara en la sala. Justo en ese instante, un alma así se hallaba ante el trono de ónice y plata, un alma que estaba ennegrecida pero que aun así irradiaba luz azul. El hombre había cometido actos viles, pero había sacrificado la vida por salvar a unos niños atrapados en un incendio. El viaje de su alma no sería sencillo porque aún le quedaba mucho por aprender, pero Mishakal lo bendijo y el espíritu consiguió escabullirse de la mano huesuda y anhelante del Señor de la Muerte. Cuando Chemosh enredaba a un alma, la apresaba y la arrojaba al Abismo o la mandaba de vuelta al cuerpo muerto, que a partir de ese instante se convertía en su atroz prisión.

Los dioses de Mal también podían reclamar almas. Almas que ya se habían comprometido con Morgion o que llevaban la marca de Zeboim entraban en la sala cargadas de cadenas para que el Señor de la Muerte se las entregara a aquellos dioses a quienes habían jurado servir.

Chemosh sólo acudía a la sala en su forma «mortal» en los momentos en los que estaba profundamente conturbado. Le gustaba recordar su poder. No importaba a qué dios hubiese servido un mortal en vida, porque cuando esa vida acababa todas las almas pasaban ante él. Incluso las que negaban la existencia de los dioses se encontraban allí, lo que era una gran impresión para la mayoría. Se las juzgaba conforme al modo en que habían vivido, no porque hubiesen profesado fe a tal o cual deidad en vida. Una hechicera que hubiese ayudado a la gente durante su vida proseguía su camino, en tanto que el alma codiciosa, avara, que había engañado regularmente a sus clientes pero que nunca se perdía un servicio religioso, caía víctima de las lisonjas del Señor de la Muerte y acababa en el Abismo.

Algunas almas podrían haber proseguido viaje, pero decidían no hacerlo. Una madre era reacia a abandonar a sus pequeños; un esposo no quería separarse de su esposa. Estos espíritus permanecían atados a quienes amaban hasta que se los persuadía de que continuar era lo correcto y lo mejor para ellos, que los vivos habían de continuar con su vida y los muertos también debían seguir adelante.

Chemosh se encontraba en la sala observando la fila que formaban las almas, una hilera que teóricamente había de ser eterna, y recordó los tiempos horribles en los que la fila había acabado de un modo repentino e inesperado, esos tiempos en los que la última alma se había presentado ante él y había mirado esa alma y luego en derredor con una estupefacción sin límites. Montando en cólera, el Señor de la Muerte se había levantado del trono por primera vez desde que lo había ocupado al inicio de la creación, y había salido de la sala sólo para descubrir que Takhisis había robado el mundo y se había llevado las almas consigo.

Fue entonces cuando Chemosh comprendió la máxima mortal de «No se valora lo que se tiene hasta que se pierde».

Y también que se juraba que no se volvería a perder.

Chemosh observó a las almas que se presentaban ante él y escuchó sus historias, hizo negocios sucios y dictó sentencias; atrapó unas cuantas y dejó ir a otras pocas, y esperó sentir el cálido placer de la satisfacción.

Ese día no lo experimentó. Se sentía claramente descontento. Lo que se suponía que debería ir bien marchaba rematadamente mal. Había perdido el control y no tenía ni idea de cómo se le había escapado. Era como si estuviese maldito...

Esa palabra le hizo comprender de repente la razón de que se hubiese sentido atraído hacia allí, comprender qué buscaba.

Se hallaba en la Sala del Tránsito de Almas y volvió a ver a la primera que se había presentado ante él cuando el mundo se recuperó: el alma mortal de Takhisis. Todos los dioses habían presenciado su muerte. Volvió a oír sus palabras, en parte una desesperada súplica y en parte un gruñido desafiante.

—¡Estáis cometiendo un error! —les había gritado—. Lo que he hecho no se puede deshacer. La maldición está entre vosotros. Destruidme, y os destruiréis a vosotros mismos.

Chemosh no podía juzgarla. Ninguno de los dioses podía hacer eso. Había sido uno de ellos, después de todo. El Dios Supremo acudió a reclamar el alma de su hija perdida, y el reino de Takhisis, Reina de la Oscuridad, terminó y el tiempo y el universo continuaron.

En aquel entonces el Señor de la Muerte no había dado importancia a su predicción. Despotriques, desvaríos, amenazas... Takhisis había escupido ese veneno durante eones. Ahora pensó en ello sin poder evitarlo, pensó en ello y se preguntó con inquietud qué habría querido decir la difunta y no llorada Reina Oscura.

Había una persona que quizá lo supiera, una persona que había estado más cerca de ella que cualquier otro ser en la historia. La persona a la que había desterrado de su presencia. Mina.

9

Beleño abandonó la gruta con el corazón triste; una tristeza tan agobiante que el corazón no podía sostenerse como era debido en el pecho y se le hundió hasta la boca del estómago, donde se trastornó con el cerdo salado y le provocó retortijones. Desde allí, el corazón se hundió todavía más y sumó su peso al de los pies, de forma que éstos se movieron cada vez más despacio hasta que le resultó un esfuerzo colosal moverlos ni mucho ni poco. El corazón le pesaba más y más a medida que avanzaba.

El cerebro le decía al kender que estaba en una misión urgente para salvar a Rhys, pero el problema era que el corazón no lo creía, de forma que el corazón no sólo se le había caído a los pies, confundiéndolos, sino que además discutía con el cerebro, por no hablar del cerdo salado.

Beleño no le hizo caso al corazón y obedeció al cerebro. La mente era lógica y a los humanos les impresionaba la lógica hasta el punto de hacer siempre hincapié en lo importante que era actuar lógicamente. La lógica le dictaba a Beleño que tendría más oportunidades de rescatar a Rhys si volvía con ayuda en la forma de monjes de Majere, que si él —un simple kender-se quedaba con Rhys en la gruta. Era la lógica de la argumentación de Rhys la que lo había persuadido para que se fuera, y esa misma lógica lo hacía seguir adelante cuando el corazón lo instaba a dar media vuelta y regresar a todo correr.

Atta iba pisándole los talones, como le habían ordenado que hiciera. También a ella el corazón debía de estar incordiándola porque no dejaba de pararse, con lo que se ganaba miradas severas de reproche por parte del kender.

—¡*Atta*!¡Aquí, chica! ¡Tienes que mantener el ritmo! —la reprendió Beleño—. No tenemos tiempo para haraganear.

La perra trotaba tras él porque eso era lo que le habían dicho que hiciera, pero no estaba contenta, como tampoco lo estaba Beleño.

El hecho de caminar en sí era otro problema. Solinari y Lunitari resplandecían en el cielo esa noche, Solinari medio llena y Lunitari llena del todo, de modo que parecía que las lunas le estuvieran haciendo un guiño con ojos disparejos. Divisaba el perfil de la costa acantilada recortada contra el cielo y dedujo —lógicamente— que allí arriba encontraría una calzada que lo conduciría a Flotsam. Los acantilados no parecían estar muy lejos, sólo un salto, un brinco y un bore por encima de algunas dunas, seguido de gatear un poco entre peñascos.

Las dunas resultaron difíciles de cruzar, sin embargo. Salto,

brinco y bote funcionaron rematadamente mal. La arena estaba suelta y sonaba como si pisara fango, como si las botas no estuvieran ya bastante resbaladizas con la grasa de cerdo. El kender envidiaba a *Atta*, que avanzaba sobre la arena con facilidad, y deseó tener cuatro patas. Beleño trastabilló por las dunas lo que le pareció una eternidad y se pasó más tiempo a cuatro patas que erguido. Le entró calor y se cansó, y cada vez que miraba al acantilado le parecía que se encontraba más lejos.

No obstante, todo llega a su fin, incluso las dunas. Y dieron paso a los peñascos. Beleño supuso que andar por los peñascos sería mejor que por las dunas y emprendió la escalada con alivio.

Un alivio que en seguida desapareció.

No sabía que los peñascos tuvieran un tamaño tan enorme ni aristas afiladas ni que trepar por ellos fuera tan difícil ni que las ratas que vivían entre los peñascos fuesen tan grandes y tan desagradables. Menos mal que *Atta* iba con él o, en caso contrario, quizá las ratas se lo habrían llevado ya que era obvio que no le tenían ningún miedo. La perra, en cambio, no les hizo gracia. *Atta* les ladró, ellas la miraron con los ojos rojos, le chillaron y después se escabulleron.

A poco de estar entre los peñascos, el kender tenía las manos cortadas y sangrantes, y le dolía un tobillo porque había resbalado y el pie se le había metido en una grieta. Tuvo que pararse una vez para vomitar, pero eso al menos acabó con el problema del cerdo salado.

Entonces, justo cuando creía que aquellos pedruscos no se acabarían nunca, llegó a lo alto del acantilado.

Beleño salió a la calzada que lo llevaría a Flotsam y a los monjes, y miró a un lado y a otro. Su primer pensamiento fue que la palabra «calzada» era un cumplido inmerecido para esa franja rocosa de rodaduras de carreta. La segunda idea que se le vino a la cabeza fue más sombría. La mal llamada calzada se extendía en ambas direcciones hasta perderse de vista en el horizonte.

No había ninguna ciudad ni a un extremo ni al otro.

Flotsam era inmensa. Había oído contar cosas sobre esa ciudad durante toda su vida. Flotsam era una urbe que jamás dormía. Era una ciudad de luces de antorchas, luces de tabernas, fogatas en la playa y fuegos de hogares brillando en las ventanas de las casas. Beleño había dado por supuesto que cuando llegase a la calzada divisaría las luces de Flotsam.

Las únicas luces que alcanzó a ver eran las de las pálidas estrellas y la del demencial guiño de ojos de las dos lunas.

—Bien, pues ¿dónde está? —Beleño se giró hacia un lado y después hacia el otro—. ¿En qué dirección voy?

Entonces la verdad se abrió paso en su mente. En su corazón. En la lógica.

—Da igual en qué dirección esté Flotsam —dijo con una certeza repentina, horrible—, porque, sea en una u otra dirección, está demasiado lejos. ¡Rhys lo sabía! Sabía que jamás volveríamos de Flotsam a tiempo. ¡Nos mandó irnos porque sabía que iba a morir!

Se sentó pesadamente en el suelo, rodeó el cuello de la perra con los brazos y la estrechó contra sí.

—¿Qué vamos a hacer, *Atta*!

En respuesta, la perra se soltó de su abrazo y regresó corriendo a los peñascos. Se detuvo y se volvió a mirarlo, anhelante, mientras movía la cola.

—Ya no servirá de nada regresar, *Atta*— dijo Beleño con tristeza —. Aun en el caso de que pudiera descender por esos estúpidos pedruscos sin romperme el cuello, algo que dudo que fuese capaz de hacer, ya daría igual.

Se limpió el sudor de la cara.

—Nosotros no podemos salvar a Rhys. Solos no. Soy un kender y tú eres una perra. Necesitamos ayuda.

Siguió sentado en la calzada, sumido en la desesperación, con la cabeza entre las manos. *Atta* le lamió la mejilla y le metió el hocico en la axila en un intento de empujarlo a que se pusiera en marcha.

Beleño levantó la cabeza. Se le había ocurrido algo, una idea que lo puso frenético.

—Aquí estamos tú y yo, *Atta*, casi matándonos para ayudar a Rhys, y ¿qué ha hecho su dios durante todo este tiempo? ¡Nada, eso es lo que ha hecho! ¡Los dioses pueden hacer cualquier cosa! Majere habría podido situar Flotsam donde pudiéramos encontrarla. Majere habría podido endurecer esa arena resbaladiza y suavizar esos peñascos cortantes. ¡Majere habría podido hacer que cayeran las cadenas de Rhys! Majere podría mandarme seis monjes ahora mismo, que llegaran por la calzada para salvar a Rhys. ¿Me oyes, Majere? —gritó el kender al cielo.

Esperó unos instantes para darle una oportunidad al dios, pero los seis monjes no aparecieron.

Ahora sí que la has hecho buena—dijo en tono ominoso el kender, que se levantó de un brinco y, con la vista prendida en el cielo y puesto en jarras, le soltó un buen sermón al dios.

«No sé si me escuchas o no, Majere —empezó en tono severo—. Probablemente no, ya que soy un kender y nadie nos hace caso, y también soy un místico, lo que significa que no te rendiré pleitesía. Aun así, eso no tendría que importar. Eres un dios del Bien, por lo que dijo Rhys, y eso significa que tendrías que escuchar a la gente, a todo el mundo, incluidos kenders y místicos, tanto si son seguidores tuyos como si no.

«Vale, entiendo que pueda parecerte injusto por mi parte pedirte

ayuda ya que nunca he hecho nada por ti, pero tú eres mucho más grande que yo y mucho más poderoso, así que creo que podrías permitirte el lujo de ser magenta o magnesio o comoquiera que sea esa palabra que significa que uno es generoso con la gente aunque no se lo merezca.

»Y quizá yo no merezca tu ayuda, pero Rhys sí. Cierto, abandonó tu culto por el de Zeboim, pero has de saber que lo hizo sólo porque lo decepcionaste. Oh, ya he oído todo eso de que nosotros no tenemos que entender los designios de los dioses, pero vosotros, los dioses, sí tendríais que entender el corazón de los hombres, así que deberías entender que Rhys se marchó porque estaba enfadado y dolido. Ahora lo acoges de nuevo y eso ha estado muy bien, pero, al fin y al cabo, es lo que se supone que tendrías que haber hecho desde el principio, porque eres un dios del Bien, así que, a mi modo de ver, eso no es ningún mérito por tu parte.

Beleño hizo una pausa para tomarse un respiro al tiempo que intentaba aclarar las ideas, que se le habían embrollado bastante. Hecho esto, prosiguió con su argumentación y se fue acalorando a medida que hablaba.

—Rhys demostró su lealtad a ti al renunciar a Zeboim cuando la diosa nos podría haber rescatado, a él y a nosotros también, y está demostrando su fidelidad al permanecer en esa cueva esperando la muerte cuando Mina vuelva para torturarlo. Y tú ¿qué haces a cambio? ¡Dejarlo encadenado en esa gruta! —Beleño levantó los brazos y gritó.

«¿Le encuentras algún sentido a todo esto, Majere? Se calló para así dar tiempo al dios de responder. El kender oyó los chillidos de las gaviotas que peleaban por un pez muerto, el ruido de las olas al romper contra la costa y el silbido del viento que hacía crujir la hierba seca. Nada de eso le sonó como la voz de un dios. Dio un suspiro.

—Supongo que podría ofrecerte algo para que esto te mereciera la pena. Podría ofrecerte convertirme en uno de tus fieles, peto, para ser sincero, sería una mentira. Me gusta ser un acechador nocturno. Me gusta ayudar a los muertos a encontrar su camino para salir de este mundo si es eso lo que quieren hacer o hacerles compañía si prefieren quedarse. Me gusta la sensación que noto cuando lanzo un hechizo místico y el espíritu de la tierra se cuela dentro de mí y me colma el corazón y se derrama por las puntas de mis dedos y las manos me cosquillean y yo, un kender, soy capaz de hacer que un minotauro se desplome.

«Así que supongo que no puedo hacer un trato contigo y tú lo sabes, Majere. No creo que la gente tenga que hacer tratos con los dioses. ¿Por qué? Pues porque eres un dios y eres grande, maravilloso y poderoso, y porque yo sólo soy un kender, y *Atta* sólo es una perra, y

Rhys sólo es un hombre, y te necesitamos. Así que mándame ya a esos seis monjes.

Beleño bajó los brazos, soltó un suspiro trémulo y aguardó expectante.

La disputa de las gaviotas acabó cuando una de ellas alzó el vuelo llevándose el pez muerto. Las olas siguieron rompiendo en la orilla, pero eso lo llevaban haciendo una eternidad. El viento había encalmado, así que la hierba estaba silenciosa. Igual que el dios.

—Bueno, no hace falta que sean seis monjes —contemporizó Beleño—. ¿Y qué tal dos monjes y un caballero? ¿O un monje y un hechicero?

Atta gimió y le dio con la pata en la pierna. El kender se inclinó para palmearle la cabeza, pero la perra apartó la cabeza de su mano. Lo miraba con los ojos entrecerrados. No lo apremiaba, le decía algo: «Vale ya de tanta tontería. Regresamos».

La intensa mirada lo hizo rebullir de vergüenza.

—Vale, ahora sé cómo se siente una oveja —masculló mientras trataba de eludir la penetrante mirada—. Esperemos un minuto más, *Atta*. Démosle al dios una oportunidad. Es por esos peñascos, ¿sabes? No me queda piel en las palmas de las manos... ¿Qué es eso?

Beleño había atisbado movimiento por el rabillo del ojo. Giró velozmente sobre sus talones y oteó la calzada; bajo la parpadeante luz de las lunas vio a dos personas que venían hacia él.

—¡Gracias, Majere! —exclamó el kender, que echó a correr por la calzada al tiempo que agitaba los brazos y gritaba—. ¡Socorro! ¡Socorro!

Atta salió disparada en pos de él mientras ladraba frenéticamente. El kender estaba tan excitado y aliviado que no prestó atención al tono del ladrido. Siguió corriendo y siguió gritando.

—¡Vaya, cómo me alegra veros!

Y sólo cuando se encontró mucho más cerca de las dos personas y las vio bien se dio cuenta de que no era así. No se alegraba ni pizca. Eran Predilectos.

10

Mina miraba fijamente el Mar Sangriento a través de la ventana, calmo en la oscuridad iluminada por la luz de las lunas. La roja de Lunitari resplandecía en las constantes olas formando un claro de luna, un camino rojizo a través del agua bermeja que la noche manchaba de púrpura. El anhelo de la joven la sacó de su prisión hacia el infinito mar eterno. Las olas le lamían los pies; se metió en el agua... Detrás, la puerta se abrió con un quedo chirrido. «¡Chemosh! —se dijo Mina con sincera alegría—. ¡Ha venido a mí!» Su mente regresó al cuarto, a la prisión, en un instante. Extendidos los brazos, se giró para recibir a su amante, lista para arrojarse a sus pies y suplicar su perdón.

—Mi señor... —gritó.

Las palabras murieron en sus labios, y la alegría, en su corazón. —Krell —dijo sin hacer el menor esfuerzo para disimular su desprecio —, ¿qué quieres?

El Caballero de la Muerte avanzó pesada y ruidosamente por la habitación. Tras el yelmo, adornado con los cuernos retorcidos de un carnero, los abrasadores ojos porcinos irradiaban una mirada maliciosa.

—Matarte.

Krell cerró la puerta de una patada. Desenvainó la espada y caminó hacia la joven.

Mina se irguió y le hizo frente con menosprecio. —¡Mi señor no te permitirá que me toques!

—A tu señor lo traes al fresco —se mofó Krell—. Vamos, llámalo. Veamos si responde.

Mina recordó la mirada de odio que Chemosh le había asestado, recordó que la había echado de su lado, que se había negado a escucharla. Se imaginó a sí misma llamándolo y pidiéndole ayuda, y oyó en su corazón el eco del silencio de su rechazo. Eso no lo soportaría.

Krell la había amenazado con anterioridad, pero sólo eran bravatas de un fanfarrón. No había osado hacerle daño mientras había tenido la protección de Chemosh. Aquélla era su oportunidad. Ella estaba sola y desprotegida, no tenía armas. Ni siquiera una plegaria, ya que Chemosh le había dado la espalda.

Mina recorrió el cuarto con la mirada para buscar algo, cualquier cosa, que pudiera utilizar en su defensa. Tampoco es que eso fuera a cambiar las cosas. Ni la espada más afilada que hubiera salido de las manos de un artesano conseguiría mellar la armadura del Caballero de la Muerte.

No obstante, la joven no estaba dispuesta a morir sin luchar. Llegaría a la Sala del Tránsito de Almas con la cabeza bien alta. Chemosh no se avergonzaría de ella.

También Krell miraba en derredor, aunque no por la misma razón.

—¿De dónde sale esa luz extraña? —demandó—. ¿Has prendido fuego a algo?

Sobre la mesa había una candelera de hierro forjado, con el pie en forma de garra y tres manos, que más parecían zarpas, para sostener las velas. Era grande y pesado. El problema era que lo tenía a varios pasos de distancia.

—Sí —contestó Mina—. He invocado a un espectro de fuego.

Señaló hacia una parte de la habitación opuesta al candelabro.

—¡Un espectro de fuego! —Sólo Krell se habría tragado algo así. El Caballero de la Muerte giró bruscamente la cabeza.

Mina saltó hacia la mesa para asir el candelabro. Cerró las manos alrededor de la base, lo levantó e, impulsándolo al tiempo que giraba, golpeó con todas sus fuerzas en el yelmo de Krell.

La última vez que había luchado con él en el Alcázar de las Tormentas le había arrancado la cabeza de los hombros. Pero en aquella ocasión Chemosh había estado con ella.

Esta vez no tenía a ningún dios de su parte. Ningún dios luchaba por ella.

El candelabro de hierro se estrelló contra el yelmo de Krell, pero el golpe no le hizo nada. Era como si no lo hubiese notado siquiera. La vibración del impacto y el mortífero tacto del Caballero de la Muerte le agarrotaron los brazos a Mina desde la muñeca hasta el hombro y se los paralizaron momentáneamente. El candelabro se le escapó de las manos, de repente entumecidas.

Krell se volvió hacia ella, la asió por el brazo, se lo retorció y la lanzó contra la pared. Mina jadeó de dolor, pero no gritó. La acorraló entre los brazos para que no escapara e inclinó hacia ella la fantasmal cabeza cubierta por el yelmo. Mina vio el vacío del interior y olió el hedor a corrupción y muerte.

—Ojalá fuese un hombre vivo —se regodeó él—. Me divertiría un rato contigo antes de matarte, igual que en los viejos tiempos. Me gustaba ver el miedo en sus ojos, sabían lo que les iba a hacer y chillaban y suplicaban que les perdonara su miserable vida, y yo les decía que si eran niñas buenas y dejaban que me divirtiera les permitiría vivir. Mentía, naturalmente. Cuando acababa, les apretaba la garganta con mis manos, una garganta suave, esbelta como la tuya, y las estrangulaba.

Empezó a acariciarle el cuello con hiriente brusquedad.

—Supongo que tendré que conformarme con estrangularte.

Los dedos se ciñeron como cepos alrededor de su cuello y empezaron a apretar.

La rabia —ardiente como lava y con sabor amargo— hirvió dentro de Mina. La luz ambarina destelló en sus ojos y le salió disparada por las puntas de los dedos. Aferró las manos de Krell, las retiró de su garganta de un tirón y apartó al Caballero de la Muerte de un empellón.

—¡Un hombre vivo! —le gritó y la furia sacudió los muros del castillo—. ¡Quieres ser un hombre vivo! ¡Te concedo tu deseo!

Señaló a Krell y la luz ambarina lo bañó de la cabeza a los pies. Krell chilló, empezó a retorcerse dentro de la armadura y, de repente, ésta se partió y desapareció.

Ausric Krell se hallaba ante ella, temblorosa la carne desnuda, tiritando el cuerpo sin ropa. Los ojillos de cerdo estaban inyectados en sangre, bordeados de blanco y la contemplaban con aterrada estupefacción.

—¡Arrodíllate ante mí! —ordenó Mina.

Krell cayó a sus pies hecho un ovillo fláccido y envilecido.

—¡De ahora en adelante, me servirás! —le dijo Mina.

Krell balbució algo ininteligible.

Mina lo pateó, y el hombre chilló de dolor.

—¡Sí, sí! ¡Te serviré! —gimoteó.

Mina pasó ante el encogido Krell y fue hacia la puerta. La tocó y la hizo estallar en una llamarada ambarina. Cruzó a través de una lluvia de cenizas y salió al corredor oscuro. Miró el muro de piedra y lo derritió dejando a la vista una escalera de caracol, por la que ascendió los escalones que giraban en espiral hasta llegar a las almenas.

—Cuando regrese mi señor Chemosh dile que he ido a conseguir lo que su corazón anhela —resonó su voz en los oídos de Krell.

Krell permaneció encogido en el suelo. Le daba pánico abrir los ojos por miedo a ver a Mina. Finalmente, sin embargo, el suelo de piedra empezó a hacerle daño en las huesudas rodillas. El frío le tenía la carne de gallina y le arrugaba las partes pudendas. Krell se pellizcó un brazo y soltó un chillido; después gimió y maldijo.

No cabía duda. Mediana edad, cabello canoso, calvicie incipiente, piel cetrina y estómago fofo; ya había cumplido su deseo.

Era, de nuevo, un hombre vivo.

11

Mientras Ausric Krell pasaba un mal rato dentro del Castillo Predilecto, Beleño lo pasaba peor aún fuera de él. Tendría que haber reconocido a los discípulos zombis de Chemosh nada más verlos. Si hubiese estado prestando atención se habría dado cuenta de que los dos hombres que se acercaban por la calzada —los que había creído que eran enviados del dios para salvar a Rhys— no eran hombres en absoluto. A su alrededor no había el reconfortante halo luminoso, en su interior no alentaba vida alguna. Sólo eran unos bultos en la noche. *Atta* se había dado cuenta, y sus ladridos habían sido de advertencia, no de bienvenida. Ahora la perra estaba a su lado, temblorosa, gruñendo y enseñando los dientes.

Los dos Predilectos se detuvieron, miraron fijamente a Beleño con los vacíos ojos y el kender empezó a sentir inquietud. No sabía muy bien por qué, aunque le parecía recordar algo que había dicho Gerard sobre el esposo de alguien a quien habían cortado en pedazos. Pero cuando el alguacil lo comentó, él estaba pensando en qué habría de cena y no le había prestado atención.

Los Predilectos que había visto con anterioridad se habían mostrado muy dóciles todos mientras no estuvieran intentando seducir a alguien, y hasta el momento ningún humano —fuera o no Predilecto — había intentado seducirlo a él (aparte de aquella ramera en un callejón de Palanthas, y se le notaba que estaba completamente borracha).

Con todo, a Beleño no le gustaba la forma en la que esos dos lo estaban mirando. Los Predilectos no solían molestarse siquiera en dedicarle una ojeada; simplemente hacían caso omiso de él, y el kender había acabado por preferir que fuera así.

—Lo siento, chicos —dijo Beleño al tiempo que hacía un gesto con la mano—. Me equivoqué, creía que erais otros. Alguien vivo. — Esto último lo masculló entre dientes.

No sabía qué hacer. ¿Debería pasar a su lado caminando con desenvoltura y un festivo «¡juju!» o sería mejor dar media vuelta y echar a correr? El instinto votaba por dar la vuelta y salir pitando, y Beleño estaba a punto de obedecer cuando vio que uno de los hombres sacaba un cuchillo.

—¿Qué haces? —preguntó su compañero—. Es un kender.

—Sí, soy un kender —ratificó Beleño mientras retrocedía.

—No me importa —replicó el hombre con voz desagradable—. Voy a mandarlo con Chemosh.

—Es un kender —reiteró su compañero con asco—. Chemosh no quiere kenders.

—Tiene razón, ¿sabes? —le aseguró Beleño al del cuchillo—. Es como ponen en las posadas, lo de «no servimos a kenders». No se admiten kenders en el Abismo.» He visto los letreros, los hay por todas partes.

Miró a su alrededor con inquietud, pero no había ayuda a la vista, sólo la calzada vacía. Continuó retrocediendo poco a poco.

—A Chemosh le da igual —insistió el Predilecto—. Para él, un muerto es un muerto, y matar hace que el dolor desaparezca. — Esgrimiendo el cuchillo, avanzó hacia Beleño. El kender reparó en unas manchas oscuras que tenía la hoja.

«Asesiné a una mujer anoche —añadió el Predilecto en tono coloquial—. Destripé a la zorra. No logré que jurara entregarse a Chemosh, pero el dolor cesó. Inténtalo tú. Ayúdame a matar a este renacuajo.

Encogiéndose de hombros, el otro Predilecto recogió un trozo de madera para usarlo como garrote y los dos se dirigieron hacia Beleño.

Los Predilectos ya no asesinaban para obtener conversos para Chemosh, comprendió el kender con consternación. ¡Ahora mataban por matar!

Estaba a punto de señalar a los Predilectos con el dedo, dispuesto a derrumbarlos como había hecho con el minotauro, cuando recordó de repente que su magia no funcionaría con ellos. El corazón, que se le había caído a los pies, le subió de repente por las entrañas para finalmente aferrado por la garganta y sacudirlo.

Beleño había perdido un tiempo precioso para huir con su amago de lanzar un hechizo. Lo compensó al girar sobre sus talones rápidamente y salir como alma que lleva un diablo... o dos.

—¡*Atta*!, corre! —dijo jadeante, y la perra salió disparada detrás de él.

Beleño era bueno en carreras cortas de velocidad; había practicado mucho a fuerza de superar a alguaciles, amas de casas enfadadas, granjeros furiosos y mercaderes iracundos. El repentino despliegue de velocidad pilló desprevenidos a los Predilectos y puso distancia entre él y sus perseguidores durante un poco de tiempo, pero ya estaba cansado por el esfuerzo de atravesar las dunas y trepar por peñascos afilados. Le faltaba energía para mantener la velocidad inicial y las fuerzas empezaron a flaquearle. Las rodadas en la calzada y alguno que otro parche de tierra y hierbas secas, así como las botas untadas con grasa de cerdo, no lo ayudaban precisamente.

Entretanto, los Predilectos habían aumentado su velocidad. Al estar muertos podían correr un mes seguido si querían, mientras que él imaginó que aguantaría sólo unos segundos más. No se molestó en mirar atrás, pero tampoco hacía falta ya que oía la respiración fuerte y las pisadas, y sabía que lo estaban alcanzando.

Atta ladraba con ferocidad, medio corriendo en pos de Beleño y medio girándose para amenazar a los Predilectos.

El kender respiraba ya con resuellos ásperos y dolorosos, tropezaba en el terreno irregular. Estaba a punto de caer rendido.

Uno de los Predilectos lo aferró por la punta de la camisa que ondeaba al viento, y Beleño pegó un tirón en un intento de soltarse, pero tropezó en un enorme parche de hierbas secas y se fue de bruces al suelo. Dispuesto a vender cara su vida, rodó sobre sí mismo y de repente se encontró en medio de lo que sólo podía describirse como una explosión de saltamontes.

Nubes de aquellos insectos saltadores y voladores zumbaron en el aire. Habían estado metidos entre las malas hierbas y se habían enfurecido al verse molestados tan bruscamente. Los saltamontes se le metían a Beleño en los ojos, por la nariz, se le colaban por el cuello de la camisa y por los pantalones. Rodó para quitarse del parche de hierba al tiempo que se daba palmetazos, cachetes y se retorcía. *Atta* corría en círculos mientras lanzabas dentelladas y mordiscos a los insectos. Beleño se quitó varios de los ojos y entonces vio, con gran asombro, que los saltamontes se habían lanzado al ataque contra los Predilectos.

Los dos hombres estaban literalmente cubiertos de insectos, con saltamontes prendidos por todas partes del cuerpo. Tenían dentro de la boca, se amontonaban sobre los ojos, se apelotonaban en los agujeros de la nariz. Los frenéticos insectos zumbaban al treparles por el cabello, los brazos, las piernas, y aún seguían saliendo más de las hierbas a todo lo largo del borde de la calzada.

Los Predilectos agitaban los brazos y saltaban mientras se esforzaban para espantar a los insectos pero, cuanto más se debatían, más parecía que los saltamontes se enfurecían y los atacaban con mayor ahínco.

Los saltamontes que habían molestado a Beleño parecieron darse cuenta de que se estaban perdiendo toda la diversión, porque se alejaron entre zumbidos para unirse a sus compañeros. En cuestión de segundos, a los Predilectos no se los veía, envueltos en una nube arremolinada de insectos.

—¡Cielos! —exclamó el kender sin salir de su asombro, y entonces añadió, dirigiéndose a. *Atta*-: Ahora es nuestra oportunidad. ¡Huyamos!

Le quedaba una pequeña reserva de energía, de modo que agachó la cabeza, propulsó los pies y salió por piernas calzada adelante.

Corrió, corrió, corrió sin mirar por dónde iba, y *Atta* jadeaba a su lado cuando chocó de cabeza contra algo: ¡cataplum!

El kender rebotó y cayó patas arriba en el suelo. Sacudiendo la cabeza, atontado, alzó la vista.

—Cielos —repitió.

—Lo siento, amigo —se disculpó el monje, que le tendió una mano solícita para ayudarlo a ponerse de pie—. Debería mirar por dónde voy.

El monje observó a Beleño y luego dirigió la vista carretera adelante, donde los Predilectos huían en dirección opuesta mientras trataban de librarse de los saltamontes, que seguían atacándolos. El monje esbozó una sonrisa y luego miró de nuevo al kender, preocupado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó—. ¿Te han hecho daño?

—N... no, hermano —tartamudeó Beleño—. Ha sido una gran suerte que esos saltamontes aparecieran...

El monje era enjuto, esbelto, todo músculo, como Beleño sabía con conocimiento de causa ya que topar con él había sido como chocar contra la falda de una montaña. Tenía el cabello de un color gris acerado y lo llevaba recogido en una sencilla trenza que le caía por la espalda. Vestía ropas sencillas, una especie de túnica de un tono anaranjado bruñido y decorada con un motivo de rosas en torno al repulgo y a las bocamangas. Tenía los pómulos altos, la mandíbula fuerte y ojos oscuros que ahora sonreían pero que seguramente podían ser muy fieros si el monje quería.

—¿Te ha enviado Majere, hermano? Pero qué preguntas hago. ¡Pues claro que te ha enviado, como también envió a esos saltamontes! —Beleño asió la mano del monje y tiró—. ¡Ven! ¡Te llevaré hasta Rhys!

—Busco a Mina —dijo el monje—. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

—¡Mina! ¿Y a quién le importa ella? —gritó Beleño. Asestó al monje una mirada severa.

»Lo has entendido todo mal, hermano. No buscas a Mina, en ningún momento le pedí a Majere nada sobre Mina. A quien buscas es a Rhys. Rhys Alarife, seguidor de Majere. Mina trabaja para Chemosh... otro dios distinto por completo.

—A pesar de todo, busco a Mina —dijo el monje— y he de encontrarla en seguida, antes de que sea demasiado tarde,

—¿Demasiado tarde para qué? ¡Oh, demasiado tarde para Rhys! ¡Por eso es por lo que hemos de darnos prisa! ¡Vamos, hermano, pongámonos en marcha!

El monje no se movió y dirigió una mirada ceñuda al cielo.

—Sí, un color peculiar, ¿verdad? —comentó el kender con el cuello doblado hacia atrás—. También yo me he dado cuenta. Tiene una especie de brillo ambarino muy extraño. Creo que debe de ser el «aura borelás» o como la llamen. —El kender se puso tremendamente serio.

«Vamos a ver, hermano monje, agradezco lo de los saltamontes y todo eso, ¡pero no tenemos tiempo para quedarnos aquí parados y cascar sobre el color raro del cielo nocturno! Rhys corre peligro. ¡Tenemos que irnos! ¡Ya!

El monje no parecía oírlo; tenía la mirada perdida en la distancia, como si buscara algo. Al cabo, sacudió la cabeza.

—¡Ciego! —masculló—. ¡Estoy ciego! Todos nosotros... ciegos. Ella está aquí, pero no puedo verla. No puedo encontrarla.

Beleño percibió la angustia en la voz del monje y el corazón se le puso en un puño. También reparó en algo más, algo respecto al monje que, como le había ocurrido con los Predilectos, tendría que haber notado antes. Miró a *Atta* y la vio encogida, acobardada... algo que la valerosa perra no hacía nunca.

El monje tampoco irradiaba el brillo de la vida, pero, a diferencia de los Predilectos, su cuerpo tenía algo de etéreo, de insustancial, casi como si estuviese pintado en el lienzo de la noche. Las piezas del rompecabezas empezaron a encajar dentro de la cabeza de Beleño, y lo hicieron con tanta fuerza que fue como si recibiera un buen golpe.

—¡Oh, dios mío! —exclamó el kender y luego, al darse cuenta de lo que había dicho, se tapó la boca con la mano—. ¡Lo siento, señor! —farfulló a través de los dedos—. No quería tomar vuestro nombre en vano. ¡Es que se me escapó!

Cayó de rodillas e inclinó la cabeza.

—No pasa nada con lo de Rhys, vuestra divinidad —dijo con tristeza el kender—. Ahora sé por qué tenéis que ir con Mina. Bueno, quizá no lo sé, pero lo imagino. —Alzó la cabeza para ver al monje y se encontró con que éste lo observaba de un modo extraño—. Todo es tan triste, ¿verdad? Respecto a ella, me refiero.

—Sí —convino quedamente el monje—. Es muy, muy triste.

Majere se arrodilló al lado de Beleño y le puso la mano en la cabeza. La otra la puso sobre *Atta*, que agachó la cabeza al sentir el suave tacto del dios.

—Tenéis mi bendición, los dos, y Rhys Alarife tiene mi bendición. Posee fe y coraje, y cuenta con el amor de verdaderos amigos. Regresad con él, porque necesita vuestra ayuda. Mi deber está en otro lugar esta noche, pero sabed que estoy con vosotros.

Majere se incorporó y miró hacia el castillo y a los muros iluminados por el extraño y espeluznante fulgor. Echó a andar hacia allí.

Beleño se levantó de un brinco. Se sentía reanimado, lleno de energía, como si hubiese dormido una semana entera y, de paso, hubiese engullido catorce grandes comilonas. El cuerpo le vibraba con las fuerzas renovadas. Echó una ojeada hacia el borde del acantilado, en dirección a la cueva, y se esfumó su regocijo.

—¡Hermano dios! —llamó—. Siento molestaros otra vez, después de todo lo que habéis hecho por nosotros. Por cierto, gracias por lo de los saltamontes y por vuestra bendición. Me siento muchísimo mejor. Pero hay una cosa más. —Agitó la mano.

«Estos peñascos son muy difíciles de escalar y están durísimos, señor. Y afilados —añadió con timidez.

El monje sonrió y, mientras sonreía, los peñascos desaparecieron y la ladera del acantilado se cubrió con una lujuriante hierba verde.

—¡Viva! —gritó el kender, que en medio de gritos y agitar de brazos se lanzó cuesta abajo—. ¡Rhys, Rhys, aguanta! ¡Ya vamos a salvarte! ¡Majere nos ha bendecido, Rhys! ¡Me ha bendecido a mí, un kender!

Atta, contenta de poder enfilar por fin en la dirección correcta, se deslizó por el suelo y sobrepasó al entusiasmado kender y sus gritos, y en seguida lo dejó atrás.

12

Rhys seguía sentado en la oscuridad de la gruta y, conforme la muerte se acercaba, meditó sobre la vida. Su vida. Pensó en el miedo y en la cobardía, en la arrogancia y el orgullo y, asiendo con fuerza la astilla que lo había herido, se postró ante Majere y le pidió humildemente perdón.

Majere les pedía a todos sus monjes que abandonasen la vida enclaustrada en el monasterio y viajaran por el mundo al menos una vez en su vida. Emprender tal viaje era un acto voluntario, no preceptivo. A ningún monje se le obligaba a hacerlo, como tampoco se le obligaba a ninguna otra cosa. Todos los votos que prestaban los prestaban por amor y los cumplían porque merecía la pena cumplirlos. Muy sabiamente, el dios enseñaba que las promesas hechas bajo coacción o por miedo de recibir un castigo carecían de significado.

Rhys había elegido no marcharse del monasterio. En su momento no habría reconocido tal cosa, pero ahora se daba cuenta de la razón que había tenido para no marcharse. Había creído, en su orgullo y su arrogancia, que había alcanzado la perfección espiritual. El mundo no podía enseñarle nada. Majere ya no tenía nada más que enseñarle.

—Lo sabía todo —musitó Rhys a la oscuridad—. Me sentía feliz y satisfecho. El camino que recorría era llano y fácil y daba vueltas y vueltas en círculo. Llevaba recorriéndolo tanto tiempo que ya ni lo veía. Podría haber caminado por él a ciegas. Sólo tenía que seguir adelante y siempre estaría allí para mí.

»Me decía que el camino giraba en torno a Majere. En realidad giraba en torno a nada. El centro estaba vacío. Inconscientemente caminaba al borde de un precipicio y, cuando sobrevino el desastre y el camino se resquebrajó bajo mis pies, no tuve adonde ir. Caí en la oscuridad.

«Incluso entonces, Majere intentó salvarme. Me tendió la mano, pero yo lo rechacé. Tenía miedo. Se me había arrebatado mi cómoda y soleada vida. Culpé al dios cuando tendría que haberme culpado a mí mismo. Quizá no habría podido impedir que Lleu asesinara a mis padres si hubiese estado presente, pero sí tendría que haber sido más comprensivo con el dolor de mis padres. Tendría que haberles tendido la mano cuando vinieron a mí en busca de ayuda. En cambio, los rechacé, me sentí molesto con ellos por incomodar mi vida con su miedo y su angustia. No pensé en sus sentimientos, sólo en los míos. —Rhys alzó los ojos hacia el cielo que no veía.

«Sólo hallé la fe cuando la perdí. ¿Cómo pudo ocurrir semejante milagro? Porque tú, mi dios, nunca perdiste la fe en mí. Camino por la oscuridad sin temor porque tengo tu luz dentro de mí...

Un frío y pálido resplandor alumbró la cueva, un fulgor semejante al que se conocía como «vela de muertos», la llama macilenta que a veces se veía arder encima de una tumba y que la gente supersticiosa interpretaba como un presagio de muerte.

Un hombre se materializó en la gruta. Era de tez pálida y de una belleza fría. Tenía el cabello largo y oscuro y vestía suntuosamente con terciopelo negro y camisa de fino lino con encaje en los puños. Miró a Rhys con unos ojos sin principio ni final.

—Soy Chemosh, el Señor de la Muerte. ¿Y tú quién eres? —añadió el dios, encolerizado.

Rhys se puso de pie e hizo una reverencia; las cadenas tintinearon a su alrededor. Que detestara a Chemosh por el mal que había llevado al mundo no quitaba que fuera un dios, un dios ante el que toda la humanidad había de presentarse algún día.

—Me llamo Rhys Alarife, mi señor.

—¡Me importa un bledo cómo te llamas! —repuso malévolamente —. ¡Eres el amante de Mina! ¡Eso es lo que eres!

El monje se quedó mirando a Chemosh tan pasmado que no se le ocurrió qué contestar a una acusación tan sorprendente.

El propio Chemosh parecía tener dudas. El Señor de la Muerte echó un vistazo a la oscura gruta y reparó en las cadenas y en los restos grasientos del cerdo salado, el agua fétida y el mal olor, porque Rhys no había podido hacer sus necesidades en otro sitio.

—Esto no es exactamente lo que yo llamaría un nido de amor —comentó el dios. Miró a Rhys con desagrado—. Ni tú tienes pinta de amante.

—Soy un monje de Majere, mi señor —aclaró Rhys.

—Eso ya lo veo —repuso Chemosh, que frunció los labios al echar un vil tazo a la túnica andrajosa de Rhys la cual había adquirido un matiz anaranjado con la luz espectral—. Entonces la cuestión que se plantea es: si no eres el amante de Mina, ¿qué significas para ella? Te trajo aquí, un monje larguirucho comido por las pulgas. —Chemosh se acercó más a él—. ¿Por qué?

—Tendrás que preguntárselo a ella, mi señor —dijo Rhys.

Habló con serenidad, aunque le costó esfuerzo. Asiendo firmemente el trozo de madera de su cayado, el monje le pidió en silencio a Majere que le diera valor. Su espíritu aceptaría la infalibilidad de la muerte, pero su carne mortal se estremecía y el estómago se le acalambraba.

—¿Por qué le eres leal? —demandó Chemosh, irritado—. ¿Por qué todo el mundo le es leal? ¡Juro por el Dios Supremo que nos creó y por Caos que nos destruirá que no lo entiendo!

Su ira se desató en la caverna como un viento tórrido. Sudoroso, Rhys se hincó la afilada punta de la astilla en la palma de la mano y se

valió del dolor para evitar desmayarse.

—Te encadena a una pared y te atormenta... Veo la marca de su cólera en tu mejilla. O te ha abandonado aquí para que mueras de hambre o...

Chemosh hizo una pausa y miró al monje de hito en hito.

—Tiene pensado regresar. Para torturarte. ¿Por qué? Tienes algo que quiere, por eso lo hace. ¿Qué es, Rhys Alarife? Ha de tener un gran valor...

Rhys habría podido explicárselo, pero hacerlo iba en contra de sus convicciones. El alma de una persona era de su exclusiva propiedad, enseñaba Majere. Revelar o no sus misterios era decisión de cada cual. Mina, fuera por la razón que fuera, había decidido mantener su secreto, no se lo había contado a Chemosh. Aunque tuviera el alma negra por sus crímenes, le pertenecía a ella y a nadie más. Y revelar su secreto era cosa de ella.

Rhys guardó silencio. Un hilillo de sangre resbalaba por la palma de su mano y entre los dedos.

—Tu carne podrá desafiarme, pero tu espíritu no —dijo Chemosh con un timbre tan gélido como el aire de una tumba—. Los muertos no me pueden mentir. Cuanto tu espíritu se encuentre ante mí en la Sala del Tránsito de Almas me contarás todo lo que sabes.

«Y entonces os llevaréis una gran decepción, mi señor —pensó tristemente el monje—. Porque, a decir verdad, yo no sé nada.»

Chemosh se acercó más con la mano extendida hacia él.

—Te mataré rápidamente. No sufrirás, como te habría ocurrido en manos de Mina.

Rhys se dio por enterado con un leve asentimiento de cabeza. El corazón le latía de prisa y tenía la boca seca. Ya no podía hablar. Respiró hondo, sin duda lo que sería su última inhalación, y se preparó para lo que vendría a continuación. Cerró los ojos para no contemplar el horror del temible dios y encomendó su espíritu a Majere.

Sintió la bendición del dios fluir a través de él, y con su bendición llegó una serenidad sublime y un ladrido.

El ladrido de un perro. Justo fuera de la cueva. Y junto al ladrido de *Atta* sonó la voz aguda de Beleño.

—¡Rhys! ¡Hemos vuelto! ¡Eh, he conocido a tu dios! Me dio su bendición...

Rhys abrió los ojos, perdida por completo la serenidad. Chemosh se volvió a medias y miró hacia la boca de la gruta. —¿Qué es esto? ¿Un kender y un perro?

—Mis compañeros de viaje —contestó el monje—. Dejad que se vayan, señor. Son inocentes que se han visto envueltos en todo esto por casualidad.

—El kender afirma que ha conocido a tu dios... —Chemosh miraba a Beleño, intrigado.

—Es un kender, mi señor —adujo Rhys a la desesperada.

En ese inoportuno momento Beleño gritó...

—¡Eh, Rhys, he venido a negociar con esa tal Mina! —La voz y las pisadas del hombrecillo resonaron en la gruta—. ¡*Atta*, no tan rápido!

—¿Negociar con Mina? —repitió Chemosh—. No parece tan inocente. Me parece que ahora tendré dos almas a las que interrogar...

—¡Beleño, no entres aquí! —gritó Rhys—. ¡Huye! ¡Llévate *Atta* y...!

—Cállate, monje —ordenó el Chemosh, que le puso la mano sobre la boca.

El frío de la muerte penetró en los miembros del monje. El terrible frío era como agujas de hielo en el riego sanguíneo. Un dolor desgarrador, gélido, atormentó su cuerpo. Gimió y forcejeó.

El Señor de la Muerte lo sujetó firmemente, el tacto cruel le congelaba la sangre. Rhys cayó de rodillas.

Atta entró en la gruta a todo correr, vio a su amo arrodillado, obviamente atormentado por el dolor, y a un hombre inclinado sobre él. *A Atta no* le gustó ese hombre. Había en él algo cruel, algo que la asustaba. Para empezar, no tenía olor. Todas las cosas vivas y todas las cosas muertas tenían un olor, algunos agradables, y otros no tanto, pero ese hombre no, y eso la asustaba. En eso, el hombre era como esa mujer escandalosa y aborrecible del mar y como el monje que acababa de poner sobre ella las afables manos. Ninguno de los tres olía a nada, y para la perra eso era misterioso y aterrador.

Atta estaba asustada; el sencillo corazón se estremecía, el instinto la urgía a dar media vuelta y huir, pero ese hombre extraño le estaba haciendo daño a su amo y eso no podía permitirlo. La ira le hinchió el corazón y saltó para atacar. No se tiró a la garganta, porque el hombre estaba de espaldas a ella, inclinado sobre Rhys, así que en lugar de eso decidió lisiar a su enemigo. La sabiduría transmitida por su antiguo ancestro, el lobo, le indicó cómo derribar a un adversario más grande: tirarse a la pierna, romper el hueso o cortar un tendón.

La perra hincó los dientes en el tobillo de Chemosh.

La apariencia de un dios se formaba con la esencia de esa divinidad tejida en un avatar con aspecto mortal para las mentes humanas. Esa forma era visible para el ojo humano, era perceptible al tacto mortal. La imagen del dios podía hablarles a los mortales, oírlos y reaccionar ante ellos. Puesto que el avatar del dios estaba hecho de esencia inmortal no sentía el dolor ni el placer de la carne. A menudo el dios fingía que sí a fin de dar a los mortales una mayor impresión de estar vivo. En el caso de Chemosh y su amor por Mina, a veces el dios llegaba incluso a inducirse a sí mismo a creer esa mentira.

Era imposible que Chemosh hubiera sentido los afilados dientes de *Atta* hundirse en su pierna, pero los sintió. En realidad, los dientes que Chemosh notó no eran los de *Atta*, sino los de la ira de Majere. Así había sido como la Dragonlance de Huma, bendecida por todos los dioses del Bien, asestó un golpe al avatar de Takhisis que la diosa sintió y que la obligó a abandonar el mundo, escupiendo amenazas y desafíos. Los dioses tenían el poder de infligirse dolor unos a otros, aunque eran renuentes a hacerlo porque todos sabían las terribles consecuencias que podría tener semejante acción. Los dioses recurrían a medidas tan drásticas sólo cuando era evidente que el equilibrio estaba a punto de irse abajo, porque Caos se encontraba justo más allá y esperaba con ansia que la guerra estallara en los cielos. Si tal cosa ocurriera, los dioses se destruirían entre sí y darían a Caos la victoria largo tiempo pretendida: el fin de todas las cosas.

Un dios atacaba rara vez a otro dios de forma directa, y se circunscribía a actuar únicamente a través de los mortales. El ataque tenía un alcance limitado y no era probable que ocasionara a su avatar un daño grave, sólo lo suficiente para hacer que la otra deidad comprendiera que había cometido una transgresión, que había ido demasiado lejos, que había sobrepasado el límite.

La cólera de Majere mordió el tobillo de Chemosh con los dientes de *Atta*, y el Señor de la Muerte rugió de rabia. Le dio la espalda a Rhys y sacudió la pierna de forma que obligó a la perra a soltarlo. Alzando el pie sobre el animal, Chemosh iba a enseñarle a Majere lo que pensaba de él haciendo papilla a su chucho.

Rhys todavía sujetaba la astilla del bastón en la palma ensangrentada. Era su única arma y la clavó con todas sus fuerzas en la espalda del dios. La cólera de Majere hundió profundamente el afilado trozo de madera en el Señor de la Muerte. Chemosh dio un respingo; la pierna alzada para aplastar a la perra se sacudió violentamente, con descontrol. *Atta* se incorporó e interpuso el cuerpo entre él y Rhys. Enseñando los dientes, se enfrentó al dios, desafiante.

En ese momento Beleño entró corriendo en la gruta, prietos los puños.

—Rhys, aquí estoy... —El kender enmudeció y miró de hito en hito—. ¿Quién eres tú? ¡Espera! ¡Creo que te conozco! Me resultas muy familiar... ¡Oh, dioses! —Beleño se puso a temblar de pies a cabeza—. ¡Claro que te conozco! ¡Eres la muerte!

—Al menos, soy la tuya —repuso fríamente Chemosh, que alargó la mano parar estrangular al kender.

El suelo sufrió una repentina y violenta sacudida que tiró a Chemosh. Las paredes de la caverna se estremecieron y se resquebrajaron. Fragmentos de roca y polvo llovieron sobre ellos y entonces, con un ligero temblor, la tierra se asentó y volvió la

tranquilidad.

Dios y mortales se miraron unos a otros. Chemosh estaba a gatas; *Atta* se había tumbado sobre la tripa y lloriqueaba.

El Señor de la Muerte se puso de pie y, haciendo caso omiso de mortales, alzó la vista hacia la oscuridad.

—¿Quién de vosotros sacude el mundo? —gritó, prietos los puños —. ¿Tú, Sargonnas? ¿Zeboim? ¿Tú, Majere?

Si hubo respuesta los mortales no la oyeron. Rhys estaba a punto de desmayarse, consumido por el dolor y apenas consciente de lo que ocurría a su alrededor. Beleño tenía los ojos cerrados, esperando que a la siguiente sacudida el suelo se abriera y se lo tragara; mejor eso que tener la fría mirada de la muerte clavada en él.

—Nos veremos en el Abismo, monje —prometió Chemosh y desapareció.

—Uf, chico —dijo Beleño, tembloroso—, me alegro de que se haya ido. Pero ya podría habernos dejado un poco de luz. Esto está más negro que las tripas de un gobblin. Rhys...

La tierra volvió a sacudirse.

Tapándose con un brazo la cabeza y con el otro alrededor de *Atta*, Beleño se tiró aplastado contra el suelo.

Las grietas en las paredes de la gruta se ensancharon. Rocas, piedrecillas, pegotes de tierra y unos pocos escarabajos llovieron sobre el kender. Entonces se produjo un estruendo horroroso, chirridos y rozamientos, y Beleño apretó los ojos con fuerza y esperó el fin.

Los violentos zarandeos del suelo cesaron y, de nuevo, todo volvió I quedarse silencioso, tranquilo. Sin embargo el kender no se fiaba y mantuvo cenados los ojos. *Atta* empezó a retorcerse y a culebrear debajo del brazo con el que la ceñía prietamente. La soltó y la perra se zafó de él. Entonces Beleño sintió a uno de los escarabajos que le andaba por el pelo, y eso le hizo abrir los ojos. Atrapó al escarabajo y lo arrojó lejos.

Atta empezó a ladrar con fuerza y Beleño se limpió la arenilla de los párpados y miró a su alrededor; resultó que tanto daba si tenía los ojos abiertos o cerrados porque de una forma o de otra lo envolvía la oscuridad.

Atta seguía ladrando.

Al kender le daba miedo ponerse de pie por si se golpeaba la cabeza contra algo, así que fue tanteando con las manos y avanzó a gatas guiándose por los frenéticos ladridos de la perra.

—¿*Atta*?-Tendió la mano y tocó el cuerpo peludo del animal, que empujaba algo con la pata una y otra vez sin dejar de ladrar.

Beleño buscó a tientas y encontró los ojos y la nariz de su amigo; los ojos estaban cerrados, pero el antebrazo de Rhys tenía un tacto cálido. Respiraba, pero debía de estar inconsciente.

—¡Rhys! —exclamó el kender con alivio. La mano del kender tocó la cabeza de Rhys y notó algo cálido y suave.

La perra dejó de dar con la pata al monje y se puso a lamerle la mejilla.

—No creo que unos lametones le sirvan de mucho, *Atta* —comentó Beleño mientras la apartaba a un lado—. Tenemos que sacarlo de aquí.

Todavía percibía el aire con un leve olor a sal y confiaba en que eso significara que la gruta no se había derrumbado. Asió a su amigo por los hombros, dio un tirón de prueba y se animó al notar que el cuerpo del monje se deslizaba sobre el suelo. Le había preocupado que Rhys estuviera medio enterrado bajo cascotes.

Volvió a tirar y arrastró consigo a Rhys. El kender empezaba a pensar que conseguirían salir de allí vivos, cuando oyó un sonido que casi lo sumió en la desesperación.

Era el tintineo de las cadenas.

Beleño gimió. Se había olvidado de que Rhys estaba encadenado a la pared.

—A lo mejor el deslizamiento de rocas ha desencajado las argollas de hierro —musitó, esperanzado.

Tras encontrar el grillete que se cerraba en torno a la muñeca de Rhys, Beleño avanzó a lo largo de la cadena, de vuelta a donde estaba unida a la argolla de hierro, que seguía sujeta —y firmemente— a la pared.

Beleño masculló una palabrota y entonces se acordó. ¡Tenía la bendición de un dios!

—¡A lo mejor me ha dado la fuerza de diez dragones! —dijo muy excitado, y al aferrar la cadena hizo un gesto de dolor por las manos cortadas. Con la idea de que alguien con la fuerza de un dragón no debería desanimarse por un dolor punzante, plantó bien los pies en el suelo, ahuyentó a la perra para que se quitara de en medio, y tiró de la cadena con todas sus fuerzas.

Los eslabones le resbalaron en las manos y él acabó de culo en el suelo.

Volvió a repetir la palabrota. Se puso de pie, lo intentó de nuevo y, esta vez, no soltó la cadena.

La anilla de hierro no cedió.

Beleño se dio por vencido y, siguiendo la cadena, regresó junto a Rhys, se arrodilló junto a su amigo y retiró de la cara inerte el pelo apelmazado por la sangre. *Atta* se tumbó a su lado y empezó de nuevo a lamerle la mejilla sin parar.

—No nos vamos, Rhys —dijo Beleño—. ¿Verdad, *Atta*?. ¿Has visto, Rhys? Dice que no. Esta vez no nos marchamos. —Intentó dar un tono animado a la voz—. ¡A lo mejor, la próxima vez que el suelo

tiemble la pared se raja y se sueltan esas argollas!

«Claro que si la pared se raja —se dijo para sus adentros— el techo se desplomará sobre nosotros y nos enterrará vivos, pero eso no lo mencionaré.»

—Estoy aquí, Rhys. —Beleño tomó la mano inerte de su amigo entre las suyas y la apretó con fuerza—. Y también está *Atta*.

El suelo empezó a temblar.

13

Bajo el agua teñida de rojo del Mar Sangriento, en el interior de la Torre de la Alta Hechicería, Basalto y Caele se afanaban en fregar y lustrar a fin de tenerlo todo preparado para la afluencia de hechiceros, alrededor de unos veinte Túnicas Negras escogidos que iban a abandonar su hogar en tierra firme para unirse a Nuitari.

La Torre del Mar Sangriento estaba ahora abierta y preparada para iniciar su actividad.

Tras la reunión con sus primos, Nuitari comprendió que ya no era preciso mantener en secreto la existencia de la torre. Le informó a Dalamar, portavoz de los Túnicas Negras, y le dijo al archimago elfo que transmitiera una invitación a cualquier Túnica Negra que deseara ir a estudiar en la nueva torre.

Esa invitación incluía a Dalamar, que la declinó respetuosamente alegando que era preciso que los Túnicas Negras mantuvieran su representación en Wayreth. En secreto, Dalamar opinaba que antes se metería en una tumba que enterrarse en el fondo del mar, lejos del aire y de los árboles, del cielo azul y la radiante luz del sol. Así se lo comentó a Jenna.

Como jefa del Cónclave, no le había gustado nada la decisión tomada por los dioses. Se oponía a que las tres Órdenes se separaran otra vez. Se había hecho lo mismo en los tiempos anteriores al Príncipe de los Sacerdotes, cuando cada Orden había reivindicado su propia torre, con trágicos resultados. Jenna hizo saber su oposición a Lunitari, pero la diosa de la luna roja estaba tan desmesuradamente complacida con tener la magnífica Torre de Wayreth toda para ella que no prestó atención. En cuanto a Solinari, su elegida, Coryn la Blanca, ya había empezado a organizar una expedición de Túnicas Blancas para ir a recuperar la torre maldita que anteriormente había estado en Palanthas y que ahora se hallaba en el centro del oscuro territorio de los muertos vivientes, Foscaterra.

En cuanto a Dalamar, sus reservas no tenían nada que ver con la torre en sí, sino con su ubicación. Consideraba que tendría que haber una torre de los Túnicas Negras desde hacía mucho. Sólo Jenna albergaba serias reservas y realmente no podía perder tiempo en ocuparse del tema como seguramente habría hecho en otro momento. El Cónclave estaba de lleno metido en una agria discusión respecto al modo de ocuparse del asunto de los Predilectos ahora que los medios para destruirlos se habían dado a conocer. Los Túnicas Negras eran partidarios de reclutar ejércitos de niños que fueran a combatirlos. Corría el rumor de que algunos ya lo habían hecho así.

A medida que la noticia y el miedo se propagaban, cualquier

persona que tenía la desgracia de ser distinta de sus vecinos o que se había peleado con los ciudadanos o simplemente se encontraba en el sitio equivocado en el momento equivocado podía acabar acusada de ser un Predilecto y arrestada o atacada por la multitud. Puesto que los hechiceros solían ser gente misteriosa y reservada a la que generalmente se le tenía miedo, pasaron a ser objetivos fáciles. Jenna estaba trabajando con ahínco en desarrollar un conjuro con el que detener a los Predilectos, aunque sin resultado hasta el momento. Una torre en el fondo del mar era la preocupación que menos le quitaba el sueño, así que dejó a un lado el tema.

Nuitari había ganado y era algo que debía agradecerle a Chemosh, cosa que al Señor de la Luna Oscura le parecía tremendamente irónico.

Dentro de la torre, Basalto hacía las camas y Caele permanecía ocioso la mayor parte del tiempo, dedicado a mirar lo que hacía el enano. Se había subido un enorme montón de colchones del almacén. Los magos tenían que repartirlos por todas las habitaciones, ponerlos sobre los armazones de madera de las camas y a continuación cubrirlos con ropa blanca de cama y una manta.

Los dos trabajaban en las estancias donde residirían los Túnicas Negras de alto rango, cada cual en sus aposentos privados. Los colchones para esos lechos eran de plumón de ganso, con sábanas de lino fino y mantas de la lana más suave. Las habitaciones para hechiceros de rango menor, algo más pequeñas, tenían colchones de paja. Los aprendices de hechicero compartirían cuarto y, en algunos casos, cama. De momento, sólo los hechiceros de rango alto habían recibido la invitación del dios y se esperaba su llegada a la mañana siguiente.

—Vas a tener que ayudarme a mover ése —dijo Basalto, que señaló un colchón que estaba en lo alto del montón y que quedaba fuera del alcance de los cortos brazos del enano—. No llego.

Caele soltó un sufrido suspiro de agotamiento y asió el colchón por las esquinas. Hizo un intento poco entusiasta y luego gimió y se llevó las manos a los riñones.

—Con tanto subir y bajar cosas tengo una contracción muscular. —¿Y cómo le has hecho esa contracción? —Basalto le asestó una mirada feroz—. Lo más pesado que has levantado hasta ahora ha sido un vaso del mejor vino del señor. ¡Y no creas que no pienso decírselo!

—Lo he probado para ver si se había estropeado —replicó malhumoradamente Caele—. No querrías servir un vino en mal estado a cualquier archimago, ¿verdad?

—Limítate a ayudarme con ese maldito colchón —gruñó el enano.

Caele alzó las manos y, antes de que Basalto pudiera impedírselo, el elfo las movió mientras musitaba unas palabras. El colchón flotó por

encima del montón y se quedó suspendido en el aire.

—¿Qué diantre haces? ¡Se supone que no tienes que usar la magia para tareas domésticas! —gritó el enano, escandalizado—. ¿Y si el señor te hubiera visto? ¡Corta ese hechizo!

—Como quieras. —Caele interrumpió la magia, con el resultado de que el colchón se desplomó encima del enano y lo aplastó.

Caele rió con disimulo y Basalto soltó un aullido ahogado. El enano salió de debajo del colchón con un brillo asesino en los ojos.

—Me dijiste que parara el conjuro. —Caele hizo una mueca de desprecio—. Me limité a cumplir tu orden. Después de todo, eres el Celador...

El elfo enmudeció de golpe y abrió los ojos como platos.

—¿Qué es eso? —inquirió.

—¡No lo sé! ¡Jamás había oído nada igual! —Las pupilas de Basalto tenían un borde blanco y el enano se estremecía con el horrendo sonido.

El ruido de tono bajo y retumbante, como si grandes peñascos rodaran y se rozaran unos con otros, procedía de muy, muy por debajo de sus pies. El sonido creció en intensidad progresivamente conforme se hacía más y más cercano. La pila de colchones empezó a trepidar y el suelo se sacudió. Escritorios y armazones de cama saltaron y se desplazaron por el suelo. Las paredes temblaron.

El temblor entró por los pies de Basalto y se transmitió a los huesos. Los dientes le castañetearon y el enano se mordió la lengua. Caele se tambaleó, chocó con los colchones y se quedó pegado contra ellos.

Las sacudidas cesaron.

Basalto emitió un graznido entrecortado y señaló. El suelo, que unos instantes antes estaba perfectamente nivelado, ahora presentaba una pronunciada inclinación. Un armazón de cama se deslizó lentamente corredor abajo, seguido de cerca por un escritorio. Caele se apartó de la pila de colchones con un impulso.

—¡Zeboim! —bramó—. ¡Esa zorra del mar ha vuelto!

Basalto avanzó a trompicones sobre el suelo inclinado, cuesta arriba, y entró en una de las habitaciones. Todo el mobiliario había quedado apilado en un montón contra la pared del fondo, pero el enano hizo caso omiso de la destrucción y se dirigió a la ventana desde la que se tenía una vista espectacular del reino submarino de la torre. Caele le iba pisando los talones.

Los dos contemplaron el agua, enturbiada por el sedimento rojo que los temblores habían levantado del fondo. El sedimento en suspensión giraba en torno a la torre como mareas de sangre.

—No veo nada con ese enturbiamiento —protestó Caele.

—Yo tampoco —reconoció Basalto, frustrado.

La torre empezó a sacudirse otra vez. En esta ocasión el suelo se inclinó hacia el lado contrario.

A los dos hechiceros los arrolló una avalancha de muebles que se deslizaban por el suelo, y ambos se estrellaron contra la pared; Basalto se quedó atrapado por un escritorio mientras que a Caele lo dejaba inmovilizado un armazón de cama.

Los temblores cesaron y Basalto tuvo la extraña sensación de que quienquiera que estuviese causando las sacudidas se había tomado un descanso para recobrar el aliento.

Aparrando de un empujón el escritorio y desoyendo las súplicas de Caele pidiendo ayuda, regresó corriendo a la ventana y miró fuera.

Pegada la nariz al cristal, el enano vio un arrecife de coral que se mecía, serpenteante, en el fondo marino, entre el fango arremolinado, los trozos de algas y los bancos de peces que huían desesperadamente. Basalto había disfrutado a menudo con la contemplación de ese arrecife porque le recordaba las formaciones del mundo subterráneo en el que había vivido tanto tiempo y que, de vez en cuando, aún echaba de menos.

Desde su ventajosa posición tendría que haber visto el arrecife directamente enfrente.

Ahora, sin embargo, lo miraba desde arriba porque el arrecife se encontraba varias decenas de metros por debajo de él. Alzó la vista y vio el brillo de lunas y estrellas.

—Señor —dijo sin aliento el enano, que a continuación chilló— ¡Señor! ¡Nuitari! ¡Sálvanos!

La torre empezó a sacudirse de nuevo.

14

Mina se encontraba sola en las almenas del castillo del Señor de la Muerte. Un espeluznante fulgor ambarino iluminaba el cielo, el agua y la tierra. Ella era oscuridad en el centro y nadie podía verla, aunque la buscaban. Dioses y mortales, todos la buscaban porque la tierra temblaba.

La joven dirigió la vista hacia el mar. Su amor, su anhelo, su deseo fluyeron de su interior y se hicieron uno con las aguas. Ella lo quiso así, y el Mar Sangriento empezó a bullir y a borbotar. Ella lo quiso así, y el movimiento de las aguas se tornó irregular, imprevisible. Las olas se cruzaban y entrecruzaban y chocaban entre sí.

Mina metió las manos en el agua rojiza y asió su trofeo, el objeto de deseo de su señor, el regalo con el que conseguiría hacer que se enamorara de ella. Lo aflojó con sacudidas y luego lo soltó de sus anclajes. Los ímprobos esfuerzos la dejaron agotada y tuvo que parar para descansar y recuperarse, tras lo cual reanudó su tarea.

El agua del Mar Sangriento empezó a girar lentamente en torno a un punto central. El Remolino —creado por los dioses para servir de perpetua advertencia a la humanidad en la Cuarta Era— volvió y se movió perezosamente al principio y luego fue girando más y más de prisa alrededor del vórtice que era Mina. Las olas se estrellaban contra los acantilados y salpicaban espuma y agua salada. La joven sentía en la cara el frescor de las rociadas saladas. Se lamió los labios y saboreó la sal, amarga como las lágrimas, y el agua, dulce como la sangre.

Mina levantó la mano y del centro del vórtice salió una isla de roca volcánica negra. Conforme la isla ascendía en el centro del torbellino, el agua del mar se vertió en cascadas por los relucientes riscos negros. Mina colocó su trofeo en la isla, cual una preciada joya sobre una negra bandeja. La Torre de la Alta Hechicería, que otrora había estado bajo las aguas, ahora se alzaba sobre ellas.

La torre, con sus muros facetados de cristal, atrapaba y retenía la luz ambarina de los ojos de Mina, al igual que los ojos ambarinos atrapaban y retenían la torre.

El torbellino dejó de girar. El mar se calmó. El agua resbalaba entre las negras rocas de la recién nacida isla y se derramaba en torrentes por los tersos muros de cristal de la torre.

Mina sonrió. Entonces cayó redonda.

El resplandor ambarino se apagó. Sólo la luz de las dos lunas, una plateada y otra rojiza, se reflejó en los muros de la torre, sin parpadeos, porque aquellos ojos celestiales habían dejado de hacer guiños.

Se habían quedado abiertos de par en par por la impresión.

15

Beleño despertó al sentir agua fría en el rostro y un dolor palpitante en la cabeza. Ello lo llevó a la errónea conclusión de que era de nuevo un joven kender, de vuelta en su cama y con sus padres, que así lo despertaban tras descubrir que una combinación de agua y un buen cachete en la mejilla era la mejor forma de que se levantara el hijo que se pasaba las noches deambulando por cementerios.

—¡Todavía está oscuro, madre! —farfulló Beleño, irritado, y se dio la vuelta. Su madre ladró.

A Beleño le pareció que ese comportamiento era raro en una madre, aunque fuese una madre kender, pero la cabeza le dolía demasiado para pensar en ello. Sólo quería volver a dormirse, así que cerró los ojos e intentó no hacer caso del agua fría que se le colaba por las calzas.

Su madre lo mordió dolorosamente en una oreja.

—¡Oh, mamá, de verdad! —exclamó Beleño, indignado, tras lo cual se sentó y abrió los ojos—. ¿Madre?

No veía nada, pero advirtió que no descansaba en la cama, sino sobre un montón de piedras puntiagudas y cortantes que se le clavaban en los lugares más blandos. Además, la humedad las cubría y cada vez se mojaban más.

Un ladrido le respondió, una lengua áspera le lamió la cara, una zarpa con uñas duras lo rascó, y entonces Beleño recordó todo.

—¡Rhys! —Dio un respingo y alargó la mano para tocar la del monje. Su amigo estaba mojado también y su tacto sólo era ligeramente tibio.

Beleño no tenía ni idea de por qué la gruta que anteriormente había estado totalmente seca se iba llenando de agua de mar ahora, pero al parecer era justamente eso lo que ocurría. Oía el gorgoteo del agua entre los cascotes que alfombraban el suelo de la caverna. Todavía no era muy profunda; un chorrillo, de momento. Puede que el agua se quedara así, como un chorrillo, pero también podía ser que no, que decidiera ponerse a inundarlo todo. Si la gruta se inundaba no tendrían escapatoria; el agua seguiría subiendo más y más...

—Rhys —llamó firmemente el kender, y esta vez hablaba en serio —. Tenemos que salir de aquí.

Golpeó con la mano en las piedras para dar énfasis a sus palabras.

—¡Ay! —gritó, y al momento añadió un rotundo—: ¡Mierda!

Había dado con la mano en una astilla de madera que se le había clavado en la parte carnosa de la palma. Se la sacó y estaba a punto de lanzarla lejos, cuando se le ocurrió que encontrar una astilla de madera en esa gruta era muy raro. Siendo un kender, Beleño era

curioso por naturaleza —incluso en una situación tan grave— y pasó suavemente los dedos sobre el trocito de madera. Notó que era alargado y suave y que acababa en puntas afiladas en los dos extremos.

—Ah, ya sé. Es parte del bastón de Rhys —dijo con tristeza al tiempo que cerraba la mano sobre el fragmento—. Se lo guardaré como recuerdo. Eso le gustará.

Beleño soltó un suspiro y reposó la dolida cabeza en los brazos mientras se preguntaba cómo iban a salir de aquel sitio horrible. Se sintió mareado y somnoliento, y de nuevo volvió a ser un kender pequeño, sólo que esta vez su padre intentaba enseñarle a forzar una cerradura.

—Se hace por el tacto y por el sonido —le explicaba su padre—. Pones la ganzúa aquí y la mueves a un lado y a otro hasta que notas que engancha...

Beleño alzó la cabeza tan de prisa que lo asaltó un intenso dolor en la parte posterior de los globos oculares, pero no se dio cuenta. No mucho. Bajó la vista hacia la astilla que tenía en la mano, a pesar de que no podía verla al estar tan oscuro dentro de la gruta, pero tampoco le hacía falta ver. Todo se hacía por el tacto y el sonido.

El único problema era que Beleño nunca había tenido éxito a la hora de forzar una cerradura. En muchos sentidos había sido, como su padre se lamentaba a menudo, un fracaso de kender.

—Esta vez no —se juró, decidido—. Esta vez tendré éxito. ¡He de hacerlo! He de hacerlo —repitió quedamente.

Buscó a tientas hasta dar con uno de los grilletes que ceñían las muñecas a Rhys. El agua seguía subiendo, pero Beleño rechazó esa idea.

Atta gimoteaba suavemente y lamía la cara a Rhys; se dejó caer a su lado y se pegó una panzada en el agua. El hecho de que hubiese chapoteado resultó desconcertante, pero Beleño no se permitió pensar en ello. Tenía otras cosas en las que pensar, la primera de todas convencer a su mano de que dejara de temblar, Eso le llevó unos segundos, y luego, conteniendo el aliento y sacando la lengua, cosa que era esencial para tener éxito en forzar con ganzúa, insertó la astilla en la cerradura del grillete.

—¡No te rompas, por favor!—le dijo a la astilla, y entonces recordó que el bastón habla sido un objeto bendecido por el dios, de modo que quizá la astilla también lo era.

»¡Y yo también!», se acordó de repente. Supongo que nunca habrás ayudado a nadie a forzar una cerradura —masculló, dirigiéndose al dios—, pero por favor, Majere, ¡por favor, ayúdame a hacer esto!

El sudor le goteaba a Beleño por la punta de la nariz. Meneó la

astilla a uno y otro lado en el dispositivo de la cerradura intentando encontrar lo que quiera que fuera que se suponía que tenía que encontrar para que chascara y se abriera. Sólo sabía que lo sentiría, lo engancharía y, si tenía suerte, oiría el chasquido al deslizarse las muescas.

Se concentró, aislándose de todo, y de repente se apoderó de él una dulce sensación, una sensación de gozo, una sensación de que rodo en este mundo le pertenecía y de que si no hubiera cerrojos, puertas cerradas ni secretos, el mundo sería un lugar mucho mejor. Sintió el gozo de una calzada abierta, de no dormir nunca en el mismo sitio dos veces, de encontrar una prisión que era cálida y seca y un carcelero tan agradable como Gerard. Sintió el gozo de topar con cosas interesantes que relucían, que olían bien, o que eran suaves o brillantes. Sintió el gozo de saquillos llenos a rebosar.

La astilla tocó lo que se suponía que debía tocar y algo chasqueó, y aquél fue el sonido más maravilloso del universo.

El grillete se abrió en la mano de Beleño.

—¡Padre! —gritó, excitado—. Padre, ¿has visto esto?

No tuvo tiempo de esperar a tener respuesta, que sin duda habría tardado demasiado, ya que su padre se había ido hacía mucho tiempo a forzar cerraduras en otra existencia. Gateando sobre los cascotes y por el agua, sujetando firmemente la astilla, Beleño encontró el grillete que sujetaba la otra muñeca de Rhys y metió la astilla en la cerradura, en la que también sonó el chasquido.

El kender dedicó unos instantes a sacar la cabeza a Rhys del agua y a incorporarlo sobre una piedra, tras lo cual rebuscó debajo del agua hasta dar con los pies de su amigo. Tuvo que sacárselos de debajo de un montón de escombros, pero *Atta* lo ayudó y, tras más maniobras expertas de forzar cerraduras, oyó otros dos chasquidos inmensamente satisfactorios y Rhys quedó libre.

Algo estupendo, porque para entonces el nivel del agua en la gruta había subido tanto que, incluso con la cabeza levantada, el monje corría peligro de ahogarse.

Beleño se puso en cuclillas junto a su amigo.

—Rhys, si puedes recobrar el sentido ahora sería muy conveniente, porque me duele la cabeza y las piernas me flojean y hay un montón de piedras en el camino, por no hablar del agua. No creo que pueda sacarte de aquí, así que si puedes levantarte y caminar...

El kender aguardó, optimista, pero su amigo no se movió.

Entonces Beleño soltó otro profundo suspiro, se guardó la preciada astilla en un bolsillo, se agachó y, aferrando a Rhys por los hombros, intentó arrastrarlo por el suelo de la gruta.

Consiguió moverlo menos de un palmo y entonces los brazos y las piernas le fallaron. Se sentó en el agua con un chapoteo y se limpió el

sudor.

Atta gruñó.

—No puedo, *Atta* —farfulló el kender—. Lo siento, lo he intentado, de verdad que sí, pero...

La perra no le gruñía a él. Beleño oyó el ruido de pies —de muchos pies-chapoteando en el agua. Entonces brilló una luz que le hizo daño en los ojos y seis monjes de Majere, vestidos con túnica naranja portando antorchas encendidas, pasaron presurosos junto al kender.

Dos de ellos sostuvieron las antorchas; los otros cuatro se agacharon, recogieron cuidadosamente a Rhys por brazos y piernas y lo sacaron de la gruta a toda prisa. *Atta* corrió en pos de ellos.

Beleño se quedó sentado en la oscuridad, solo, sin salir de su asombro. La luz de las antorchas volvió. Un monje se paró a su lado y lo miró.

—¿Estás herido, amigo?

—No —contestó el kender—. Sí. Bueno, tal vez un poco.

El monje posó la mano fresca en la frente de Beleño, y el dolor desapareció. La fuerza fluyó de nuevo a sus miembros.

—Gracias, hermano —dijo Beleño mientras el monje lo ayudaba a ponerse de pie. Todavía se sentía un poco inestable—. Supongo que os envía Majere, ¿verdad?

El monje no contestó, pero no dejó de sonreír, así que Beleño, que sabía que Rhys tampoco era hablador e imaginando que quizá eso fuese normal entre los monjes, interpretó ese silencio por una respuesta afirmativa.

Mientras Beleño y el monje caminaban hacia la boca de la gruta, el kender iba pensativo y, antes de salir, asió al monje por la manga y dio un tirón.

—Hablé con Majere en lo que podría decirse un tono incisivo —dijo con remordimiento— Fui muy descortés y tal vez herí sus sentimientos. ¿Querrás decirle que lo siento?

—Majere sabe que hablaste así impulsado por el cariño hacia tu amigo —contestó el monje—. No está enfadado. Cree que tu lealtad te honra.

—¿De veras? —Beleño enrojeció de satisfacción. Después lo asaltó la culpabilidad—. Me ayudó a forzar las cerraduras. Me bendijo. Supongo que debería rendirle culto, peto no puedo. No parece correcto.

—Lo que creamos no es importante —dijo el monje—. Lo importante es creer.

El monje hizo una inclinación de cabeza a Beleño, que se sintió muy azorado por semejante muestra de respeto e hizo una torpe reverencia a su vez, doblándose por la cintura, con lo que varios

objetos valiosos que no recordaba que tenía se le cayeron del bolsillo de la camisa. Se agachó para buscarlos dentro del agua, y sólo después de haberlos recogido o haber aceptado que habían desaparecido fue cuando se dio cuenta de que el monje y la antorcha ya no estaban.

Para entonces, el kender no necesitaba luz. Se hallaba envuelto en un extraño fulgor ambarino en el que no había reparado hasta ese momento.

Salió de la gruta, convencido de que jamás se había alegrado tanto de marcharse de un sitio, mientras juraba que nunca volvería a pisar otra mientras viviera. Miró en derredor con la esperanza de hablar con el monje, ya que no había entendido muy bien eso de creer y en qué creer.

No había monjes.

Pero sí estaba Rhys, sentado en un altozano, e intentaba tranquilizar a *Atta*, que le lamía la cara y se le subía encima, a punto de tirarlo con sus frenéticas muestras de afecto.

Beleño soltó un grito de alegría y corrió colina arriba.

Rhys lo rodeó entre sus brazos y lo estrechó contra sí.

—Gracias, amigo mío —dijo con voz entrecortada.

El kender notó que le venía un resuello y no le habría importado dejarlo escapar, pero en ese momento *Atta* le saltó encima y lo derribó, y el resuello se ahogó en babas de perra.

Cuando Beleño pudo quitarse de encima a la excitada perra, vio que Rhys se ponía de pie y miraba hacia el mar con una expresión maravillada.

La plateada luz de Solinari brillaba fríamente sobre una isla en mitad del mar. La roja luz de Lunitari iluminaba una torre, negra contra las estrellas, que apuntaba hacia el cielo como una oscura acusación.

—¿Estaba eso ahí antes? —preguntó Beleño al tiempo que se rascaba la cabeza y se sacaba otro escarabajo del pelo.

—No —contestó Rhys.

—¡Jo, chico! —exclamó el kender, impresionado—. Me pregunto quién lo habrá puesto ahí.

Y, aunque nunca lo habría imaginado, sus palabras eran el eco de las de los dioses.

16

Lo primero que Chemosh vio al entrar en su castillo fue a Ausric Krell vivito y coleando; y tan en cueros como había llegado (de culo) al mundo. El formidable Caballero de la Muerte estaba acuclillado en una esquina del gran salón lamentándose de su mala fortuna y tiritando.

Al oír entrar al Señor de la Muerte, Krell se incorporó de un brinco y se puso a gritar con rabia.

—¡Mira lo que me ha hecho, mi señor! —La voz se alzó hasta ser un chillido estridente—. ¡Mira!

Chemosh miró y deseó no haberlo hecho. Ver el cuerpo desnudo, fofo, panzudo, pálido como la tripa de un pez, velludo, del hombre de mediana edad bastaba para revolver el estómago hasta a un dios. Miró a Krell con una expresión mezcla de asco y cólera.

—Así que Zeboim te ha echado el guante —comentó fríamente Chemosh—. ¿Dónde está?

—¡No fue Zeboim! —Krell arañaba el aire con las manos de pura furia, como si lanzara zarpazos al cuerpo de alguien—. ¡Esto me lo hizo Mina! ¡Mina!

—No me mientas, escoria —increpó Chemosh; pero, mientras refutaba la afirmación de Krell, el Señor de la Muerte sintió que una terrible duda asaltaba su mente—. ¿Dónde está Mina? ¿Sigue encerrada?

Krell se puso a reír y el semblante se le crispó con desprecio y miedo.

—¡Encerrada! —repitió mientras el regocijo gorjeaba en su garganta como si aquello fuera lo más divertido que había oído jamás.

—El miserable se ha vuelto loco —masculló Chemosh, que dejó al delirante Krell para ir en busca de Mina.

La noche estaba alumbrada por un fulgor ambarino que brillaba a través de las ventanas y que se colaba por las grietas de las paredes y las rajas de la mampostería. I ,e costaba trabajo ver por culpa de la cegadora luz y, mientras se protegía los inmortales ojos, sus dudas se acrecentaron.

Se dirigía a los aposentos de Mina cuando el castillo se sacudió y los muros temblaron. Un estruendo atronador y rechinante —un sonido como sólo había oído antes en una ocasión— hizo que se quedara inmóvil, estupefacto. La última vez que había oído semejante fragor fue cuando nació el mundo y las montañas se elevaron, los abismos se abrieron entre ellas y los mares hirvieron, blancos de espuma y de la gloria de la creación.

Chemosh intentó ver lo que ocurría, pero la luz era demasiado

fuerte. Subió corriendo la escalera que llevaba a las almenas y, al llegar arriba, se frenó en seco.

Sobre una isla recién formada con roca negra se alzaba la Torre del Mar Sangriento. La torre reflejaba un brillo ambarino y allí, en las almenas, estaba Mina con los brazos extendidos; a los ojos deslumbrados del dios parecía que la joven la sostuviera en las manos. Entonces Mina se desplomó sobre las losas de piedra y se quedó tendida en el suelo, inmóvil.

Chemosh era incapaz de hacer algo más que mirar de hito en hito.

Zeboim salió del mar, caminó por el éter y se detuvo junto a Mina.

Los tres primos abandonaron sus mansiones celestiales y descendieron para contemplar a Mina.

El hombre-toro, Sargonnas, pasó por encima de la muralla del castillo y se plantó en el patio, desde donde fulminó con la mirada a Chemosh. Kiri-Jolith, armado y equipado para la batalla, también apareció, acompañado por la Sanadora, Mishakal, hermosa y fuerte. Habbakuk acudió, y también Branchala, con su arpa, y el viento tocó las cuerdas y creó un sonido lúgubre.

Morgion observaba desde las sombras, los miraba a todos con aborrecimiento y sin embargo allí presente, entre ellos. Chislev, Shinare y Sirrion estaban juntos, unidos por el asombro. Reorx se atusaba la barba; abrió la boca para decir algo, pero después, consciente del peso del silencio, el dios de los enanos la cerró de golpe y pareció sentirse incómodo. Hiddukel se mostraba sombrío y nervioso, convencido de que aquello perjudicaría a sus negocios. Zivilyn y Gilean fueron los últimos en llegar, ambos muy metidos en una conversación a la que pusieron fin en cuanto vieron a los otros dioses.

—Falta uno de nosotros —dijo Gilean con tono grave—. ¿Dónde está Majere? —Estoy aquí. —Majere avanzó lentamente entre ellos, sin mirar a ninguno, fijos los ojos en Mina, y su semblante reflejaba una aflicción indecible. —Zivilyn me ha dicho que tú sabes algo de esto. —Así es, Guardián del Libro. —Majere no apartó la vista de Mina.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace muchos, muchísimos eones, Guardián del Libro. —¿Y por qué lo mantuviste en secreto? —inquirió Gilean. —No me correspondía a mí revelarlo —contestó Majere—. Lo juré solemnemente.

—¿A quién? —demandó Gilean.

—A alguien que ya no está entre nosotros.

Los dioses guardaron silencio.

—Supongo que te refieres a Paladine —manifestó Gilean—, pero

hay alguien más que tampoco está entre nosotros. ¿Esto tiene algo que ver con ella?

—¿Con Takhisis? —La voz de Majere sonó cortante y se endureció aún más al añadir—: Fue responsable de esto.

—Sus últimas palabras, antes de que el Dios Supremo viniera a llevársela, fueron: «¡Estáis cometiendo un error! Lo que he hecho no se puede deshacer. La maldición está entre vosotros. Destruidme, y os destruiréis a vosotros mismos» —intervino Chemosh.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —bramó Sargonnas.

—Porque siempre estaba lanzando amenazas. —Chemosh se encogió de hombros—. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez?

Los otros dioses no tenían nada que responder y guardaron silencio, esperando.

—Es culpa mía —manifestó finalmente Majere—. Actué de acuerdo con lo que creía que era para bien.

Mina yacía inmóvil y fría. Chemosh deseaba acercarse a ella, pero no podía estando todos ellos delante, observándolo.

—¿Está muerta? —le preguntó a Majere.

—No está muerta, porque no puede morir. —La mirada de Majere pasó de un dios a otro, por todos ellos—. Habéis estado ciegos, pero ahora veis la verdad.

—Vemos, pero no entendemos.

—Claro que entendéis —contradijo Majere. Enlazó las manos y su mirada se perdió en el firmamento—. Pero no queréis entender.

No veía las estrellas, sino la primera luz que habían irradiado.

—Empezó al comienzo de los tiempos —dijo—. Y empezó gozosamente. —Soltó un profundo suspiro—. Ahora, por no haber hablado yo, podría acabar con un amargo pesar.

—¡Explícate, Majere! —gruñó Sargonnas—. ¡No tenemos tiempo para tus tonterías.

Majere desvió la mirada del principio de los tiempos al presente *y con*templó a sus iguales.

—No necesitáis explicación alguna, podéis verlo por vosotros mismos. Ella es una diosa. Una diosa que no sabe que lo es. Una diosa a la que Takhisis engañó haciéndola creer que era humana.

—¡Una diosa de la oscuridad! —exclamó Sargonnas, exultante.

Majere hizo una pausa y cuando habló su voz sonó queda por la tristeza.

—Takhisis la embaucó para que sirviera a la oscuridad. Es, o era, una diosa de la luz.